THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

AP63
.C7
Ano 14
Tomo 40
1926

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No 513

CUBA CONTEMPORÁNEA

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/cubacontemporane40vela

BUO
JL

AP63
.C7
Año 14
Tomo 40
1926

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
MARIO GUIRAL MORENO

AÑO XIV

TOMO XL
(ENERO A ABRIL, 1926)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CUBA, 52
LA HABANA
CUBA

REDACTORES:

Carlos de Velasco.
(† 1º febrero 1923.)
Julio Villoldo.
(Jefe de Redacción.)
José S. de Sola.
(† 6 febrero 1916.)
Max Henríquez Ureña.
Ricardo Sarabasa.
Leopoldo F. de Sola.
Francisco G. del Valle.
Enrique Gay Calbó.
(Secretario de Redacción.)
Dulce Mª. Borrero de Luján.
Alfonso Hernández Catá.
Luis Rodríguez-Émbil.
José Antonio Ramos.
Bernardo G. Barros.
(† 20 mayo 1922.)
Emilio Roig de Leuchsenring.
José Mª. Chacón y Calvo.
Arturo Montori.
Carlos Loveira.

Cuba Contemporánea

AÑO XIV

Tomo XL. Enero y febrero 1926. Núms. 157. 158.

EÇA DE QUEIROZ EN LA HABANA

I

L Ministerio de Negocios Extranjeros en Lisboa, la tarde del 18 de agosto de 1870, llegó un joven elegante, alto, de traje irreprochable, muy delgado y pálido, para presentar una instancia. Había leído en el Diario de Gobierno un anuncio de oposiciones a ingreso en la carrera consular y quería tomar parte en el concurso. Llevaba todos los papeles en orden, conforme a ley, y días después se le comunicaba su admisión a dicha prueba. Ese joven era José María Eça de Queiroz, famoso después en las letras portuguesas.

Los ejercicios celebráronse una fresca mañana de septiembre. Su tema fué sobre el derecho de visita y los límites del mismo. Demostró su competencia y obtuvo el primer lugar. Le correspondía, pues, la primera vacante que ocurriese.

Esa oportunidad se presentó con el Consulado de Portugal en Bahía, Brasil. Pero como el Ministro era muy galante, y una bella dama había pedido la plaza para un recomendado suyo, fué preterido. Pasaba el tiempo y no se le nombraba. Él mismo lo ha referido deliciosamente en las *Farpas* célebres:

Hace días tuve ocasión de saber un caso singularísimo. El señor

Ministro de Negocios Extranjeros declaró que yo nunca podría entrar en la carrera, porque era... *¡el jefe del partido republicano en Portugal!*

Ya me aconteció a bordo de un barco inglés ser tomado por andaluz, ¡qué horror! Y quedé tranquilo. Ya me aconteció encontrar en mi cama un almirante americano, que yo no conocía—sería una historia larga—y no me extrañé. Estoy habituado a sorpresas violentas. Mas cuando me dijeron, sin prevenirme, que yo era el jefe del partido republicano en Portugal, vertí lágrimas de conmoción. ¡Buen Dios! Me vi en seguida bajo una bandera roja, enhiesta entre los restos de una barricada, domando una plebe furibunda.

Entonces indagué. Supe que realmente el Gobierno me hacía el honor de suponerme: Jefe republicano, orador de clubs, organizador de huelgas, agente de la Internacional, representante de asociaciones obreras, cómplice de los incendios de París, ex asesino de Mr. Darboy, redactor secreto de proclamas, en fin: un antiguo galeote.

Nunca como ahora me vi tan honrosamente abrumado de dignidades, superabundante de ocupaciones y desempeñando cargos de tanta importancia. Desde entonces fuí siempre seguido por un policía.

Los trabajos de este policía imaginario, los relata Eça con una gracia inimitable. Descubrió, aquel agente de seguridad pública, como una revelación pavorosa, que la guarida de sus tremendas maquinaciones estaba en la calle Nova do Carmo, una de las más céntricas de Lisboa.

Su vida era negra—dice—. Yo camino de prisa y el infeliz se desgañitaba por seguirme. A veces tomaba un carruaje y entonces veía que aquel hombre respetable, rojizo, con la lengua de fuera, jadeante, trotaba y seguía al coupé de plaza en que iba la revolución. Porque yo era la Revolución. El Gobierno sólo me conocía a mí, y en mí cifraba todo el movimiento revolucionario; era, según el Gobierno, el Jefe, el club, la barricada, el barril de petróleo y la voz de dos mil operarios. Había pavores convulsivos; cuando yo entraba en el teatro con un paletó abotonado, el policía mandaba este billete al Gobernador Civil: "¡Llevaba el paletó abotonado!" Y esta autoridad telegrafiaba para el Consejo de Ministros: "Hay noticia: *¡llevaba el paletó abotonado!"* Entonces el señor Ministro de la Guerra, decía pálido, a su lívido colega de Negocios Extranjeros:

—Ahí está el hombre que quería ser cónsul: ¡qué desprecio por las instituciones! ¡Qué índole revolucionaria! *¡Llevaba el paletó abotonado!* Tengo sesenta y dos años y nunca vi cosa igual.

Pero luego descubrió Eça la verdadera causa de que no se le nombrase: fué su conferencia condenando el Romanticismo. ¡Era necesario ser romántico! O de lo contrario renunciar a ser cónsul. Entre los papeles para tomar parte en el concurso debió requerirse una certificación de que el aspirante recitaba todas las noches al claro de luna una fúnebre elegía de un llorado poeta. Para ser cónsul en Pernambuco sólo servía quien tuviera el corazón de Romeo. Desde ese momento toda injusticia para con él la estimaba legítima: era aniquilar el mónstruo. Y con amargura escribe Eça:

Querido lector: nunca pienses servir a tu país con tu inteligencia, y para eso estudiar, trabajar y pensar. ¡No creas en la inteligencia, cree en la intriga! ¡No estudies, corrompe! ¡No seas digno, sé hábil! Y sobre todo, nunca vayas a un concurso: y cuando lo hicieres, en lugar de poner en el papel que tienes delante el resultado de un año de trabajo, de estudio, escribe simplemente: soy influyente en el círculo tal, y no me lo hagan repetir dos veces.

Por fin fué nombrado el gran escritor,—el 16 de marzo de 1872—Cónsul de primera clase en La Habana.

II

El sueño de Eça de Queiroz, dentro de la carrera consular, fué siempre ir a París. Era el campo propicio a sus inquietas facultades artísticas. Habituado a la vida elegante de Lisboa, atrasar un océano para ir a una mísera colonia de España, agitada por una revolución sangrienta; dejar el grupo de sus amigos y el templado clima de su patria para correr el riesgo de la poca salubridad que reinaba en las Antillas y sufrir los ardores del trópico, sólo como un penoso deber, en los primeros pasos de su carrera, pudo aceptar.

De La Habana siempre tuvo la peor impresión. Las veces que la mienta en sus novelas va siempre unida a un recuerdo poco grato. Nunca le interesaron las manifestaciones de la cultura cubana. Aunque nuestra admiración por el supremo ironista y nues-

tro patriotismo riñan en este caso, la dolorosa verdad es esa, y nada más.

Acaba de publicar su hijo un tomo titulado *Correspondencia* donde agrupa numerosas cartas íntimas, desde luego muy inferiores al famoso epistolario de Fradique Mendez; aunque el hijo, en su cariño filial piense lo contrario, ni siquiera puede estimarse como una continuación de aquellas sabrosas epístolas. En la tercera carta dirigida a Ramalho Ortigao, dice refiriéndose a Cuba, en un párrafo que traduzco:

¿Estoy ridículo? ¡Mejor! Ser ridículo es no parecerse a los insípidos. Pero lo que no estoy es condescendiente con esta tierra estúpida para donde vine, enredado en un decreto, impelido por un tratado. ¡Oh! La ciudad estúpida, fea, sucia, odiosa, innoble. ¡Oh! La gente grosera. ¡Oh! Los ridículos pantalones que usan. ¡Oh! La infecta prosa de sus periódicos. ¡Oh, el ambiente de sudor que todo tiene! ¡Ah! mi amigo, esta ciudad, esta gloriosa, ardiente y pálida tierra de canciones de zarzuela, ¡qué miserable aldea es, con todos sus palacios, con todos sus trenes arrastrados por cuatro caballos cubiertos de plata! ¡Ah! La miserable, subalterna, rastrera manera de estos espíritus. ¡Ah! las mezquinas preocupaciones de estos sentimientos. ¡Ah! el terrible precio de una camisa. ¡Ah! el vino malo. ¡Y los sucios hoteles! ¡Y las mujerse pintadas! Detesto esta ciudad verdeada y millonaria, sombría y ruidosa,—este depósito de tabacos, este charco de sudor, este estúpido palillero de palmeras. ¡Ah, mi amigo! ¡quién me viera en la rua Dos Caetanos! [En esa calle estaba la casa de Ramalho Ortigao, en Lisboa.]

Disculpe mi cólera—mas ella nace de un tedio sin límites y de un despecho cruel: el despecho de sentirme un pobre diablo artista, encajado en una función oficial, y tener que ajustar el sentido artístico al código de los cónsules.

Querido, estoy furioso, y tengo que responder a cuatro chinos que me están explicando—en chino—lo que quieren. Adiós.

Suprimiendo las exageraciones del nostálgico escritor, irascible y descontento en los instantes en que escribía a su gran amigo, la fisonomía de La Habana colonial, en 1873, no deja de aparecer en estas violentas exclamaciones. Y para que mis lindas compatriotas, no se ofendan demasiado por las pinturas de que habla el cónsul portugués en La Habana, debo declarar, en jus-

ticia, que en un informe suyo al Ministerio habló, en cambio, de los *negros y fúlgidos ojos* de las cubanas...

III

Por aquella época el Consulado de Portugal en la Mayor de las Antillas, tenía mucho trabajo y una posición difícil con respecto al Gobierno de la Colonia.

Había en la Isla más de cien mil asiáticos, salidos de Macau en su inmensa mayoría, quienes estaban bajo la protección de Portugal, y constituían los braceros de la industria del azúcar. Estos chinos eran objeto de una explotación inicua y vil, amparada por las autoridades españolas, que con los contratos de dichos trabajadores hacían lucro nefando. La legislación entonces vigente dividió esa inmigración asiática en dos especies de colonos: los llegados a Cuba antes del 15 de febrero de 1861, y los que arribaron después de esa fecha arbitraria. Los primeros habían cumplido ya el plazo de ocho años por que se les contrató, bajo condiciones peores que la misma esclavitud; por lo tanto, ya eran libres y el consulado podía darles su cédula de extranjeros. Los otros, los que llegaron después del año 61, y seguían llegando, eran obligados muchas veces al terminar sus ocho años de contrato a salir de la Isla por un mes o dos, para que tuviesen que contratarse de nuevo. El Gobierno, a los chinos que habían cumplido su primer pacto les impedía, por los medios más irregulares, que obtuviesen su cédula. Llegaba el atropello a tal punto, que los reconcentraban en barracones y los obligaban a trabajar gratis para obras del Ayuntamiento, hasta que el chino cedía y se contrataba de nuevo por otro período de ocho años, teniendo que trabajar por un salario ridículo desde las cinco de la mañana hasta bien entrada la noche. Sólo se le daba una hora de descanso, al mediodía, por el calor abrumante. Eça de Queiroz, con gran entereza, mantenía una firme actitud protectora sobre los chinos, lo que le costó no pocos disgustos con la Autoridad. Nunca dió su apoyo al tráfico inhumano. Se rebelaba siempre contra los fuertes en defensa de aquellos infelices *coolíes,* que únicamente podían retribuirle con las lágrimas de su reconocimiento. Llegó

a tal extremo, que tuvo un incidente con el Secretario General del Gobierno, y traslado aquí los párrafos de su informe, que se conserva inédito en el Ministerio de Negocios Extranjeros.

Yo me quejé—escribe—de haber recibido una comunicación ofensiva del Secretario General del Gobierno, habiendo pedido una reparación inmediata; esta dificultad terminó honrosamente: el Capitán General obligó en mi presencia al Secretario General que explicara las causas de la demora en ofrecer la reparación exigida; envióme al día siguiente un oficio, dando las explicaciones más cordiales, y haciéndome en seguida, personalmente, una visita. Este incidente tan favorablemente resuelto, no altera todavía en su esencia las dificultades existentes: la expedición de cédulas, con que se amparan nuestros súbditos de Macau, continúa prohibida; y hoy tuve noticia oficiosa de que se prepara en el Gobierno un decreto anulando, en todos sus efectos, cuantas cédulas ha expedido el Consulado. Si tal decreto se publica, termina virtualmente la existencia y la razón de ser de este Consulado; yo no puedo protestar contra la ilegalidad de tal resolución; toda mi autoridad está implícitamente perdida desde el momento que llega una Embajada China, reclamando como súbditos suyos los colonos salidos por Macau; y desde que el Gobierno de la Isla reconoce la autoridad de esa Comisión, todas las cuestiones de dichos colonos pasan desde luego a ser directamente tratadas entre los Enviados chinos y el Gobierno de la Isla, y yo mismo no puedo reclamar el derecho de intervención en los intereses de aquellos colonos que tienen título de nacionalidad portuguesa, pues que el Gobierno se prepara a anular la eficacia de esos títulos.

Claro está que a la gente de la Isla convenía mucho más esos Enviados chinos, que fácilmente se sumaban a sus ambiciones, que este hombre que los espantaba por no conmoverse ante la inesperada fortuna que le prometían. Eça de Queiroz envió entonces al Ministro de Negocios Extranjeros una de sus más bellas páginas, hermosa por su criterio y sentimientos humanitarios e inolvidable por la forma. De tan honroso documento entresaco algunos párrafos:

Recibí el oficio conteniendo las instrucciones relativas a la emigración asiática en esta Isla y la afirmación de que el Gobierno de Su Majestad *pocurará* regular definitivamente, por medio de un artículo adicional a la Convención consular con España de 21 de febrero de 1870, la situación y derechos de los colonos.

Tal convención es una necesidad inmediata: el procedimiento de los poseedores de colonos, y el cómplice asentimiento de las autoridades españolas, han sufrido últimamente apreciaciones severas; sobre todo: la prensa de los Estados Unidos, recordando que los propietarios de Cuba en vísperas de perder sus esclavos procuran indemnizarse con los colonos, y cambiar sutilmente la esclavitud importada por la esclavitud indígena, poderosamente ha despertado la indignación de la opinión pública en el Norte; y Mr. Fish, en su Mensaje al General Sickles sobre la insurrección de Cuba, "juzgó su deber recordar al Gobierno español que el pueblo americano veía con profundo disgusto que la baja avidez de los plantadores de azúcar explotaba opresivamente la grande colonia asiática de Cuba y por medio de recontratos forzados la mantenía en un lamentable estado de servidumbre."

Aquí expone Eça la situación desgraciada de los chinos por una legislación tiránica, abandonados a la explotación de los propietarios, a las arbitrariedades de la autoridad, a las extorsiones de la policía y a las exigencias de los Ayuntamientos; y agrega:

Una disposición antigua determina que todo colono que cumpla su primer contrato, será entregado por el amo a la autoridad local, quien lo encerrará en Depósito. El Depósito es una de las más características instituciones de esta legislación. Los Depósitos—cada capital de distrito tiene el suyo—son largos barracones, donde los colonos que cumplieron su primer contrato son encerrados como en una prisión hasta que se les impone un contrato nuevo. El Depósito tiene así dos fines; primero: impedir que se desperdicie la porción de trabajo que puede dar el asiático en el intervalo de dos contratos; segundo: impedir que puedan contratarse libremente, o salir ocultos de la Isla, o perderse en las jurisdicciones del interior, o de la *manigua* y libertarse por tanto de la tutela y del dominio de los plantadores; el primer fin es conseguido haciendo trabajar a los que están en Depósito en obras municipales del *Ayuntamiento,* sin salario; el segundo ejerciendo sobre ellos una vigilancia, igual en dureza y en rigor a la que se emplea con los presidiarios. La mayor parte de los Depósitos no tienen higiene, ni aseo, ni orden, ni humanidad; el suministro de la alimentación para los colonos es dado por remate a los dueños de tabernas que especulan materialmente sobre los víveres y se enriquecen con el hambre de los colonos; y allí se conservan aquellos desgraciados hasta que un propietario acude a solicitar cierto número de brazos para la servidumbre de un segundo contrato. Así, el Depósito es un intervalo esclavo entre dos esclavitudes.

Los chinos del Depósito son los esclavos transitorios de los Ayun-

tamientos. Allí justamente se encuentran una gran parte de los colonos que llegaron antes de 1861 y con derecho por tanto a cédula de portugueses; mas por el hecho de estar allí, bajo un reglamento penitenciario, no tienen facultad de reclamar su cédula y pierden por tanto todo el beneficio de la ley; así la Ley los liberta y el Reglamento los esclaviza. Sucede también que un gran número de los que llegaron antes de 1861 están ahora bajo la obligación de un segundo contrato en las jurisdicciones del interior, y no pueden venir a reclamar su derecho ante el Consulado de La Habana, porque es rarísimo el patrón que consiente que su colono pierda dos o tres días de trabajo para ir a la Capital y no pueden aprovechar las disposiciones que les favorecen. De este modo, estando parte de esos colonos en los Depósitos, y parte en las haciendas, apenas un pequeño número pueden alcanzar sus cédulas y las garantías del trabajo libre.

El Consulado ha pensado en la conveniencia de enviar un agente, con autorización del Gobierno de la Isla, que recorriendo los distritos, explorando los ingenios, examinando los Depósitos, vaya proveyendo de cédulas, después de previo proceso de averiguación, a todos los comprendidos en los términos de la Ley. Mas como el Gobierno, permitiendo esto, perjudicaría a los Ayuntamientos porque les quitaba los trabajadores gratuitos de los Depósitos, lo mismo que a los hacendados que tienen colonos en segundo contrato, el Consulado no espera para tal reclamación sino una resistencia inquebrantable.

Después relata los ataques de la policía quitándoles a los *chinos portugueses* sus cédulas, y las incesantes y diarias reclamaciones que por abusos de esta especie tenía que interponer, conduciéndose por los trámites inextricables de la complicada burocracia de la Isla, y entre otros, relata este hecho:

Hace diez y ocho meses llegó a la Isla un chino, no como colono, sino libremente como súbdito de Macau, médico de profesión y, como tal, empleado a bordo de un navío de emigrantes. Este desgraciado fué preso por la policía, momentos después de su desembarco como *colono sin papeles*. Hace diez y ocho meses que está en presidio; últimamente consiguió venir al Consulado, y reclamar como portugués; está consumido del trabajo y casi idiota del terror. Hace un mes que lo reclamé, pidiendo enérgicamente su inmediata libertad. No me han dado respuesta alguna y el miserable continúa en presidio.

Luego se extiende sobre las terribles condiciones en que se les lleva a Cuba en los vapores; los jornales absurdos que les pagan, sin contar los casos en que nunca los reciben, ni ropa para

vestirse; su alimentación compuesta de arroz y plátanos, y en algunos ingenios, como un lujo, una ración de tasajo; las horas excesivas de la faena, hasta el punto de señalar ingenios donde el colono trabajaba desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche; los castigos que se les infligían, consistentes en cepos y a veces en cadenas; llega a la conclusión de que eran odiados los chinos

atribuyéndoseles todos los vicios y procediendo con ellos con enemistad manifiesta. Los negros son estimados como institución doméstica; el chino se acepta como una necesidad inevitable y aborrecida.

Termina tan viril documento, la más razonada protesta de la esclavitud china,—a la que nunca en Cuba se le ha concedido la importancia que tiene entre las iniquidades de la colonia—sometiendo a su Gobierno varios puntos dignos de atención para los acuerdos a que quiere llegar con España, a fin de proteger los asiáticos de Macau, y que España, con su política constante de evasivas y prórrogas, dilató cuanto pudo amparando esa inhumana explotación del trabajo. Este notable informe de Eça de Queiroz, desconocido, señala una de las páginas más negras de la dominación española en Cuba, que se trata de reivindicar tan torpemente, en aras de una cordialidad que nunca, para ser sincera, puede cimentarse en el olvido y en el obscurecimiento de la verdad histórica.

IV

La inteligente actividad que acreditan los informes de Eça de Queiroz al Ministerio, numerosos, extensos y meditados, no podía dejar inadvertido el estado de guerra que devastaba a Cuba por aquellos años.

A fuer de críticos imparciales, señalamos con pena que el gran escritor portugués no comprendió, o no se ocupó en investigar, las justas causas y el verdadero anhelo del separatismo cubano. No pudo advertir la enorme trascendencia que tuvo. En sus impresiones políticas, enfoca la visión del problema desde La Habana, únicamente de la parte española, aunque desde luego, seña-

lando con precisión las graves faltas que los peninsulares cometían, hasta el punto de suponerlos causantes de que la insurrección no se dominara, a pesar de estar quebrantada ya por los años en que desempeña su puesto de cónsul.

Díce en uno de los escritos oficiales:

La insurrección en la Isla de Cuba es un hecho sin importancia local; los insurrectos, impelidos y confinados a los extremos del distrito oriental, están en este momento sin organización, sin fuerzas y sin medios de resistencia; no ocupan una población, un punto estratégico, un campamento definido; guerrillas compuestas de *negros fugitivos,* de *chinos rebeldes* y de *soldados desertores,* mantienen diseminadamente, una perturbación constante con ataques débiles e incursiones a las haciendas asoladas y a los puestos avanzados. La mayor parte no tienen vestidos ni armas; la miseria los desmoraliza: se alimentan apenas de una raíz extremadamente nutritiva que crece en la espesura de la manigua, y sus movimientos son más bien correrías en busca de víveres, que ataques de revoltosos. Es por eso que en estos últimos tiempos no han habido encuentros graves entre cubanos y españoles; los periódicos y los partes oficiales llaman batalla a conflictos parciales en que de un lado u otro quedan inutilizados cinco o seis hombres; en el ataque de Holguín, que tanto eco tuvo en la opinión, los cubanos perdieron siete hombres. Si Su Excelencia desea conocer el motivo de por qué no está sofocada en quince días, con una campaña sabiamente organizada, esta insurrección expirante, debe atender las palabras del Secretario Fish, Ministro de Estado de Washington: "La continuación de la insurrección conviene a aquellos que en La Habana suministran al Ejército de operaciones y que lucran con la confiscación de las propiedades de los insurrectos, o de los *supuestos insurrectos.*"

Y si Su Excelencia no olvida la *verdadera insurrección* que mantienen los cuerpos de voluntarios, cuyos coroneles son los más ricos hacendados y negociantes de Cuba, y que el hecho de tener a sus órdenes regimientos bien armados les asegura un perfecto dominio sobre la voluntad de las autoridades superiores, podrá fácilmente ver, a través de los disimulos, la secreta verdad sobre esta revolución interminable; sin dejar de ser cierto que todavía las condiciones en que están los insurgentes en los más espesos y despoblados distritos de la Isla, el profundo refugio que encuentran en la vastedad de los bosques tropicales y la inclemencia de aquellas regiones que destruyen por la fiebre a los soldados de la Península, prolongarán, o agregarán dificultades, a las operaciones del Ejército regular. Ahora bien: esta insurrección tan débil realmente en el lugar de la lucha, es fuerte todavía, de una fuerza incontrastable. Su fuerza está en Madrid, en los cubanos allí resi-

dentes, en los abolicionistas; está en New York, donde el Comité central de la insurrección y la emigración cubana, rica a pesar de todo, conspiran, preparan expediciones y por medio del poder americano minan el poder español; está en La Habana, donde los más ricos cubanos se conservan aparentemente afectos a España, secretamente dados a los revoltosos, por lo menos de intención; está, en fin, la fuerza de esta insurrección, *en la opinión del pueblo de los Estados Unidos* que es generalmente favorable a los cubanos y en la influencia de ciertos periódicos, como el *New York Herald,* guías de la opinión pública que apasionada y lentamente preparan la idea de una intervención americana.

Después de hacer largas consideraciones sobre varios aspectos de la política local, continúa:

En cuanto a la cuestión del momento, la emancipación de los negros, crea Su Excelencia que no es mirada hostilmente: desde hace mucho, todos comprenden que la emancipación es inevitable y apenas se difiere sobre la manera de reglamentarla. Aquí la emancipación es contraria a los intereses; no contraria a las costumbres; el negro aquí no es el esclavo oprimido, apaleado, brutalizado, como lo era en la Louisiana y en todos los Estados del Sur. El negro aquí es una parte de la familia; cuando la benevolencia por él no proviene de la bondad del sentimiento, proviene de la maldad del egoísmo: el negro es un capital de mil doscientos o mil quinientos pesos que es necesario vigilar, nutrirlo *bien,* tratarlo *bien* en las enfermedades y evitarle las fatigas. Ellos mismos cogen afecto profundo a la casa, y si de repente fuese decretada la emancipación radical, sin condiciones, la mayor parte no querría cambiar la vida harta de los ingenios por la miseria aventurera de La Habana. La emancipación, pues, no encontraría dificultades en la Isla, y—dada esta satisfacción al sentimiento universal—*yo creo que por algún tiempo se podría lograr la pacificación de Cuba;* por lo menos no veo lo que pueda dar fuerza, *por ahora,* a la insurrección: los elementos que ella tiene son los mismos que tenía en 1868, débiles, gastados y arruinados.

Ningún impulso la ha vivificado. Las repúblicas españolas que rodean al Golfo de México y las que se extienden para el sur, tienen dentro de sí las más complejas perturbaciones, no pueden prestar atención a independencias ajenas, *ni querrían egoístamente comprometer su naciente comercio con la Península.*

Los Estados Unidos no tienen,—terminada la esclavitud—un pretexto legítimo para intervenir; ni creo que en su egoísmo de nación rica y escéptica procure una perturbación armada. Existe, en verdad, en dichos Estados un fuerte partido que aboga por la intervención; es

el partido de los especuladores de la alta administración, que—después de haber devorado las riquezas del Sur—esperan que una intervención en Cuba tenga por consecuencia la anexión de la Isla a la Unión Americana, y haya oportunidad de establecer sobre el rico territorio de Cuba un largo sistema de explotación administrativa; es un partido que, como los antiguos prefectos en Roma, precisa tener siempre una provincia que devorar, y como ya agotaron la Louisiana, el Mississippí, y otras provincias del Sur, vuelven los ojos para las opulencias de Cuba.

El viejo tópico de siempre, suponer en la conducta de los Estados Unidos un egoísmo repugnante, unos groseros sentimientos, falta de espiritualidad para todo, llevó también a Eça de Queiroz a las afirmaciones, destruídas por los hechos que luego ocurrieron, que dejamos consignadas. Él desconocía seguramente todas las notas diplomáticas que sobre los problemas de Cuba, desde que tomó posesión de la Presidencia el General Grant, se venían dirigiendo al Gobierno de Madrid. No es de culpar a Eça de Queiroz por sus ideas, cuando aun hoy los propios cubanos, salvo contadísimas excepciones, desconocen ese proceso internacional, originado por las eficaces y sabias gestiones de nuestro primer Ministro en Washington, Morales Lemus, y resulta más cómodo sumarse con pereza a la corriente de opinión formada sobre la mala fe de los Estados Unidos con respecto a Cuba.

Cuando Eça de Queiroz escribía estas líneas e interpretaba de ese modo los generosos sentimientos americanos, cuyo Congreso había aprobado ya una ley para facultar al Gobierno el reconocimiento de la República de Cuba—meses antes que Chile, Perú y Bolivia reconocieran beligerancia a los cubanos—aprovechando además su cordial saludo a la República española, para agregar la Cámara de Representantes una cláusula en favor de nuestra insurrección, no una, sino varias notas, se habían cruzado, que mucho ayudaban los anhelos separatistas. Ya los Estados Unidos habían ofrecido a España promediar en la insurrección, interponer sus buenos oficios, para que terminase aquella terrible guerra, y la primera base de esas negociaciones diplomáticas era *el reconocimiento de la independencia de Cuba.* No culpamos a Queiroz de esa limitación, que desgraciadamente aún priva, acerca de los verdaderos ideales de justicia del pueblo norteamericano. Cáno-

vas del Castillo pensaba así también, y su soberbia y su torpeza hundió para siempre el poder colonial de España. Bien claro lo dice Enrique Piñeyro—uno de los pocos escritores de Hispanoamérica que ha estudiado y conocido profundamente la poderosa democracia del Norte—:

Para Cánovas, como para muchos otros en España y fuera de España, la República angloamericana era sobre todo el país del dolar omnipotente, una nación de comerciantes y especuladores frenéticamente dedicados a ganar, gastar, ostentar sumas fabulosas; y nada más fácil, por tanto, que atraer y contener a sus gobernantes con el sebo del lucro y promesas de franquicias arancelarias y aumento de tráfico mercantil. Error profundo, es claro. No soñaba él ciertamente que ese derecho que la República se atribuía de enderezar entuertos en su propio Continente, y que él hallaba inaceptable, sublevaría un día el país de un extremo al otro, indignado, estremecido, por lo que, de atentado en atentado y de horror en horror, llegaría la política del omnipotente Ministro a ser por último en la Isla de Cuba.

Al final del informe de Eça, cuyos principales conceptos he traducido, se vierten sus impresiones personales sobre el odio que los españoles sentían por los norteamericanos, odio que califica de *gratuíto,* y dice que había oído declarar a "españoles influyentes, que perderían de buena gana las riquezas de la Isla para reducir a los americanos"; latente hostilidad, de la que los españoles de la Península no han querido curarse y que tratan de propagarla entre los pueblos de América, cubierto bajo la forma de un hispanoamericanismo, bastante curioso e inconsistente, a poco que se ahonde en nuestros dolores del pasado y en nuestras necesidades del porvenir. Y refiriéndose al fugaz establecimiento de la República en la Metrópoli, dice Queiroz:

En cuanto a la opinión de la Isla sobre los recientes acontecimientos de España, ésta no se manifiesta con claridad. Las autoridades se adhirieron a la República; pero sus antecedentes son conservadores. Además de eso, la imprenta no puede esclarecer la cuestión, porque la censura previa, impíamente, le corta toda tentativa de apreciación independiente, y la verdad misma no es bien conocida, porque los telegramas están sujetos a la censura y apenas se publica lo que la Secretaría de Gobierno consiente.

Pienso todavía que la opinión dominante es alfonsina. Mas, gene-

ralmente, a gran distancia, el egoísmo de los negocios, las preocupaciones de la política de la Isla, le tornan un poco indiferente de lo que pasa en la Península. La Habana es una ciudad de negocios y de rápido enriquecer. Los espíritus no se inclinan a apreciaciones de principios o de gobiernos. Con tal que haya orden y nada perturbe las fortunas adquiridas y la tranquilidad de las transacciones, la población comercial está contenta... Cuba tiene la ventaja de que, aparte de las perturbaciones de los hombres, la naturaleza divinamente impasible no se cansa de ofrecer la abundancia, y así cada año la zafra es mejor que el año precedente; de suerte que sus elementos naturales de orden y progreso son superiores a sus desórdenes accidentales.

Así termina este informe de Eça de Queiroz. Su juicio acertado, sobre la bendita condición de la riqueza natural de Cuba, hermosa verdad que nos ha permitido reponer prontamente los bienes materiales después de trágicas vicisitudes históricas y de quebrantos económicos republicanos, acredita al funcionario consular y maravilloso escritor una perspicacia que no demostró en los aspectos emancipadores de Cuba.

V

En el verano de 1873 dió un viaje por los Estados Unidos y Canadá. Desde Montreal le escribe a su amigo Ramalho Ortigao, y vuelve a hablarle de sus "nervios misteriosos que vibraban" y de los "pesados días de Cuba". Visita las Cataratas del Niágara, y le dice:

El Niágara me sacudió porque yo estaba solo y descontento. Si hubiese estado con un amigo, consideraría que el Niágara era simplemente un río que se derrumba, y no habría sacado de aquellas circunstancia natural y geológica otras imágenes u otras sensibilidades. Mas como estaba solo, el paisaje infinitamente dulce, vasto y llano en las márgenes de aquel río, sagrado en la religión de los indios, o el mismo hecho de su caída—aspecto horroroso y singulamente cautivante—la belleza divina de las islitas que están justamente en donde el vasto río cae en lo ancho de dos millas, pequeñas islas llenas de bosques, de flores, de sombras, de gracia y de claridad, en medio de la demencia pavorosa de la caída—todo eso me hizo pasar unos días excesivamente nerviosos y románticos—y tanto, que dejé el Niágara y me vine al Lago Ontario.

En esa misma carta, después que ha conocido Filadelfia, Chicago y Nueva York, siente por Chicago "ciudad resumen del genio evolutivo de las poblaciones del Oeste", una especial predilección; piensa que es necesario amar a Nueva York, a *pesar de sus brutalidades*. Comprende en seguida que "está entre un pueblo bárbaro que aprende la civilización de memoria".

Mas, bárbaro cómo es, ¡qué fuerza, qué original inventiva! ¡Qué firmeza!... Dicen que los americanos no tienen arte: es verdad. Esto tiene sus razones, que no son del género epistolar; mas tiene sobre todo una razón suprema: es que su genio artístico está enteramente empleado en la vida doméstica. Construir, establecer, ornar, crear un interior, es el fin de toda materia artística, tanto como dibujar la toma de Constantinopla; y yo, por mí, me juzgaría más profundamente artista por haber creado a los míos un interior sabio, colorido, dulce, atrayente, influyente, inteligente, que haber contado a los otros la *Historia de la Sybila* o lo que hizo Clemençeau.

Eça de Queiroz, empezaba a conocer los Estados Unidos.

El 29 de noviembre de 1874 fué trasladado para el Consulado de Portugal en New Castle on Tine, Inglaterra, donde permaneció hasta 1878. De esa época se conservan una extensa memoria comercial, y varios informes interesantes sobre los movimientos obreros, y muy principalmente sobre las huelgas de los trabajadores en las minas, cuestiones completamente ajenas a nuestro estudio sobre la permanencia de Eça de Queiroz en nuestro querido "palillero de palmeras"...

VI

Cuenta Alberto D'Oliveira en sus páginas de memorias sobre Eça de Queiroz, una simpática anécdota, ocurrida al autor de *La Ilustre Casa de Ramírez* en Cádiz, cuando se dirigía a tomar posesión de su consulado en La Habana en los días que allí se detuvo para embarcar.

Tan pronto llegó al hotel pidió un baño y le respondieron que en el establecimiento no lo había, pero que enfrente, del otro lado de la plaza, podría encontrar una casa de baños donde entregarse con fervor a las delicias de las termas.

Eça de Queiroz escuchó las explicaciones no sin cierta extrañeza, y poco después descendía de su cuarto, envuelto en una larga bata de felpa, en pantuflas, llevando bajo el brazo una toalla y en la diestra un jabón y una esponja inmensa. Bien calado su monóculo, que nunca abandonaba, no quiso escuchar las advertencias del hotelero, que preveía un escándalo en la plaza pública con la presentación del portugués en tal figura. Con firmeza le replicó:

—En el hotel no hay baño. Todos me afirman que el baño está allí enfrente. Yo no puedo vestirme sin lavarme primero. Por eso voy allá con el vestuario propio y los necesarios utensilios para enjabonarme y secarme. Yo no tengo la culpa de que el hotel no haya baños.

Y resueltamente salió a la calle, cruzó la plaza, y entró en el balneario, formándose entre el público allí congregado numerosos corrillos que entre risas y chistes comentaban la audacia del huésped portugués.

El regreso al hotel, envuelto de nuevo en su larga bata, portando los mismos adminículos de limpieza, fué un retorno triunfal, casi una apoteosis, entre una doble fila de curiosos, verduleras y desocupados, dispuestos a derramar toda la gracia andaluza sobre aquel intrépido viajero que tenía la heroicidad de bañarse.

—¡Olé por los valientes que no le tienen miedo al agua!—gritaba uno.

—¡Bendita sea la *mare* de ese hombre limpio!—decíale al paso una vendedora de sardinas.

—¡Y que se ha *bañao* con esponja y con jabón!—comentaba una vieja.

—¡Vaya meticuloso! ¡Fregó hasta la mitad del espejuelo que lleva *prendío!*

—Salud, César de la Hidroterapia—dijo, quitándose el sombrero, un seminarista arrepentido.

Y Eça de Queiroz caminaba procesionalmente, saludando a la multitud con la mano en que esgrimía la esponja.

Durante muchas semanas se habló en Cádiz de aquel excén-

trico cónsul de Portugal, tan amante de la higiene. Y cuando Alberto D'Oliveira paró en el mismo hotel, muchos años más tarde, le recordaron el acontecimiento del compatriota suyo que había tenido una limpieza tan memorable.

ANTONIO IRAIZOZ.

Lisboa, diciembre de 1925.

DON MARCELO PEÑALBA DE MENDOZA

EPISODIO NOVELESCO DE LA SEGUNDA CONQUISTA DE AMERICA (*)

I

La mañana en el bufete de un insigne letrado

UANDO Fernández entró aquella mañana en el vasto zaguán señorial de los Peñalba de Mendoza, como por cuatro años atrás venía haciéndolo puntualmente, a la misma hora, sus movimientos revelaban una honda preocupación.

El viejo portero contestó a un saludo que no había recibido, pero cayó pronto en cuenta. Vió al joven detenerse ante la mampara, producir una ruidosa castañeta, describiendo con la mano derecha una curva en el aire, y llevarse, finalmente, la mano a la boca.

(*) El episodio novelesco cuyo es este bello fragmento, que Cuba Contemporánea da a conocer en sus páginas, consta de cuatro Capítulos según el siguiente Índice: Primera parte:—I: La mañana en el bufete de un insigne letrado.—II: Una familia prócer.—III: Epicuro, conspirador.—IV: El santuario profanado.—V: El primero en la guerra.—VI: ¡A las armas!.—VII: Una carta que llega tarde. Segunda parte:—I: Las tribulaciones de un idealista.—II: Daniel Molina, "coaybayano *verdá*".—III: "Teresa no llores más..."—IV: Serafín Morán vuelve a sentirse civilizado.—V: Fuenteclara en poder de los rebeldes.—VI: Siguen las conquistas.—VII: Don Marcelo no quiere ser orador. Tercera parte:—I: Del dicho al hecho...—II: Para Fernández todo va a pedir de boca.—III: El amor, el cuarto poder y la filosofía de Nietszche.—IV: Enter Shylock.—V: El cabaret del Torreón.—VI: "El cochino dinero."—VII: Así caen en Coaybay los hombres honrados. Epílogo:—I: Carta del Ministro de Coaybay en Norlandia, a su padre.—II: Carta de Mr. Paul Tallies, ciudadano norlandés, al Ministro de Coaybay en París.

—¿Qué se le olvidó?

—Oiga, viejo,—prorrumpió el joven en tono conminatorio—. Asómese ahí a la puerta, con disimulo, y dígame si aún están ahí dos hombres, uno en cada esquina...

Y mientras el anciano asustado, obedeciendo no sin cierta vacilación pero con ese arranque súbito del hombre acostumbrado a recibir órdenes, echaba a andar hacia la puerta, el otro añadió:

—...¡Son dos policías de Monteblanco! Seguro. Les pasé por el lado sin darme cuenta: sin reconocerlos. Pero el vestido de negro es Ruiz, el bandido Ruiz, a quien se le ha muerto una hija en estos días. ¡Seguro!...

—Ahí vienen!—musitó el portero, tratando de dar a sus movimientos naturalidad.

Fernández vaciló un momento.

—Yo me voy para adentro, viejo. ¡Como si nada hubiéramos advertido!

Y, rápidamente, empujó la mampara y entró en el gabinete.

*

El antiguo palacio de la familia Peñalba de Mendoza, a pesar de las reformas hechas en las ventanas del piso bajo, donde, a la derecha de la entrada, instaló el primer gran abogado de la familia su bufete; y a pesar de la reconstrucción completa del viejo balcón de madera, que cambió radicalmente su primitivo aspecto, llamaba todavía la atención de los extranjeros inteligentes, por su nobleza de proporciones, la majestad de su maciza puerta central, la altivez aristocrática de su blanco ventanaje y el tallado de jambas y dinteles en la piedra, cien veces remendada y siempre pintada al óleo, en gris.

Para los coaybayanos, desde luego, el viejo caserón no tenía nada de particular. Naraguá antigua, la parte de la ciudad definitivamente conquistada por las bárbaras huestes del Progreso para sus almacenes mal olientes, sus enormes y destartalados carros, sus peones sudorosos y ajetreados, sus potros de descarga, sus toldos, sus letreros: el *down town* de la gran ciudad moderna y norlandizada, conservaba todavía otros palacios de la misma época colonial española, y del mismo estilo.

La última gran reparación y pintura a la casa costó por cierto muchas lágrimas y una profunda decepción a su linda y joven reinecita, la hija única del prócer. Todas sus amigas, al conocerla y saber su dirección mostraban siempre el mismo gesto de asombro. Ellas, naturalmente, vivían en Pampaniyas, la ciudad nueva, orgullo de los modernos naragueños.

Y América, que por meses y meses había puesto en juego sus más irresistibles zalamerías para decidir a su padre a abandonar el viejo caserón, sólo obtuvo, como compensación, la inesperada aquiescencia de Don Marcelo a su cien veces planeado y ya casi abandonado proyecto de temporada en Pampaniyas, en casa de sus primas Nereida y Adela..

Cuando, una vez terminadas las obras, América volvió a su casa de la calle de San Andrés y se vió sola, perdida en aquel enorme salón de cuarto, el mismo paredón del vecino Convento de las Ursulinas frente a su balcón, el mismo mobiliario familiar, obscuro y triste, las mismas altísimas paredes, ahora más blancas, más espectrales; cuando evocó el recuerdo de las noches anteriores, en aquel cuartito del *chalet* de sus primas, a donde llegaban en deliciosa y rara mezcla los perfumes del jardín y los ecos lejanos de la vida social en los barrios de ricos; un piano trasnochador, alguna fiesta, las bocinas de los automóviles de lujo, los grupos de muchachas y de jóvenes, saliendo del *Tennis Park* de la Calzada y cambiando, entre carcajadas y exóticos *Good night!* los últimos saludos... Cuando la pobre reinecita solitaria quiso oír otra vez todo aquello y sólo oyó el silencio abrumador del barrio comercial casi desierto, roto súbitamente por unos pasos acelerados, trágicos, que el paredón del Convento reduplicó implacable hasta que se apagaron allá lejos, en la noche; sus ojos se llenaron de lágrimas, y un dolor agudo, casi físico, le mordió en el corazón.

Ella no se sentía débil, sin embargo, ni ridículamente sentimental, a la antigua. Calló su dolor y siguió esperando. ¡Algún día sabrían quién era ella!

Su hermano mayor, Epaminondas—o cómo lo conocía todo el mundo: "Minón"—era para ella casi un extraño. Le llevaba ocho

o diez años y estando ella todavía en el colegio, interna, naturalmente, en el Sagrado Corazón, embarcó él para Europa.

El Minón prematuramente calvo y prematuramente cano, elegante, teatral, sedoso y siempre sonriente, irónico, desconcertante: ese hermano suyo que había vuelto de París hacía poco, le parecía demasiado poco su hermano. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no rechazar sus primeros besos, y otro esfuerzo después, para no acordarse más del asunto.

Washington, su otro hermano, era otra cosa. Con los años, sin embargo, se había vuelto demasiado gruñón, demasiado viejo. Los libros le habían dado unas pretensiones tremendas. Una noche, después de una acalorada discusión sobre un tema muy complicado de política o algo parecido, se lo había oído decir a su propio padre:

—Tu ciencia económica se te ha subido a la cabeza... ¡Esta es la última vez que discuto contigo!

Era con su viejo, con su viejo querido, con quien, al fin y al cabo, mejor y únicamente se entendía en la casa.

Pero su padre era un hombre siempre atareado, lleno de preocupaciones, solicitado constantemente por una visita, por un recado telefónico, por grupos y grupos de hombres siempre—a excepción de unos cuantos—desconocidos. Su padre era un gran hombre: todo el mundo hablaba de él con gran respeto.

Ella, sin embargo, en sus cavilaciones, alcanzaba a veces una conclusión extraña: algo debía faltarle a su padre cuando a pesar de aquel respeto y de aquella admiración, de aquellas manifestaciones generales de aprobación, él no ocupaba ningún puesto de importancia, ni ganaba mucho dinero, ni podía evitar que Minón y Washington, cada uno a su manera, le hiciesen inculpaciones y censuras.

Y con su certero instinto femenino, a pesar de sentir también hacia su padre una profunda admiración, lo trataba con cierta recóndita e indefinible lástima.

Por eso lo defendía valientemente, todos los días, al menor asomo de discusión familiar, y acababa con estas discusiones cualesquiera que fuesen, si no encauzándolas y a falta de autoridad para suprimirlas, enredándolas. Y hasta que todas las censuras

—las del padre inclusive—no se concentraban unánimemente en contra de ella, no se sentía tranquila.

Por eso cuando tenía que ponerse por vigésima o trigésima vez el mismo vestido o el mismo sombrero, y protestaba en voz alta, todo, absolutamente todo le importaba poco... menos que la oyera su padre.

Por eso, quién sabe, a pesar de sentirse humillada muchas veces entre sus amigas ricas, enarcaba las cejas y se mordía la punta de la lengua con los dientes, en un mohín muy suyo, cada vez que le presentaban al hijo de un político influyente, enemigo disimulado de su padre. Por eso se fingió enferma, cuando aquel baile en Palacio, al que tanto deseaba ir, y hubo de comprender que su padre temía negarse a asistir sin un pretexto fuerte.

De aquel prócer, no sólo respetado por la tradición nacional y admirado por su talento, sino temido, además, por su imperturbable sangre fría y gran valor personal, que a sus cincuenta y seis años de edad le hicieran exigir la concertación de un serio duelo a pistola—último lance de un largo historial caballeresco—y herir gravemente a su adversario: de aquel Don Marcelo Peñalba de Mendoza, justamente respetado, admirado y temido por todo el mundo, sabía ella flaquezas profundamente humanas e igualadoras; y cierta debilidad, además, cierto defecto...

Su terrible secreto, empero, estaba bien guardado. Ella misma no lo sabía.

*

Fernández aquietó con presteza el bamboleo de las mamparas de resorte, y esperó inmóvil detrás de ellas.

Oyó unos pasos en el zaguán y se hizo a un lado: acababa de reconocer la voz de la escribiente.

La recién llegada, en efecto, cambió un afectuoso "buenos días" con el portero y empujó la mampara.

El encuentro, inesperado, la sorprendió:

—Pero... pero ¿qué haces ahí?

Fernández, asiéndola por la cintura con un brazo, mientras que mímicamente le ordenaba callar, la atrajo a sí.

—¡Pero aquí van a vernos, loco! El viejo está ahí mismo!...

—¡Pss! ¡Espérate un momento!—musitó él.

Y la besó quietamente, sin pasión:

—¡Vamos para adentro!—suplicó ella.

—Espera... espera...

Esperó, y esperó en vano lo que ella esperaba. Fernández seguía inmóvil, en atisbo.

—Pero ¿qué es lo que te traes, chico?—preguntó de una vez.

Y su tono, casi agrio, no era ya el de la voluptuosa reconvención primera.

Fernández la libertó con un movimiento que pedía nueva espera, y entreabriendo la mampara sacó la cabeza:

—Viejo... ¿qué hubo? ¿Se fueron?

—Pasaron para la otra esquina, y se fueron. Ahora no los veo.

Deteniendo la mampara con su cuerpo, Fernández reflexionó unos segundos. El portero repitió dos o tres veces su misma información:

—Pasaron... Pasaron... Ya no los veo. Se fueron... Pasaron para la otra esquina...

Y añadió al cabo, como encontrando al fin algún detalle perdido:

—Metieron bien los ojos para adentro... sí señor! Me miraron a mí y metieron los ojos bien para adentro... Pero ya no están ahí. Se fueron...

Fernández balbuceó unas palabras, que terminaron con un "avíseme" bien articulado, y entró de una vez. Ni siquiera advirtió que su linda compañera de trabajo, desentendiéndose de él, había ocupado ya su puesto, frente a la maquinita de escribir.

Lolita Meireles, sin embargo, era lo suficientemente inteligente para estar ya, como sin duda lo estaba, en situación. Al cabo de dos años de pasar juntos las seis o siete horas del día de labor, encerrados entre aquellas altas paredes de libros y solos muchas veces, empujados a las confidencias y las intimidades, Alejo Fernández y ella constituían una curiosa pareja de esposos sin materialidad de relaciones.

El propósito más sincero y decidido de ambos era, desde luego, el de casarse. Don Marcelo había aceptado satisfechísimo la

noticia, un año atrás, y prometido su asistencia al acto como padrino del uno o del otro... o de los dos al mismo tiempo. Ya se habían comprado muchas cosas, algunas de ellas importadas directamente de París.

Pero tal como estaban las cosas... ¿quién se casaba?

Aquella mañana, como siempre, mientras llegaban las primeras visitas y Don Marcelo, allá arriba, tomaba su café con leche y leía los peridiócos, los novios discutieron su problema.

La única diferencia era que él hablaba u oía nada más. Cuando no ideaba férvidas actividades demostrativas de su cariño, que ella admitía siempre con tanta complacencia al principio, como dulce pero definitiva resistencia a determinada intensidad...

Ella, en cambio, menos en los momentos más indispensables, no dejaba de trabajar. Leía las cartas que Don Marcelo le dejara el día anterior, con sus instrucciones para la respuesta al pie, o seguía la copia emprendida, o arreglaba el archivo cosiendo expedientes y anotando aquí y allá las referencias.

La presencia de la policía secreta por los alrededores de la casa del prócer, no produjo en ella la misma impresión que en su novio.

—Aunque tú te empeñes en tapar el mundo con un dedo, hay que ser sordo y ciego para no darse cuenta de que aquí se está conspirando. Por mucho que Don Marcelo se muestre preocupado, sobre toda otra cosa, con la guerra europea; por mucho que diga y repita sus palabras de siempre: que él está "por encima de todas las turbiedades y vacilaciones del presente", y que se siente demasiado viejo y demasiado abatido... díme: ¿quién ignora a estas horas que su hijo Minón, el General Menéndez, el catalán Montaner, el "bobito" de Serafín Morán: todos esos que entran y salen, y mandan telegramas y hablan en voz baja, están preparando una revolución? ¡Cómo si la gente fuera boba!

—Que te oiga Don Marcelo hablando así... ¡y se arma!

—Yo te juro que a veces me parece imposible que hagan las cosas tan mal.

—Pues a mí, la verdad, no me parece que...

—Y lo único que te digo es que si las mujeres conspirásemos, lo haríamos mucho, pero mucho mejor que ustedes.

Fernández sonrió de buena gana. Era la primera vez aquella mañana que la miraba realmente. De un golpe, mientras su novia hablaba, todo ocupó un plano secundario y borroso en su mente, y su atención vino a caer, como un gavilán que ojeó su segura presa, sobre la boca de ella...

—Dame un beso,—articuló como un autómata.

Lolita siguió su oración iniciada, mientras él revisó amorosamente una vez más su pelo negro y sedoso, sus ojos profundos, su boca pulposa, la alba blusa transparente y su faldita negra apretando sus amplias formas, sus escarpines de charol... Cuando ella consideró suficientemente bien expresados sus conceptos hizo una breve pausa y, mirándolo entre burlona y cariñosa, preguntó:

—¿Qué es lo que estás diciendo?

—¿Yo?...

Y al cabo de un segundo de sincera confusión:

—¡Pero si eras tú la que estaba hablando!

Ella rió. En su risa, sin embargo, la expresión burlona había desaparecido. Ahora había más como una invitación, como el otorgamiento del favor pedido...

Pero decididamente Fernández estaba aquella mañana preocupado. Como si poco antes hubiera formulado su amorosa demanda obedeciendo a un subconsciente encadenamiento habitual, entre la contemplación de la amada y el deseo de besarla, fué él entonces, a su vez, quien ignoró su propia demanda, e inició una extensa lamentación de su suerte.

Él era patriota, desde luego, y se dolía de la situación del país. Para nadie era el tirano Monteblanco más odioso que para él Pero ¡otra revolución! Y si esa revolución estaba destinada a dar por único resultado la subida del Partido Liberal, con Castrosagua a la cabeza, entonces: ¡pobre país! ¿Quién no sabía que el tal Castrosagua era una "fiera" para los sucios negocios, que era un hombre inmoral, sin otro prestigio que el haber seguido representando por años y años, mientras Monteblanco "aflojaba" dinero hasta para la oposición, la comedia de su "liberalismo", de su oposición al Gobierno?

—Pero la idea de "Minón", según el mentecato de Serafinito, es otra—arguyó ella al cabo de un breve silencio.

—Allá por el extremo Oriente, algunos soñadores piensan todavía en Don Marcelo...

—El General Menéndez no es ningún soñador...

Y como su novio callara:

—Si Serafinito repite en todas partes lo que yo le he oído aquí, no es extraño que Monteblanco mande sus policías a vigilar a Don Marcelo. Es lo único que te digo.

—¡No lo he oído yo, al mentecato ese!—fué la réplica.

—Mira Alejo: es el colmo de tu discreción negarme a mí lo que no tienes que decirme para que yo lo sepa. Por mis manos pasan estas cartas, que hablan de palomas, de abanicos, de "mercancías"...

—Pero esas cartas no son de Don Marcelo!

—A Don Marcelo se le está urdiendo la cosa alrededor para comprometerlo, para obligarlo, para evitar que él tenga vacilaciones y pida plazos. Yo demasiado sé que el viejo está realmente cansado—no como él lo dice—y que su intervención en el asunto es bien distinta.

Y volviéndose de repente, como si buscara algo:

—¿Donde está *La Mañana* de hoy? ¡Mira!: Don Marcelo Peñalba de Mendoza hace declaraciones... Su caballo de batalla es la fusión de los elementos liberales, la renovación del Partido, con su designación para la Presidencia...

—Para la Presidencia del Partido...

—¡Pero Alejo!

Fernández abrió el periódico sobre la mesa de ella. Por su mente volvió a cruzar la misma obscuridad, el mismo tumulto incierto de presentimientos dolorosos, cada vez que chocaba con una nueva evidencia de *aquello.*

Demasiado sabía él de las actividades de Minón Mendoza. La vehemencia de sus propias objeciones a ese movimiento, sin embargo, le había sugerido un pueril consuelo en su actitud de negarse a saberlo, so pretexto de absoluta fidelidad a Don Marcelo.

De mente sencilla y pocas ambiciones, Alejo Fernández no sentía en realidad ese interés por la cosa pública tan característico en los hombres de su raza. Había terminado su carrera de

derecho con más de un suspenso, y hasta con reprobados en Historia y en Instrumentos Públicos, incomprensibles para sus compañeros de aula. Pero nunca se pudo afirmar de él que fuese un mal estudiante. Dos años antes de terminar su carrera, al morir su padre, más de pena que de otra cosa, por la intriga que le privó de su puesto en la administración pública, Alejo entró en el bufete del Licenciado Peñalba de Mendoza, antiguo y fiel amigo del difunto. Trabajó y estudió con ahinco; y el día que vió su nombre impreso en las carátulas del estudio de Don Marcelo, junto a los de los hijos del prócer, experimentó la perturbadora sensación de haber llegado a alguna parte. Su aturdimiento, empero, le duró varios días, y apenas se dió cuenta de que seguía en el mismo punto.

La rutina del bufete tuvo en seguida en él un silencioso y activo motor. Al cabo, el doctor Peñalba de Mendoza nunca había sido abogado de muchos pleitos; y su alejamiento de la Audiencia, desde la segunda reelección del General Monteblanco a la Presidencia de la República, había contribuído bastante a la merma del prestigio de su bufete. Al principio de su carrera, abandonada después, el primogénito había trabajado con el padre. Lo mismo había hecho el segundo hijo, Washington de nombre, gran estudiante y premiado con beca de viaje al recibirse de abogado. Su estancia de dos años en los Estados Unidos, donde su padre lo enviara para arrancarlo de Coaybay durante el terrible período de completa dictadura de Monteblanco, había devuelto a Washington desencantado de su carrera y empeñado en "producir" alguna cosa—como decía—hasta que se fué a la finca de Gualama, a criar aves de corral y sembrar frutos menores...

Pero ya él era abogado también: ¡el Doctor Fernández! Y su gran ductilidad de carácter, su simpatía personal y sus cariñosas familiaridades con todo el mundo, del Presidente del Tribunal Supremo al último escribiente de Juzgado, habían realizado el milagro de mantener el antiguo bufete de los Peñalba de Mendoza en una medianía decorosa. Con sus afectuosos apretones de manos y sabrosas charlas entre los más caracterizados amigotes del tirano, los negocios del prócer incorruptible e inexorable iban tirando...

Su verdadera significación en aquella casa, sin embargo, era también un secreto hasta para él mismo. Él sólo sabía que Don Marcelo Peñalba de Mendoza, admirado y respetado profundamente por su padre, lo había admitido allí casi de lástima. Y que si por contraria suerte se hubiese visto obligado actualmente a renunciar a aquello: ¿a dónde habría ido?

Su novia, además, significaba demasiado para Alejo Fernández. Y Lolita Meireles era también hechura de Don Marcelo. Malas lenguas le aseguraron un día que era su hija...

Sus recuerdos en éste punto solían mortificarlo profundamente. Porque si él tenía la prueba de lo contrario, esa prueba no le hacía mucha gracia: Epaminondas, el hijo mayor, a su vuelta de Francia, un año atrás, no había ocultado a nadie que Lolita Meireles le gustaba, le gustaba de veras, como para casarse en seguida.

Y Don Marcelo no se asustó ni mostró oposición alguna. Cuando ellos, Lolita y él, se decidieron a confesarle el secreto de sus relaciones amorosas, ya consagradas por un año de mutuas esperanzas, el prócer no pudo al principio disimular su turbación. Era indudable que él no había rechazado la viabilidad del matrimonio con su hijo. Aquello era una de tantas, como las que cada día escuchaba de éste y de aquél, siempre arrojando lodo sobre alguna reputación, preferentemente de mujer...

Lolita Meireles le había hablado de su pobre madre muchas veces. Había sido novia, en su juventud, de Don Marcelo. Se enteró de una de las suyas, y, para arrepentirse de ello después durante toda su vida, lo plantó. Se casó con otro en la estúpida creencia que así abrumaba, aniquilaba al flamante Don Juan. Y Don Juan, naturalmente, se rió de ella. No la volvió a ver hasta que viuda y dependiendo dificultosamente de una pensión del Gobierno y de su trabajo de costurera, lo visitó para impetrar su influencia en la gestión del cobro de unos atrasos. Don Marcelo se portó espléndidamente, y acabó por obtenerle a ella una beca en el mejor Colegio de Naraguá. Fué como un segundo padre para ella. Y cuando mucho después, el bandido aquel de la casa donde entró a trabajar por la primera vez—con gran oposición de parte de su protector—se permitió tratar de abusar de ella...

Bien: aquello era otra de las cosas que también molestaba recordar a Fernández. Porque todo lo que, según sus nociones de esas cosas, tendía a exigir de él un hondo resentimiento, tenía, en efecto, la rara virtud de molestarlo. Se sentía como herido de navaja al huir de un puñal. Y aunque el puñal, desde luego, no le entrara—quizá no pudiera entrarle nunca—las heridas superficiales también le molestaban. Él quería vivir la vida alegre, satisfecho, en plena libertad de dar a todo el mundo golpecitos en la espalda, de estrechar con sus dos manos la del amigo a quien no viera por dos semanas, y de abrazar al que no saludara en tres. Chismes, calumnias, abusos deshonestos, revoluciones políticas: todo eso le parecía igualmente absurdo e inútil. Y molesto: sobre todo molesto.

*

Saltando párrafos y volviendo atrás de nuevo una y otra vez, Fernández entendió al fin lo que su novia le había señalado en *La Mañana.*

—Pero... ¡bueno!—concluyó de repente, renunciando a la tercera lectura del formidable párrafo latino con que cerraba el artículo—. Aquí, después de todo, no se rechaza la posibilidad de una unión liberal contra Monteblanco. Hay hasta dos senadores monteblanquistas que aplauden la idea...

—Buscando posiciones—comentó ella, sin dejar de teclear por periódicas andanadas en su máquina.

—Este periódico está directamente inspirado por Castrosagua. Ya ves como a Castrosagua no le parece tan imposible la aceptación de Don Marcelo como Jefe del Partido... ¿no leíste lo que dice de él?

—Sí... el prestigio inmaculado, el nombre glorioso, el estadista que nos obtuvo el tratado liberador con Norlandia, el hombre que ha renunciado prácticamente dos veces a la Presidencia de la República...

—¿Entonces?

—Veremos, chico,—fué el concluyente resumen de ella. Tú eres decididamente un optimista, y yo no: ya lo sabemos. Pero

hay que ser ciego, más que optimista, para no darse cuenta de que vivimos al borde de un volcán.

—La vuelta de Don Marcelo al Partido Liberal desvanecería por completo en Monteblanco sus esperanzas de imponer al país su cuarta reelección. Ya Monteblanco no es el mismo de antes, Lola. Norlandia tampoco lo trata ahora, después de la crisis económica, como lo trataba cuando su tercera reelección y la firma del último gran Empréstito!.. ¡Acuérdate!

—Sigue, sigue soñando...

Y él siguió, en efecto, pero bien despierto:

—Ya son... fíjate en la cuenta: cuatro años de Presidencia legítima. Otros cuatro, y son ocho, después de su dudosa reelección, que Don Marcelo consagró aceptando la Secretaría de Estado. Otros cuatro, y van doce, de franca tiranía, sin Congreso y sin Rey ni Roque. Y los tres que lleva, de Regeneración, con mayúscula... ¡Quince años en el poder!

—¿Y qué? Los Reyes ¿no lo son toda la vida?

—Mientras el país estaba próspero, y se pagaban las deudas exteriores, y el Presupuesto daba para comprar conciencias con prebendas y destinos: todo iba bien. Algún romántico intransigente como Don Marcelo; el General Menéndez, que nunca se sabe lo que quiere; mi pobre padre, que nunca vendió su conciencia... cuatro o cinco soñadores, que mantuvieron inexorablemente su oposición a la tiranía. ¡Ah! Pero ahora las rentas del Estado se han reducido a la mitad; no se pagan los intereses del Refundido, el Ministro de Norlandia apremia, apremian los Bancos que han aceptado los últimos bonos internos, los empleados públicos no se pagan... ¡No se pagan subvenciones a la Prensa! Y los Senadores y Representantes no cobran sus gastos de representación, ni tienen negocios productivos que discutir...

—¡Estás confesando que la situación es negra!

—¿Quién mejor que yo lo sabe? ¿No sé, acaso, que el mes que viene se vence la segunda hipoteca sobre esta casa? ¿No sé, mejor que nadie, el trabajo que cuesta cobrar? Hay inquilinos que no me pagan desde hace seis meses. Y Washington manda algo de allá de la finca. Pero, total... ni para empezar.

—Todo, sin embargo, queda arreglado de un golpe—según tu

bendito optimismo—con que Don Marcelo sea proclamado candidato nacional a la Presidencia de la República, para de aquí a dos años!

—¡Pero es que la revolución tampoco va a arreglar nada!

—Es que tú piensas siempre que se arregla...

—¡Y tú, que no se arregla!

Lolita Meireles miró fijamente a su novio unos segundos, y volvió a su trabajo.

Él siguió hablando, como siempre, hasta que, falto de argumentación y advirtiendo en sus propias repeticiones el círculo vicioso de su pobrísimo razonamiento, apeló a su instintiva certeza de hombre sencillo y práctico:

—...y, en todo caso, es una tontería desesperarse de antemano. Por donde salga don Marcelo saldremos nosotros. No me parece que él es hombre de ahogarse en estas aguas...

Así terminó aquella mañana, sin pena de enojos ni gloria de besos, la dulce plática inicial del día en el bufete del insigne abogado.

José Antonio Ramos.

EL PROYECTO DE UN CONGRESO IBEROAMERICANO DE INTELECTUALES (*)

I

TRABAJOS PREPARATORIOS DEL CONGRESO

Una carta de Edwin Elmore

A bordo del "Oriana".
Alta mar, agosto 12 de 1924.
Señor Emilio Roig de Leuchsenring.
Habana.

Mi querido amigo:

E ofrecí a ud. escribir algo durante mi gira por Europa, y ya ve ud. cómo solo ahora, presintiendo el hálito de nuestras tierras sobre las inmensas soledades del Atlántico, a mi regreso lo hago. Y es que después del prolongado letargo que, por razones que no es del caso señalar, ha sufrido mi espíritu, vacilo un poco antes de volver a intentar

(*) En los actuales momentos, cuando todavía se comenta y se deplora en toda la América, la trágica desaparición, en plena juventud, del brillante escritor peruano Edwin Elmore, abatido a balazos recientemente por el gran poeta Santos Chocano, cuya celebridad como bardo se va eclipsando bajo las sombras que proyectan sobre su personalidad varios hechos criminales y delictuosos, Cuba Contemporánea estima oportuno y de gran interés recoger en sus páginas todos los datos, antecedentes, documentos y cartas —en su mayor parte inéditos—relacionados con la celebración del Congreso Iberoamericano de Intelectuales que, por iniciativa del malogrado Elmore, iba a efectuarse en La Habana con la cooperación de casi todas las más ilustres personalidades hispanoamericanas, y que la muerte de su entusiasta organizador ha hecho que se posponga por tiempo indeterminado, acaso indefinidamente, frustrándose así, a consecuencia de un crimen vulgar, la realización de un loable propósito de acercamiento intelectual entre los más insignes pensadores y escritores de habla castellana.

tejer una tela, por humilde y débil que sea, con el hilo de mis ideas.

Entre las ideas que venía cultivando, mal que bien, antes de que se abriera en mi vida intelectual el paréntesis a que me refiero, tal vez la que yo más quería era la idea de cohesionar y homogeneizar, en lo posible, el pensamiento de nuestros intelectuales de nota. A mi paso por la Habana le hablé a ud. de esta preocupación mía, acerca de la cual le había escrito al gran maestro Varona. El proyecto de reunir en un ágape de entusiasmo y de fe a nuestros hombres más distinguidos por la riqueza y la generosidad de su intelecto, fué bien acogido por un grupo muy selecto de Habaneros, como antes había sido recibido por hombres como Vasconcelos y Sanin Cano. Diversas cartas y notas periodísticas se han producido hasta ahora en torno a esa iniciativa, pero aún no puede decirse que ha cuajado.

Volviendo a las andadas—esta vez con más fundadas esperanzas de alcanzar un resultado positivo—quiero ahora referirle algo de las impresiones que he tenido, en relación con esa idea al proponerla personalmente a la consideración de algunos de los hombres de pensamiento que habíamos juzgado dignos de participar de ese "banquete".

Son, en efecto, dignos de ese banquete Unamuno, Francisco García Calderón, Leopoldo Lugones y Eduardo Ortega y Gasset, a quienes un feliz azar me ha permitido ver; y como ellos tantos otros que, a pesar del vigor de su inteligencia y de la dignidad de su actitud, no logran imprimirles, por su aislamiento, la más ligera huella de sus designios o aspiraciones o ideales a los acontecimientos y las cosas que hoy se precipitan en nuestro continente y fuera de él, alejándonos cada vez más de la ruta anhelada.

El caso es que solo en París, y ya al terminar mi viaje, tuve oportunidad de hablar de nuestro asunto, medio desvanecido en mi mente entre las evocaciones y los recuerdos suscitados por los paisajes, galerías y museos. Por carta—pues se hallaba en Les Salles, donde después fuí a verle—Francisco García Calderón me dió la gran noticia de que Unamuno acaba de llegar a París acompañado por Dumay, el director de *Le Quotidien,* que había em-

prendido un viaje especial para arrancar de las débiles garras de los cernícalos del Directorio presa tan noble. Averigüé pronto el paradero del maestro, muy cercano a mi hotel, y en seguida fuí a verle. Al llegar yo, le esperaba en su cuarto Eduardo Ortega y Gasset, cayendo luego otros visitantes. Aunque casi no había modo de poder hablar largo y tranquilamente con don Miguel, pues llovían las visitas, mediante una cita especial le consulté mi tema. El maestro, como podrá ud. suponer, no requirió explicación ninguna, y comprendió al instante los alcances de la idea y su inmediata utilidad, y hasta puedo afirmar que, de permitírselo la premura de los brevísimos días que pasaba en París (teniendo que concurrir a los agasajos que se le hicieron), le hubiera dedicado parte de su infatigable entusiasmo. Hube de conformarme con su declaración—y es bastante por cierto—de hallarse dispuesto a concurrir a la reunión, si por ventura llegase a realizarse, ¡oh esperanza de poder convocarla un día en esa encantadora Habana!... Y, a propósito: Unamuno me dijo que tal vez sería esa la sede más conveniente.

Después—y esta vez por Ventura—supe que Lugones se encontraba en el hotel *Regina.* Con el recio publicista bonaerense pude hablar una hora larga. Venía de Ginebra, donde trabaja en la oficina de cooperación intelectual creada por la Liga. Y, es curioso: este conspicuo miembro de un instituto formado—al parecer—para fomentar la mejor inteligencia entre todos los pueblos de la tierra, se mostró, si no por completo, casi del todo escéptico en cuanto a la idea de una posible *organización hacia la práctica* del "pensamiento hispanoamericano" ente cuya existencia o por lo menos cuya eficacia él pone en duda... Sin embargo, al final de nuestra charla quedaron absueltas los objeciones que él opuso al proyecto, si bien desde ahora puede adelantarse que su actitud sería negativa en el congreso. De todos modos—y él lo reconoció—sus opiniones serían muy interesantes por el hecho mismo de contrastar con el entusiasmo, a veces demasiado lírico y retórico, de los panhispanistas, que—desgraciadamente—no suelen curarse tanto de la realidad como de las palabras.

Reconociendo, como no podía menos de hacerlo un argentino, la gran trascendencia americana del proyecto, Lugones percibió

muy bien todo lo que significaría para la vida espiritual del Continente y las orientaciones de su civilización, la realización de ese proyecto. No se necesita, en verdad, gran perspicacia para comprender cómo puede seducir a un hombre como Lugones la idea de sentirse convertido un día en el centro de atención de todos los seres pensantes de nuestra América. Indudablemente, si no por otras razones de ideal americanidad—pues Lugones parece cultivar cierta ideología europeísta—por la sola idea de verse elevado a una tribuna continental, el interés del publicista quedó comprometido; ¿quién, en verdad, puede adivinar las consecuencias ideológicas de conferencias semejantes?... En cuanto a esto, Francisco García Calderón, mi egregio compatriota, me demostró hallarse poseído de su serena fe y su generoso entusiasmo de siempre.

Fuí a buscarle en su refugio de verano, una amplia playa atlántica al sud-oeste de Francia. Le encontré juvenil y locuaz.

El autor de *La creación de un Continente* no podía sino acoger con entusiasmo nuestra idea. No en vano es él quien—después de Rodó—con mayor sagacidad y más intenso amor ha estudiado y comprendido las posibilidades de nuestra vida. Es inútil decirle que me ofreció su apoyo, encontrando solo, como Unamuno y Ortega, las dificultades de la organización. Tócanos, pues, a nosotros insistir en la búsqueda de ese "organizador" o "vivificador" que, según don Miguel, le hace falta a cada idea.

Por mi parte creo que tal organización no puede ser labor de de un solo hombre, y por esto me parece conveniente poner la iniciativa en manos de una de esas instituciones (no oficiales) de cultura que en nuestros países existen y no pueden tener mejor misión que la de intentar la *vertebralización*—por decirlo así—de nuestra rudimentaria espiritualidad, tan débilmente caracterizada aún, como ud. sabe.

Y hay que ir de prisa, si no queremos que nuestra tradicional lentitud de indo-americanos dé al traste, una vez más, con una bella iniciativa. Ya la Liga de las Naciones, con sus proyectos, algo abstractos de *cooperación intelectual,* está empezando a desvirtuar la idea de una más íntima coherencia moral e intelectual entre nuestros pueblos. En Francia se ha lanzado hace pocos

días, siguiendo esa tendencia, la idea de crear un "instituto de cooperación intelectual", no sin declarar francamente la "necesaria preponderancia del iniciador" en la formación y régimen de la institución. Tenemos pues, la "idea francesa", que viene a ser algo así como una segunda edición de la "idea pan-americana" o, para hablar más propiamente, de la "idea *pan-yankee*".

Tenemos, además, la creciente influencia y la paulatina organización, *pro domo sua* de todas las colonias extranjeras. Si antes, hace unos quince años, nos era fácil incorporar a nuestro desarrollo original y autóctono todas las fuerzas vivas que nos venían de fuera; esto va a empezar a sernos más difícil, si es que ya no ha empezado a serlo. Ante la persistente intromisión, más o menos disimulada, de los europeos y norteamericanos en nuestros asuntos, está cundiendo entre nosotros un nuevo desconcierto. El bárbaro proscenio que nos ofreció como espectáculo la crisis bélica de los imperialismos de Europa, no ha contribuído a forjarnos un verdadero ideal de cultura original e independiente. No hemos acertado aún a definir límpiamente nuestras nuevas orientaciones como grupo de pueblos que se reconocen ligados por inalienables lazos fraternales; y si tardamos aún algunos años en intentarlo, tal vez después todo esfuerzo en ese sentido resultará tardío.

Abandonando los chauvinismos de todo vano patriotismo regional, marchemos hacia la formación del magno patriotismo del Continente y ante el caos de los pugnaces nacionalismos europeos, que sobrepuja y subyuga el imperialismo *yankee,* mediante la trágica tiranía del *dollar,* realicemos nosotros el programa magnífico que bosquejara *Próspero* una tarde bajo la Cruz del Sur.

Es siempre su amigo

EDWIN ELMORE.

P. S. Tal vez el organizador ideal sería nuestro admirable amigo García Monje.

II

EL PENSAMIENTO DE BOLIVAR [**]

Carta abierta al insigne maestro de la juventud hispanoamericana Don Enrique José Varoña (1)

Venerado y generoso Maestro:

Esta vez—después de un lapso en el que no ha descansado mi voluntad—me lleva hacia usted la voz de Rodó el Inolvidable. No he abandonado el proyecto, tan benévolamente acogido por usted, de reunir en un congreso libre a los pensadores de Nuestra América. Y ahora, con motivo de la celebración del centenario de Ayacucho; al disponerme a escribir una defensa de la idea—desgraciadamente, maestro, aún requieren defensa estas ideas entre nosotros—encuentro por un feliz azar (diríase providencial) la carta de mayo 7 de 1900 donde el gran uruguayo le decía:

Tengo, además, otro propósito al remitirle a usted mi *Ariel.* Es, éste, libro de propaganda, de combate, de ideas. He querido proponer en sus páginas, a la juventud de la América Latina, una "profesión de fe", que ella puede hacer suya. Me han inspirado, para hacerlo, dos sentimientos principales: mi amor vehemente por la vida de la Inteligencia y dentro de ella por la vida del Arte, que me lleva a combatir ciertas tendencias utilitarias e igualitarias; y mi pasión de raza, mi pasión de *Latino,* que me impulsa a sostener la necesidad de que mantengamos en nuestros pueblos lo fundamental en su carácter colectivo, contra toda aspiración absorbente e invasora.

Usted—agrega después Rodó en esa carta llena de emoción sencilla y noble—puede ser, en realidad, el *Próspero* de mi libro. Los discípulos nos agrupamos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de *Próspero.*

Ha llegado el momento de conferir a los anhelos de Rodó la parte de realización de que hasta hoy han estado privados. *Ariel*

[**] Revista *Nosotros,* de Buenos Aires. Número de febrero de 1925.

(1) Con esta carta abierta a Enrique José Varona, que tiene el carácter de un manifiesto, propicia el escritor peruano Edwin Elmore, la realización, a un siglo de distancia, del proyecto gigantesco de Bolívar, de federar los estados hispano-americanos. Titúlase la carta de Edwin Elmore, *El Comité Internacional de Cooperación Intelectual* y *El Congreso Libre de Intelectuales Latino-Americanos.*

ha sido, como él lo deseara, "una bandera para la juventud hispanoamericana". Pero esa juventud que supo hacer de *Ariel* un gallardo y nobilísimo pendón, es madurez ya; y como tal anhela dejar plasmada en obra definitiva y firme la substancia inefable que instigó sus inquietudes moceriles. La genial y maravillosa obra de arquitectura espiritual bosquejaba en *Ariel* no se ha iniciado; no ha sido bautizada ni reconocida exprofesamente en un Concilio autorizado y solemne de la Nueva Raza. Y he aquí que la celebración del Centenario de la gran batalla de Ayacucho nos conduce a la realización de tan significativo y trascendente acto. En este sentido hemos trabajado con ahinco algunos hombres despojados "de todo lo que el mundo llama valor"... Tal vez aún estamos lejos de la entrevista meta, mas nos sentimos con aliento suficiente para ultrapasarla. Y a exponerle nuestros esfuerzos y las convicciones en que se inspiran se contrae esta carta que quisiera ya llevarle la certeza de que pronto hemos de "agruparnos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de *Próspero*".

*

A los iniciadores de esta idea sencillísima de reunir en un congreso fraternal a los pensadores de Nuestra América se nos pregunta con frecuencia qué finalidad tendría la reunión deseada. Hay quienes no sólo preguntan; hay quienes oponen al proyecto objeciones más o menos atendibles.

Esa actitud ya escéptica, ya pesimista; ya meramente obstruccionista de quienes no han tenido la suerte de recoger en los ojos un reflejo de la luz profética de que estaban llenos los mensajes del maestro, sorprende de pronto a las inteligencias que se han formado al calor y al resplandor inefables de esa luz. Mas, si no existieran ese escepticismo, ese pesimismo y ese espíritu obstruccionista, no sería necesaria la *organización del apostolado* (aunque parezcan contradictorios estos términos) que ahora propugnamos.

Se explica la actitud de los escépticos sinceros (a las objeciones insinceras no les hacemos el honor de ser consideradas) después de tantos años de absoluto desconcierto. Cierta fuerza

de inercia mental induce—aun a hombres de reconocida perspicacia como don Leopoldo Lugones—que "siempre será así" mientras no aprendamos a disciplinarnos cada uno aisladamente, es decir, pueblo por pueblo. A nada conduciría, en efecto una unión de desconciertos. Pero ¿no es evidente la falsedad de ese argumento si se mira que, en realidad, el deconcierto proviene precisamente de la no existencia interior del órgano cuya eficacia pretende negarse *a priori?* Se ha ensayado hasta el cansancio, es verdad, con casi nulos resultados, el método de las conferencias. Las de Europa han sido sólo fracasos estruendosos. Las de América... mal nacidas, no han sido—a pesar de eso—tan inútiles. Las únicas conferencias que no se han llegado a realizar son precisamente aquellas que por su propia índole y tendencias tenían poco menos que descontado el éxito feliz: *las conferencias hispanoamericanas o latinoamericanas, no oficiales.*

El famoso proyecto de Bolívar, tan magistralmente comentado por Monteagudo en su *Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización,* lleva un siglo de postergación. La torpe política de aislamiento en que hemos vivido desde los primeros fracasos del plan ideado por Bolívar sería inexcusable e imperdonable si no pudiera señalarse como causas atenuantes las intrigas lugareñas y las ocultas influencias europeas. De todos modos ¿cómo explicarse, sin sentir conatos de ira contra la ceguera reinante, la apatía y la indiferencia de nuestros estadistas, diplomáticos y publicistas para con todo lo que al plan de Bolívar se refiere desde 1825 hasta la iniciación de los Congresos panamericanos provocada por Blaine? ¿Cómo ha sido posible aceptar lógicamente la conveniencia y la utilidad de los congresos panamericanos al mismo tiempo que se miraba con negligencia, si no con desdén, la idea de la unión latinoamericana? ¿Qué causas extrañas concurrieron para extraviar el criterio político de nuestros dirigentes hasta el extremo de que hacia 1862 quedasen paralizadas las gestiones tendientes a la unificación y armonía? ¿Qué extraña locura mantuvo señeros y aislados a nuestras gobiernos y nuestros pueblos, entregados al régimen de los egoísmos y las rivalidades más torpes, hasta culminar en el crimen imperdonable del 79?

¿Hubiera sido posible esa guerra infame y miserable si el plan de una *Liga de los pueblos latinoamericanos* hubiera seguido siquiera discutiéndose? ¿Porqué bastó la negativa del ministro argentino Elizalde a suscribir un tratado para paralizar las negociaciones cuya utilidad, en forma más amplia y general, él mismo reconocía al contestar la nota de propuesta del Plenipotenciario peruano Buenaventura Seoane? ¿Qué miopía predominaba entonces en las inteligencias que impedía ver la necesidad de esa "alianza moral, no política, de estos pueblos identificados en intereses y en esperanza", a que se refería el ministro colombiano señor Ancizar en nota dirigida a su colega costarricense con fecha de junio 6 de 1862?...

Pero, en fin, no vamos a hacer la historia lamentable de los fracasos. Intentamos, más bien, enderezar los rumbos.

¿Qué lo impide? ¿Qué obstáculos ha ido acumulando la increíble ineptitud política de los hombres de las décadas pasadas en el camino hacia la unión bellamente concebida por Bolívar y que hoy tan fervorosamente sienten las nuevas generaciones? Ya tenemos por delante innumerables intereses con sus cortejos de mala fe y de intrigas. Mas para nuestro proyecto, para el primer paso que intentamos dar en el gran camino, ningún obstáculo de los actuales, resulta insuperable.

Dentro de los estrechos límites a que nos reduce esta carta —que no intenta por cierto llevar al espíritu del gran maestro convicciones y conceptos en los que es inmensamente rico—examinemos la situación actual de nuestros pueblos frente a los embolismos de la vida internacional europea, embolismos en los que quieran o no reconocerlo oficialmente los norteamericanos están vitalmente comprometidos.

Ya desde fines del siglo XIX podía presentarse esquemáticamente el desplazamiento de los centros progresivos del esfuerzo cultural y civilizador, diciendo que si en el siglo XVIII el lábaro de la civilización occidental había pasado de Europa a Norte América, todo indicaba que en el siglo XX éste pasaría a conferir grandeza y dignidad y significación universal a los pueblos del Sur. No otra interpretación puede darse a las elocuentes y magistrales manifestaciones de Sáenz Peña y otros delegados his-

panoamericanos en las primeras deliberaciones producidas por la *desviación yanquilandesa* del ideal bolivariano. Si desde hace treinta y cinco años la diferenciación y el distanciamiento cultural e institucional entre el grupo del Nore y el del Sur era evidente, aun prescindiendo de las cuestiones de raza, idioma, cultos y tradiciones; ¡cuanto más real y profunda es la *diversificación* producida por el desarrollo político, económico e industrial de los últimos años, cuyas escorias ha puesto a flote el crisol de la guerra! Los últimos acontecimientos de la historia universal han incorporado para siempre—si no lo remedia la potente reacción progresivista que encabeza La Follette—la tierra de Lincoln, Lowell y Emerson al ciclo o régimen de las *potencias arbitrarias,* ese conglomerado amorfo y caótico de intereses y pasiones en discordia cuya ciega ferocidad patentizó, a través de las vestiduras y falsas dignidades de un concepto de civilización que fracasaba, el bestial conflicto de 1914, baldón que llevarán eternamente sobre su frente los hombres representativos del oficialismo de los primeros años de este siglo. Tarde han empezado ellos a despertar con Nitti y otros de la trágica pesadilla de los megalomaníacos en que sumió al mundo la morbosa ambición de Guillermo II, vértice apasionado de un error materialista que no fué, ni con mucho, exclusivamente germánico, sino del que antes bien, participaron los "defensores de la civilización y del derecho". Tarde han empezado a reaccionar ellos, y muchas señales de los tiempos parecen anunciar una nueva y siniestra persistencia en el error. Mientras tanto ¿acertamos nosotros a definir la disidencia que se impone?

*

Bolívar instaba con vehemencia, en la primera circular de invitación al Congreso de Panamá (diciembre 7 de 1824, es decir tres días después de Ayacucho) a la aceptación del plan.

Diferir por más tiempo la asamblea general de los Plenipotenciarios de las Repúblicas que de hecho están ya confederadas, hasta que

se verifique la accesión de las demás, sería privarnos de las ventajas que produciría aquella asamblea desde su instalación,

decía el genial Libertador. Y añadía:

Estas ventajas se aumentan prodigiosamente si se contempla el cuadro que ofrece el mundo político y muy particularmente el continente europeo.

Si eso decía hace cien años el egregio caraqueño ¿imaginamos lo que diría contemplando la situación actual? El abate de Pradt declaraba entonces que los siglos no presenciarían "un espectáculo más digno de la civilización que el del Congreso Americano." ¿Por qué han carecido de esa dignidad y de esa grandeza los congresos panamericanos?... No entraremos a hacer un prolijo examen de los orígenes y el desarrollo de esas asambleas cuyo valor y cuya significación como medio de acercamiento entre los pueblos de nuestro hemisferio han sido debidamente apreciadas por críticos autorizados y confrontadas por los hechos mismos. A este respecto, permítanos el querido maestro recordar solamente las palabras de Mr. David A. Wells citadas por el *Herald* de Nueva York (febrero 9, 1887) a propósito de una proposición semejante a la de Blaine para reunir una conferencia internacional americana en Washington, debida al diputado Mc. Creacy. Según Mr. Wells—escribe el *Herald:*

the whole history of our dealings with our sister republics is the history of a big bully dealing with weak and defenceless neighbors in a spirit of narrow and shameless selfishness.

El *Herald* comentaba:

Mr. Wells is right, and it results that the people of our "sister republic" think of us not with love or confidence, but with aprehension of our designs and a prayer that we may leave them alone.

Las Novedades, órgano de publicidad hispanoamericano que se editaba en New York por esos años, reproducía otro fragmento bastante significativo de lo que según el *Herald,* podían contestar a la invitación norteamericana "todos los hombres de Estado de

Sur y Centro América": "Caballeros del Congreso de los Estados Unidos—dirían los supuestos hombres de Estado—: ustedes se han negado por varios años a poner en vigor el tratado de comercio con México (la historia se repite: recuérdese el incidente gallardamente promovido por el delegado centroamericano señor Alvarado Quiroz en la Conferencia de Santiago); han echado ustedes a un lado otros tratados de comercio propuestos con algunos Estados centroamericanos; ha desechado asimismo ese Congreso otro tratado para construir un canal que hubiera servido más que cien conferencias para unir nuestros pueblos y nuestro comercio a los de esa nación; han vuelto ustedes la espalda a toda tendencia o proyecto encaminados a estrechar las relaciones comerciales con uno cualquiera de nosotros; sólo nos acordamos del interés que demostraron ustedes por nosotros, a quienes llaman las repúblicas hermanas, por su constante negativa a tratarnos de una manera fraternal; y sobre todo tenemos presentes los esfuerzos de Mr. Blaine para ponernos a la greña, y su majestuoso papel de árbitro no solicitado entre Chile y el Perú, entre Guatemala y México, llevando como suelen hacerlo los mediadores a quienes nadie llama, un garrote en la mano para imponer su mediación a nuestras naciones más débiles que la suya". Bajo semejantes auspicios y en tal estado de ánimo de nuestros pueblos se inició la corriente del panamericanismo. El éxito de la intervención norteamericana solicitada o no en el momento de firmarse la paz entre el Perú y Chile lo estamos palpando... Pero, en fin, tampoco es nuestro objeto, por ahora, hacer un balance entre los daños y los beneficios (que no sería noble desconocer) producidos a nuestros pueblos por la diplomacia norteamericana. Ahora sólo nos interesa justificar el carácter exclusivamente iberoamericano o latinoamericano si se quiere, de las reuniones proyectadas, y para eso no es necesario hacer la crítica del panamericano, que por sí sola se evidencia.

La necesidad primordial nuestra, ahora, es la definición de nuestra fisonomía general como grupo de pueblos conscientes de su homogeneidad y de su común destino. Tal vez la objeción más aguda que pueda hacerse al panamericanismo es que nos desvía y nos desorienta desde ese punto de vista, resultando, por lo me-

nos, prematuro en sus determinaciones y consejos. De todos modos, lógicamente, como ya lo hemos indicado, no puede objetarse actividad alguna de latino-americanismo, si se acepta como buenas las minuciosas y pedestres gestiones que se hacen a título del ideal panamericano planteado, en tan diversas circunstancias y con visión tanto más elevada y generosa, por nuestro Libertador. Lo único que ha podido deslumbrar a nuestros diplomáticos y hombres de Estado, hasta el extremo de consentir que se pusiera a nuestros pueblos en condiciones de manifestar subalternidad respecto a los Estados Unidos, ha sido el fenómeno portentoso del desarrollo material de esa gran nación, el éxito estupendo de sus instituciones y de sus hombres y la tenaz política seguida por muchos de los gobernantes y publicistas más influyentes de ese país a fin de subyugarnos, haciéndonos olvidar, ante el espectáculo de su preponderancia única en la historia, el valor *distinto y fundamental* de nuestro aporte, también único e inalienable a la cultura de la especie humana.

Se trata, pues, no de discutir, sino de declarar o mejor dicho proclamar y mantener, el derecho y la voluntad qu nos asisten para cultivar nuestra independencia y nuestra personalidad colectivas. Se trata de caracterizar, definir y erigir en perentoria soberanía la conciencia clara e ilustrada—ya felizmente existente aunque difusa—de la misión histórica y cultural de nuestra América que nada tiene de común con el "destino manifiesto" de los prepotentes Estados Unidos que arrebataron Texas y California a México y Panamá a Colombia, para no referirnos sino a la depredación de territorios...

En el momento de asumir esa actitud—ya con el retardo, por algunas razones, tal vez conveniente de un siglo—¿cuál es el espectáculo del mundo?... No intentaremos bosquejar siquiera el cuadro. Observemos, no más, como en el preciso instante en que escribimos, después de los horrores sangrientos de la guerra y de los horrores no menos cruentos y acaso más miserables de la post-guerra, las fuerzas espirituales, las fuerzas creadoras y constructivas, los elementos de organización y de ennoblecimiento de la vida, se hallan en notoria minoría e indefensas ante el desencadenamiento de los factores de destrucción y de desorden.

Las mismas organizaciones ideadas, en momentos de desesperación, a fin de afrontar la tremenda crisis que atravesamos, llevan en su seno los gérmenes del mal que intentan combatir. Así como la orientación panamericana olvida con demasiada frecuencia las normas, las conveniencias y los principios verdaderos de una efectiva y sincera solidaridad continental; la hermosa creación de Wilson, la Liga de las Naciones, ha carecido desde sus orígenes, de los caracteres y requisitos indispensables que le hubieran conferido el sello inequívoco de esa solidaridad humana en la que aún algunos pertinaces utopistas insistimos en creer.

Por eso nosotros, los jóvenes americanos que aspiramos sólo a ser *los discípulos de los discípulos de Próspero,* anhelamos con vehemencia la creación de un núcleo de deliberación, propaganda y acción armónica que preste a nuestras convicciones el apoyo moral de que hoy se hallan huérfanos. Ese núcleo no puede constituirse bajo la égida de la Unión Panamericana ni bajo los auspicios de la Liga de las Naciones, porque ninguna de estas dos instituciones reúne las condiciones ni las excelencias que el criterio, desapasionado y sereno pero claro y firme, de las nuevas generaciones, considera indispensables. Sin dejar de reconocer los beneficios parciales, y limitados por circunstancia que no es del caso señalar, que tanto la *Liga* como la *Unión* han producido, nosotros contemplamos la urgente necesidad de estudiar cuestiones y resolver problemas exclusivamente nuestros y para los cuales ni la *Unión* ni la *Liga* resultan ser instrumentos adecuados. ¿Por qué no ha de poder crearse, al margen y por encima de todo prurito de patriotería hispánica, una institución permanente de estudios políticos, sociales, internacionales, etc., destinada a contemplar sistemáticamente y desde puntos de vista doctrinarios y elevados los problemas de nuestro complejo proceso de civilización? ¿No sería este instituto, *forum* o asamblea, un complemento, al par de la *Liga* y de la *Unión?* ¿Qué razones influyeron para que se nos condene a ese eterno desconcierto y esa eterna desvinculación moral y cultural en que hemos vivido después de los milagros de nuestra guerra de independencia? Aun desde el punto de vista de ese oficialismo neutro e ignaro de nuestras mesocracias ¿qué obstáculos insuperables se oponen a la

creación de ese *forum de la raza?* La razón geográfica del panamericanismo ¿ha de primar sobre las razones espirituales del paniberismo? ¿puede olvidarse, al considerar estas cuestiones, el infinito número de factores y circunstancias de diversa índole que unen a los pueblos de origen hispano-portugués entre sí al par que les alejan del grupo de naciones mercantiles y bélico industriales que amalgamó la guerra de 1914? ¿pretende ignorarse ahora que de haber existido, no ya una liga política, ni una federación efectiva de nuestras naciones, sino siquiera una cordial inteligencia entre nuestros gobernantes las absurdas actitudes producidas entre nosotros ante el conflicto de las oligarquías plutocráticas no se hubieran producido?

Mientras la humanidad sigue gimiendo bajo el régimen de estériles rivalidades de naciones dominadas por camarillas ineptas de políticos que supeditan el interés humano al de su clan; mientras el latente estado de guerra civil que reina en todos los pueblos de la tierra y el inminente peligro de una conflagración universal amenaza sumergir en una nueva ola de sangre las creaciones más bellas del espíritu humano ¿puede nuestra actitud de colectividades jóvenes e independientes ser la de la pasividad de quien espera que el incendio llegue a su casa para echar sus muebles a la calle? ¿No es en la América nuestra donde la Inteligencia está llamada a edificar la nueva *Domus Aurea* de atormentado espíritu del hombre?

A este respecto está muy bien la creación del *Comité de Cooperación Intelectual* creado por la Liga, y de él, indudablemente, tenemos mucho que esperar. Pero, entre las muchas anomalías de su constitución y modo de funcionamiento que en su corto período de existencia ha dado a conocer, permítasenos observar, a quienes vivimos igualmente alejados de las oligarquías contumaces de Europa y de las mediocres del oficialismo hispano americano, la muy notable de contraer su acción, sus estudios y sus propagandas a reducidísimos sectores de las grandes cuestiones y los grandes problemas de la humanidad contemporánea. Entre otras "cosas", es extraño, en verdad, que una comisión constituída por personalidades como las de Bergson y Einstein, madame Curie y Milliken, la señorita Bonnevie y Mr. Murray,

Torres Quevedo y Sir J. C. Bose, De Castro y Leopoldo Lugones, constriña su atención en lo relativo a los grandes problemas hasta el punto (y nos referimos a un caso solamente porque el programa del C. I. C. I. y sus diversas iniciativas no han tenido la difusión suficiente para llegar hasta nosotros) de constituirse en oficina de investigaciones periodísticas delegadas a la buena voluntad y a la buena fe de empleados subalternos y—esto es lo más grave—abandonadas al criterio parcial, cuando no estúpido de los "representantes oficiales" de la cultura contemporánea. Hay que conocer la diatriba, ponderada y serena, pero no por eso menos severa y luminosa, que ha escrito últimamente Bertrand Russell contra el espíritu de las propagandas oficiales *(Free Thougth and Official Propaganda,* B. W. Huebsch, New York, 1922) para darse cuenta de lo que esta lamentable desviación significa. Es indudable que los eminentes miembros del Comité de Cooperación no han de cometer la ingenuidad (aunque tratándose de sabios especialistas en investigaciones propicias al candor todo cabe esperarse) de confiar en datos aportados por informaciones de esa especie; pero la modesta interpretación que han dado de su cometido los sabios designados por la Liga para realizar tan alto fin como es el de la cooperación intelectual, es evidente si se atiende a otros procedimientos adoptados. La liga misma estaba en crisis, como ha estado desde que nació, ya por culpa de unos, ya por culpa de otros, cuando se creó el Comité; y la condición de inferioridad efectiva en que la colocaron sus organizadores (que por otros conceptos no podían desconocer su trascendencia), está demostrada por la indigencia de medios que ha padecido. Esto es tan cierto que, según el conocido cronista Corpus Barga, toda la fuerza dialéctica de Bergson no pudo obtener en el presupuesto de la *Sociedad de las Naciones* más que 15,000 francos para el C. I. C. I. ¡Para las disputas todo, para la inteligencia universal... 15,000 francos! Esta aflictiva situación, elocuente de suyo, trajo por consecuencia algo más grave (a lo que me he referido en carta a nuestro común amigo y compañero en esta gestión): el gran filósofo no podía resignarse a esa miseria; hizo un llamamiento directo y general "a la generosidad de los Estados", con el único resultado (que se sepa) de

que el señor Albert, Ministro de Instrucción Pública en Francia ofreciera en nombre de la República Francesa, la creación de un Instituto de Cooperación Intelectual con sede en París.. Aún más—si no nos engañan nuestros datos—al hacer el ofrecimiento el funcionario francés hacía hincapié en la descontada y necesaria preponderancia del elemento francés en la organización del referido Instituto... Con todo esto ¿a qué quedaría reducida la gran obra de cooperación intelectual iniciada a la hora undécima por la Liga?... Razón tenía Einstein al negarse a esa especie de cooperaciones; cedió y he ahí el fruto.

Nosotros, en el morbo de nuestro individualismo anárquico, seguimos tascando malamente los frenos y soportando las falsas riendas y las fustas de los cocheros imperiales del Norte... ¡qué soberbia caballada para los aurigas de Sam!... Ellos inventan la Liga y la abandonan para entregarse al cálculo de los intereses de sus créditos de guerra; para solidaridades, a ellos les basta con la de los caballos uncidos a su carro!... ¡Dóciles aunque briosos!... ¿Hasta cuando?

*

Maestro querido y venerado: sepa usted por medio de uno de los voceros más modestos de las generaciones nuevas, que no se nos cae el eslabón de entre las manos: tenemos demasiado cerca su ejemplo... ¿Saltará alguna vez la chispa redentora?

Va con esta larga epístola, cuya torpeza verbal y cuyas deficiencias de todo orden usted disimulará con su habitual benevolencia, un ejemplar de mi ensayo titulado *El Nuevo Ayacucho* que trata de tópicos no distantes de los que aquí he tocado. Próximamente informaremos a usted, mediante nuestros queridos compañeros de La Habana, de lo que aquí hemos hecho en pro de nuestra iniciativa—que ya puede decirse que marcha—con ocasión de las fiestas del Centenario. Desde luego, podemos adelantarle la buena nueva de contar con la adhesión a la idea de muchos espíritus preclaros. Mientras tanto, reciba usted los más cordiales votos que por su salud y bienestar hace su fervoroso admirador y amigo.

EDWIN ELMORE.

Miraflores (Perú), Dic. 16 de 1924.

*

A esta carta contestó Enrique José Varona en los siguientes términos que merecen ser meditados y recordados:

Señor don Edwin Elmore
Lima.

Mi muy estimado amigo:

La alta visión de las necesidades de la América Latina, que me inspira su noble carta de 16 del pasado diciembre, merece mi adhesión más completa. Es obra digna de Uds., juventud que respira aires de renovación y se dispone a vivir mejor vida de la que nos ha tocado a nosotros. Pues nosotros tuvimos que rozar nuestras tierras, para que manos libres arrojen la simiente. Uds. deben ser dignos, y lo serán de la época que alborea. Uds. deben ver y apresurar el final derrumbe de esta fábrica de iniquidad donde han vegetado los parias, para que se pavoneen los audaces.

No me toca a mí, hombre todavía del pasado, augurar las futuras construcciones; no me toca, porque no acierto a concebirla en su necesaria totalidad. Toca a los que vienen, a los que apremian, a los que anhelan ser hombres libres en medio de hombres libres. Mientras haya un esclavo en virtud de la organización económica, o de la máquina política, o de la estructura judicial, o de la composición familiar, o de la tupida red de las costumbres, no se habrá realizado la verdadera asociación. Voy a dar una fórmula, y llámenla utópica cuantos quieran: Mientras haya un soldado no existirá la libertad.

Si es imposible que el ciudadano se desarme, la vida cívica es una ficción monstruosa. He allí el principio de vuestra enorme tarea, fundadores del mañana.

Soy, con la mayor simpatía, su amigo y servidor.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Habana, 9 de enero, de 1925.

III

CONGRESO IBEROAMERICANO DE INTELECTUALES

Su organización

Los suscritos, designados en comisión por un grupo considerable de hombres de estudio actualmente congregados en Lima, a fin de analizar el plan de organización de un *Congerso Iberoamericano de Intelelectuales,* juzgan conveniente citar a una nueva reunión, con el objeto de contemplar los diversos aspectos de esta iniciativa evidentemente necesaria e importante.

Con este motivo—y para dejar debidamente consultados y convenidos los primeros pasos conducentes a la realización del Congreso, antes de que las personalidades de eminente significación que hoy se hallan en Lima vuelvan a sus hogares—nos complacemos en citar a la referida reunión, que tendrá lugar en la Biblioteca de la Universidad de San Marcos el día martes 30 del presente, a las 10 a. m., a las personas que simpaticen con esta iniciativa sobre cuya utilidad y significación los suscritos creen innecesario hacer hincapié.

Antonio Caso.—Luis A. Baralt Z.—Eugenio Garzón.—José León Suárez.—Edwin Elmore.—Pedro Irigoyen.—Alberto Ulloa y Sotomayor.

*

Reunión del 30 de diciembre de 1924

[Plan presentado por el iniciador del Congreso y aprobado por unanimidad en esta reunión, efectuada en el Hotel *Bolívar* de Lima.]

1.—Programa para la reunión general.

2.—Invitación circular para ésta.

3.—Borrador de llamamiento o manifiesto (que se someterá a la reunión general).

Programa para la reunión general

I.—Adhesión a la idea.
II.—Líneas generales del plan.
III.—Modo de llevarlo a la práctica.

Modo de llevarlo a la práctica

a) Organización de un Comité central en La Habana con miembros designados desde el principio en Lima, con facultad de que cada uno lleve al Comité de La Habana a dos amigos y tenga facultad de designar corresponsales.

b) Designación de organizadores de comités de cada país.

c) El Comité de La Habana se encargará de designar a los concurrentes al Congreso eligiéndolos en la siguiente forma:

1.—Uno de cada tres miembros propuestos por instituciones culturales de cada país, como las Universidades, los Ateneos, los Ministros de Educación, las Academias o sociedades literarias y científicas, las federaciones de estudiantes, cuerpo de profesores de segunda enseñanza, etc.

2.—Serán miembros por aclamación o natos: Varona, Sanguily, Caso, Sanin Cano, Vaz Ferreira, Vasconcelos, Ingenieros, Rojas, García Calderón, Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, Suárez, Palacios, Eugenio Garzón, Orestes Ferrara, Jacinto López, José de la Riva Agüero, V. A. Belaúnde, Madeiros de Alburquerque.

3.—Sugerir otro medio de selección más estricta.

d) 1.—Creación de una oficina de concentración de estudios políticos, económico-sociales e internacionales, con sede por escoger.

2.—Creación de una revista órgano de esa oficina.

3.—Creación de la Escuela Central de Diplomacia.

4.—Impulso al principio de Solidaridad en la Democracia.

5.—Organización de una defensa de la cultura y de las clases intelectuales.

6.—Plan de reforma de las Universidades.

7.—Una interpretación autorizada y definitiva de la doctrina de Monroe.

8.—Proclamación y sistematización de la doctrina Drago.

9.—Proclamación solemne y sistematización hacia fórmulas prácticas de la doctrina Sáenz Peña.

10.—Congreso de Periodistas.

e) Plan económico: Las comisiones locales sugerirán la forma de obtener fondos, ya sea por medio de suscripciones particulares, organización de conferencias retributivas, etc., a fin de sufragar los gastos que demande la primera reunión, y ésta resolverá de modo definitivo la obtención de los recursos necesarios para el mantenimiento de la obra.

EDWIN ELMORE.

*

LA TERCERA REUNIÓN PREPARATORIA

Conforme a la invitación publicada oportunamente en *El Comercio,* se realizó ayer 30 la reunión de un distinguido grupo de personas que, interpretando las tendencias predominantes en los ambientes intelectuales de todo el Continente, han empezado a dar forma práctica a la idea de organizar un *Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos.*

Reunidos poco después de las diez de la mañana en uno de los salones del Hotel *Bolívar* los señores Hugo D. Barbagelata, Ricardo Bustamante y Cisneros, Antonio Caso, Edwin Elmore, Vicente Gay, Eugenio Garzón, José Gálvez, Mariano Iberico, Pedro Irigoyen, Ramón Mena, L. E. Migone, Pedro Morales de la Torre, Luis Jiménez de Asúa, Leopoldo Ortiz, Fernando Sánchez de Fuentes, Eladio Velásquez, Valcárcel y algunos otros cuyos nombres no nos fué posible anotar, se procedió a examinar el proyecto elaborado en anteriores reuniones.

Las líneas generales del plan, cuyo resumen esquemático expuso el señor Edwin Elmore haciendo breve reseña de los antecedentes de la idea, fueron recibidas con unánime aprobación por todos los concurrentes. Fundamentó y aclaró alguno de los puntos propuestos el señor Antonio Caso; el señor Jiménez de Asúa desarrolló algunas de las referencias hechas por el señor Elmore; el señor Vicente Gay hizo una lucida defensa de la participación

de España en las labores americanistas, exponiendo lo que en ese sentido se hacía en la Universidad de Valladolid; el señor Irigoyen manifestó la conveniencia de iniciar las labores del Congreso con un carácter hispanoamericano dentro de los lineamientos generales de la idea; el señor Iberico hizo atinadas observaciones sobre la trascendencia de eminente universalidad cultural del plan propuesto; el señor Sánchez de Fuentes manifestó la complacencia con que veía delinearse hacia su realización este proyecto ya bastante conocido en Cuba, y dijo que con el mayor placer llevaría a La Habana la nueva del éxito obtenido en las reuniones de Lima, tanto más simpáticas cuanto más espontáneas y de carácter extraoficial son.

Después de haber expuesto sus diversos puntos de vista los señores Gálvez, Morales de la Torre y otros, y habiendo declarado Gay y Caso que con el mayor entusiasmo se harían portadores de la idea a sus respectivos países, donde ya había ambiente preparado para su desarrollo práctico, se llegó a los siguientes acuerdos:

(1) Integrar la comisión peruana organizadora, encargada de perfeccionar el plan, con los señores José Gálvez, Mariano Iberico, Edwin Elmore, Pedro Irigoyen, Pedro Morales de la Torre, Alberto Ulloa, Ricardo Bustamante Cisneros.

(2) Enviar una circular exponiendo el plan y las gestiones realizadas en Lima, a los principales periódicos y revistas hispanoamericanos.

(3) Designar corresponsales encargados de llevar a su término las gestiones necesarias para la organización definitiva de la primera reunión internacional.

Se cerró la reunión en medio de la mayor cordialidad, quedando todos los asistentes comprometidos a colaborar para el buen éxito de esta empresa de cooperación cultural.

Envió su adhesión por escrito el señor Manuel Beltroy, y excusaron su inasistencia los señores Baralt, Suárez y Ulloa.

Al final de la reunión, el señor Enrique Martínez Paz, debidamente enterado de la índole del proyectado Congreso, ofreció su cooperación, que la comisión agradeció estimándola en todo lo que vale. También se informó del proyecto al señor Carlos M.

Prando, que llevará al Uruguay la noticia de esta organización que bajo tan buenos auspicios se inicia.

[Información publicada en el diario *El Comercio,* de Lima, el día 31 de diciembre de 1924.]

IV

INTERESANTE CORRESPONDENCIA SOBRE EL CONGRESO

Miraflores, enero 2 de 1925.

Señor D. Antonio Garland.

Lima.

Muy querido amigo:

Por un artículo, debido al generoso espíritu de José Carlos Mariátegui, he venido a enterarme de que usted se ha referido, en forma para mí muy simpática, a mi iniciativa de reunir un Congreso Iberoamericano de Intelectuales.

Cumplo, desde luego, con el grato deber de agradecerle—no en nombre mío, puesto que no se trata de mi persona, sino de una necesidad vivamente sentida—esa actitud suya que, como ha dicho muy bien Mariátegui, le hace honor. Ideas como la que yo he propuesto a la consideración de descollantes personalidades, no sólo de nuestro mundo cultural y literario—plagado de prejuicios y resquemores—, sino a publicistas muy significados de Europa y Norteamérica, requieren para su buena interpretación y su desarrollo práctico—que es lo que más importa—una labor bastante delicada de estudio y de propaganda. Usted ha iniciado en Lima, con muy buen criterio, esta labor y espero que continuará realizándola, pues, como lo ha dado a entender Mariátegui, resultaría anómalo—por decir lo menos—que una iniciativa surgida en el Perú, hallase acogida en todo el Continente y aun en Europa, y no donde nació.

A fin de contribuír en la posible, por mi parte, a su empeño de dar a conocer las orientaciones del proyecto, y la índole del mismo, no fácil de interpretar, por lo mismo que se trata de algo nuevo y distinto de lo que hasta ahora se ha hecho, me permito

enviarle para su publicación tres de las cartas que figuran en la nutrida correspondencia que he sostenido desde hace dos años propugnando la iniciativa, cartas que ni he dado a conocer antes entre nosotros por considerar que a nada conduciría la publicación de un proyecto de carácter difícil de definir y por lo tanto propenso a erróneas interpretaciones y, lo que es más grave, a ser desvirtuado por los mismos encargados de su realización. A este propósito creo útil decirle que las "facciones"—llamémoslas así adoptando el término inglés—principales, o más esenciales del proyectado Congreso, son las siguientes:

a) Espontaneidad absoluta.

b) A—oficialismo.

c) A—politicismo.

En otra oportunidad explicaré concreta y explícitamente en qué consisten estas "facciones" de mi iniciativa cuyos "peligros" —todos ellos basados en la ignorancia o en la mala fe con que suele mirarse estas cosas—soy el primero en reconocer. Por ahora basta que se los indique a usted escuetamente, y que ponga en su conocimiento, como afiliado de la idea, el hecho de haber quedado constituída la *Comisión Organizadora Peruana,* encargada de estudiar mi plan, un memorándum del cual le incluyo. Los lineamientos generales contenidos en este memorándum y algunos otros puntos de capital importancia fueron contemplados por un grupo muy distinguido de los hombres de estudio que nos visitan y un grupo de intelectuales peruanos que simpatizan con la iniciativa, en la reunión celebrada el martes 30 de diciembre próximo pasado en el Hotel *Bolívar,* reunión a la cual se invitó públicamente; y hoy acaba de celebrarse en casa del señor Carlos Ledgard, uno de los más distinguidos fundadores de *Mercurio Peruano,* una reunión de hombres de letras que, habiendo sido congregada en honor de un grupo de delegados argentinos, tuvo a bien dedicarle a mi iniciativa una atención que me honra y que agradezco en lo que vale y significa.

Esperemos, querido amigo Garland, que, al menos esta vez, la famosa malevolencia criolla no venga a dar al traste con las virtualidades de una idea que ya está a salvo en otros ambientes, como lo hacen ver las cartas de Varona, Vasconcelos y Waldo

Frank (destacado escritor de las nuevas generaciones yanquis) que le incluyo, así como el comnetario de Araquistaín que usted tan amablemente ha glosado.

Sin más por ahora, soy siempre su sincero amigo y compañero.

EDWIN ELMORE.

*

6 de abril de 1923.

Sr. Edwin Elmore.
Av. Progreso 373.
Miraflores, Lima, Perú.

Muy estimado y fino amigo:

Contesto su grata de 19 de febrero, manifestándole que sobre el asunto a que se refiere ya tenía yo antecedente, porque el señor Enrique José Varona me había escrito sobre el particular enterándome de los planes de usted, y le contesté en seguida ofreciéndole mi colaboración más entusiasta.

Creo que sería sumamente eficaz la celebración de un congreso en la forma adoptada por usted y estoy seguro de que en México encontraría ambiente favorable y libertad completa para celebrarlo. Por este motivo me permitiría yo sugerir que el congreso se celebrase en México, aunque esto no es más que una sugestión, pues estoy dispuesto a colaborar con él, aun cuando se celebre en cualquiera otra parte de la América latina.

Creo asimismo que el congreso tendría más fuerza si lo iniciasen intelectuales que no tengan ligas oficiales directas con ningún gobierno, porque de esta manera podría obrar con más libertad, y en este caso mi papel sería el de procurar que el gobierno de México facilitase los medios indirectos o directos para el apoyo que necesitase la empresa.

Le suplico que salude muy afectuosamente de mi parte a Tovar y Beltroy, pues para ambos conservo el más profundo cariño.

Su libro *El Esfuerzo Civilizador* lo puede usted dirigir al suscrito, a la Secretaría de Educación Pública de México, D. F., y el

dedicado a Antonio Caso, a la Universidad Nacional de México, D. F.; crea usted que lo leeremos con verdadero interés.

En espera de sus letras, me repito su afmo. amigo y atto. s. s.

José Vasconcelos.

*

Dec. 17, 1924.

Muy dear señor Elmore:

Although I have as yet had time to do little more than dip into your study of the cultural problems of Peru and of all latin America, this has sufficed to make me know how important contact with you is going to be, in my growing desire for contact with the creative spirit of America—specifically of that part of our America which lies to the south and speaks the Spanish tongue. Many thanks for sending me your book. I shall be happy if you will think of me henceforth in all naturalness as of one eager to share in all of your country's intellectual activities in so far as the power lies within me.

With fraternal greetings,

cordially yours,

Waldo Frank.

V

A LOS CUBANOS

PALABRAS DEDICADAS A LOS ENCARGADOS DE ORGANIZAR EN LA HABANA EL PRIMER CONGRESO IBEROAMERICANO DE INTELECTUALES

Nunca hubo paridad tan elocuente entre la nobleza de una causa y su generoso heraldo.

Antonio Caso os lleva, hermanos de Cuba, la voz de más ponderadas y fuertes vibraciones de un anhelo, por excelencia humano, que ha encontrado en la raza iberoamericana de hoy inagotable fuente de espirituales energías.

Todas las almas generosas miran hoy hacia la América nuestra como un El Dorado del Espíritu.

La América de Próspero—aquella vaga y bellísima Utopia de hace veinte años—es hoy realidad magnífica. Ubérrima, pujante, se impone a la consideración del mundo, por mil modos distintos nuestra raza.

Mas no olvidemos que sus mejores excelencias, como en todas partes en esta hora de tragedia humana, yacen contrariadas y abatidas en el ánimo esforzado de sus sobresalientes hombres. No olvidemos cómo la Inteligencia cayó vencida y eclipsada hace diez años en el mundo entero. No olvidemos que, al clamor universal del sentimiento, angustiado ante el caos de intereses en conflicto a que ha venido a reducirse la suntuosa civilización occidental, aún no ha respondido, en un articulado lenguaje de fe y de esperanza, la voluntad del Bien. No olvidemos cómo, después de la infame guerra de los Imperialismos, la inteligencia y el sentimiento puros han seguido en derrota y las sociedades de los hombres en el cultivo del odio.

Esta literatura de sentimentalismo humanitario tendrá ya vuestros oídos hartos. Es cierto. Los que escriben, los que piensan y estudian y predican no han desperdiciado ocasión de lamentarse, y ya estaréis cansados de escuchar palabras de tantas "lenguas sin manos" como en el romance del Mio Cid...

Pongamos fin a la era cándida y estéril del "apostolado solitario" de que hablaba uno de los nuestros: el gran González Prada, tan semejante en los quilates del espíritu a vuestro ínclito Varona; pongamos fin a la palabrería vacua e irresponsable en cuyo derroche impúdico hemos oficiado y empecemos la gran obra depuradora y constructiva que a nuestra generación le corresponde.

Defendamos los fueros de la Inteligencia y del Sentimiento superiores en el seno de la humanidad que ha hecho un ídolo del *Dollar*. Frente a la creciente marea invasora de las mesocracias mezquinas y miopes, levantemos la torre ideal de una cultura nueva. Es esta empresa, ardua y heroica, destinada a probar definitivamente nuestras energías, la única—oídlo bien—la única esperanza del presente.

Un profeta de Europa comentaba: "Una generación se ha visto, en la prueba, sacrificada." Y añadía: "No hablo ahora preci-

samente de los caídos en los combates. Hablo de los que hoy han de ponerse a realizar, a los cuarenta años, la obra que era legítimo esperar de ellos a los treinta." "Para algunos—exclama—semejante aplazamiento significa ya la renuncia".

Si tal se ha dicho de las generaciones jóvenes de la Europa culta y esforzada ¿esperaremos que algo más triste e irreparable se diga de las nuestras?; ante la ruina de tantas esperanzas, frente al aniquilamiento de tanto brote intacto de Bien y de Belleza ¿no sentimos nosotros el calofrío de la muerte?

Cubanos: dejad que unos cuantos hombres de fe y de buena voluntad pongan en la tierra donde aún humea la sangre de héroes puros, donde aún se escucha el eco de la voz de Martí, donde aún se sueña con la Libertad que ningún hábil simulacro suplanta, dejad que unos cuantos hombres "desnudos de todo lo que el mundo llama valor", pero que llevan una luz en el cerebro, implanten la primera piedra de un Templo de Utopia.

Y ya que os veo, en espíritu, recibir este mensaje humilde del más humilde de los vuestros, permitid que os recuerde—aun disonando mi voz entre las del entusiasmo cordial y generoso que os sabrá inspirar, en nombre de nuestra nueva causa, Antonio Caso—permitid que os recuerde una advertencia:

Procurad para cada gran obra de pensamiento, como para cada gran obra de acción que intentéis entenderos directamente con doce pescadores, sin que vuestro mensaje pase por las manos de doce escribas."

EDWIN ELMORE.

Lima, 5 de enero de 1925.

(Concluirá)

SINCRONISMOS A MANERA DE PROLOGO PARA EL LECTOR CUBANO DE *CREPUSCULOS FANTASTICOS*

I

LA poesía y la forma poética están llamadas a desaparecer. Y su bancarrota—como el fin del mundo—se anuncia periódicamente. Sin embargo, hétenos aquí que de bracero cruzan ante nuestros inquisidores ojos —siempre jóvenes y novedosas—la poesía y la forma poética. Son augures miopes los que lanzan el clamor sombrío. Como no ven lejos, creen que una y otra deidad desaparecen porque cambian. Simple proteísmo. Porque no hay—ni habrá—tal desaparición, sino constante transubstanciación. O para contentar al loco de Rocken: transmutación de valores. Ni la poesía puede ser hoy el impulso primitivo de remotas centurias, ni la forma poética puede aferrarse a una regulación inmutable, en medio del maravilloso concierto e insuperable espectáculo del Universo, cuando todo parece que, en armonía avasalladora, se levanta en atrevido vuelo como entonando un sursum entusiástico y vivificador. Nadie sino por mera "recreación arqueológica" haría hoy liras ni ovillejos, ni osaría hablar en versos de las aves pandionas ni del omnipotente Jove, y menos usar transposiciones como la de Espronceda en *El diablo mundo:*

se abre de mármol ancha gradería.

Como cada estación tiene sus flores, cada época tiene su poesía. Y cada poesía tiene por decontado su forma adecuada. A

la vez que, secándose unas, se descubren nuevas fuentes, brotan nuevos pensamientos, nacen inesperadas imágenes. Las corrientes de las ciencias, los refinamientos del alma, los tonos de la cultura, los atractivos de la moda, el cambio de las costumbres, rinden nuevas y distintas pleitesías a la diosa de diosas. Y la forma, que debe contener esa esencia cada vez más pura y deleitosa, se acendra en desconcertantes o plácidas arquitecturas, a la manera de un trofeo que se irguiera en otro.

Y así la poesía y su hermana la forma poética están tan apartadas del punto inicial, y aun de antepesados no distantes, que los torpes apóstoles, porque no las ven con sus añejos atavíos, gritan que ambas preciosas vírgenes están llamadas a desaparecer.

No; ellas no morirán. Forman parte nuestra. Para que desaparecieran tendría que borrarse nuestra condición humana, cada vez más perceptible, más palpable, como queriendo apartarse del muladar que fué su cuna y ensayar las alas bisoñas de la superhombría. Nada podrá agotar en el hombre tan encantador venero. Todo lo contrario: mientras más amplio el dominio de su mente, más dilatados serán los de la poesía y su forma. A los elementos tradicionales de una y otra—de los que no se puede ni debe prescindir—se suman tantísimos otros más, traídos progresivamente, que hacen más deliciosa, más inagotable, la vena de la inspiración.

Los primeros simples de la poesía: flor, nube, cielo, mariposa, alba, primavera, perfume, mar (y bien ¿a qué seguir?) coexisten con otros nuevos simples: telescopio, vapor, ferrocarril, electricidad, cable submarino, microscopio; y coexistirán aquéllos y éstos con cuantos más nos traiga el genio del hombre o "la mano de Dios": fonógrafo, cinematógrafo, telegrafía y teléfono inalámbricos, ultramicroscopio, navegación submarina y aérea, rayos X y ultra violeta, radium.

En justificación de lo dicho hasta aquí, y con respecto a esas orientaciones menos frecuentadas de la poesía, quiero recordar, guardando las distancias, las composiciones siguientes: *Desde Mondariz—El salón de máquinas,* de Antonio Grillo; *Madrigal romántico* y *De omni re scibili,* de Joaquín María Bartrina; *Obra*

humana, de José Asunción Silva; *El hombre químico, El andar de la materia* y *La piedra-encéfalo,* de Salvador Rueda; *La ciudad de hierro* y *La muerte del aviador,* de José Santos Chocano; *Átomo* y *Tripticum triumphalis,* de Regino E. Boti; *Submarinos,* de Rudiard Kipling; *Sonata nocturna,* de Luis Llorens y Torres; *Cristo ha resucitado,* de Andrés Biely; *Palos telefónicos,* de Emilio Oribe; *S. T. F.,* de Enrique González Martínez; *Polirritmo de Gradín, jugador de fúltbol,* de Juan Parra del Riego; y, para cerrar, los *Cantos atropellados,* de Andrés Eloy Blanco.

Al adelantamiento mundial concurre la poesía plegándose a las conquistas científicas y estéticas, sin desatender sus modulaciones propias; que, organismo individual, se mejora de acuerdo con la ley cíclica del progreso. No podríase—ahora que "las noticias vienen tan veloces como el rayo"—establcer una cronología referente al tiempo, sino al desarrollo. Así, diríamos de los pueblos que adelantan poco con relación a algunos, que los tardos están en distinta edad —edad de piedra, por ejemplo—que los adelantados, aunque aquéllos sean sus coetáneos; mientras que a otros con los cuales los más progresistas conviven tienen forzosamente que considerarlos como contemporáneos.

Todo lo existente es bello en sí en cuanto responde al fin para que se le crea o transforma (1). En los lineamientos de multitud de construcciones y estructuras modernas asoma la belleza. Si un egipcio despertara ahora a la vida, desde el fondo de su tumba de cuatro mil años, sería incapaz de apreciar de improviso la belleza que hay en la armazón de una locomotora, en la textura de un dinamo, en el gálibo de un trasatlántico, en los proclives y torres de un *super-dreadnought,* en los paramentos de un rascacielo, en el perfil de un automóvil, en la corpulencia—a la vez ligera y gravitante—de un camión o de un tanque de guerra, en la fuga—despertadora de ensueños—de un aeroplano, en los canecillos y curvas de nuestros puentes audaces, en la noche medilumínica de los túneles.

Hoy no ya nos detenemos con gozo contemplativo ante las ruinas de ciudades, tumbas y monumentos de la civilización orien-

---

(1) Lo Bello descansa sobre la base de lo Necesario. Emerson, *El poeta.*

tal, ante la clara euritmia de la escultura y la estatuaria griegas, o de las maravillsa de las catedrales góticas (legado del arte y la sabiduría de los siglos), sino que reverenciamos también estas otras innegables categorías de la belleza, fruto de nuestra era, dignas asimismo del canto, y que desconocieron los antiguos.

II

Arrastrando el lastre de su pereza, que Carlos Octavio Bunge señala como el rasgo fundamental de la psicología criolla, la América hispana se suma, en lo posible, al adelanto mundial en cuanto a la poesía—y la belleza—toca. Bunge, circunscribiendo la pereza a la acción literaria, asienta en el Capítulo VI de su obra (2) este apotegma cardinal: *Infestada está de desidia la literatura hispanoamericana.*

Es decir: de atraso, de falta de cohesión y delineamiento. Es aún la pereza un factor retardatario en nuestra evolución literaria; motivo de que coexistan—y hasta de que se superpongan—escuelas, tendencias y cenáculos sin que unos desplacen a los otros. Con todo, no deja de oírse un eco lejano que dice de la *Revista Azul,* de México; de *La torre de los panoramas,* de Montevideo; de *Los diez,* de Chile; eco que nos es grato porque evoca las cumbres que emergieron de aquellos grupos: Gutiérrez Nájera, Herrera Reissig, Pedro Prado (3). En otros términos, se alzan vo-

---

(2) *Nuestra América,* cuarta edición, Buenos Aires, Arnoldo Moen y Hermano, 1911. Bunge trata, aunque a veces no resuelve, y en ocasiones sólo enuncia, en cuatro capítulos (IV, VI, X y XI) del libro III, de la pereza relacionada con la literatura. Sostiene que en la nuestra existe "el palabreo vacío de sentido, la verbosidad ampulosa y sin sustancia, la elefantiasis del estilo criollo". Es cierto; pero actualmente no tanto como en aquellos días ya distantes (1903) en que salió la primera edición de *Nuestra América.* También coloca Bunge "la arrogancia literaria" entre las formas leves de la arrogancia criolla; y entre las peligrosas "las mistificaciones literarias". No contradigo. En cambio, lo que él llama pereza ¿no es la tradición literaria, más leve, más ponderosa, que afecta a todos los pueblos?

(3) Antes de la aparición de *Azul,* el libro de Darío que despertó como nota de clarín el lirismo español, en España y en las Repúblicas trasatlánticas se habían producido reacciones aisladas contra la poesía falsa del romanticismo; reacciones debidas a espíritus verdaderamente líricos, quienes al contacto de personalidades poéticas extranjeras sintiéronse poseedoras de suyo. Así se descubre la influencia de Gautier en los coloristas andaluces Manuel Reina y Salvador Rueda; la de Musset, Banville, y Coppée, en los americanos Gutiérrez Nájera, Martí y José Asunción Silva; la de Edgard Poe y de

ces culminantes y espléndidas, que implican una gesta individual, fruto de la intuición en ocasiones, pero voces que se estancan, que no se propagan, al menos con oportunidad, dándose la muestra de que esos apuestos adelantados de las letras afeen sus concepciones con mediocres e imprevistas extravagancias.

La observación parece justa, si separamos de ella y en parte la tendencia modernista, caudal tan voluminoso que en él navegaron sin peligro todas las velas líricas. Cuba, entre sus hermanas de Continente, es uno de los pueblos más remisos a este respecto. Y acusando su origen, anda a saltos. Después de *Bustos y rimas* necesitó que transcurrieran veinte años (4) para que *Arabescos mentales* (1913) la pusiera relativamente al día, pues ya en la tierra firme otras facetaciones literarias se insinuaban. José Manuel Poveda reafirmó el movimiento de incorporación con sus *Versos precursores* (1917). Aunque antes (1915), Agustín Acosta había publicado *Ala.* Mas hay que convenir en que de los tres libros que empujaron aquí el movimiento modernista el menos cristalizado—o logrado, como se escribe ahora—es el de Acosta, en donde existe todavía bastante de las vacilaciones y de la desintegración de "los precursores" (5).

III

Aquel movimiento (y aquí comienzo a situar los *Crepúsculos*

Heine, en el venezolano Pérez Bonalde. Pero tal vez por falta de homogeneidad espiritual, y también por razones de estética aplicada, ese grupo de poetas no logró producir en el alma española una fuerte corriente lírica. Y hasta la llegada de Darío, esa alma duerme. A. Zérega-Fombona, *El simbolismo francés y la poesía española moderna.*

Zérega-Fombona omite a Julián del Casal, uno de los verdaderos antecesores del modernismo en América.

(4) Hace veinte años, un artista de nuestra especie, un verdadero creador, Julián del Casal, dijo extrañas y sombrías palabras, que revelaban, sobre ritmos conocidos, todo un nuevo mundo de ideas y emociones. El silencio de incomprensión por medio del cual cruzó aquel raro poeta, la soledad en que permanecieron más tarde los caminos por él seguidos, son el más doloroso certificado de impotencia que jamás haya dado nuestro país. José Manuel Poveda, *Palabras de anunciación,* en *El Figaro,* de 9 de noviembre de 1913.

(5) Siguiendo la clasificación de los Sres. Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro en *La poesía moderna en Cuba,* según noticia inserta en *Social,* abril de 1925.

fantásticos y a su autor) (6) hurgó en las estéticas al uso—algo distantes entonces de Cuba; ensayó los más de los atrevimientos formales conocidos; y con el aporte individual apreciable que trajo, desplegó nueva bandera en nuestra enclenque poesía.

Héctor Poveda se formó en aquel hervidero de las ideas literarias provocado por *Arabescos mentales*. Y siguiendo ahora la clasificación de Cansinos Assens (7) diré que es uno de los epígonos de aquel momento. Por tanto, no es extraño encontrar en su estro toda la inquietud del alma moderna, yendo recta a los iniciados, esquivando las multitudes. Su cernido emocionario apunta a los dos mundos (8); sus temas nada tienen de común con lo vulgar; y cuando exprofeso los escoge entre la vulgaridad, es para resolverlos por los procesos más sutiles, y trocar así la masa amorfa del oro nativo en sonantes orfebrerías. Porque Héctor Poveda es de los poetas que, como ha escrito Teófilo Gautier sobre Carlos Baudelaire,

> Ven las cosas desde ángulos singulares y modifican su aspecto y su perspectiva. De entre todas las imágenes, las más estrambóticas, las más insólitas, las más fantásticamente alejadas del objeto en cuestión, son las primeras que ven y saben unirlas a él gracias a un hilo finísimo que enhebran sin esfuerzo.

Ese don le ha permitido resolver con brillante éxito muchas de las composiciones de su libro. Citaré un solo caso:

> Pero el azul, el tímido rosa y el claro lila
> de la tarde autumnal, que se muere tranquila,
> se arrollan, como una concha de caracol;
> y en ella se guarece, como un molusco, el sol.
>
> *(Horinzontes fantásticos.)*

---

(6) Todo lo que existe está situado. Todo lo que está por encima de la materia está situado; la materia misma está situada. Dos obras están desigualmente situadas, ya por el espíritu de los autores, ya por sus artificios. Max Jacob, *El cubilete de dados* (prefacio de 1916).

(7) *La nueva literatura.*

(8) Entre les deux mondes, a dit un philosophe, M. Vacherot, il existe une correspondance naturelle qui fait que telle forme de la réalité represénte telle vérité du monde idéal. L'artiste ne crée point cette correspondance, por l'imagination; il la découvre dans la nature, et a reproduit ensuite par des combinaisons qui lui sont propres. Jacques Flach, *La poesie et le symbolisme dans l'histoire des Institutions humaines.*

Héctor Poveda no tiene una filosofía, sino filosofía. Tal vez pensando que los sectarismos no cuadran bien fuera del dogma religioso, es ecléctico. De modo que en ocasiones nos sorprende con un dejo de renunciación y paz y hasta de "fatalismo de musulmán" *(Renunciación, Pequeña sátira lírica)*, en tanto que en otros sitios nos asalta el optimismo, trayéndonos de la mano al poeta *(Nocturno)*. Son las hermas que el hombre ha puesto a su paso. Y demostración de que "los estados mentales no se engendran solos" (Caso). Porque—¿habrá que decirlo?—la de Héctor Poveda es una poesía reflexiva, cerebral, hija antes que del corazón del intelecto y enriquecida por la fantasía.

Aun cuando en *Crepúsculos fantásticos* hallamos tópicos sombríos y dicciones pesimistas y en su fraseología no faltan: dolor, muerte, espectro, hastío, tristeza, nostalgia, ni la expresión de una "inercia doliente"*(Sadismo sentimental)* que luego es "inercia absoluta" *(Fiesta de pereza)*, el libro es quizás por esto un breviario de idealismo. Parecería una proposición antitética antes de *Las flores del mal.* Hoy no. Es más, esa inercia, equivalente a quietismo, a que aspira el poeta, constituye para Enrique José Varona el tercer y último peldaño de la escalera espiritual.

Héctor Poveda es un poeta de fondo simbolista. Tiene sus legítimos ascendientes—como todos los que hicieron o hacen versos desde entonces—en los maestros de aquella cultura literaria directa o indirectamente alcanzada. Añádase a eso lo que su obra tiene de distinta, producto de la impulsión humanal y del medio, que da y modifica las ideas. En fin, que el libro acusa originalidad, esa originalidad relativa, única asequible ahora, porque, con todo, su autor *tiene una arquitectura que le es propia.* (Emerson) (9) ¿Quiere decir que *Crepúsculos fantásticos* sean la última palabra

---

(9) Nada es absolutamente nuevo y nada es viejo por completo. El inventor más genial tiene antecedentes y el hombre más vulgar instantes originales. Cada quien posée, si no precisamente genio, sí propia y singular genialidad, individualidad, personalidad. Antonio Caso, *Las nuevas ideas y las viejas ideas*, en *Ensayos críticos y polémicos.*

El poeta a su vez debe someterse a su propia manera de ver, y ese pensamiento que le agitó, acabará por expresarlo, pero *alter idem*, de un modo totalmente nuevo. Emerson, o. c.

en poesía? No. Para un impaciente será un libro retrasado (10), como todos los de versos que han salido en Cuba desde Martí y Casal exclusive los de uno y otro. Martí no hizo eco entonces. Casal sí. Y a pesar de ello, Casal pasó incomprendido. La alta cultura (Enrique José Varona) no lo comprendió. La mesocultura (Nicolás Heredia) no lo comprendió. La pequeña cultura (Ciriaco Sos Gautreau) no lo comprendió.

Encuentro también en el libro un filón irónico bien explotado, vena de una ironía honda, sutil, otoñal, como la que José Asunción Silva vierte en *Un poema, Margarita, Gotas amargas;* no cascabelera, riente, primaveral, como la que el otro colombiano Luis Carlos López nos regala en *De mi villorrio, Posturas difíciles* y *Por el atajo.* Y no falta en *Crepúsculos fantásticos* lo que un retórico tradicional llamaría prosaísmo, sin serlo, sino aquel empleo de frases y pensamientos humildes, caseros, cotidianos, que nos trajo Verlaine en *Canciones para ella, Antiguamente* y *Paralelamente* y Laforgue en *Las lamentaciones,* transplantado a América por Darío, ante todo con su *Epístola* a madama Lugones, tratado luego magistralmente por el esposo de madama en *Los burritos, El pescador de sirenas* y otros poemas; expulsión en último análisis, del énfasis, de la arrogancia, de los dominios de nuestra poesía.

Aunque el poeta ha oficiado "en los altares de la lujuria", nótase en *Crepúsculos fantásticos* la ausencia de un marcado temblor dionisíaco (11). Antes se alborotaba el cotarro cuando uno decía en verso lo que todos decían en prosa. Hoy el aspaviento sería inoportuno. A tal punto las poetisas nuestras han cargado con la patente, sobre todo en lo erótito-sensual del dionisianismo. Lucila Godoy *(Gabriela Mistral),* María Eugenia Vaz Ferreira, Alfonsina Storni, Nerihana-María Lefebre Lever, Juana de Ibarbourou y Luisa Fernanda Inclán han agotado el caudal. Y han hecho bien, siendo no dionisíacas puras, sino dionisiokólakas. En el origen, inocentes fueron los lirios y los hombres. Como los lirios no aprendieron picardías, no se hicieron hipócritas ni se han vesti-

---

(10) En cuanto al retraso de nuestras letras, véase *El problema de la originalidad de la literatura cubana,* conferencia del Dr. Aurelio Boza Masvidal.

(11) Para la teoría dionisíaca véase a Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos, El origen de la tragedia, Más allá del bien y del mal.*

do. ¿Porqué el poeta no se desnudó líricamente ante la multitud? El pecado está en la mirada y la intención humanas. Que en los ordenamientos divinos no hay nada inferior lo sintetizó Whitman en estas palabras:

El olor de mis axilas vale más que la oración (12).

*

Si pormenorizamos el libro, habrá que decir que tiene cinco órdenes de inspiraciones.

Espejismos de la tarde. Aquí, no es la tarde con precisión la que combina y provoca los espejismos, es el alma, el alma la que en su mundo interior provoca los espejismos de su tarde, en lienzos que tienen de la doble naturaleza: de la corpórea y de la íntima. Y recorre la doble luz: la de la tarde y la ideológica, toda la lira del espejismo, desde el *Solo de bohemios,* en que predominan los ojos, a los *Paisajes neuróticos,* en los que impera el espíritu.

Retratos. Es la parte menos trabajada del libro, con la excepción de *Decadencia* y *Un retrato de mi padre.*

Penumbras sentimentales. Son como un recuento del amor, ritornelo de rimas, en donde se casan la emoción de la materia y la de Psiquis, en divino consorcio, de textura tan sutil que las emociones del alma elevándose por sobre las del cuerpo—que si ardientes ápteras—remontan envidiables alturas en composiciones como *Nocturno,* toda ella de suprema exquisitez poemática, de noble estirpe métrica, y triunfo definitivo de Psiquis, aunque quemada en las llamas del Amor.

Símbolos del bien y del mal. El pacto de Fausto, en los lindes del bien y del mal, Himno a la utopía y *Noche actual de Walpurgis,* son el tríptico que forman esas composiciones, duras como el acero en bruto, brillantes como el acero pulimentado. Son algo recio, tormentoso, superhumano, con aliento de Wagner o de

(12) No hay cosa alguna en la naturaleza que no traiga con ella, en ella, el sentido de la naturaleza entera: y las distinciones que aplicamos a los sucesos y a los asuntos tratándolos de cosas elevadas o degradantes, decorosas o indecorosas, desaparecen cuando tomamos la naturaleza como símbolo. Emerson, obra citada.

Whitman, "voz de la biblia" y del siglo XX; opulencia creadora a lo Gœthe, delicuescencia, a lo Baudelaire, trompeta de la polifonía de *Fausto,* eretismo mental de *La carroña.* Síntesis de la vida, cuyo péndulo agita entre dos engaños,—Bien y Mal—salta con salto de hipérbole a la utopia, pero se hunde en la demencia del absurdo—sensible a toda lógica futura—en la *Noche actual de Walpurgis.*

Estados de alma. O paisajes. Si para Enrique Federico Amiel todo paisaje es la proyección de un estado de alma ¿porqué los estados de alma no han de ser proyecciones de paisajes? Paisajes interiores, vistos en nuestras entrañas, visiones del yo que no pueden—como producción humana al fin—separarse de la tierra por muy elevada que tenga su prominencia.

Son estos estados de alma como luares del trópico, taraceados de nácar y plata, manchas rojas de crepúsculos vespertinos y clarores de alba. Se aduna en ellos constantemente lo hondo con lo superficial, lo externo con lo interno, la más pura fruición fisiológica con la más limpia ponderación anímica. Y como la consecuencia de este maridaje no es extraño ver al poeta poniendo su sangre a la manera del rojo de los crepúsculos de la naturaleza y en los crepúsculos de la naturaleza los nácares de las noches lunares en sus paisajes interiores.

Nada importa el fatalismo de la misa negra ni el poderío del insomnio o de la melancolía, ni la propia ansia de la muerte. Antes, coronándolo todo, el poeta habrá liquidado sus cuentas con lo pasado y lo futuro; y enterrándose en vida, insensible bajo la sensibilidad, ciego tras sus luminosas pupilas, él habrá entrado en la propia paz de la tumba con un gesto de resignación.

*

En cuanto a la forma, Héctor Poveda sigue la tradición parnasiana en lo que significa pulcritud del verso; y la simbolista en cuanto significa su manejo con libertad, y el empleo del metrolibre. Siendo el *vers libre* una de las conquistas del simbolismo, Poveda no podía por menos de cultivarlo. El *vers libre,* o en español, metrolibre, constituye el verdadero desiderátum de la forma poética. Si referente a la estética interna—curso de las ideas

y modulaciones de los sentimientos—se ha intentado algo, en lo formal no se ha podido hacer nada más.

Debe sin embargo registrarse la aparición del haikai, poema sintético en el cual se comprime tanto el continente como el contenido. Los ensayos más singulares en castellano no pasan de *Un día* y *El jarro de flores* (13) de José Juan Tablada, poeta mediano a pesar de los haikais, y las tentativas de Enrique Diez-Canedo y José Moreno Villa. Al igual de las humoradas de Campoamor, de las que muchas no pasan de tonterías, diré que no todos los de Tablada son poemas, algunos no pasan de meras notas. A mi juicio la verdadera conquista del haikai—que por lo visto no sabe expatriarse—está en la aparición de cierta poesía esquemática, simplista, que nada tiene que ver con el genio poético nipón, cultivada con acierto por algunos poetas hispanoparlantes. Ejemplo y culmen de ellos: Antonio Machado en *Nuevas canciones.*

Héctor Poveda no ha discurrido por esos vericuetos. Ni falta. Le ha bastado con usar en series el endecasílabo—ese rey indestronable—y el alejandrino, librándolos de los rigores preceptistas. Su acierto es el empleo del metrolibre, vertido con limpidez y precisión en algunas piezas.

Se ha escrito y disparatado bastante acerca de la cuestión del *vers libre,* porque han querido resolverla erróneamente como una de mera técnica, cuando en sí envuelve la de la teoría del ritmo interior, que se traduce, escrito, por "ritmo del estilo". Los que hemos hecho versos en metrolibre, sabemos cuán precisas son estas palabras de Alfred Poizat en *Le symbolisme:*

J'estime que le morceau eût-it cinquante, soixante vers, chacun de ces vers est d'avance déterminé jusqu'au dernier par le mouvement qu'ont déclenché les trois ou quatre premièrs mots, de même que les trois ou quatre premières notes d'un morceau de musique devraient impliquer inexorablement toute la symphonie.

Cette impulsion, ce mouvement imprimé dès les premiers mots

(13) Conozco parcialmente y de soslayo el segundo de estos dos libros.

irrésistiblement a toute l'œvre, c'est le rythme du estyle, qui vient du fond de l'âme du poête et est sa marque personelle.

IV

Iba a escribir sin detenerme a explicarlo, y para concluir: Yo felicito al autor de *Crepúsculos fantásticos* por su aparente misoneísmo. Y me pregunté sin escribir ¿hay misoneísmo, aunque aparente, en el libro? Veámoslo, aun a trueque de descender a minuciosos detalles.

Si miramos a la concisión, cualidad esencial de la poesía que todo poeta moderno persigue, encontraremos sintetismos notables:

> Todo cae de hinojos ante el poniente.
>
> *(Templo.)*

> Aspecto de alto espíritu y alta mente.
>
> *(Decadencia.)*

Lo primero es un poema descriptivo compendiado. Lo segundo es un retrato moral en una pincelada. Allí fija lo visual, lo objetivo; aquí lo inmaterial, lo psíquico. Esta disposición facilita al poeta elaborar imágenes precisas:

> y las uñas blindadas de mi caballo
> tocan un solo de piedra.
>
> *(Los paisajes neuróticos.)*

> que así es
> una imagen penal de estepa rusa.
>
> *(La horrible blancura.)*

La primera es auditiva, fonogénica, para ponernos a tono; la segunda es visual, óptica.

El tumulto ideográfico no se satisface. Adelanta, crece, enriqueciéndose con nuevas analogías y disociaciones. Entregado el poeta a la embriaguez creadora "no se detiene en la forma ni en el color, ni aun en su significación"; y, dominado por "la imaginación, cuya cualidad no es congelarse, sino fluir", "los mismos

objetos expresan una idea nueva", en medio de la concurrencia de tantos estímulos fecundantes (14).

Paseamos los senderos del hastío ordinario.
(Solo de bohemios.)

Se va desmayando aquel occíduo esplín en calma
(Retreta en el malecón.)

La ciudad es el cadáver de una gema.
(La ciudad muerta.)

La ciudad arrastra su esclerosis
de piedra en la rompente.
(Templo.)

con su olor de blancura diluída en lamento.
(Insomnio y melancolía.)

En estas cinco imágenes se va por un plano ascensional de lo sencillo a lo complicado. El poeta cada vez "persuade" más y "explica" menos. Hasta llegar a la última, que es resaltante a todas luces. Constituye una profesión de fe simbolista; y es descendiente y par de aquella promulgación de cánones que encierra el famoso verso de Baudelaire en su soneto *Correspondencias:*

colores y sonidos y aromas se responden.

No se detiene aquí Héctor Poveda. En su libro he encontrado, además de las preinsertas, estas imágenes creadas que resultan un hallazgo:

La mano isócrona del tiempo ajusta el broche
de las sombras...
(Las rutas ignoradas.)

y en el cristal del alma, nos bebimos la tarde.
(Solo de bohemios.)

Todo era amable entonces, bajo el ritmo de armonía
que, al verdor de la vida, daba sus aires sutiles.
(Serenata.)

(14) Lo entrecomillado de este párrafo es de Emerson, obra citada; y lo restante del mismo, parafrasis del pensamiento transcripto.

Porque el creacionismo, en conclusión, y el futurismo, mondonovismo, dadaísmo, ultraísmo, ilogismo, etc., no son a la postre más que formas alotrópicas o derivadas, cuando no desviaciones y mixtificaciones del simbolismo (15).

Para el Sr. Rafael Lasso de la Vega, son los precursores del creacionismo Jean Arthur Rimbaud ("el más excelso y sublime antepasado"), Laforgue, Mallarmé y otros, hasta llegar últimamente a desarrollarse con Apollinaire y Max Jacob (16). Remontándose más, Cansinos Assens (17) había encontrado en Petrarca una imagen creada. Todavía surge un ancestro más lejano: Homero. El mismo Sr. Lasso de la Vega, después de insertar unos renglones de la *Odisea*, añade:

Por intuición y por dar a los poemas un máximum de majestad y decoro poético, el arte clásico tiene afinidades con el creacionismo.

¿Y qué es imagen creada? Para el Sr. Lasso de la Vega—que lo explica mejor que otros—es aquella que no puede ser "susceptible de *reproducción simple* (pintura tradicional)". Es decir, que la imagen creada, al contrario de la ordinaria o vulgar, no puede pintarse. O de pintarse arroja algo que rebasa la idea de lo monstruoso y cae en lo absurdo.

Dicho lo anterior, no hay que ser un anobio para encontrar a manos llenas imágenes creadas en la papelería clásica española. Se me ocurre copiar tres anotadas de antiguo. La primera, que incluí en *Yoismo,* pertenece a la comedia *Entre bobos anda el juego:*

> Era del claro julio ardiente día,
> Manzanares el soto presidía,
> *y en clase que la arena ha fabricado*
> *lecciones de cristal dictaba el prado.*
>
> (Rojas.)

---

(15) El creacionismo se deriva, como toda la poesía moderna, del simbolismo. Rafael Lasso de la Vega, *La "Sección de oro",* estudio, en *Cosmópolis,* Madrid, diciembre, 1920.

(16) Todas las referencias del Sr. Lasso de la Vega se contraen a su citado estudio.

(17) *La nueva lírica, Cosmópolis,* Madrid, mayo, 1919.

Claro arroyuelo de la nieve fría
bajaba mudamente desatado,
y del silencio que guardaba el prado
con labios de claveles se reía.

(Góngora, *Soneto.)*

En cristales dispensas tu tesoro,
líquido plectro a rústicos amores,
y templando por cuerdas ruiseñores,
te ríes de crecer...

(Quevedo, *Soneto,* en que "compara el discurso de su amor con el de un arroyuelo".)

¿Conceptismo, culteranismo? Como gustéis. Si esas imágenes creadas no son perfectas, he aquí tres insuperables de José Martí. La prosa de José Martí es la redoma encantada de las imágenes creacionistas:

¿Quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo?

Una mujer buena es un perpetuo arco iris.

Y aquel del Camagüey [Ignacio Agramonte], ese diamante con alma de beso.

V

Crepúsculos fantásticos no es un libro misoneísta. Por otra parte, niega los postulados de Bunge. Su autor está atento a la "música del mundo" y no pierde la ocasión de "torcerle el cuello a la elocuencia". Sin que sea exageración sostener que hasta ahora carecemos de empaque literario bastante para recibir y apreciar la publicación de una obra inscripta cerradamente en cualquiera de las escuelas postmodernistas que nos llegan de fuera. Cabe hacer anticipos, colocar avanzadas como por casualidad, pero con astucia, en medio del "otro caudal", de modo que las margaritas no disgusten ni indigesten...

No es cosa de inquietarnos. Nietzsche dijo en el prólogo de *El anticristo* que le pertenecía el pasado mañana. Y el teutón se quedó corto. No debe pues envolver reproche conservarse toda-

vía simbolista puro, porque el simbolismo no es cosa del pasado únicamente, sino de ayer, de hoy y aun de mañana. El simbolismo está en pie. Oíd la palabra de Alfred Poizat:

Après trente ans, le symbolisme a suffisamment subi l'épreuve des faits pour que sa survivance atteste qu'il correspondait bien à une orientation réelle de nombreux esprits et qu'il ne fut pas un mouvement purement factice et imaginaire.—Ainsi son action ne sera deplyee pendant pres d'un demi-siecle.

Y ahora, camarada, quienquiera que fueres: si pretendes leer *Crepúsculos fantásticos* como se lee un diario, mejor será que no lo abras. Las musas, como los mares, muestran sus tentadores tesoros nada más que a los que penetran en las palpitaciones de sus senos. Piensa que estás en Delfos. Si te quedas en el peristilo del templo de Apolo, no oirás la voz sibilina ni gustarás de las formas turgentes del oráculo. Las perlas están en el fondo. Baja a buscarlas.

REGINO E. BOTI.

Guantánamo, Cuba, 12 de diciembre de 1925.

UNA OBRA GENIAL: *LA RAZA COSMICA* DE VASCONCELOS

A pluma vacila al pretender escribir algunas páginas acerca del volumen que acaba de publicar en París el formidable pensador continental José Vasconcelos. Se intitula *La Raza Cósmica.* Propiamente dicho, este ensayo constituye el prólogo—y así el autor lo denomina modestamente—, de las brillantes crónicas de sus viajes a la América del Sur. Sin embargo, el solo prólogo bastará para consagrar el libro del gran educador de México.

Las impresiones de Vasconcelos sobre el Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, admirablemente recogidas en una sugestiva obra, son el fruto de la estancia en dichos países cuando los visitó en calidad de Embajador Especial de los Estados Unidos Mexicanos. Más adelante veremos, que la casaca diplomática no fué un obstáculo para que el hombre de genio, forzando las paredes del protocolo absurdo y sin sentido, desplegara sus alas al viento.

Con objeto de llevar a feliz término el trabajo que nos hemos propuesto escribir, dividiremos por capítulos los diversos asuntos de que trata el libro, dedicando a cada uno especial atención, sin olvidar referirnos al Uruguay—la patria de Rodó—, pero donde Vasconcelos sintió un poco de tristeza al atravesar sus fronteras... Fué como un estremecimiento de alas...

Capítulo I: La Raza Cósmica

La Raza Cósmica, o sea, el prólogo de la obra, la componen cuarenta páginas fugaces, maravillosamente trazadas. Después del *Ariel* de Rodó, no se ha escrito en América ensayo de tan

profunda trascendencia. Vasconcelos, que ya en 1920 había dado a conocer en un libro una original teoría del Ritmo, inspirada en Pitágoras, tiene hoy la soberbia concepción de una quinta raza, "la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos".

En el mes de mayo de 1925, el ilustre pensador mexicano, a su paso para Europa, se detuvo durante varios días en La Habana. Desde esta ciudad, dirigió un vibrante manifiesto a los jóvenes de Cuba. De la revista *Social* recogemos las iluminadas palabras de Vasconcelos: "Abajo las banderas nacionales y arriba la bandera continental que en frente de la civilización sajona ostenta el lema argentino de América para la Humanidad". "No para los blancos del norte ni para los negros ni para los indios de una manera exclusiva; pero sí para todas y cada una de esas estirpes." "América, hogar de la raza nueva, la quinta raza que será síntesis de las cuatro contemporáneas y la primera raza universal, la raza definitiva, la raza cósmica." En los párrafos anteriores, puede decirse, que está compendiada la teoría que Vasconcelos cristaliza en el libro denominado *La Raza Cósmica.* Esta teoría es tan vasta como una alucinación.

Comienza Vasconcelos por acoger la hipótesis de que fué Atlántida la cuna de las primeras luces del mundo; esta civilización prosperó y decayó en América. Y expresa el autor:

Después de un extraordinario florecimiento, tras de cumplir un ciclo, terminada su misión particular, entró en silencio y fué decayendo hasta quedar reducida a los menguados imperios azteca e inca, indignos totalmente de la antigua y superior cultura. Al decaer los atlantes, la civilización intensa se trasladó a otros sitios y cambió de estirpes; deslumbró en Egipto; se ensanchó en la India y en Grecia injertando en razas nuevas. El ario mezclándose con los dravidios, produjo el Indostán, y a la vez, mediante otras mezclas, creó la cultura helénica. En Grecia se funda el desarrollo de la civilización occidental o europea, la civilización blanca, que al expandirse llegó hasta las playas olvidadas del Continente americano para consumar una obra de recivilización y repoblación. Tenemos entonces las cuatro etapas y los cuatro troncos: el negro, el indio, el mongol y el blanco. Este último, después de organizarse en Europa, se ha convertido en invasor del mundo, y se ha creído llamado a predominar, lo mismo que lo creyeron las razas anteriores, cada una en la época de su poderío.

El Continente llamado a ser cuna de esa raza excepcional, síntesis de las demás, será América donde "hallará término la dispersión; allí se consumirá la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las especies".

De los pueblos del Continente Colombino, los iberoamericanos están llamados, según asegura el pensador mexicano, a cumplir y consumar la misión divina de América. Allí surgirá el tipo síntesis que ha de juntar los tesoros de la historia, para dar expresión al anhelo del mundo.

La América Latina está, pues, llamada a cumplir grandes designios; su misión trasciende a siglos venideros; un futuro glorioso donde predominará en primer término, el estado espiritual o estético ya que, los anteriores, el intelectual o político y el material o guerrero, habrán desaparecido junto con la raza blanca en decadencia.

¿Por qué cree Vasconcelos—se preguntará—que la cuna de la quinta raza será precisamente la Iberoamérica y no el Continente en general como sería lógico suponer? Los sajones del Norte, según afirma el autor de la teoría, cometieron el pecado de destruir las demás razas, en tanto que nosotros las asimilamos, y esto nos da derechos nuevos y esperanzas de una misión sin precedente en la historia. Señala Vasconcelos, que en los latinoamericanos, haciendo contraste con el yanqui, se anota cada vez más una corriente de simpatía hacia los extraños, preparándose de esta suerte la trama, el múltiple y rico plasma de la humanidad futura.

Comienza a advertirse—expresa el profundo pensador—este mandato de la historia en esa abundancia de amor que permitió a los españoles crear raza nueva con el indio y con el negro; prodigando la estirpe blanca a través del soldado que engendraba familia indígena y la cultura de Occidente por medio de la doctrina y el ejemplo de los misioneros que pusieron al indio en condiciones de penetrar en la nueva etapa, la etapa del mundo Uno. La colonización española creó mestizaje; esto señala su carácter, fija su responsabilidad y define su porvenir. El inglés siguió cruzándose sólo con el blanco, y exterminó al indígena; lo sigue exterminando en la sorda lucha económica, más eficaz que la conquista armada. Esto prueba su limitación y es el indicio de su decadencia.

Quien tiene así una visión tan amplia y limpia de la América que habla el español y el portugués, y rompe con todos los antiguos dogmas, sobre un porvenir que se creía incierto y dudoso, merece, ya no digo la atención de nosotros, que es bien poca cosa, sino la de los espíritus más selectos de la Humanidad. ¡Él es el que nos trae la buena nueva!

Vasconcelos tiene una tan clara concepción de la futura raza definitiva, que no nos resistimos al infinito placer de seguirle a través de sus páginas, plenas de una fluidez de pensamiento y elegancia de estilo inimitables.

El Continente Americano, en su precivilización y repoblación, estuvo encomendado a la raza blanca, en sus dos aspectos, en el del sajón y el latino. La misión del primero—según afirma Vasconcelos—

se ha cumplido más pronto que la nuestra, porque era más inmediata y ya conocida en la Historia; para cumplirla no había más que seguir el ejemplo de otros pueblos victoriosos. Meros continuadores de Europa, en la región del Continente que ellos ocuparon, los valores del blanco llegaron al cenit. He allí porqué la Historia de Norteamérica es como un ininterrumpido y vigoroso "allegro" de marcha triunfal.

Hay una página en seguida que nos hace evocar la helénica personalidad de Rodó, no precisamente porque Vasconcelos se haya inspirado en el filósofo de *Motivos de Proteo,* sino por la belleza serenísima de la concepción y por las palabras llenas de una encantadora sugerencia; allí el pensador-artista gustó la frase alada y la música maravillosa, y se extasió contemplando la armonía del paisaje y la dulzura de las frondas... Pero leed esta página seductora:

¡Cuán distintos los sones de la formación iberoamericana! Semejan el profundo "scherzo" de una sinfonía infinita y honda: voces que traen acentos de la Atlántida; abismos contenidos en la pupila del hombre rojo que supo tanto, hace tantos miles de años y ahora parece que se ha olvidado de todo. Se parece su alma al viejo cenote maya, de aguas verdes, profundas, inmóviles, en el centro del bosque, desde tantos siglos, que ya ni su leyenda perdura. Y se remueve esta quietud de infinito, con la gota que en nuestra sangre pone el negro, ávido de dicha sensual, ebrio de danzas y desenfrenadas lujurias. Asoma tam-

bién el mongol con el misterio de su ojo oblicuo, que toda cosa la mira conforme a un ángulo extraño, que descubre no sé qué pliegues y dimensiones nuevas. Interviene asimismo la mente clara del blanco, parecida a su tez y a su ensueño. Se revelan estrías judaicas que se escondieron en la sangre castellana desde los días de la cruel expulsión; melancolías del árabe, que son un dejo de la enfermiza sensualidad musulmana; ¿quién no tiene algo de todo esto o no desea tenerlo todo? He ahí al hindú, que también llegará, que ha llegado ya por el espíritu, y aunque es el último en venir parece el más próximo pariente. Tantos que han venido y otros más que vendrán, y así se nos ha de ir haciendo un corazón sensible y ancho que todo lo abarca y contiene, y se conmueve; pero presentimos como otra cabeza, que dispondrá de todos los ángulos para cumplir el prodigio de superar a la esfera.

A la Iberoamérica, que será el gran paisaje y la gigantesca fronda del futuro, le corresponderá ser, pues, la cuna de la raza cósmica de acuerdo con la brillante teoría del sabio doctor Vasconcelos. Cabe preguntar en qué zona florecerá dicha civilización. Responde el autor del *Monismo Estético,* que ella se iniciará y se desenvolverá en el trópico, a semejanza de las grandes civilizaciones que también tuvieron comienzo en las zonas tórridas. Y así como el hombre blanco se encuentra ya preparado para luchar contra el frío, para entonces, es decir, cuando surja la quinta raza, se aprovecharán todos los elementos de la ciencia "para disipar el bochorno y la fiebre".

El arte mismo ofrecerá nuevas modalidades en sus líneas y aspectos múltiples; así

la arquitectura abandonará la ojiva, la bóveda, y en general la techumbre, que responde a la necesidad de buscar abrigo; se desarrollará otra vez la pirámide; se levantarán columnatas en inútiles alardes de belleza, y quizá construcciones en caracol, porque la nueva estética tratará de amoldarse a la curva sin fin de la espiral que representa el anhelo libre; el triunfo del sér en la conquista del infinito. El paisaje pleno de colores y ritmos comunicará su riqueza a la emoción; la realidad será como la fantasía. La estética de los nublados y de los grises se verá como un arte enfermizo del pasado. Una civilización refinada e intensa responderá a los esplendores de una naturaleza henchida de potencias, generosa de hálito, luciente de claridades.

En suma, en lo que se refiere a la conquista del trópico, Vas-

concelos señala como tierras de promisión las zonas comprendidas en el Brasil, Colombia, Venezuela, Ecuador, parte del Perú, parte de Bolivia y la parte superior de la Argentina.

El mundo futuro—exclama el autor de la teoría cósmica—será de quien conquiste la región amazónica. Cerca del gran río se levantará Universópolis y de allí saldrán las predicaciones, las escuadras y los aviones de propaganda de buenas nuevas. Si el Amazonas se hiciese inglés, la metrópoli del mundo no se llamaría Universópolis, sino Anglotown, y las armadas guerreras saldrían de allí para imponer en los otros Continentes la ley severa del predominio del blanco de cabellos rubios y el exterminio de sus rivales obscuros. En cambio, si la quinta raza se adueña del eje del mundo futuro, entonces aviones y ejércitos irán por todo el planeta, educando a las gentes para su ingreso a la sabiduría. La vida fundada en el amor llegará a expresarse en formas de belleza.

La raza integral o definitiva, hecha con la savia y el espíritu de todo el Cosmos, no excluirá a ninguna de las cuatro razas existentes, ya que se aprovechará lo más selecto y generoso de los pueblos del orbe. Llega a suponer Vasconcelos, que quizá en la quinta raza predominen siempre los caracteres del blanco, agregando: "pero tal supremacía debe ser parte de elección, libre del gusto y no resultado de la violencia o de la presión económica". Veremos en párrafos siguientes cómo la ley del gusto llega a tener gran importancia en la teoría sustentada por el maestro mexicano. Además, el primer período de la sociedad, el material o guerrero, y el segundo, el intelectual o político—del que ya se hicieron ligeras referencias al comenzar este trabajo—, han dejado el puesto (en la quinta Raza) al tercer estado social: el espiritual o estético. Expresa Vasconcelos que

en lo sucesivo, a medida que las condiciones sociales mejoren, el cruce de sangre será cada vez más espontáneo, a tal punto, que no estará ya sujeto a la necesidad, sino al gusto; en último caso a la necesidad. El motivo espiritual se irá sobreponiendo de esta suerte a las contingencias de lo físico. Por motivo espiritual ha de entenderse, más bien que la reflexión, el gusto que dirige el misterio de la elección de una persona entre una multitud.

A renglón seguido, Vasconcelos entra de lleno al estudio de

la Ley del gusto, estando en ella comprendidos los tres estados sociales definidos dentro de la más vasta comprensión. El gusto va evolucionando a través de las épocas y de las razas; en el primer estado sólo manda la materia, y por medio de la violencia y de la guerra, el "fuerte toma o rechaza, conforme a su capricho, la hembra sometida". La razón, propiamente hablando, no interviene en este estado; hay una razón débil "como el gusto oprimido"; "no es ella quien decide, sino la fuerza, y a esa fuerza, comúnmente brutal, se somete el juicio, convertido en esclavo de la voluntad primitiva".

En el segundo período tiende a prevalecer la razón que artificiosamente aprovecha las ventajas conquistadas por la fuerza y corrige sus errores. Las fronteras se definen en tratados y las costumbres se organizan conforme a las leyes derivadas y las conveniencias recíprocas. En este régimen, la mezcla, la mezcla de las razas obedece en parte, al capricho de un instinto libre que se ejerce por debajo de los rigores de la norma social, y obedece especialmente a las conveniencias éticas o políticas del momento. En nombre de la moral, por ejemplo, se imponen matrimonios difíciles de romper, entre personas que no se aman; en nombre de la política se restringen libertades interiores y exteriores; en nombre de la religión, que debiera ser la inspiración sublime, se imponen dogmas y tiranías; pero cada caso se justifica con el dictado de la razón, reconocido como supremo de los asuntos humanos. Proceden también conforme a lógica superficial y a saber equívoco quienes condenan la mezcla de razas, en nombre de una eugénica que, por fundarse en datos científicos incompletos y falsos, no ha podido dar resultados válidos. La característica de este segundo período es la fe en la fórmula; por eso en todos sentidos no hace otra cosa que dar norma a la inteligencia, límites a la acción, fronteras a la patria y frenos al sentimiento. Regla, norma y tiranía, tal es la ley del segundo período en que estamos presos, y del cual es menester salir.

En el tercer período, cuyo advenimiento se anuncia ya en mil formas, la orientación de la conducta no se buscará en la pobre razón que explica pero no descubre; se buscará en el sentimiento creador y en la belleza que convence. La norma la dará la facultad suprema, la fantasía; es decir, se vivirá sin norma, en un estado en que todo cuanto nace del sentimiento es un acierto. En vez de reglas, inspiración constante. Y no se buscará el mérito de una acción en su resultado inmediato y palpable, como ocurre en el primer período; ni tampoco se atenderá a que se adapte a determinadas reglas de razón pura; el

mismo imperativo ético será sobrepujado, y más allá del bien y del mal, en el mundo del pathos estético, sólo importará que el acto, por ser bello, produzca dicha. Hacer nuestro antojo, no nuestro deber; seguir el sendero del gusto, no el del apetito ni el del silogismo; vivir el júbilo fundado en amor, esa es la tercera etapa.

El tercer estado, o sea el estético o espiritual, es decir, el que corresponde a la quinta raza, será en resumen, el estado ideal, el estado artista. Vivir en Pathos,—dice Vasconcelos—; sentir por todo una emoción tan intensa, que el movimiento de las cosas adopte ritmos de dicha.

El ensayo del pensador maxicano, está escrito en forma tan sintética, que nos resulta casi siempre imposible reducir los términos de la exposición, prefiriendo—con objeto de no restarle encanto al propio ensayo de Vasconcelos—reproducir textualmente las partes más culminantes de la obra. Nuestra misión de acotadores queda de esta manera cumplida.

En los tres períodos o estados que Vasconcelos ha dividido la historia de la Humanidad, observamos que la voluntad juega importantísimo papel; así tenemos que en el primer período la dirige el apetito; en el segundo, la razón, y en la tercera etapa, o sea, cuando surje la Raza Cósmica, la voluntad.

La voluntad se hace libre, sobrepuja lo finito, y estalla y se anega en una especie de realidad infinita; se llena de rumores y de propósitos remotos; no le basta la lógica y se pone las alas de la fantasía; se hunde en lo más profundo y vislumbra lo más alto; se ensancha en la armonía y asciende en el misterio creador de la melodía; se satisface y se disuelve en la emoción y se confunde con la alegría del Universo; se hace pasión de belleza.

Estamos en una de las partes más intereantes del genial ensayo del doctor Vasconcelos; en la unión y procreación de la quinta raza. Tanto una como la otra se efectuarán conforme al tercer período, o sea de acuerdo con la espiritualidad o estética. Las uniones tendrán lugar, pues, conforme a la "ley de simpatía" refinada por el sentido de la belleza.

Una simpatía verdadera y no la falsa, que hoy nos imponen la necesidad y la ignorancia. Las uniones sinceramente apasionadas y fá-

cilmente deshechas en caso de error, producirán vástagos despejados y hermosos. La especie entera cambiará de tipo físico y de temperamento, prevalecerán los instintos superiores, y perdurarán como en síntesis feliz, los elementos de hermosura, que hoy están repartidos en los distintos pueblos.

Como consecuencia de lo anterior, afirma Vasconcelos que

los muy feos no procrearán, no desearán procrear; ¿qué importa entonces que todas las razas se mezclen si la fealdad no encontrará cuna? La pobreza, la educación defectuosa, la escasez de tipos bellos, la miseria que vuelve a la gente fea, todas estas calamidades desaparecerán del estado social futuro. Se verá entonces repugnante, parecerá un crimen, el hecho hoy cotidiano de que una pareja mediocre se ufane de haber multiplicado miseria. El matrimonio dejará de ser consuelo de desventuras, que no hay por qué perpetuar, y se convertirá en una obra de arte.

Las ideas que Vasconcelos expone en su estudio acerca de la Raza Cósmica, son tan vastas que requeriría una pormenorizada relación, ya que el filósofo oaxaqueño se ha detenido en cada problema de la Humanidad, examinándolo todo, y del gran laboratorio de su cerebro, radiante reflejo del mundo futuro, salió triunfante la teoría genial...

La raza cósmica, según él, es una consecuencia ineludible, puesto que

ninguna raza contemporánea puede presentarse por sí sola como un modelo acabado que todas las otras hayan de imitar. El mestizo y el indio, aun el negro, superan al blanco en una infinidad de capacidades propiamente espirituales. Ni en la antigüedad, ni en el presente, se ha dado jamás el caso de una raza que se baste a sí misma para forjar civilización. Las épocas más ilustres de la Humanidad han sido, precisamente, aquellas en que varios pueblos disímiles se ponen en contacto y se mezclan. La India, Grecia, Alejandría, Roma, no son sino ejemplos de que sólo una universalidad geográfica y étnica es capaz de dar frutos de civilización.

Al mismo tiempo, Vasconcelos destruye la falsa creencia de que el blanco, particularmente el blanco de habla inglesa, es el "non plus ultra" de la evolución humana, y que cruzarlo con otra raza sería tanto como envilecer su estirpe. Explica el pensador

de México, que semejante manera de ver no es nada más que la ilusión de cada pueblo afortunado en el período de su poderío. Y agrega:

> Cada uno de los grandes pueblos de la Historia se ha creído el final y el elegido.
>
> Cada raza que se levanta necesita constituir su propia filosofía, el *deus ex machina* de sus éxitos.

Hemos llegado al momento más culminante de la obra del Maestro. Vasconcelos, en las últimas páginas de su prodigioso ensayo, formula las bases de la raza cósmica. Para dicho efecto, recuerda que la raza hebrea no era para los egipcios otra cosa que ruin casta de esclavos, y de ella nació Jesucristo, al que denomina el autor del mayor movimiento social de la Historia; el que anunció el amor de todos los hombres. "Este amor—dice el filósofo continental—, será uno de los dogmas fundamentales de la quinta raza." América deberá ser el hogar y la patria de todos los que deseen vivir en ella, y, por lo mismo, tendrá que caracterizarse por sus sentimientos de fraternidad y concordia hacia todos los seres de la tierra.

Vasconcelos hace la aclaración de que su doctrina "no es un simple esfuerzo ideológico para levantar el ánimo de una raza deprimida, ofreciéndole una tesis que contradice la doctrina a que habían querido condenarla sus rivales". La filosofía positivista quiso destruir la inquebrantable ley cristiana basada en el amor como sostén de la gran familia humana. Aquella escuela sentenció "que no era el amor la ley sino el antagonismo, la lucha y el triunfo del apto".

Los antiguos postulados que se tenían por ciertos hace apenas veinte y treinta años, yacen en el polvo ante el arrollador progreso de ciencias que, como la físico-química, la biología y las matemáticas, están evolucionando constantemente. Si todo sufre en los presentes momentos actuales una rectificación de valores, "es preciso reconocer que se ha derrumbado también el edificio teórico de la denominación de una sola raza".

Por último, Vasconcelos, profundizándose más en el estudio en que está empeñado, pregúntase qué pasaría si para constituir

la quinta raza se procediera conforme al primer período, o sea, el material o guerrero. Y se responde:

La fuerza ciega, por imposición casi mecánica de los elementos más vigorosos decidiría de una manera sencilla y brutal, exterminando a los débiles, más bien dicho, a los que no se acomodaran al plan de la raza nueva. De acuerdo con la ley del segundo período, es decir, el intelectual o político, la raza cósmica se constituiría de acuerdo con los astutos, los listos y faltos de escrúpulos, perdiendo la partida los bondadosos y los soñadores. En cambio—expresa Vasconcelos—, la verdadera potencia creadora de júbilo está contenida en la ley del tercer período, que es emoción de belleza y un amor tan acendrado que se confunde con la revelación divina. Propiedad de antiguo señalada a la belleza, por ejemplo en el Fedro, es la de ser patética; su dinamismo contagia y mueve los ánimos, transforma las cosas y el mismo destino. La raza más apta para adivinar y para imponer semejante ley en la vida y en las cosas, esa será la raza matriz de la nueva era de civilización.

Para terminar, agrega el soberbio esteta mexicano:

Por fortuna, tal don necesario a la quinta raza, lo posee en grado subido la gente mestiza del Continente iberoamericano; gente para quien la belleza es la razón mayor de toda cosa. Una fina sensibilidad estética y un amor de belleza profunda, ajenos a todo interés bastardo y libre de trabas formales, todo eso es necesario al tercer período; período impregnado de esteticismo cristiano que sobre la misma fealdad pone el toque redentor de la piedad que enciende un halo alrededor de todo lo creado.

Llega el doctor Vasconcelos a su más alta concepción filosófica y clarividencia suma cuando afirma que:

La gente que está formando la América hispánica, un poco desbaratada, pero libre de espíritu y con el anhelo en tensión a causa de las grandes regiones inexploradas, puede todavía repetir las proezas de los conquistadores castellanos y portugueses. La raza hispana en general tiene todavía por delante esta misión de descubrir nuevas zonas en el espíritu ahora que todas las tierras están exploradas. Solamente la parte ibérica del Continente dispone de los factores espirituales raza y el territorio que son necesarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la Humanidad. Están allí todas las razas que han de ir dando su aporte: el hombre nórdico, que hoy es maes-

tro de acción, pero, que tuvo comienzos humildes y parecía inferior, en una época en que ya habían aparecido y decaído varias grandes culturas; el negro como una reserva de potencialidades que arrancan de los días remotos de la Lemuria; el indio que vió perecer la Atlántida, pero que guarda un quieto misterio en la conciencia; tenemos todos los pueblos y todas las aptitudes, y sólo hace falta que el amor verdadero organice y ponga en marcha la ley de la Historia.

Hemos terminado las ligeras acotaciones sobre la Raza Cósmica que nos propusimos apuntar al margen de la obra de Vasconcelos. Confesamos que no pudimos menos que seguir la famosa teoría paso a paso, transcribiendo a veces los más inspirados trozos del volumen, temblando de emoción ante la belleza creada por el oficiante de *Prometeo Libertador.*

Personas más autorizadas que nosotros harán un juicio crítico sobre el ensayo del pensador mexicano. Nosotros nos detuvimos respetuosamente en el pórtico del Templo de la Sabiduría sin habernos atrevido a pasar...

Si Vasconcelos se hizo grande en México por su labor educadora que trascendió a todo el Continente, Iberoamérica puede hoy enorgullecerse porque el cetro que ha dejado vacío el inmortal artífice de *Ariel,* al entregar su alma a los dioses, ha sido reemplazado por el autor de *La Raza Cósmica.*

¡El pensamiento iberoamericano está de fiesta! ¡Aleluya!

Capítulo II: notas de viajes a la América del Sur

Un selecto espíritu como el de Vasconcelos, dado al estudio y a la meditación, pudo recoger en nutridas páginas llenas del más encantador colorido sus impresiones de viaje a la América del Sur. Es de admirarse que quien llevara la alta representación diplomática de su país teniendo que cumplir el ineludible protocolo y demás cortesías oficiales, haya podido anotar en su carnet de artista y pensador, las observaciones que le sugerían los pueblos que le tocó visitar.

Noventa páginas dedicó el licenciado Vasconcelos al Brasil. Cuando el autor de *La Raza Cósmica* estuvo en la gran nación hermana, celebraba ésta el Centenario de su Independencia. Los

numerosos capítulos de esta parte del volumen, están llenos de una ferviente y avasalladora admiración por la patria del poeta Bilac. Es del todo imposible que nosotros intentemos seguir a Vasconcelos en sus fabulosos viajes, ricos en emoción y maravilla, ya por ciudades encantadas como Río de Janeiro, Mina Geraes, Santos o San Paulo, ya por estupendas montañas que, como el Pan de Azúcar, apuntan sus aristas al infinito.

Gran parte del público de América y Europa le deberá a Vasconcelos, el haber conocido a través de su obra, las excelsitudes de ese legendario hermano mayor de Iberoamérica. Algunos títulos sugestivos como *Visiones Rápidas; Campiñas; Una fazenda; Las fundiciones; La Universidad Paulista; Bello Horizonte; Juiz de Fore; Un Bandeirante; La Machicha,* darán una clara idea de cómo el Maestro gustó abordar todos los temas del Brasil con cariño de esteta y de hermano. Más que notas de viajes como él las llama, ellas son deliciosas páginas de arte y poesía, de emotividad y honda reflexión. ¡Todo el noble espíritu de Vasconcelos se volcó en estas crónicas aladas! Hasta en los detalles de menos importancia surge siempre el exquisito artífice y el profundo cantor de la naturaleza. Y es que el filósofo de México pone pensamiento y crea belleza en cada una de sus páginas rutilantes. Ante el panorama que el Brasil le brinda a manos llenas, como en un sueño imposible, su cerebro se irradia adquiriendo un fulgor extraño, y sus producciones literarias diríanse estar inspiradas por algún gnomo misterioso y sutil...

Del Brasil parte Vasconcelos para el Uruguay. A nuestro país le dedicaremos un capítulo aparte. De Montevideo se traslada el autor de *La Raza Cósmica* a Buenos Aires. Unas cien páginas desbordantes de entusiasmo y devota admiración le ofrenda a la Argentina. Nosotros que tanto queremos a esta nación como al Brasil y a México, no podemos menos que interpretar fielmente—quizá con demasiada pasión—, las frases de elogio que eleva como un canto a la formidable patria de Sarmiento. Citaremos aquí, por no podernos extender como quisiéramos, algunos capítulos dedicados por su autor a la República del Plata: *Buenos Aires; Irigoyen; Alvear; El Jockey Club; Una Escuela Normal; Buenos Aires, de noche; Un almuerzo con los socialistas; Otro con los anarquistas;*

En la Universidad de la Plata; el Iguazú; El Paso de los Libres; Posadas; A la Orilla del Maestron; Una conferencia en el Salón de la Prensa; Una comida ofrecida por la revista "Nosotros"; Una visita a Lugones; El Teatro Colón; El pensamiento argentino; La frontera argentino-chilena.

Vasconcelos, prosiguiendo su viaje, llega a la hermana República de Chile. Arriba por fin a la patria de la vigorosa y genial poetisa Gabriela Mistral. Copiamos los capítulos dedicados a la majestuosa tierra cobijada por los Andes: *Las Escuelas Chilenas y la Universidad; Recepción Universitaria; El Colegio Militar; El Liceo Irrazuriz; El Ateneo "Gabriela Mistral"; Cena en Palacio; Una conferencia; La partida; Retorno a la Argentina.*

De todos los pueblos que visitó Vasconcelos, el que le ha dejado más honda huella fué la Argentina, patria de esclarecidos hombres y de recursos múltiples para su brillante porvenir.

El ex Ministro de Educación de México, tuvo oportunidad de conocer gran parte de las provincias de ese país. En todas ellas recogió las más gratas impresiones. En uno de sus viajes por el interior de la República, al avanzar el ferrocarril a través de la inmensa zona situada entre los ríos Paraná y Uruguay, anotó en su carnet lo siguiente:

> Hay que leer los magníficos cuentos de Horacio Quiroga para comenzar a entender esas soledades, así como hay que leer ciertas prosas y agunos versos de la Ibarbourou para comprender la campiña uruguaya. Pues sucede que una región no existe mientras no aparece su cantor; Chateaubriand hizo el Mississippi, lo incorporó a la literatura; y el ancho, el potente Paraná, el gran río latino, todavía está esperando un poeta moderno, como cinco siglos más allá del Tabaré.

En el capítulo dedicado a las Cataratas del Iguazú, refiere Vasconcelos que casi al llegar por vez primera a Buenos Aires, un eminente profesor argentino le manifestó que le sería muy difícil ir a dicho lugar porque el viaje es molesto y además toma mucho tiempo y toda su atención la iba a absorber la Gran metrópoli. El pensador mexicano con esas sus palabras sentenciosas le respondió: "Iré al Iguazú aunque no acabe de conocer Buenos Aires, porque es más importante el Iguazú que Buenos Aires". Y luego escribe en sus notas:

De Iguazú han de salir como dos o tres Buenos Aires y además un poderoso imperio. El Iguazú es como la Argentina futura; el nervio vital de la América Latina y el centro propulsor de una civilización que no tiene precedente en la Historia. Sin el Iguazú no habría América del Sur, por lo menos no habría Argentina, porque no es porvenir poseer una Pampa por dilatada que sea; el porvenir está en el aprovechamiento de las fuerzas de la creación, y el Iguazú es la mayor fuerza virgen y libre que hasta hoy se conoce; el pueblo que domine el Iguazú será el pueblo de América.

Hay una página evocadora y honda que no podemos dejar pasar por alto; un final de página que nos resulta un poco melancólica y que inspirara a Vasconcelos en la forma armónica que él suele hacerlo, la *Caída de las Aguas del Iguazú*. Es un poema profundo y genial. Una página de meditación. Un viaje al alcazar interior. Una vibración más allá de la vida y de la muerte... Esta página hubiera sido digna de Guyau en sus *Versos de Un Filósofo*. Escuchad:

Después de todo, se dice uno a sí mismo pensando en la posibilidad de la caída junto con las aguas, sería una muerte como cualquier otra, de donde el alma saldría danzando, enlazada a los destellos de las linfas; pero el cuerpo vacila y tiembla, se siente débil, se sabe impotente para defender su minuto en medio de la eternidad y la indiferencia de la creación.

Y más adelante:

A fuerza de mirar llega un instante de fatiga en que la cabeza se inclina abrumada y pasa por la mente la idea de la inutilidad del minuto que cada uno de nosotros representa en la creación, delante de la eternidad de sus procesos. Siervos de no sabemos qué extrañas fuerzas, ¿qué hacemos en este incomprensible planeta? Lo más alto de nuestra obra se condensa en palabras, acaso porque la palabra es como el resumen y también el fiat del acto. Palabras que dicen Vida, Amor y Belleza; pero la noción de eternidad pasa sin que podamos ligarnos con ella. Pasa como pasan las aguas y nos destroza como destrozan las aguas. ¿Para qué es este perpetuo juego de construir y destruir, pero sin jamás restablecer el instante perdido? Yo perezco, pero otro nace y yo renazco en él y en todos los que han de vivir. Hay momentos en que se siente que todo esto es palabrería. Sabios de la India, sabios de la Grecia, sabios de la Teología, sólo hay una certi-

dumbre, la certidumbre de las palabras: Amor, Belleza, Vida, tal vez Alma también; pero lo que no sabemos, lo que no acertaremos a descubrir jamás es la manera cómo se combinan estas palabras que son realidades. Nos falta el lazo; las realidades están sueltas; el amor cree juntarlas, pero la naturaleza las desintegra, nos desintegra a nosotros mismos y quedan otra vez sueltas las enormes palabras: Vida, Fuerza, Belleza, Alma, Virtud. Todo el que sea sincero, tendrá que decir: no comprendo. Sin embargo, hay dentro de mí una dicha infinita por haber contemplado en su esencia las grandes palabras sagradas: Naturaleza, Virtud, Fuerza, Belleza, Amor.

Sería imposible en estas rápidas acotaciones al margen del último libro de José Vasconcelos, intentar detenernos en todas sus páginas, admirando y señalando cada concepto vertido, porque ello significaría entrar de lleno en una labor crítica que estamos bien lejos de realizar. Bástenos únicamente manifestar en resumen, que Vasconcelos, según nuestra manera de discernir, interpreta en el momento actual el cerebro dinámino y la fuerza pensante del Continente. Su obra *La Raza Cósmica,*—evangelio de infinito amor y supremas esperanzas—lo ha consagrado definitivamente a la posteridad. Pasarán muchos años, y dos y tres generaciones yacerán en la inexorable indiferencia de los hombres y de las cosas evolucionadas, y las ideas luminosas y sabias rodarán muchas veces en el polvo, rotas en mil pedazos, pero el bello y santo ideal que se ofrenda en el sencillo volumen de Vasconcelos, será noble y generoso apostolado que recogerá el Tiempo como uno de los últimos chispazos de una raza que marcha triunfante hacia su decadencia abriendo paso, a tambor batiente, a la Quinta Raza, la Raza Integral, la Definitiva.

Capítulo III: el Uruguay

Hemos dejado para el último capítulo de estas acotaciones, lo que Vasconcelos escribió referente al Uruguay. El autor del *Monismo Estético,* ha resumido en nueve páginas, hábilmente elaboradas, el panorama que ofrece nuestro país. "El Uruguay infunde respeto porque es tierra de genios", dice Vasconcelos.

Mirando una vez el Uruguay en el mapa—agrega—, soñé un día

llegar allí de improviso con el nombre cambiado y toda tradición rota, para elegir mujer y fundar familia; mi estado de ánimo al entrar era de lo más cordial, pero se hacen daño los países que mandan soldados en recibimiento de los extranjeros.

Cuenta Vasconcelos que al día siguiente de su estancia en Montevideo ya tuvo motivo de enojo, porque

los diarios no se prestaron a dar cuenta del discurso con que hice entrega de la estatua de Cuauhtemoc, que di en parte de declaraciones de política mexicana. Atribuí aquel silencio a exceso de condescendencia con la Legación yanqui. El aludido discurso no es antiyanqui, pero sí nacionalista iberoamericano, y en aquellos días privaba en las esferas oficiales del Uruguay la doctrina panamericana, en oposición casi bélica, de la doctrina simplemente iberoamericana.

Tenemos que reconocer—desgraciadamente—que el Gobierno del Uruguay está atacado, desde que el doctor Brun ocupaba la primera magistratura de la República, de una terrible enfermedad que corroe a muchos de nuestros países: el panamericanismo.

Pero lo verdaderamente interesante del trabajo de Vasconcelos sobre el Uruguay es cuando se refiere a su política interior. Sus impresiones sobre este particular no pueden ser más acertadas y, seguramente, causarán sensación en la América Latina donde se afirmaba, con los ojos cerrados, que la patria de los Rodó, los Zorrilla de San Martín, los Florencio Sánchez, los Herrera y Reissig, era un verdadero ejemplo de democracia y civilización. Nunca se dijo, por ejemplo, que José Enrique Rodó se vió obligado a salir del Uruguay por la hostilidad que le hacía el gobierno que en aquel entonces imperaba en nuestro país. Los diplomáticos nuestros se han cuidado muy bien de decir en el exterior—cuando escriben artículos o pronuncian conferencias sobre el autor de *El Mirador de Próspero*—, que el gran Maestro de la Juventud de América, tuvo necesidad para poder embarcarse para Europa y realizar así el sueño de toda su vida, de recurrir a la hospitalaria casa de *Caras y Caretas* por conducto de un amigo nuestro ya fallecido, el señor Mendoza Garibay, el cual se trasladó a Buenos Aires, siendo recibido con los brazos abiertos por el director del popular semanario argentino, el cultísimo doctor José Alvarez.

Por último, nunca se ha dicho fuera del Uruguay, que los gobiernos nuestros, dejaron morir de hambre al genial dramaturgo Florencio Sánchez—conocido más bien como argentino—, y al excelso poeta Julio Herrera y Reissig, a quien en cierta ocasión que lo solicitó, se le negó un puesto de Secretario de Legación!...

Pero leed lo que dice Vasconcelos sobre cierto personaje de comedia que actúa en la política del Uruguay desde hace más de veinte años:

No pude conocer ni me preocupé mucho de hacerlo, a una especie de Ogro, entre estadista y espadachín, que es quien hace y deshace gobiernos y leyes. Su procedimiento es complicado, pero seguro. Después de hacerse del Poder, por la violencia, organizó un partido del que naturalmente se hizo el jefe vitalicio. De esta manera, al dejar la presidencia burló el principio de no reelección, mediante el cambio previo que hizo del sistema de gobierno, que transformó en lo que llaman "Colegiado". Deshizo la presidencia como poder ejecutivo, y delegó las funciones importantes en un grupo de nueve consejeros, que tienen poder, creo que hasta para destituir al Presidente. En este Consejo siempre es el Ogro el que tiene la mayoría, y el Presidente se somete al Ogro o se va a su casa. Al Ogro lo llaman sus partidarios un genio político; me aseguró alguien que de haber nacido en Inglaterra, le saca el pie al mismo Lloyd George. Menos malo que sea un déspota civil y no se le haya ocurrido imitar a Napoleón, como los demás tiranos sanguinarios de la América Española. El que no cree o no finge creer en el Ogro no llega en el Uruguay a ningún puesto público. Cada vez que se renueva el Ejecutivo, el Ogro, como jefe del partido oficial, nombra el candidato y asegura con sus secuaces la elección. Con una fuerte organización de partido, una milicia bien pagada y mucha palabrería radical, el partido colorado hace más o menos lo que le pega en gana. Sin embargo, es necesario aclarar que no abusa al extremo de perseguir o encarcelar a sus enemigos políticos. Los excluye de las funciones públicas, pero los deja tranquilos; no es aquél un despotismo a la mexicana o a la venezolana. La raza está demasiado civilizada para tolerar procedimientos de Cafrería. El partido contrario, el de los blancos, mantiene un odio sagrado para sus rivales. Los colorados alardean de ciertas reformas sociales que, según pude observar, no van mucho más allá de los discursos de las asambleas; me refiero particularmente al fundamental problema agrario, que no se ha tocado porque subsisten los grandes estancieros y el capital está en muy pocas manos. Los obreros de la ciudad han afianzado ventajas usuales de ocho horas de jornada y determinadas alzas de salario; pero en los campos prevalece el feudalismo, y los campos

son toda la riqueza del Uruguay, que es esencialmente ganadero. El llamado radicalismo ha tenido más bien manifestaciones políticas de no escasa importancia. La Iglesia y el Estado se han separado sin revoluciones ni derramamiento de sangre, sólo mediante discusiones inteligentes. No hay allá héroes de guerra civil; a esto se debe su lustre innegable el país.

Queremos hacer la debida aclaración de que el Ogro que ha perfilado admirablemente Vasconcelos, es un señor llamado José Batlle y Ordóñez... Desde el año de 1904, nada se hace en el Uruguay sin su consabida autorización. Como José Enrique Rodó, Florencio Sánchez y Julio Herrera y Reissig, rehusaron hincarse ante sus plantas, los dos primeros partieron hacia el destierro voluntario sorprendiéndoles la muerte en Italia; Florencio, el gran bohemio, cuyas obras se representaron en Roma y en Madrid, murió en la miseria; y el autor de *Los Peregrinos de Piedra* se fué consumiendo de tristeza como un dios antiguo, hasta que se abatió en una bohardilla de Montevideo, abandonado de todos, y ante la indiferencia y desprecio del Gobierno. Una persona caritativa, cuyo nombre ignoramos, pagó su entierro, que fué de tercera clase...

Por lo demás—y fuera de las ruindades y tragedias políticas que hemos apuntado—, Vasconcelos se admiró, y así lo expresa en su obra, de nuestros sistemas educativos, así como de los edificios de nuestras escuelas y universidades. De los estudiantes uruguayos dijo "que están siempre alerta sobre toda cuestión que afecta al Continente latino; nadie defiende con más calor que ellos el ideal iberoamericano". La literatura de nuestro país le pareció afrancesada; en los negocios cree que priva Inglaterra, y en la política internacional los Estados Unidos. Y manifiesta en síntesis, que en lo mejor que tiene Uruguay "sigue viva la madre España, y viva en Rodó y en Vaz Ferreira y en la Ibarbourou."

No nos resistimos a copiar los párrafos que siguen, donde el lector podrá avalorar hasta qué grado Vasconcelos pudo compenetrarse de nuestra vida, de nuestras mediocridades, de nuestros errores, de nuestras virtudes:

El Uruguay es un pueblo libre. El obrero y el campesino, en ge-

neral el pobre, viven menos pobres que los pobres de los países tiranizados. El Uruguay me desilucionó un poco por la gran ilusión que yo llevaba de él, no porque lo haya encontrado inferior en ningún sentido a otros pueblos nuestros. También sucedió que hubiera querido encontrármelos más argentinos, menos nacionalistas, más preocupados del porvenir unido de la América española. Cierto regionalismo que a mí pareció advertir, no está de acuerdo con el aliento continental de Rodó, con el genio arrollador de la Ibarbourou. ¿Por qué empeñarse en ser uruguayos, si pueden convertirse en la conciencia de América?

Nosotros, que desde hace años hemos roto con los prejuicios de los partidos tradicionalistas, considerándolos regresivos y bárbaros, admiraremos siempre a Vaconcelos que en buena hora señaló nuestros errores, y presentó ante la faz de América tiranos que, como el Ogro José Batlle y Ordóñez, sirven únicamente para desprestigiar pueblos y democracias. Afortunadamente, nuestras juventudes—las que Vasconcelos admiró a su paso por el Uruguay—, detestan y están aburridas del tirano. Esas juventudes serán las encargadas de derribarlo; con él terminará para siempre esa farsa de alta política con la que se pretende deslumbrar al mundo entero. Vasconcelos, con su profunda visión de los hombres y de las cosas, ha dado la voz de alarma. El Uruguay se lo agradecerá en un porvenir no lejano. El libro del pensador mexicano es noble por todos conceptos. Nobleza obliga.

CARLOS DEAMBROSIS MARTINS.

La Habana, enero 28, DÍA DE MARTÍ, 1926.

El señor Carlos Deambrosis Martins—quien actualmente se halla en esta ciudad—es un joven escritor uruguayo, de gran talento y vasta cultura, cuyos trabajos literarios le han hecho alcanzar una sólida reputación entre los cultivadores de las letras hispanoamericanas. Es redactor del diario *El Imparcial*, de Montevideo, y ha hecho intensa labor en pro de los altos ideales comunes a todos los pueblos de nuestra América. CUBA CONTEMPORÁNEA le da expresivas gracias por el envío de este excelente estudio, hecho expresamente para ella, por el autor, en la fecha del natalicio del Apóstol.

BIBLIOGRAFIA (*)

Charles Brandt. THE VITAL PROBLEM. THE PATH TO HEALTH, WISDOM AND UNIVERSAL PEACE. Benedict Lust. Publisher. 110 E. 41 St. New York, 1924. 8º, 219 p.

Es *The vital problem* un libro en inglés que acaba de publicar en Nueva York, el ilustre escritor venezolano Dr. Carlos Brandt, y cuya aparición ha sido una sorpresa para los que no sabían que el autor, además de ser un hábil manejador de la lengua de Cervantes, es un polígrafo que lo mismo escribe en español que en inglés, en francés o en alemán.

El Dr. Brandt divide su interesante trabajo en siete capítulos, los cuales a la vez se subdividen en tesis que, desarrolladas en forma clara y comprensiva, abarcan un amplio campo filosófico en que la vasta erudición del autor hace desfilar en una sucesión de epígrafes ilustrativos, nombres gloriosos que la ciencia y la historia han consagrado ya como maestros de la filosofía y la metafísica, ciencias acerca de las cuales ha sido escrito el libro a que me refiero.

Dice Brandt en el Prefacio que su libro es un libro práctico, porque basado en la Filosofía Práctica su principal objeto es la solución de los tres grandes problemas de la vida; que son: la salud, la moral y la paz universal. Postulados estos que trata de demostrarnos axiomáticamente al decirnos que la *Naturotcrapia* resuelve el problema de la salud; que las bases de la moral consisten en la *Ley de la conservación de la Vida* y que para asegurar una paz eficiente y perpetua, sólo bastaría la creación de una *Confederación Internacional* y luego nos

(*) En esta sección serán siempre analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que se nos envíe un ejemplar, sólo tendrá derecho el remitente a que se haga la correspondiente inscripción bibliográfica. CUBA CONTEMPORÁNEA se reserva el derecho de emitir opinión acerca de toda obra, nacional o extranjera, que por su importancia merezca ser criticada.

asegura, como el buzo que ha profundizado en las aguas y cree haber encontrado lo que buscaba, que esos tres exiomas constituyen la única fuerza capaz de resolver los dichos problemas.

Es tal la certeza que anima a Brandt al sostenimiento de su tesis, que reta a quien quiera demostrarle lo contrario, en la seguridad de que lo vencerá sin grandes esfuerzos.

No será el que estas líneas escribe, novelista y carnívoro y no filósofo vegetariano, el que recoja el guante arrojado por el autor de *The vital problem,* porque discrepa en muchas de sus ideas con el filósofo amigo, pero sí quisiera repetir aquí lo que escribió cuando leyó *El Fundamento de la Moral,* obra escrita en español por el mismo autor y cuyas ideas responden al mismo criterio del texto en inglés.

Hace más de medio siglo—escribí en aquellos días en que leí *El Fundamento de la Moral*—que Hahn dijo: "El estado de civilización, tal como se halla actualmente, no puede continuar por más tiempo", y sin embargo, la humanidad sigue caminando por los mismos senderos torcidos que frecuentaba en la misma época del filósofo que tal dijo; y es que el hombre—como dice Brandt—degenera, retrocede cada día más, sin que hasta el presente, agrego yo, veamos la probabilidad de regeneración que esperaba el sabio alemán.

Ni la religión con sus dogmas, ni la filosofía con sus teorías, ni la ciencia con sus descubrimientos, han podido morigerar al hombre en sus instintos. Éste permanece, como siempre, irreducible al suave yugo de la moral, a despecho de las sanas teorías de todos los grandes filósofos y escritores de fama, citados en *El Fundamento de la Moral.* La humanidad sigue corriendo como una atormentada por esa pendiente de desgracia y corrupción que Brandt considera alcanzada por ella; pero que cada amanecer con sus nuevos vicios y malas costumbres nos demuestra que el ayer fué mejor época que la de hoy y que el mañana será, sin duda alguna, mucho peor que las anteriores... ¿No vemos a cada paso cómo el ingenio se refina para darnos desnudeces en la mujer, con lo que llaman moda, y desnudeces en las almas ardidas por el vicio? "La antigua filosofía se fundaba en la sencillez de la vida", escribió Nietzche. Y para el hombre de hoy parece que la filosofía consiste en el hartazgo de todo lo que nos embriaga de placer. El apotegma de Epicuro de que el placer es el más alto bien, ha sido muy mal interpretado por los que confunden sus ansias libidinosas con el placer espiritual que es el de que nos habla el filósofo griego: el placer de la virtud. Más son los que creen con La Rochefoucauld que la virtud es un fantasma formado por nuestras pasiones a quien le damos un nombre bonito a fin de hacer impunemente lo que queremos, que los que practican la moral como virtud.

¿Dónde podríamos ver practicadas hoy aquellas hermosas máximas del gran libro de Manon?... "De todas las cosas que purifican, la pro-

bidad en la adquisición de la riqueza es la mejor... La inteligencia se purifica por el saber... Una sola buena acción vale más que muchos buenos pensamientos y el que cumple con sus deberes morales es superior al que sólo piensa en ellos sin ejecutarlos"...

¿Dónde está la probidad en la adquisición de las enormes riquezas modernas? ¿Dónde las inteligencias purificadas por el saber de la virtud? ¿Dónde las buenas acciones y el cumplimiento en los deberes que la moral nos impone?...

En ninguna parte, porque la probidad no existe en las transacciones bancarias; ni se cumplen los deberes que la moral nos impone. La humanidad, ya lo dije, marcha como una alocada por la pendiente de los vicios, pero mientras tanto dejémosla quieta; y como sólo he querido hablar de la paciente y meritoria labor del estudioso autor al publicar dos libros en idiomas diferentes, cierro estos renglones congratulándome con el Dr. Brandt, mi amigo muy distinguido, y esperando leer pronto una nueva producción de su cultísima pluma de buen escritor.

José Heriberto López.

Arturo Alfonso Roselló. En nombre de la noche... Poesías. Con versos de F. de Ibarzábal. Ilustraciones de R. A. Surís. [La Habana. 1925] 8º, 208 p.

Este es el primer libro de Arturo Alfonso Roselló, poeta y escritor de talento, periodista de múltiples actividades, ingenioso autor de entrevistas políticas, literarias y de arte.

¿Por qué hace tantas cosas Alfonso Roselló? Porque es necesario vivir. Y como tiene lo que precisaba el poeta para colocar "en el centro", y lo derrocha en su vida y en su labor, va adquiriendo nombre, el pequeño nombre casi improductivo y a veces perjudicial o innecesario, que se obtiene cuando en un pueblo son muchos los que piensan en las cotizaciones y pocos en la vida espiritual.

Alfonso Roselló da este primer libro en plena afirmación de su personalidad. Es ya él. Con sus defectos y sus excelencias, con sus orgullos y sus ingenuidades. Pero él. En la poesía americana son pocos los que han definido su peculiar manera de expresarse. Hay muchos Victorhuguitos, muchos Rubendaríos, Amadonervos, y pocos que sean ellos mismos. Cuba tiene varios poetas que han alcanzado esa cumbre. Alfonso Roselló es uno, y no hace falta citar ahora a los demás.

Habla el poeta *en nombre de la noche.* Será un atrevimiento de artista, o una modalidad propia, pero es algo que interesa. Veamos

qué dice. El poeta pide silencio para explicar por qué habla *en nombre de la noche:*

La noche, en su serena mudez, lo dice todo...
. . . . . .
La claridad da sombras a nuestro pensamiento;
—luz que ilumine el alma será siempre interior—,
y en nuestro cráneo prende como un deslumbramiento
bajo la noche amiga, la aurora del dolor...
. . . . . .

De pie, sereno y fuerte, frente a la Noche muda,
dormida la conciencia, despierta la razón,
elévate hasta el fondo profundo de la Duda
y oirás que la Certeza canta en tu corazón!

El poeta quiere la Noche para su peregrinación por las sendas ocultas de las emociones y para llegar a las claridades de la idea. El poeta se encuentra capaz para hablar *en nombre de la noche.* El libro es así un nocturno, una como canción musitada al oído de la amada y del hermano. Y sólo para el uno y la otra hay en estas páginas pasión y ensueño.

Vienen luego los *nocturnos* a dar fe de ese estado único e igual del poeta, serenos y reflexivos cantos de la vida diaria y de momentos de callada ilusión. ¿Y no son también producto de la Noche *Los paraísos del mal,* el *Poema romántico de la ilusión tardía, La luz ignota, Divagación lírica, In memoriam, El canto efímero,* y *La emoción sencilla?* Difícilmente habrá un libro de poesías de estructura más definida y fuerte que el de Alfonso Roselló. Esto es: de poesías nacidas en diversas circunstancias, como desahogo ocasional de un autor entregado a multitud de empeños distintos; poesías dispersas entre otros numerosos papeles de un periodista profesional que una vez entrevista al diplomático y luego al escritor, al gobernante y hasta al asesino o bandolero dueño de la actualidad.

Pero ese afán de silencio y de noche no hace pensar que Alfonso Roselló tenga el anhelo de lo sombrío. El poeta lo asegura en su ex-libris: *Veritas, Lux, Vita.* Y en estos dos versos:

Nada ha quedado, nada, de lo que tanto amé,
—pero, a pesar de todo, mi amigo, aún tengo fe...

Luis Enrique Santisteban. LA QUE NO QUERÍA AMAR. Novela. 1925. Imprenta y Casa Editorial "El Arte". Manzanillo, Cuba. 8º, 236 p.

Tengo motivos hondos de simpatía espontánea para el Sr. Luis Enrique Santisteban. Es un sentimiento que nace del fondo de mi infancia. Recuerdo que a mi primera escuela, la del ilustre educador Don Miguel de la Guardia, en Manzanillo, concurrían unos muchachos de apellido Santisteban, contemporáneos míos. Acaso uno de ellos era el autor de esta novela.

No será interesante para el lector ese recuerdo, pero yo necesito alegarlo para justificar la lectura de una nueva obra del Sr. Santisteban, después de mi nota acerca de *Senderos del oro*. Declaro que no he perdido el tiempo consagrado a *La que no quería amar*. Esta es en verdad la primera novela del autor. Aquí sí se encuentra el esfuerzo de un novelista con sus cualidades bien delineadas, con sus atributos, con un resultado evidente. Todavía refiere el escritor fábulas de Yanquilandia, aunque ahora sus muñecos tienen aspecto humano y ya no son los fantoches imaginativos de otras escenas sin vida y sin realidad.

La que no quería amar es la historia de dos hombres y dos mujeres jóvenes que contraen matrimonio, son felices, padecen y al fin triunfan y se encaminan desde entonces hacia la abundancia y la alegría. Frances y Susana vivían juntas y se sostenían con los trabajos literarios que podían vender. Alberto Carey y Reimundo Clayton habitaban también en una misma casa en que era hada benéfica la madre del segundo. Aquél se iniciaba en el comercio y éste pintaba cuadros que le producían excelentes ganancias. Una tarde en que las muchachas sólo tenían frutas y se decidieron a comerlas en un parque, las vieron Alberto y Reimundo. Hicieron la amistad que luego los llevó a casarse. Frances, hija de un millonario, banquero, hombre de negocios, abandonó su casa opulenta para ganar por sí propia su vida. Feminista, mujer de cerebro y de voluntad casi terca, tiene idea de no creer en el amor. Dice ella misma estas frases llenas de fría verdad:

"—¿Para qué perder el tiempo? ¿Para qué engañarnos nosotros mismos? No miremos lo que es bello, sino lo que es útil; ni lo que es feo, sino lo que es bueno. La vida no es un paraíso, ni con mucho, pero tampoco es un infierno: es un campo de lucha, un gran taller al que venimos, por voluntad misteriosa, a trabajar, a trabajar nuestra propia alma y el alma de nuestros semejantes y no a gozar ni a padecer. Nuestra misión es auxiliar al progreso de la humanidad y al perfeccionamiento de la vida. Al amor, mi querido amigo, no le importa la humanidad ni la vida; el amor no se cura del progreso ni de la perfección. Es tan sólo un desperdicio de energía, de tiempo y de vida. Es algo inútil; es un adorno sin consecuencia. En las leyes de

la naturaleza, el amor es una aberración, es un fenómeno bastardo irreconciliable con la verdad e incomprensible para la razón."

Y esta misma Frances que no quería amar, ya casada, decidida a fundar una Academia Mundial de Sociología y consagrada por entero a la obra de poner en movimiento a incontables colaboradores, sabe que una señora Rogers sostiene largas y pecaminosas entrevistas con Alberto y al principio se mira en el espejo y tranquila al verse fascinadoramente hermosa, se hace esta resolución:

"—¡Bah! No vale la pena... Le hablaré razonablemente y haré que se cure de esta pasajera locura."

Pero conoce la hora de una cita. Es para aquel mismo día. Alberto y la linda señora Rogers se verán a las tres de la tarde en un hotel propicio a esas aventuras. Frances deja a sus amigos los sociólogos y hace irrupción en el hotel antes que la esperada y se deja amar, y ama, como él quiere, y como ella también ha llegado a querer.

Las otras dos vidas, las de Susana y Reimundo, marchan por senderos más trillados: momentos de penuria, de aparente desamparo, un hijo, el esfuerzo de ambos que se encauza, y a seguir viviendo. Nada más.

¿Qué prueba esta novela? No sé si el autor se ha propuesto algo que signifique tesis. Y no hace falta. Lo importante es que haya obra artística, y en *La que no quería amar* es evidente. Puede presentarla el novelista como una labor apreciable, que anuncia, para su próxima serie de novelas cubanas, los mejores triunfos.

Cirilo Villaverde. EL PENITENTE. Novela de costumbres cubanas. Editorial "La Burgalesa". Imprenta y Encuadernación "El Dante". Máximo Gómez núm. 119. La Habana. 1925. 8º, 162 p.

Ha sido hecha una nueva edición de *El penitente,* interesante novela de Cirilo Villaverde. Bien impresa la obra, tiene sin embargo el defecto de las erratas, que a veces llegan a parecer faltas del autor. Villaverde fué bien conocido y apreciado por su estilo lleno de color y por su facilidad en desarrollar una trama, pero igualmente mereció críticas por su desaliño como escritor. Algunas erratas de *El penitente* pueden ser atribuídas a su falta de cuidado, tan lamentable en su obra maestra, *Cecilia Valdés.*

El penitente es un sombrío cuadro de dolor y de muerte que el novelista hace pintar a su abuelo a principios del siglo pasado y ocurrido en la centuria anterior en esta misma ciudad. Cuadro de tragedia y de horror, se llega sin embargo al final con el interés sostenido por la serie de episodios que van mezclándose y llevando al lector a conocer costumbres y personajes de otras épocas. *El penitente* puede figurar con

méritos propios en la obra de Cirilo Villaverde. Su reedición es oportuna y plausible.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

Eduardo Innes González. CUENTO DE OTOÑO (Boceto de Comedia). Caracas. Tipografía Central. 1921. 12º, 32 p.

Eduardo Innes González. LA DE LOS CLAVELES ROJOS. Comedia en un acto. Caracas Imprenta Nacional. 1922. 12º, 22 p.

B. Morales San Martín (C. de la Real Academia Española) FIDELIDAD CONYUGAL. Novela. Editorial Cervantes. Barcelona. 1923. 16º, 146 p.

Eduardo Innes González. SALDO DE CUENTAS o ENTRE VIEJOS CAMARADAS. Sainete de costumbres caraqueñas, en un acto y en prosa. Tip. Americana. Caracas. 1924. 12º, 39 p.

Alejandro Ojeda V. TRANSPARENCIAS (Poesías). Quito (Ecuador). Imprenta y Encuadernación de Julio Sáenz R. Tipógrafo-Editor. 24, Carrera Mideros. 1924. 12º, 212 p. *Necrología* por Alejandro Andrade Coello.

Mariano Brull. QUELQUES POÈMES traduits de l'espagnol par Francis de Miomandre et Paul Werrie. Éditions L'Equerre Boul. Léopold II, 271. Bruxelles 12º 34 p.

Inca Garcilaso de la Vega. ANÉCDOTAS ESCOGIDAS. Selección y prólogo de V. García Calderón. Editorial Excelsior. 27, Quai de la Tournelle. París. 1925. 18º, 238 p. Con dibujo y viñetas tomados de antiguas telas y vasos peruanos.

Gustavo Adolfo Bécquer. RIMAS COMPLETAS. Con un comentario lírico de don Miguel de Unamuno. Editorial Excelsior. 42, Boulevard Raspail. París. [1925] 18º, 192 p.

Arturo Torres Rioseco. PRECURSORES DEL MODERNISMO (Casal, Gutiérrez Nájera, Martí, Silva). Talleres "Calpe". Ríos Rosas, 24. Madrid. 1925. 12º, 124 p.

Pablo Gille. Profesor del Instituto de Estudios Superiores de Bélgica. ESBOZO DE UNA FILOSOFÍA DE LA DIGNIDAD HUMANA. Traducción de F. González Rigabert. Editorial Cervantes. Calle de Muntaner, núm. 65. Barcelona. 1925. 12º, 184 p.

Pierre Loti (De la Academia Francesa) DIVAGACIONES DE UN DESTERRADO. Traducción de Vicente Clavel. Editorial Cervantes. Calle Muntaner, núm. 65. Barcelona. 1925. 12º, 304 p.

Armando R. Maribona.—Y EL DIABLO SONRÍE (Novela de una joven moderna y un chico sentimental). Barcelona. Casa Editorial Maucci. Calle de Mallorca núm. 166 [1925] 12º, 226 p. Con dedicatoria del autor.

Pedro Miguel Obligado. EL CANTO PERDIDO (Poemas en prosa). Buenos Aires. Selección literaria Editorial Latina. Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Ca. 1925. 12º, 160 p.

Jaime Torres Bodet. BIOMBO (Poesías). Herrero Hnos. México. 1925. 12º, 200 p. Con retrato del autor por Rufino Tamayo.

Francisco Isernia. VUELO (Poesías). Buenos Aires. Edición de "Nosotros". 1925. 12º, 106 p. Con un prólogo de Roberto F. Giusti.

Jules Supervielles. GRAVITATIONS. Poèmes. Deuxiéme édition. Paris. Librairie Gallimard. Editions de la Nouvelle Revue Française. 3, rue de Grenelle, (VIme) [1925] 12º, 212 p.

Cayetano Coll y Toste. LEYENDAS PUERTORRIQUEÑAS. Tomo tercecero. Cantero, Hernández y Ca. S. en C. San Juan de Puerto Rico. 1925. 12º, 204 p. Proemio de Manuel Guzmán Rodríguez.

Obra de Aijem. La caída de las alas (Novela). La Habana. Imprenta de "El Fígaro". Presidente Zayas, 36. 1925. 12º, 187 p. Con prefacio del autor.

Pedro Ugarteche. La política exterior del Perú. Lima 1925. Imprenta "Garcilaso". Pileta de la Merced, 156. 16º, 29 p.

Junta para la Ampliación de estudios e investigaciones científicas. Memoria correspondiente a los Cursos 1922-3 y 1923-4. Madrid. 1925. 8º, 419 p.

Ramiro Guerra y Sánchez, Doctor en Pedagogía. Profesor de la Escuela Normal de Maestros. Miembro de la Sociedad Geográfica de Cuba. Historia de Cuba. Tomo II. 1555-1607. La Habana. Librería Cervantes. R. Veloso y Cª Avenida de Italia, 62. 1925. 4º, 307 p.

Fidelma García de Torroella y Dulce María Borrero de Luján. Cantos escolares. La Habana. Imprenta Rambla, Bouza y Cª Pi y Margall, 33 y 35. 1925. 8º, 182 p. Con Prefacio y letra de la señora Borrero de Luján y música de la señora García de Torroella.

Hortensia Lamar. Lucha contra la prostitución y la trata de mujeres. Protesta del "Club Femenino de Cuba". Leída en los salones de la "Cruz Roja Cubana", el día 14 de mayo de 1925. Talleres del Ejército. 1925. La Habana. 16º, 32 p.

Manuel Ugarte. The destiny of a continent. Edited, with an introduction and bibliography by J. Fred Rippey, Assistant Profesor of History, University of Chicago. Translated from the Spanish by Catherine A. Phillips. New York. Alfred A. Knopf. 1925. 8º, XXI + 296 p.

Lucien Forgan. Tu trahiras. Roman. Éditions Bossard. 140, Boulevard St. Germain. Paris. 1925. 12º, 229 p.

Doc. Dr. A. Basch et Ing. J. Dvorácek. L'AUTRICHE ET SON EXISTENCE ÉCONOMIQUE. 1925. Edition "Orbis". Prague. Fochova, 62. 12º, 176 p.

Dr. Stanislas Slawski, Membre du Conseil du port et des voies d'eau de Dantzig. L'ACCÈS DE LA POLOGNE A LA MER ET LES INTÉRÊTS DE LA PRUSSE ORIENTALE. Préface de M. Georges Lacour-Gayet, Membre de l'Institut de France. Neuf tableaux et une Carte hors texte. Éditions Bossard. 140, Boulevard Saint-Germain. Paris. 1925. 12º, XII + 143 p.

Enrique Gay Calbó. LA AMÉRICA INDEFENSA. La intromisión norteamericana en Centroamérica. Centroamérica intervenida. Diplomacia interamericana. La Habana. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cª Pi y Margall núms. 33 y 35. 1925. 12º, 118 p.

Alfonso Danvila. LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA. EL PRIMER CARLOS III. Madrid. Calpe. [1925] 12º, 346 p.

Felipe Arévalo Salto. LA OBLATA SIN PECADO (Novela). Nuevos novelistas españoles. Talleres Calpe. Ríos Rosas, 24. [1925] 12º, 249 p.

Karin Michaelis. MARIDOS (Novela). Traducción y prólogo de A. Révész y J. García Mercadal. Colección Babel. Talleres Calpe. Ríos Rosas, 24. Madrid [1925] 12º, 269 p.

Félix Urabayen. EL BARRIO MALDITO (Novela). Colección Contemporánea. Calpe. Madrid [1925] 12º, 263 p.

Obra de Aijem. LA CAÍDA DE LAS ALAS (Novela). La Habana. Imprenta de "El Fígaro". Presidente Zayas, 36. 1925. 187 p. Con prefacio del autor G. A. M.

Raimundo Rivas. LECTURAS HISTÓRICAS. Caracas. Tipografía Americana. 1925. 8º, 316 p.

Arturo Clavijo Tisseur. CANTOS A ELVIRA (Poesías). Tip. Arroyo Hermanos. Estrada Palma, baja, núm. 13. Santiago de Cuba. 1925. 12º, 189 p. Con dedicatoria del autor y prólogo de Francisco Villaespesa.

Manuel Bisbé y Alberni. EN LOS JARDINES DEL SILENCIO (Poemas). 1925. Editorial "Hermes", Compostela, 78. La Habana. 12º, 190 p. Ilustraciones de Ramón Arroyo.

Mark Twain (Samuel Clemens) PRÍNCIPE Y MENDIGO. Novela traducida del inglés por Emilio Mª Martínez Amador. Colección selecta internacional. Gustavo Gili. Editor. Barcelona. 1925. 12º, 292 p.

Carlos Bosque. COMPENDIO DE HISTORIA AMERICANA Y ARGENTINA. "Virns". Lima 625. Buenos Aires. [1925] 8º, XVI + 527 p. Con prólogo de Carlos Pereyra.

NOTAS EDITORIALES

CONCURSO DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA PARA 1927

La Academia de la Historia de Cuba, dando una nueva prueba de su actividad en el desempeño de las funciones que le están encomendadas, ha abierto un nuevo concurso a premio, para el próximo año de 1927, de acuerdo con las siguientes bases:

1ª El tema de este certamen es: *Historia documentada de la conspiración de los Soles de Bolívar.*

2ª Las obras se presentarán escritas a máquina, deberán estar redactadas en castellano, y serán originales e inéditas. No se fija extensión determinada, sino que se deja ésta a juicio de los concursantes.

3ª Cada autor marcará su obra con un lema y la acompañará de un sobre cerrado y lacrado, que contendrá su nombre y dirección, y que tendrá escrito por fuera el lema y primer renglón de la obra.

4ª Las obras serán entregadas, o enviadas por correo, en paquete certificado, al Secretario de la Academia, Chacón esquina a Cuba, quien en cada caso otorgará recibo, haciendo constar en el mismo el sobre-escrito del sobre cerrado y lacrado.

5ª El plazo para la presentación de obras vencerá a las 12 m. del día 1º de agosto de 1927.

6ª No se admitirá obra alguna a la cual se acompañe oficio, carta o papel de cualquier clase por el que pudiera averiguarse el nombre del autor.

7ª No se devolverá ninguna de las obras que se presenten: todas ellas se conservarán en el Archivo de la Academia.

8ª Las personas que concurran a este certamen se conducirán con la discreción necesaria para que no se sepa, antes de conocerse el laudo de la Academia, cuáles son las obras presentadas por ellas. Si por indiscreción de un autor se supiera su nombre, quedará fuera de concurso.

9ª Se discernirán un premio y un accésit. El premio consistirá

en un diploma, trescientos pesos en moneda oficial y cien ejemplares de la edición que la Academia haga de la obra premiada; y el accésit consistirá en un diploma y en cien ejemplares de la edición que la Academia imprima de la obra que merezca esta recompensa.

10ª El mérito relativo de las obras que se presenten no les dará derecho al premio ni al accésit; para alcanzarlos han de tener, por su fondo y por su forma, valor que de semejantes recompensas las haga dignas en concepto de la Academia.

11ª Las obras que resulten premiadas se publicarán por la Academia, a sus expensas, en ediciones de seiscientos ejemplares cada una, y estas ediciones serán propiedad de la Academia. La propiedad de estas obras pasará a sus autores a los seis meses de haber sido publicadas por la Academia, no pudiendo mientras tanto imprimirlas ellos.

12ª Si a juicio de la Academia hubiere, además de las obras premiadas, otra u otras que merecieren los honores de la publicación, se hará ésta por el orden y forma que se acuerde.

13ª La Academia en pleno acordará la adjudicación del premio y del accésit, y en la sesión solemne y pública que se efectuará el día 10 de octubre de 1927, se abrirán los sobres correspondientes a las obras agraciadas, incluso la premiada en la forma que indica la base 12ª, se darán a conocer los nombres de los autores respectivos y se entregarán a éstos las recompensas, en los casos que procedan, según la base 11ª. Los sobres que contengan los nombres de los trabajos no premiados, se destruirán en el acto.

14ª Después de entegadas las recompensas, los autores de las obras no premiadas adquirirán la propiedad de las mismas.

15ª A este certamen podrán concurrir cuantas personas lo deseen ya sean ciudadanos cubanos o ya extranjeros, residan o no en el territorio de la República, con la única excepción de los individuos de número de la Academia y sus empleados subalternos, a quienes el Reglamento prohibe tomar parte, como aspirantes a premios, en los concursos que la misma celebre.

CUBA CONTEMPORÁNEA felicita a la Academia de la Historia por el acierto que ha tenido al señalar los temas para los concursos de 1926 y 1927, cuyas bases son una garantía y un estímulo para los historiadores que tomen parte en estos certámenes.

Imp. "El Siglo XX", República del Brasil 27, La Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO XIV

Tomo XL. La Habana, marzo 1926. Núm. 159.

PRIMERAS POESIAS LIRICAS DE ESPAÑA [*]

ARTÍCULO 1º

1º Silva de Viejos Romances: por Jacobo Grimm.—Viena, 1815.

2º Sammlung der besten Alten Spanischen, Historischen, Ritter und Maurischen Romanzen. Von Ch. B. Depping.—Altemburg und Leipzig; 1817.—(Colección de los Mejores Romances Antiguos Españoles, así históricos, como caballerescos y moriscos.)

3º Florestas de Rimas Antiguas Castellanas: por D. J. Nicolas Böhl de Faber.—Hamburgo: 1821. *

IVÍDESE al parecer en dos grandes épocas la poesía castellana: se estiende la primera desde el nacimiento del lenguaje y de la versificacion hasta el reinado de Cárlos I: la segunda principia con la revolución que se introdujo entónces por la imitacion de los poetas italianos, y ha continuado hasta ahora. Separan á estos períodos unas distinciones claras y bien marcadas. Los autores que han florecido en ellas están opuestos en el espíritu de sus obras, en las fuentes de donde dimanaron sus inspiraciones, en el fin que se propusie-

[*] Por el interés del tema desarrollado, la belleza del trabajo, que da buena idea de la cultura literaria del autor, y tiene—no obstante el tiempo transcurrido desde que se escribió—valor de permanencia, CUBA CONTEMPORÁNEA se complace en reproducir, respetando fielmente la ortografía de la época a que pertenece, este excelente artículo de Don Domingo del Monte, publicado hace noventa y cinco años, en la *Revista y Repertorio Bimestre de la Isla de Cuba,* número 1, tomo I, correspondiente a mayo y junio de 1831; y agradace a su estimado colaborador el Sr. Félix Lizaso la copia del texto publicado—y casi desconocido en la actualidad—que ha obtenido expresamente para facilitarla a CUBA CONTEMPORÁNEA.

* Traducción de la *Revista de Edimburgo.*

ron y en los medios que emplearon para conseguirlo. Reconócese en el primero el estado de sociedad, cuando la poesía léjos de ser la ocupacion constante de algunos pocos literatos, es el entretenimiento o diversion de la nacion entera; cuando no la caracteriza la supremacía de algun individuo, sino la imaginacion de todo un pueblo que se convierte en romances y canciones; cuando no conoce ni necesita modelos extraños, sino que infunde en todas sus producciones un verdadero espíritu nacional. En el segundo vemos cuan natural le es al hombre, así que llega a cierto grado de civilizacion, posponer la poesía del impulso a la del arte, dejar la inspiracion por las reglas, traducir antes que crear, é imitar mas bien que presentar dechados para la imitacion.

A la primera época, y sin duda alguna á la mas interesante, se refieren las obras cuyos títulos se hallan al frente de este artículo. La coleccion del señor Grimm contiene en general romances, cuya materia pertenece a la historia fabulosa de Carlomagno y sus doce pares. La obra del señor Depping es una colección variada de romances narrativos; y la Floresta del señor Faber contiene una coleccion variada de romances y de composiciones líricas, que bajo el título de *Canciones, Villancicos, Cancionetas* llenan casi todos los cancioneros y romances de España.

Se ciñe nuestro obgeto en dar a los lectores alguna idea de esta gran masa de poesía popular, y para lograrlo hemos creído que valdrá mas bosquejar que no detallar; tratando la materia bajo un aspecto general sin detenernos en clasificaciones minuciosas, y evitar, en cuanto sea dable, las citas largas y las críticas particulares. Ménos que ninguna otra literatura puede juzgarse la castellana por estracto o traducciones. No consiste su escelencia en rasgos aislados, sino en aquel espíritu nacional, el cual, como un gran principio de union, se hace sentir en el todo, le enlaza y le da armonía.

En la decadencia de una gran literatura todo se convierte en tristes y melancólicos presagios. El alma apoderada de lo que tiene, rehusa consolarse cuando lo pierde con la esperanza de un porvenir halagüeño; pero la historia de la literatura propende a hacernos ménos amargo este desconsuelo. Nos enseña a consi-

derar estas catástrofes de las naciones como el desenvolvimiento de un gran principio de sucesión, por el cual los tesoros del entendimiento circulan y se generalizan, y la corriente de los adelantos toma nuevo rumbo, fertiliza con rapidez nuevos terrenos, y despierta nuevas energías. Muere Zoroástres; pero conservan los egipcios el oro de los mageos y caldeos. Cae Egipto; pero deja Hermes su manto á Platon; y remóntase Roma á la cumbre de la gloria literaria cuando el mundo está para aplicar a los griegos el mismo epíteto de *bárbaros* con que antes distinguían ellos á todas las demás naciones. Aun esta oscuridad, que sucedió a la disolución del imperio griego, no fue mas que momentánea. Apagóse la luz de los conocimientos en Europa; pero apareció de repente en el Asia. Fue en verdad pálida y descolorida al principio bajo los tempestuosos reinados de los sucesores inmediatos de Mahomet; pero pronto se ve brillar con refulgencia y esplendor bajo Al-Raishild y Al-Maimoun. Acaban de completar su círculo los conocimientos; y por segunda vez tuvo el Occidente que recibir del Oriente las semillas de los adelantos, y los elementos de la gran pujanza que ahora ostenta.

No hay en la historia de las naciones un fenómeno que sorprenda tanto como el rápido adelantamiento de la literatura arábiga. Mas parecía la Arabia recordar lo que sabía, que adquirir nuevos conocimientos; mas revivir una literatura muerta, que crear una nueva. Entró en el vasto campo del saber humano, como en la herencia de sus progenitores; no con la incertidumbre de un nuevo descubridor, sino con la seguridad de uno a quien no le habían sido desconocidos sus rincones y encrucijadas, y cuyas olvidadas especíes renacian á la vista de los paseos acostumbrados y las plantas predilectas. Apénas acababa de pasar un siglo desde la era bárbara de la Hégira, cuando la corte de Ilaroun Al-Raishild era el centro de las ciencias y las artes. Apénas habian transcurrido ciento veinte años después de la *supuesta* quema de la Biblioteca alejandrina, cuando se abrieron públicos atanéos en las aldeas mas arrinconadas de la Arabia. En el número de colegios y hombres grandes competían las cultas e insignes ciudades de Damasco, Balsora, Balk, Cufa, Ispalvan y Samarcan-

da. Sentados a los pies de los sabios recibían instrucciones los reyes; y el imperio parecía un gran colegio, en el que eran todos maestros o alumnos, que daban o recibían educación. Habian estudiado los árabes con singular acierto todas las ciencias, ora del género exacto ó especulativo; y como fuéron tan rápidos como su conquista los adelantos de su literatura, parecia que habia de ser su estension vasta y variada como los nuevos territorios que acababan de adquirir.

En la poesía de los árabes es donde el efecto de esta repentina literatura se hace conocer. Es de muy poca importancia la marcha que llevan las naciones para llegar a la perfeccion en las ciencias especulativas; el conocimiento siempre es el mismo, bien se consiga por medio del estudio lento y profundo, ó con la rapidez del rayo; mas no así sucede con la poesía, cuyo cuerpo debe crecer y desplegarse lentamente si ha de ser robusto y vigoroso. Tienen, como los hombres, su infancia los pueblos, cuando al paso que van acumulando materiales para la reflexión, reposan las facultades meditabundas, y así en los unos como en los otros el desarrollo o madurez fuera de razon nos anuncia una repentina y prematura decadencia. En este período de puerilidad los hombres obran y registran sus acciones; pero ni especulan, ni recuerdan afectos: y así es que la poesía narrativa precede siempre a la que nace de la contemplación. Salieron sin embargo del curso natural los árabes, quienes, propagándose entre ellos con asombrosa rapidez los conocimientos, se remontan de golpe en las regiones de la especulación, puesto que desde el principio se deja ver en su poesía la señal de un continuo meditar, que ha preparado en otras naciones un siglo de escribir y una larga serie de composiciones narrativas. No tienen ningunas reminiscencias nacionales incorporadas en las ciencias o romances. El lujo del estudio y el despotismo de su gobierno, no dejaron aparecer los cuentos de las aventuras románticas y las hazañas guerreras, que en paises ménos cultos sirven para la diversión del pueblo bajo. Esta falta se hace sentir sobremanera en la monotonía de meditacion y espresion de que tanto adolece la poesía arábiga. Es como el carácter de la nacion, una mezcla de concepto y pasion que de-

leita algunas veces; pero que comunmente congela la imaginacion por el espíritu de sutilizar y analizar. Si eleva el alma por sus imágenes osadas, la abate luego con sus estravagancias, que tan pronto nos presentan cuadros tiernos y halagüeños de la sencillez y tranquilidad pastoriles, como quejas lastimosas de males visionarios o miserias inventadas, que ni proceden del corazón, ni se le dirigen. La poesía de las naciones setentrionales queda contenta si conmueve; pero la de los árabes tambien debe deslumbrar. Obra aquella por su igualdad, esta por la variedad constante de las impresiones. Es la una, como la arquitectura gótica de sus propios templos, magestuosa, solemne y sombría; reduciendo todos los afectos a un sentimiento general de profunda veneracion: la otra, se asemeja a los edificios fantásticos del Oriente, que todo es brillantez y esplendor, y que tienen el ojo vagante y distraído por la refulgencia de las torres, pórticos y claraboyas.

Así se hallaba la Arabia cuando en 712 la derrota en Rodrigo de Jerez de la Frontera, introdujo en España a los conquistadores sarracenos, y trajo en union la cultura del Oriente con la rudeza de la Europa. Agregáronse á su enorme imperio las provincias mas bellas de la Península; y bajo su gobierno suave aunque enérgico, pronto disputaron a Damásco y Balsora la palma de la supremacía intelectual Córdova, Granada, Sevilla y Valencia.

Notable era el contraste que a este estado de cosas ofrecía la santa y cristiana España. Tenian los castellanos una lengua expresiva y magestuosa; pero carecian de literatura: grande inclinacion y talento poético; pero se veian destituidos de poesía. Les habian trasmitido sus predecesores una infinidad de hechos históricos, no en la forma desagradable de las crónicas, sino en el garbo variado de la tradicion, a los cuales les añadía nuevos adornos el gusto de las generaciones sucesivas. Entre los hispano-godos la profesion de las armas llevaba la supremacía sobre todas las demas; entre los moros en nada era tenida: aquellos, como las demás naciones góticas, buscaban por pasto de la imaginacion ficciones o hazañas caballerescas; éstos, clásicas reminiscencias. Poco se habian dirigido los árabes a los afectos nacionales. Solo para sí reclamaba el poeta la simpatía de sus lectores; con él que-

ría que esperasen y temiesen, y que sintiesen su misma felicidad é infelicidad. Era una invocación única, una inspiración llena de interes propio, que obraba segun sus méritos individuales. No así sucedió con los hispano-godos. Sin sentirlo habian incorporado en su historia las producciones de la imaginacion, y asociado nombres ilustres con hazañas gloriosas; reconcentrando así aquellas reminiscencias universales en que todos sienten haber tenido parte, y levantando sobre la base del entusiasmo del pueblo la gran fábrica de una poesía nacional. Era imposible no obstante que dejase de producir su efecto un roce tan íntimo como habían tenido durante largos siglos dos naciones rivales. Obró Arabia en España el influjo que tiene sobre la ignorancia el conocimiento; pero en recompensa sintió ella la soberanía que una índole noble y elevada posee sobre ánimos, mas débiles, aunque de mayor cultura. Así es que miéntras la literatura española se iba puliendo por el efecto que obró en ella la cultura arábiga, la influencia del espíritu caballeresco y acrisolado patriotismo de España sobre los árabes, se hacía visible en el tono elevado que tomaron, en la impresion mas viva que les hacia la dignidad nacional, y en la modificacion de sus costumbres, que, como las pintó el autor de las *Guerras Civiles de Granada,* competian en gracia, elegancia y cortesanía, con las acciones mas bizarras y gallardas que pudo concebir la imaginacion de Amadis o Palmerin.

Al inquirir el influjo de la poesía arábiga sobre la castellana, nunca debe perderse de vista una distincion que se ha omitido, o no se ha tenido presente; pero que sin embargo existe, puesto que está afianzada sobre principios filosóficos. Esta distincion es, que la influencia no fué igual en todas las clases de poesía. Apénas se le ve la mas remota semejanza entre la poesía narrativa de España y la literatura del Oriente; pero al paso que en la poesía sentimental o contemplativa son infinitas las relaciones de identidad, ni una sola calidad poseen los romances de las que hemos estado acostumbrados a considerar como propias de la literatura arábiga. En vez de aquel estilo difuso, de aquellas imagenes extravagantes, de aquella ponderacion descabellada, que son al parecer inseparables de ánimos orientales solo aparecen

en estas composiciones líricas, una natural sencillez, una simplicidad sin afectacion, y un deseo de cortar toda ramificación y redundancia, para decir la idea sin ornamento alguno, sino tal como es y se presenta. Pero aun hay otra distincion que es mas notable, y que con más clara evidencia manifiesta el influjo que tiene una nacion sobre otra, y es la que nace de la adopcion o reprobacion de sus ficciones. Verdad es que no tenia la Arabia ninguna poesía narrativa; pero no dejaban de hallarse sostitutos, que á los ánimos de comun calibre les ofrece igual interes y atractivos. Eran aquellos magníficos cuentos de estupendos sucesos y encantamientos maravillosos, que han tenido una influencia tan asombrosa en la literatura de la Europa entera; ¿y no es de suponer que si este romantismo que alcanzó a paises tan remotos del sitio de sus ficciones hubiera sido conforme al carácter de los hispanogodos, debería haber obrado con mayor vigor en España, donde su influjo debía de ser directo é inmediato? Pero la ficción, como las aguas fabulosas de Siracusa, busca la region que mejor le conviene, y se aparece cuando ménos se espera. Miéntras á cada paso se dejan ver señales de la imaginacion de los árabes en los primeros romances franceses y en los versos de los trobadores, ni asomo de ella se encuentra en la poesía castellana. Nada tiene de aquellos magníficos palacios que se levantan en los desiertos, y cuyos diamantes y oro relucen desde largo trecho; de aquellos caballos voladores, armaduras impenetrables y castillos encantados; de aquellos génios, deidades, gigantes y magos, que presidian sobre los destinos del género humano, y que ya protegian, ya perseguian sus adoradores; ó de aquellos cuentos graciosos y aventuras cómicas, que tanto se avenian con la imaginacion de Bocacio y los novelistas italianos. Mas no es dificil determinar el orígen de una diferencia tan notable. Es la poesía narrativa susceptible de muy poca variedad. Cuando se relatan sucesos, hay siempre algunas circunstancias fijas e inmutables, algunas cosas que en todos los siglos y en todos los tiempos se referirán del mismo modo, algunas señales particulares, que ni la mudanza de las costumbres, ni la cultura del entendimiento, afectan su pristina esencia. No así sucede con la poesía

contemplativa, que sigue siempre el rumbo de las costumbres nacionales. Tosca y exaltada en su infancia, con ellas adelanta en cultura para caer despues en el artificio y estremada pulidez. A todo esto debe agregarse que muchos siglos antes de aparecer la literatura arábiga para embellecer ó desfigurar, ya existía el gran caudal de tradicion que vemos incorporado en los romances castellanos.

El suponer que la escelencia de los romances, así como se hallan, ha sido obra del influjo arábigo, solo puede originarse de ver la materia bajo un aspecto solo, y no atender a la preponderancia que a la vez tuvo España sobre Arabia. Nadie puede disputar que despues, en un periodo mas cercano a nuestros tiempos, las canciones de Granada celebraban con iguales raptos los mismos sucesos que los romances castellanos; pero en vez de producir alguna influencia en la poesía romántica de España, estos mismos romances debieron su existencia al espíritu caballeresco que precedió y sobrevivió al imperio de los árabes.

Divídese por consiguiente la poesía lírica y didáctica española por medio de distinciones nacionales y genéricas; militando así otra poderosa razón a nuestro favor para adoptar el arreglo que hacemos ánimo de seguir en este artículo, que es principiar con los romances narrativos de puro origen castellano, y pasar luego al examen de las interminables *canciones* y *redondillas* en que se nota ya la mezcla de la poesía castellana con la arábiga.

Ningun país ha aventajado á la España en el caudal de materiales que da origen a la poesía lírica de una nacion. Es su historia fértil en acciones buenas y malas, y abunda de grandes acaecimientos y notables catástrofes en todo lo que es capaz de elevar, conmover o agitar el corazón humano. La memoria de la batalla desastrosa que en España dió fin a la dinastía visigoda, la venganza temeraria de Julian, y la misteriosa y desconocida suerte de Rodrigo, formaban un contraste muy opuesto a las ilustres hazañas de Roncesvalles, a la heróica resistencia de Pelayo en las Asturias, y a las proezas de Bernardo del Carpio. Vinieron despues los gloriosos hechos del Cid, su juvenil pendencia, su amor á Jimena, su fidelidad y adhesión al Rey, su residencia

con los moros y su regreso triunfante. Gírase luego la escena, y todo se vuelve trastornos y miserias. Llegan las riñas de los dos hermanos Pedro el Cruel y Enrique de Trastamara, el asesinato del maestre de Santiago, la suerte fatal de la inocente Blanca, el dolor de la desgraciada María de Padilla, que estremecen el alma agolpada de afectos de horror y de compasion. Por último, nos alcanza la Conquista de Granada con todas las leyendas que puso en manos de los vencedores, sus torneos y fiestas, las corridas de toros y las zambras, las glorias del Alhambra y del Albaicin, las encantadoras preciosidades del Generalife, las contiendas de las dos casas rivales de los Zégris y los Albencerrages, la delacion de la Reina, los infaustos sucesos de la corte de Leon, el asesinato de Moraima, el interés caballeresco que causó el combate en que al castellano valor se debió la vindicacion del honor de la Reina contra la infame traicion del malvado Zégris; todo, todo ofreció materia abundante para el gran número de romances castellanos.

En España tuvieron la singular dicha estos preciosos poemas de que en una época tan remota como la de 1510 se coordinasen y publicasen por Fernando del Castillejo. Sucedió a esta coleccion el *Romancero de Romances* de Antuerpia en 1555, la de Sepúlveda en 1566, y el *Romancero Historiado* de Lúcas Rodriguez en 1579. De estas circunstancias se ha originado la idea general de que el número de romances castellanos escede al de toda otra nacion; pero si esto es así, no es difícil indicar la razon de tan singular diferencia. Consiste en la propiedad del clima, que presta mas tiempo para la recreacion, en la gran facilidad de la versificacion castellana, y en las calidades trascendentales del idioma.

No solo sobresalen en número los romances castellanos, sino tambien en calidades intrínsecas. Al comparar la primera literatura de España con nuestros propios romances, o con la poesía originaria de cualquier país, de repente se viene á los ojos cuanto las composiciones de la Península aventajan a las otras en elegancia, elevacion y espíritu. Comunmente leemos por curiosidad mas que por gusto los primeros ensayos literarios de una nacion. Pintan una serie de costumbres que en sí ofenden y fastidian, al mismo tiempo que atraen el corazon, porque difieren tanto de las

nuestras, y porque se refieren con un lenguaje tan raro, que solo nos conmueve por no haber sorprendido al relator. Este da por supuesto lo que nosotros no podemos creer posible, y nace mas nuestro placer de las comparaciones que hacemos de las realidades intrínsecas de las obras. Los romances castellanos no necesitan de semejante escusa, ni es menester que para realce de su mérito, aleguen la rudeza de los tiempos. Tienen en sí impresas las señales de la elevacion, delicadeza y elegancia, y todos ellos no hablan sino de cortes y de campos, dulcificados y suavizados ya por la caballería.

Despues de estas observaciones sobre algunas de las calidades mas visibles que caracterizan estos romances, procederemos a presentar a nuestros lectores algunos dechados de varias especies, sin aspirar a hacer una clasificacion formal, que por buena que fuese no dejaria de ser incompleta, y nunca llenaria el intento de cualquiera que esté algo versado en la literatura castellana.

La primera serie de estos poemas, y la que en nuestro dictamen es mas atractiva, es la que se refiere a la historia fabulosa de Carlomagno, y a los enjambres de paladines ficticios, á quien dieron cuerpo y alma los poetas románticos ó caballerescos. Fácil es concebir como Carlos fué escogido por el héroe de esas piezas narrativas. Su reino lució como un planeta en medio de las tinieblas. Renacieron en él los imperios demolidos, y acontecieron vicisitudes estrañas, aciertos singulares, guerras horrorosas, amores fieles, que se exageraban por las distancias de los lugares, o se desfiguraban por la tradicion; y asi ofrecian a los autores de las generaciones sucesivas un campo vasto por donde podía correr su imaginacion. Brillaba la corte de Cárlos, segun ellos, con todo el esplendor de la caballería; y el Emperador del Occidente aparecia con la pompa y magestad de un héroe de novelas. Vino a ser por un lado el protector de la cristiandad, y el bienhechor de los peregrinos; y por otro, el atroz enemigo del islamismo y el terrible azote de la idolatría. La primera de estas composiciones románticas en prosa, es la Crónica en latin que se atribuye a Túrpin, obra que en si no tiene mérito alguno, pero que sin embargo se le ha querido dar grande importancia por el influjo que

gratuitamente se supone haber tenido en los grandes poemas caballerescos, ó romances de Italia y de España.

Respecto los romances castellanos no se halla en ellos incidente alguno que nos de el mas remoto indicio de que en España se hubiese tenido noticia de la referida Crónica. La mayor parte de las bellezas de aquellas composiciones líricas castellanas son puras, castizas y originales. Los nombres de Guarinos, Montesinos, Durandarte, Baldovinos, Galvan, Galvanos, Conde Irlos, Beltran y otros muchos son casi propios y particulares de España. Las escenas en que los colocan son de muy diferente especie, no se hallan en ellas encantamientos estravagantes, ni dioses sobrenaturales. Los incidentes que se relatan, si bien adolecen algo de ponderacion, estan dentro de los límites de lo posible; los personages no están fuera de lo natural, se traslucen en ellos los vicios y virtudes propios de la imperfecta humanidad. Tienen ademas en el estilo y lenguaje, un no sé qué de sencillo y llano, que capta y arrastra constantemente la atencion del lector.

Los romances que se tomáron de la historia son por lo comun mas cortos, el enlace de las ideas mucho mas descuidado, y á nuestro sentir no arrastran el alma como los que están fundados en escenas caballerescas. Son, como lo manifiesta Bontewck, cuadros que solo representan lugares sin haberse puesto en ellos conato alguno respecto la progresion de incidentes que conmueven el corazon, pero que sin embargo sorprenden por la veracidad y minuciosidad de las relaciones, y por la gran naturalidad que casi en todos se manifiesta. Los primeros de estos romances se refieren a la derrota de Rodrigo, que con todos sus vicios era considerado por los españoles, como consideran los escoceses a Jaime IV, y la batalla de Flodden. Los sucesos que refieren los romances relativos al Cid Campeador, no dejan de ser algo románticos, y de captar la atención; pero tienen poco mérito poético.

La última especie de romances que mencionarémos, es la que tiene relacion con las guerras civiles de Granada. Ya hemos manifestado el influjo que había tenido la reaccion del carácter español sobre el de los árabes. Al paso que la poesía primera ú original arábiga es casi enteramente lírica o didáctica, se formaron

los moros de España una literatura popular muy semejante á la de sus reinos. Frecuentemente se cantaban los mismos romances por los poetas de ambas naciones, celebrando los mismos héroes y los mismos sucesos. Pero cuando por fin en 1495 Granada se entregó a las fuerzas de Fernando e Isabel, uniéronse a los tesoros de la imaginacion arabiga todos los de sus conquistadores, cuya mezcla pronto se dejó ver en la poesía castellana. Distínguense los romances moriscos de los anteriores a esta época, por un colorido mas rico y por una profusion de ornamento mas general; y de los que vinieron despues, por retener en medio de su grande adorno el tono natural propio de los primeros romances. Con la posesion de este paraiso terrenal, se les abriéron a los españoles todos los tesoros de la naturaleza y del arte, los cuales les infundieron el gusto de la poesía descriptiva tan raro en las composiciones primitivas ; manifestándose pronto en su literatura el influjo de los galanteos de la lujosa corte de Granada por la ternura y gracia con que apareció, y que tanto realce daba al espíritu guerrero de los romances históricos.

Llenan la mayor parte de las colecciones citadas al frente de este artículo poemas amorosos, en los cuales, mas que en ningunos otros, se hace patente el influjo de la poesía arábiga, como en las kasiadas y gacetas orientales, y se percibe en los villancicos y canciones de los españoles una mezcla contínua de pasion y concepto. En todas aparece la misma monotonía, la misma tristeza, la misma difusion, la misma laboriosa atencion a las consonancias, y la misma limitacion artificiosa en el número de líneas de algunos poemas particulares, cuya embarazosa y pueril estructura ya por fortuna solo se conoce entre nosotros en el soneto. En las agudezas y equívocos, aun escedieron á los árabes los españoles; pero por desgracia sus conceptos tienen rara vez el mérito de los orientales. No se debe suponer por eso que ha de recibirse este parecer sin escepcion alguna. Es esta la dificultad de dar opiniones generales, que cuanto es cierto respecto la literatura, tomada en globo, no lo es muchas veces respecto algunas partes que la componen. Si bien por lo general los poemas amorosos que contiene la coleccion de Faber tienen mucha monotonía y languidez,

y conmueven poco el corazon, hay muchos, con especialidad los cortos, que son agraciados, de esquisito aliño y sumamente bellos. El que a continuacion ponemos es uno de aquellos cortos poemas que se llaman cancionetas, en que la idea que se espresa en el cuarteto primero se amplifica y estiende en los demás, repitiéndose a ciertos intervalos las consonancias primeras.

Aunque con semblante airado
Me mirais ojos serenos,
No me negareis al ménos
Ojos! que me habeis mirado.
Por mas que querais mostraros
Airados para ofenderme,
¿Qué ofensa podeis hacerme
Que iguale al bien de miraros?
Que aunque de mortal cuidado
Dejeis mis sentidos llenos,
No me negareis al ménos
Ojos! que me habeis mirado.
Pensando hacerme despecho
Me mirásteis con desden
Y en vez de quitarme el bien
Doblado bien me habeis hecho.
Que aunque los hayais mostrado
De toda clemencia agenos,
No me negareis al ménos
Ojos! que me habeis mirado.

El que sigue es su correspondiente, y nos parece todavía mas natural y tierno.

Ojos bellos! no os fieis
Del buen tiempo que gozais;
Porque si hoy de mí os burlais,
Mañana me llorareis.
Como estais acostumbrados
A alcanzar siempre victoria,
Desterrais de la memoria
Mis dolores y cuidados.
La vida me acabareis
Si en mi daño porfiais,
Y cuando así me perdais
De véras me llorareis.

Con tanta seguridad
Vivis de vuestra belleza,
Que ese rigor y aspereza
Es igual con la beldad.
Si con el estar cual me veis
Del remedio no curais,
Advertid que os condenais
A que muerto me lloreis.
De esta burla habrá mudanza
Al tiempo que el tiempo acierte
A descubriros mi muerte,
En la cual no habrá tardanza.
Entónces vos perdereis
Ese rigor que mostrais;
Y aunque de burlas matais
De véras me llorareis.
Al compás del disfavor
Va creciendo mi tormento,
Mis suspiros lleva el viento
Y mi esperanza el dolor.
Que suceso pretendeis
Pues siempre en calma os estais,
Sino que vivo querais
Enterrarme, y vos lloreis.

Concluiré los ejemplos de los poemas amorosos con otro de los que se llaman villancicos, que no pocas veces le tomaron por modelo los autores del siglo decimosesto.

Mientras duerme mi niña,
Zéfiro alegre
Sopla quedito
No la recuerdes.
Sopla manso viento
Al sueño suave,
Y sueña a ser grave
A tu movimiento.
Dame el dulce aliento
Que entre perlas finas
A gozar caminas,
Y ufano vuelve.
Sopla quedito
No la recuerdes.

Mira no despierte
Del sueño en que duerme
Que temo que el verme
Causará mi muerte.
Dichosa tu suerte,
Dichosa tu estrella
Que a niña tan bella
Halagar mereces.
Sopla quedito,
No la recuerdes.

Los poemas religosos se parecen a los amorosos mucho mas de lo que a primera vista se creería. En los poemas, cuyo juicio es el obgeto de este artículo, se manifiesta tan patentemente esta semejanza, que muchos de ellos se pueden distinguir solo por el lugar que ocupan en la colección, pero no por las ideas que en sí encierran. Sin embargo, hay un poema precioso de Jorge Manrique sobre la muerte de su padre, tan aventajado a todos los demás, que es al parecer composicion de otro siglo. A escepcion de las odas de Fr. Luis de Leon no encontramos cosa alguna en el idioma castellano que soprepuge el mérito de estas coplas. La graciosa fluidez del verso, y el bello aire anticuado que se manifiesta en su conjunto, estan fuera del alcance de toda imitacion. Las siguientes son las estrofas con que empieza el poema.

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte
Tan callando.

Cuan presto se va el placer,
Como despues de acordado
Da dolor;
Como á nuestro parecer,
Cualquier tiempo pasado
Fué mejor.

Y pues vemos lo presente,
Como en punto se es ido
Y acabado;
Si juzgamos sabiamente,
Darémos lo no venido
Por pasado.

...No se engañe nadie, no
Pensando que ha de durar
Lo que espera,
Mas que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar
De tal manera.

Nuestras vidas son los rios
Que van a dar en el mar,
Que es el morir;
Allí van los señorios
Derechos á se acabar
Y consumir.

Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos
Y mas chicos;
Allegados son iguales
Los que viven por sus manos,
Y los ricos.

Partimos cuando nacemos,
Andamos cuando vivimos,
Y llegamos
Al tiempo que fenecemos;
Así que cuando morimos
Descansamos.

Ved de cuan poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos,
Que en este mundo traidor
Aun primero que muéramos
Las perdemos.

Aquí debemos concluir el bosquejo del estado de la literatura castellana ántes del siglo de Cárlos I. No hemos tratado histórí-

camente el asunto; porque careciendo de toda biografía de aquellos tiempos, era imposible poder especificar las fechas de poemas particulares; y tambien porque es tanta la semejanza que hay entre las composiciones de aquella era, que, aun cuando tuviesemos la informacion deseada, no estaría en nuestra mano manifestar con exactitud la diferencia peculiar y característica de los autores.

Difícil es remontarnos a ese temprano período de la literatura castellana sin que se agolpen en el alma mil tristes memorias, y mil lóbregas anticipaciones. Quizá no se encuentra país alguno donde las señales de la mutabilidad de la literatura se vean tan claramente marcadas, o dónde se manifiesten con coloridos que tanto conmuevan el corazon. ¡Cuantos siglos no han transcurrido ya desde que la Arabia, aquel país que comunicó a la España y a la Europa entera sus vastos conocimientos, se ve sumergida en su pristino barbarismo! Otra vez está vagando el árabe en absoluta rudeza, por paises tan incultos y desiertos como ántes. Solo en las ficciones románticas aparecen ahora los colegios de Damasco, Valsora y Samarcand: solo en los anaqueles del Escorial se hallan ahora vestigios de las inmensas bibliotecas de literatura arábiga; y aquellos célebres autores, aquellos autores á quienes se les dió el renombre de divinos hoy los pasa en silencio, en triste y melancólico silencio De Herbelot. Granada, la célebre Granada, en quien agotó el arte todos los recursos, debe solo sus bellezas en el día á la naturaleza; se desconoce donde fué el Albaicin, es un desierto el Generalife, y yace en ruinas el Alhambra!

¡Giace l'alta Cartago é appena i segni
Dell' alte sue ruine il lido serba;
Muiono le citta, muiono i regni,
Copre i fasti é le pompe, arena ed erba!

Desapareció ya, despues de tres siglos de esplendor, aquel precioso provenzal, aquella lengua primogénita de Europa, que por medio del roce que tuvo con la castellana, adquirió el conocimiento y elegancia del Oriente. Ya se ha hecho lengua muerta aquella en que se gloriaban de componer los reyes, en que Thibaut y Alfonso cantaron, en que preso daba rienda a sus afectos Cœur

de Lion, y sus trobadores, tan célebres en otro tiempo, hoy solo se conocen por los elogios del Dante y el Petrarca, y por la laboriosidad de St. Pelaye y Raynouard.

El mismo velo entre el período de la literatura castellana que ha sido obgeto de nuestra atencion. Sus poetas, cuyas composiciones se leen, se admiran y se comentan, no han dejado vestigio, ni traza alguna en que la imaginación pueda pararse. Murieron, y en su sepulcro quedó enterrada su memoria. De la infancia de la literatura castellana pasamos al siglo de Cárlos I como por una larga série de monumentos sin inscripciones, al modo que el viagero se acerca al ruido de la moderna Roma, por las tumbas silenciosas y desconocidas que ornan los lados de la Via-Apia. ¡Y quien puede decir cuan pronto este mismo principio de mutabilidad hará que la destrucción de nuestra literatura sea materia de llanto y averiguacion, cuan pronto el filósofo habrá de señalar aquellos principios ocultos que obraron su decadencia; cuan pronto el poeta colegirá y llorará sobre sus esparcidos fragmentos, y especulará el anticuario entre las ruinas de nuestros palacios como lo efectúa ahora en los recintos silenciosos de Alhambra, y en las ruinas de los templos, que ni siquiera los nombres nos han quedado de Palmira ó de Persépolis.

DOMINGO DEL MONTE.

EL PROYECTO DE UN CONGRESO IBEROAMERICANO DE INTELECTUALES (*)

(Concluye)

VI

Cartas inéditas de Edwin Elmore referentes a la preparación del Congreso.

Edwin Elmore a Emilio Roig de Leuchsenring

[Buenos Aires] enero 25 de 1925.

QUERIDO Roig: Me tiene ud. en esta metrópoli, llegando a una de las metas de mi quijotesca andanza. Sólo me ha sido posible escribirle después de mis primeros ajetreos en busca de los hombres de opinión, que aquí encuentro bastante anarquizados aunque bien dispuestos en cuanto a nuestro proyecto. De lo que pude hacer en Lima, ya es inútil que le hable, pues estará ud. informado por Antonio Caso o por Baralt. En resumen, lo único positivo es la constitución pública del comité peruano cuya nómina le he enviado con algunos recortes y otros datos. Aquí he conferenciado largamente con Rojas, Ingenieros, Palacios, Capdevila, Cisneros, Amaya, y algunos más estando en vías de realizar una reunión a mi vuelta de Montevideo y Córdoba; reunión de la cual espero que resulte algo práctico y definido. Durante el viaje obtuve la adhesión de un joven muy bien conceptuado entre los intelectuales argentinos: Raúl A. Orgaz (27 de Abril, 894—Córdoba) que con

(*) Véanse los números 157 y 158 (enero y febrero, 1926) de Cuba Contemporánea.

Enrique Martínez Paz serán nuestra base de acción en la ciudad serrana. También le expuse el plan a Alfredo Colmo y a Ricardo Levene, pero sin resultado positivo: el primero es muy harmonioso y reservado, el segundo tiene el proyecto—lanzado en el Congreso Científico Panamericano—de un congreso de universitarios, lo que como ud. sabe restringe grandemente la importancia de nuestro plan y deja el campo abierto a las jerarquías universitarias, desgraciadamente no tan respetables como deberían serlo. En cambio, puedo felicitarme de haber encontrado en Valparaíso, de paso para Lima, a un joven catedrático de la universidad de La Plata, Carlos Sánchez Viamonte, que tiene la misma dirección de Amaya (Calle 56 Nº 989—La Plata—Rep. Argentina) y con quien conviene que establezca ud. relación directa, pues será indudablemente el principal gestor del movimiento en Buenos Aires.

He sabido que está por estos trigos Pedro Henríquez Ureña, pero no he podido ubicarlo, lo que, como puede ud. suponer, lamento mucho.

Le envío algunos retratos que tal vez pueda ud. aprovechar.

Sus próximas noticias envíemelas a mi casa en Miraflores [Av. Cantuarias Nº 180 Miraflores (Lim-Perú)]. Entre otras cosas desearía saber si se ha publicado mi carta abierta al maestro Varona; le agradeceré me lo averigüe ante Orestes Ferrara, a quien se la mandé para que la publicase en *La Reforma Social* por ser muy larga para *Social;* otro ejemplar le mandé al mismo Varona, quien debe tenerlo.

Mueva ud. al grupo de la Habana y organice el Comité, pues muy pronto serán necesarios sus trabajos. Dígame también qué ha habido de Antonio Caso.

Entre otras cosas que confirman la necesidad de nuestra acción para constituir el *grupo grande* o el estado mayor del pensamiento continental he encontrado últimamente el llamamiento de Romain Rolland quien ha dicho: "Que la América Latina diga "su" palabra: esa será su fuerza."

En espera de sus buenas nuevas soy siempre su amigo cordial y su hermano de ideas

EDWIN ELMORE.

*

Montevideo, febrero 1º de 1925.

Señor Don Alberto Zum Felde.

Distinguido Señor:

Una vez más iba a dormirme con la tranquilidad feliz de todos los egoístas, pero he aquí que me desvelan las ideas que, a poco de llegar a Montevideo, he sentido la necesidad de comunicarle, hallando en Usted el intérprete, acaso más propicio, de las preocupaciones que agitan mi ánimo desde hace años (desde cuando aprendí a pensar, en realidad) y que son el motivo exclusivo de la quijotesca andanza que me ha traído a esta tierra.

Deponga el gesto de sorpresa y tenga la bondad de atenderme un momento. Hace ya dos años o más (antes de que la Liga de las Naciones acogiese la iniciativa de formar el Comité Internacional de Cooperación Intelectual) que un grupo de escritores iberoamericanos, con don Enrique José Varona a la cabeza, venimos ocupándonos de encontrar el modo de canalizar por cauces firmes y serenos el unánime y rico—y sólo en apariencia disperso y pobre—movimiento de ideas en nuestra América. Seriamente preocupados frente al porvenir de las nuevas generaciones intelectuales; poseídos del más vivo interés por todo lo que se refiere a la necesidad de echar las bases de una articulación harmónica de la mentalidad de nuestros pueblos; y convencidos del imperioso deber en que nos hallamos de cooperar en la solución de los problemas que plantea *la organización del pensamiento continental,* hemos llegado a la conclusión de que, como primer paso de concentración de las fuerzas espirituales con que hoy cuentan nuestros pueblos, se hace precisa la reunión de un "Congreso Libre Iberoamericano de Intelectuales".

De la índole de la asamblea que intentamos reunir, cuya sede probablemente será La Habana por razones de comunicación, podrá Usted darse cuenta por los papeles que le incluyo. En ésta sólo quiero concretarme a llamar la atención de Usted sobre una serie de hechos y circunstancias que, en mi modesta opinión, deben influir en su ánimo para determinarle a prestarnos su concur-

so en la difícil—y a las veces ingrata—labor que nos hemos impuesto.

Es indispensable que en el Uruguay quede constituído un "Comité Organizador" que, con plena autonomía colabore en el plan que tenemos trazado; y Usted, por la vivacidad de su acción cultural y por razones de consecuencia de sus propias opiniones, es uno de los llamados a formar parte de ese Comité.

En no lejanos días Usted ha censurado el "idealismo ocioso", la "bachillería libresca", el "diletantismo literario" y otros vicios y corruptelas de la intelectualidad iberoamericana, y ha ponderado, en cambio, la urgente necesidad de que surja, frente a ese *Ariel* "afeminado"—motivo de su crítica concerniente a Rodó—un "*Ariel* de gesto imperioso, montando y dirigiendo con segura rienda a Caliban, representado en una briosa bestia".

Nunca como hoy, señor Zum Felde, se vieron frente a frente y se miraron de hito en hito Ariel y Caliban; nunca como hoy el afeminado Ariel requirió con más urgencia del coraje echado en él de menos por Usted... Mas ¿dónde están los llamados a infundírselo? ¿levantó usted ya su voz de aliento en esta hora difícil para la idealidad acosada por la vida? ¿buscó Usted la forma práctica de "unir al concepto intelectual la energía positiva que trabaja la materia y la torna obediente a las normas ideales", según su frase?...

Mientras nosotros, los del Sur, nos debatimos en anarquía y desconcierto, en un afán destructivo e iconoclasta que quiere confundirse en vano con la severa virilidad de una crítica serena; Ariel, ese Ariel meridional que el gran maestro uruguayo apenas dejara bosquejado para que las nuevas generaciones le diesen un día resistencia broncínea, empieza a oír voces de aliento... mas éstas son del Norte!

Es, en efecto un crítico de la patria de Whitman—*the preast departs, the devine literatus comes*—el que grita a los intelectuales de la América Latina por intermedio de Alfonso Reyes: "Estamos comprometidos a llevar a cabo una solemne y magnífica empresa. Tenemos el mismo ideal: justificar a América, creando en América una cultura espiritual. Y tenemos el mismo enemigo:

el materialismo, el imperialismo, el estéril pragmatismo del mundo moderno."

La lucha está planteada y Caliban, briosa bestia, desafía la rienda que intenta sojuzgarla. "El arielismo de Rodó—ha dicho Usted—no pasará jamás de las veladas de los Ateneos" ¿por qué? Es en nombre de ese mismo arielismo que se le llama a Usted a trabajar en un terreno más áspero que el de la prensa cotidiana, nuevo ateneo de las opiniones efímeras; en nombre de aquel Rodó juvenil que quería ver reunidos en torno al gran maestro cubano, desde hace veinticinco años, a los escritores de América, que ahora se le llama para la realización de ese ensueño. "Es necesario—ha dicho Romain Rolland—que la América Latina diga *su* palabra, y Usted bien sabe lo difícil que es articular una palabra... Más aún hoy *ésta,* la nuestra, la que tarde o temprano tendremos que oponer a la caída Europa no tanto como a la parte oficial y negativa de Yanquilandia.

Demuestre Usted, pues, que el Ariel de Rodó estaba llamado a superarse; mas no mediante una crítica verbal, sino mediante esa fe superior del hombre moderno de que habla Vaz Ferreira; fe que la crítica, lejos de debilitar acentúa y fortifica (1); concurra Usted a crear el instrumento llamado a concentrar en un haz vigoroso y eficaz las fuerzas espirituales de nuestra América; auxílienos Usted en la empresa de demostrar que no bastaba ensalzar a Ariel y denigrar a Caliban, que no basta criticar la civilización de Norte América, como antes que Rodó lo hiciera Matthew Arnold y como ahora lo hace Waldo Frank, cuyas frases citamos, H. L. Menken, Herbert Croly, Ernest Boyd, Harvey Robinson y cien otros, sino que se hace necesario organizar en serio la defensa de lo que Frank llama "minorías creadoras".

Frank, que habla "como hijo de un país donde el mal moderno es peligrosamente fuerte" sabe que las reservas del arielismo se encuentran latentes y en potencias en los llanos y en las sierras del Sur; y propone—acaso tarde—"crear hoy una unión intelectual de americanos del Norte y del Sur, un prototipo de la unión espiritual en que vivirán manaña, íntegra e individualmente fuer-

(1) Ver *Moral para intelectuales,* pág. 207.

tes, todos los pueblos americanos." Nosotros, en cambio, estamos sintiendo la necesidad de proclamar la independencia espiritual de la América Española, y estamos en la obligación de asumir este deber con todas sus proyecciones y consecuencias ¿y cómo lograrlo si nos obstinamos en conservar nuestro fiero individualismo ibero como carácter irreducible de nuestros esfuerzos?

He observado en estas latitudes una mayor propensión a este vicio de la raza, y, en la perplejidad de espíritu en que me ha sumido el hecho, a nada mejor he atinado que a esto, que no tiene más objeto que pedirle: Señor Zum Felde, haga Usted campaña para sacar de su aislamiento zahareño y de sus actitudes de incomprensiva intolerancia y orgulloso ensimismamiento a nuestros hombres de letras. La tarea inmensa que tenemos por delante o es de todos o no será de ninguno.

Saluda a Usted cordialmente:

EDWIN ELMORE.

Escriba ud. tan pronto como pueda a los hombres de Buenos Aires y de Montevideo que le he recomendado; por estas latitudes se extrañan comunicaciones del Norte, y después de mi viaje y refiriéndose a él, haría muy buen efecto cartas suyas.—E.

A mí escríbame a Lima. (*)

*

Montevideo, febrero 2 de 1925.

Querido amigo Roig: Habrá ud. esperado en vano la carta detallada que le ofrecí. En estas andanzas es imposible. Bástele, para darse cuenta, a medias, de mis actividades, con los datos que de vez en cuando voy enviándole. Por estas tierras del Plata las cosas, en relación con nuestro proyecto, van bien y mal. Bien, porque existe un verdadero fervor ideológico, propicio a iniciativas como la nuestra; porque hay muchos elementos con los que se puede contar y porque, en buena cuenta aquí se han sentido las necesidades espirituales que nos impulsan a la obra, en for-

(*) Av. Cantuarias, 180, Miraflores, 180 (Lima—Perú.)

ma muy viva. Pero, al mismo tiempo, mal, porque reinan entre los hombres de pensamiento marcadas diferencias de opinión que los mantienen divididos en pequeños grupos difícilmente asociables en una orientación común. Esto principalmente en cuanto a los círculos de Buenos Aires, La Plata y Córdoba, que, como ud. sabe son los centros culturales y universitarios más importantes de la República Argentina. En cuanto a Montevideo, por lo que he podido observar hasta ahora, puedo decirle que espero poder amalgamar más fácilmente con un grupo dirigente cooperador de nuestros esfuerzos, a elementos distanciados por otros conceptos. Desgraciadmente por ahora no se puede contar para la acción con Vaz Ferreira, que sistemáticamente se retrae y aísla (como Rojas en la Argentina, pero sin la actitud azas conservadora de éste), ni con Zorrilla de San Martín, un poco decaído y de prestigio menos sólido entre sus paisanos. En cambio he encontrado en Alberto Zum Felde un valor positivo y me ha ofrecido su ayuda en la Empresa, puede ud. dirigirse a él poniendo la dirección de la *Biblioteca Nacional*—Montevideo. Contamos también aquí con el apoyo de un joven poeta bastante interesado en estas cosas, Sabat Ercasty, cuya dirección le daré después; con Carlos Rodríguez Pintos (Juan B. Blanco 12, Pocitos—Montevideo); con Carlos Santin Rossi, Emilio Frugoni, Dardo Regules y algunos más, a quienes aún no he visto pero que me han sido recomendados (me refiero a los últimos tres). Además existe el grupo de la Revista *Teseo,* pero por ahora, para comunicaciones le recomiendo especialmente a Carlos Benvenuto, aun joven pero de cuyo espíritu puede esperarse mucho, habiendo acogido con entusiasmo y seriedad la iniciativa; y a Alberto Zum Felde, crítico fuerte que también ha interpretado inteligentemente nuestro plan.

Sin tiempo para más ahora, le abraza cordialmente su amigo

EDWIN ELMORE.

Carlos Sabat Ercasty—Timbó, 932—Montevideo.
Carlos Benvenuto—Plaza Artigas 1857—Montevideo.

*

Buenos Aires, febrero 11 de 1925.

Querido Roig:

Por motivos que Ud. fácilmente habrá comprendido, he ido retardando la carta informativa que le ofrecí desde que salí de Lima. Ahora, de vuelta de Montevideo, me tiene Ud. de nuevo en pleno centro de esta urbe trepidante, donde, a poco de estar, a un provinciano como yo le provoca huir y no parar sino en llegando a su tranquila y escondida aldea, donde, al menos, se goza de las frescas brisas del Pacífico bajo pinos familiares.

Ahí quedó esta carta hace tres días: tal es el tráfago en que estoy metido. ¿Cómo ordenar los tópicos de que tengo que hablarle dentro de la amplitud de nuestro tema? Quisiera ser absolutamente franco con Ud. al exponerle mis impresiones, pero al mismo tiempo desearía evitar que mi franqueza, que pudiera resultar cruda, le indujera en error acerca del optimismo que, aunque reducido, aun me alienta.

Como resumen de mis observaciones en esta metrópoli cosmopolita le diré esto: *Buenos Aires no es nuestra.* Tenemos, pues, que conquistarla. Me explicaré para evitar un mal entendimiento: el Buenos Aires de la cultura moderna, de los ideales modernos y de las aspiraciones más sanas de los pueblos—que es el Buenos Aires nuestro—no pesa ni vale en la ciudad. Es un músculo, vigoroso sí, pero sin ligamen a las conyunturas que pudieran ofrecerle acción sobre el miembro. El dinamismo actual, activo y eficiente de Buenos Aires está concentrado en la industria y el comercio, en su mayor parte extranjeros o semi extranjeros, y por lo tanto ajenos a las palpitaciones de nuestro gran ideal, voluntariamente ignorantes de nuestras aspiraciones y proyectos, y hasta hostiles a los mismos. Esto carecería de importancia si por el lado de los nuestros no reinase un desconcierto difícil de compaginar con el nivel alcanzado por el mundo cultural del Plata. Por eso me inclino a pensar que el estado actual de crisis, perplejidad o inhibición, de las fuerzas morales e intelectuales—fenómenos, por otro lado, general de la época—está aquí llamado a pasar dentro de un plazo más o menos corto. Mientras tanto, no está

de más conocer y reconocer el hecho. No se trata ya de la miopía o el egoísmo mal entendido de algunos representativos de la inteligencia argentina para con todo lo que atañe a los grandes intereses y destinos de nuestra cultura en el Continente; se trata de la situación de incapacidad para la obra en que se encuentran los escasos elementos de valor con que, en estas zonas cuenta nuestra conciencia en formación.

Sobre esto conviene que le detalle Ud. un tanto mis impresiones. Establecido el hecho de que entre los factores actuales que rigen la vida social y política argentina no figura sino en un plano muy inferior el que nos es propicio, eso que Uds. en La Habana llaman "grupo minorista"; veamos cómo está formado y cómo tiende a desenvolverse aquí ese factor. Ya le he mencionado el estado de desconcierto que predomina entre los elementos cultos y avanzados. Tendré que decirle ahora—y no lo hago sin meditarlo un poco—que además de ese desconcierto, mal que sería fácil superar mediante un esfuerzo de ordenación, existe (como en el Uruguay de cuyo ambiente le hablaré después) un fuerte individualismo y, lo que es más grave, una tendencia malsana a la insociabilidad, a la anarquía, en el campo intelectual y literario, constituyendo esto, que he llamado *incapacidad para la asociación y coordinación de esfuerzos,* el obstáculo más serio con que tropieza nuestra iniciativa.

Si Buenos Aires da la impresión de una ciudad fuerte, mucho me temo que sea la "factoría gobernada desde un hotel" de que ya hablaba el gran publicista argentino José Manuel Estrada. Desde aquí veo cómo se prepara el corso carnavalesco—circensis—en la Avenida de Mayo, que servirá para distender un tanto los nervios de las turbas que bregan día y noche por el pan. ¿Dónde están las manifestaciones de quienes bregan por lo otro, es decir, por el espíritu? En esta ciudad fuerte, que todos vemos enclavada en el Sud Atlántico como avizor atalaya de la nueva raza y de la nueva cultura que se están formando, la inteligencia se halla dispersa y anarquizada. Me atrevería a afirmar que no existen en esta urbe otros vínculos que los de los intereses creados. Hablar de una solidaridad fundada en principios de una

nueva moralidad que está por instaurarse o en las aspiraciones más o menos vagas de nuestros pueblos hacia un porvenir más justo y más bello, resulta ingenuo. En el campo de las ideas, allí donde se plantean los problemas humanos y las aspiraciones superiores se discuten, parece no existir el sentimiento de solidaridad que brotaría si hubiésemos alcanzado ya ese estado superior de conciencia que nos daría la convicción de nuestro único destino. No se reconoce la unidad moral, la unidad espiritual, capaz de realizar entre nosotros el *pluribus unum* del lema norteamericano. Por eso no se acepta una norma de tolerancia previa que viniese a evitar prematuras discordias. Ni entre individuos, ni entre grupos, ni entre clases tiene aquí prestigio la actitud tolerante; y sin tolerarnos primero ¿cómo hemos de cooperar? ¿cómo podremos marchar hacia la unión anhelada? Se vive, pues, en una dispersión y una anarquía estériles. En mis discusiones he hablado de pilas aisladas que ninguna eficacia tienen si no se acierta a unirlas en batería. Pero tal es la repugnancia que se manifiesta a la idea de una unión a todo trance, que he llegado a pensar que tal vez aun no ha llegado el momento de formar ese "primer coágulo cósmico" de que me ha hablado Zorrilla de San Martín en reciente visita. Tal vez sea aun necesario—como piensan muchos argentinos—que suframos un poco más cada uno por su cuenta, curándose cada cual de sus llagas y sus enfermedades. Mas yo no creo esto, yo creo que existe una obligada gradación que nos impone la necesidad de tolerarnos primero y solidarizarnos luego, para llegar a ponernos en condiciones de conferir a todos nuestros actos—y hasta en nuestras costumbres, nuestras leyes y nuestras instituciones—esa primacía de los valores morales e intelectuales a que aspiramos, como base indispensable para la creación de una civilización netamente iberoamericana que venga a rectificar los tremendos errores de la europea, buena parte de los cuales ya tenemos ingertados.

En esta situación, y circunscribiéndonos al ambiente argentino o mejor dicho bonaerense, no me ha sido dado observar sino una señal de solidaridad, y ésta con excepciones y limitaciones: la de la llamada "nueva generación", que se inicia en la polémica de la

ideología argentina declarando la quiebra de las generaciones anteriores a ella y posteriores a la de 1837 o sea la de Echeverría, el gran precursor, y sus amigos de la "Asociación de la Nueva Generación". La juventud que aquí cuenta de los veinte a los treinta años o algo más no quiere ver nada con sus antecesores, cuyo prestigio repudia. Julio V. González (compañero en ideales de Carlos Sánchez Viamonte, con quien ya le he contado que me encontré en Valparaíso en misión idéntica a la mía, y de Sanguinetti, otro de los "nuevos") ha escrito últimamente: "Circunscribiéndome a lo nuestro—y sin que ello signifique negar las proyecciones al ambiente exterior—puede afirmarse que al asomar el hombre nuevo, no había en el ámbito nacional ningún pensamiento en marcha (esto yo lo he dicho hace años, respecto al Perú, en mi ensayo sobre *El esfuerzo civilizador* y lo tengo confirmado en *El nuevo Ayacucho)* o, en el mejor de los casos, con vida lo suficientemente poderosa como para atraer hacia él y dar contenido a la existencia, y a la obra de una generación." Yo estoy de acuerdo con esto, pero no con el procedimiento adoptado, al parecer, por los nuevos, como consecuencia del mismo. Pues si bien González afirma que "la idea de orfandad y desorientación acerca del pasado que viene formando la sensibilidad de la nueva generación argentina, no implica desconocer la continuidad histórica, aunque esto a primera vista parezca paradojal", no puede negarse que la actitud asumida por los jóvenes es la de un rompimiento no sólo radical, sino violento e irreconciliable, si he de atenerme a las declaraciones de muchos de ellos. Y con esto ya no puedo estar de acuerdo, pues se me hace difícil admitir que las nuevas generaciones argentinas traigan en su seno elementos de pensamiento y acción suficientemente fuertes como para reemplazar valores tan incuestionables como el de Ingenieros, por ejemplo, a la izquierda, y el de Ricardo Rojas, a la derecha. Yo les he repetido esto muchas veces, pero estos jóvenes del Plata no quieren darse cuenta de que, como los ñandues de sus landas, sus nacionalidades tienen el cuerpo muy grande y la cabeza muy chica. Las nuevas generaciones cometerían, en mi concepto, un gravísimo error, si se inician en la acción con un gesto de incom-

prensividad e intolerancia que cercenaría a su cuerpo miembros de no escaso poder. También les he repetido esto a los jóvenes argentinos, y a los uruguayos que participan de este separatismo espiritual que no se funda sino en un error de apreciación, como se lo explicaré después. Y me afirma en esta convicción una opinión del famoso político y publicista colombiano doctor Núñez, que en estos días he leído y que define muy bien un pensamiento que frecuentemente he abrigado: "Nuestra población—decía Núñez—no excede de tres millones de habitantes, poco civilizados en su gran parte. Si la fracción social llamada por sus aptitudes a las funciones gubernamentales se divide y se subdivide, consagrándose a debilitarse a sí misma no podremos nunca hacer nada importante como legatarios de la dominación peninsular, mostrándonos superiores." Y esto es lo que ahora pasa, creo que no sólo en la República Argentina sino en todos nuestros pueblos. Lejos de asociarse en una obra común de cultura y de defensa de los principios y doctrinas superiores de la vida las *élites* intelectuales se disuelven atomizando sus esfuerzos por culpa de insignificantes y prematuras divergencias, como los conejos de la fábula. Así, mientras el laborioso y admirable García Monge reúne en las páginas de su *Repertorio Americano* las voces dispersas, demostrando que, en el fondo y en lo principal, no existen discrepancias dignas de dividirnos; cuando se intenta crear, a la manera del Norte, un organismo con más vitalidad y eficacia, se hace imposible reunir las vértebras aisladas. Así, además de las tendencias iconoclásticas de las nuevas generaciones (cosa que resta toda eficacia constructiva a los esfuerzos anteriores y desmoraliza a los actuales restándoles fe en los suyos propios) tenemos la discordia y la insociabilidad entre los consagrados no atribuible a causas dignas, aunque tal se pretenda, sino a razones personales no muy confesables.

Es indudable que en estas condiciones, la labor restauradora de la acción cultural sólo pueden efectuarla los jóvenes, puesto que los mayores se declaran incapacitados para emprender una obra cuya base es la concordia y la unidad de miras (me lo han confesado los más destacados dentro de las diversas tendencias y

cada uno a su manera: Ingenieros, Rojas y Lugones); pero también es indudable que si los jóvenes queremos hacer algo nuevo y distinto, si nosotros somos los llamados a "ver y apresurar el final derrumbe de esta fábrica de iniquidad donde han vegetado los parias para que se pavoneen los audaces" como me dice don Enrique José Varona en su contestación a mi *carta abierta;* debemos empezar por rechazar la herencia de discordia, mala fe, mala voluntad, intolerancia e incomprensión que han esterilizado la obra de los otros.

En otra carta—pues ya ésta es demasiado larga—le explicaré cómo las grandes ciudades como Buenos Aires y tan movidas como Montevideo y La Habana (y podría agregar Lima) los reducidos círculos culturales quedan eclipsados por el tráfago mercantil e industrial y sujetos al flujo y reflujo de los intereses y los apetitos en pugna; y cómo, si sobre las menudas discrepancias no se establece una vinculación superior que permita a las clases intelectuales oponer un frente único contra la ineptitud venal y acomodaticia de los burócratas, el servilismo y el espíritu de lucro de los periódicos y la estupidez y la rapacidad de los políticos ajenos a todo el ideal superior, muy pronto quedará establecido en todas nuestras llamadas "democracias" el predominio de los mediocres, es decir que lejos de acercarnos a la anhelada magistratura de la Inteligencia nos encaminamos hacia el reinado de la Ineptitud, y no así como así, sino de esa ineptitud audaz y cínica, producto de nuestros pueblos semibárbaros, tanto más encanallada y vil cuanto más conciente de su miseria es. Así, pues, a los intelectuales individualistas y zahareños, como dicen que es Vaz Ferreira y como se volvió nuestro González Prada, habría que gritarles: *o tolerancia y cordialidad en la obra común o dispersión, esterilidad y aniquilamiento.*

Le estrecha, con el afecto de siempre, la mano

EDWIN ELMORE.

*

Buenos Aires, febrero 19 de 1925.

Señor Don Emilio Roig.

La Habana.

Querido amigo:

Seguro de no poder terminar hoy esta carta, me obligo, sin embargo a empezarla, pues la anterior requiere un complemento por su deshilvanada incoherencia. Mas ¿cómo escribirle desde esta Babel sin reflejar en mis palabras su confusión y su abigarramiento de bazar? De hoy temprano—ahora anochece—conservo la impresión de la calle Florida: *reclames* de todas clases, músicas y pregones, charlatanes, diarios y revistas llenos de anuncios, vitrinas atestadas de trapos y baratijas de carnaval, viandantes con cara de comisionistas, comisionistas con aspecto de "niños bien", damas con aspecto de mujerzuelas, mujerzuelas con apariencia de damas... Menos mal que no se puede decir como Góngora en el soneto inolvidable: "calles sucias, lodo eterno"... porque hay una limpieza ejemplar en todo.

Y sin embargo, no es éste el Buenos Aires soñado por el pobre provinciano de la Magna Patria... Se me antoja que existe un contraste grande, fundamental, entre lo que veo y lo que hubiese deseado ver. Este tumulto, este entusiasmo, o mejor, delirio mercantil, lo hubiera mirado hasta con placer en cualquier ciudad progresista de los Balkanes; ahí me hubieran dejado indiferente los signos visibles de este pujante cosmopolitismo invasor, pero aquí me inquietan, me desagradan. Me inquietarían y desagradarían menos, si al frente o siquiera al lado de esta agitación urbana de carácter y de índole que Julien Benda llamaría *belfegorista* (Belfegor es el demonio representativo de los enemigos del alma) apareciese la enseña de nuestra causa. Es verdad que—como los cristianos de las catacumbas—existen por ahí escondidos, azorados y atónitos unos hombres raros que rinden esotérico culto a ciertos idolillos que denominan "valores morales" y "valores intelectuales" y hasta existen pequeñas sectas de devotos y creyentes con sus respectivos diáconos y obispos, y no faltan los catecúmenos del nuevo y misterioso credo... pero arri-

ba, amigo Roig, ante la luz del sol, en las esferas del poder en todas sus formas ¿cómo "se pavonean los audaces" (para emplear los términos del gran Varona), con qué sonriente voluptuosidad de dominio se niegan a oír y a ver, con qué magnífico cinismo preguntan "qué cosa es la Verdad"? los escribas eternos y los eternos publicanos!

Sí, querido Roig, no hay proporción entre la multiforme y febril actividad material de esta urbe y su laboriosidad espiritual. En vano—ahora me convenzo de ello—han querido hablar los publicistas argentinos de un paralelismo y sincronismo entre el desarrollo industrial y económico de la gran República y la formación moral, la educación estética y la articulación mental del pueblo argentino. No, amigo; *Baal,* como buen *crack* está a la punta, y está batiendo *records.* ¿Qué podrán en una nueva Cartago que bajo la Cruz del Sur se empeñe en emular los prodigios de la Tiro del Norte, los indefensos diáconos, obispos y catecúmenos del nuevo credo o de la nueva utopía? Megaterios del periodismo continental, se ha llamado a los grandes rotativos argentinos, y hasta se atribuye a un gran crítico—creo que Groussac—la ocurrencia de decir que son *dreadnoughts* manejados por grumetes... Tal es el descontento que entre los hombres de fina sensibilidad y claro intelecto suscita el modo como llenan sus funciones rectoras de la opinión y de las modas y costumbres los grandes diarios. Son ellos los grandes martillos que día a día, y hasta hora a hora, majan este hierro candente que es la masa humana bonaerense. Y he aquí que los herreros invisibles que manejan el fuelle de la fragua parecen no querer que el hierro que forjan sea duro y resistente sino quebradizo, dúctil y maleable...

Pero hace rato que estoy hablándole con metáforas; y lo que es peor, no le aclaro los puntos que dejé suspensos en mi anterior. Ud. disculpará este desorden en gracia a la premura con que intento coordinar mis pensamientos.

Le prometí insistir sobre dos tópicos interesantes: primero (y lo pongo así para no pasarme a la otra banda del Plata) sobre el grave error que en mi concepto, cometen las generaciones nue-

vas al rechazar algunos valores de las otras; y, segundo, sobre el hecho de participar los uruguayos de este error.

Ahora que he dejado bosquejado—aunque muy a la ligera y mediante figuras un tanto anfibológicas—ese fenómeno de eclipse o inhibición de los factores de la inteligencia crítica y constructiva frente al auge y la preponderancia automática y omnímoda de los valores materiales; puedo exponerle menos confusamente mis observaciones en las catacumbas—casi diría ergástulas—donde murmuran y gimen *los otros*. No particularizaré por ahora, pues obispos y catacúmenos andan mezclados y puedo cometer errores contra las nacientes jerarquías... y quiero respetarlas, en lo posible, para no incurrir en lo propio que censuro.

El error de apreciación en que incurren, a mi juicio, las generaciones nuevas respecto a las anteriores, puede explicarse de este modo, por lo demás cosa frecuente: los hombres, los jóvenes, que asumen en determinado momento histórico, la alta responsabilidad del pensamiento juzgan a quienes ejercieron esa función, en sus actitudes y en sus obras, haciendo uso de un caudal de datos y elementos de comprensión y de análisis de que los otros no dispusieron. Retrospectivamente es fácil conocer los errores y dictaminar el procedimiento que los hubiese evitado; pero acusa falta de ponderación o penetración en el criterio el hecho de inculpar a alguien que carecía de los datos necesarios, la mala resolución de un problema, por cuanto otra persona lo ha resuelto bien (y habría que demostrarlo) después de una previa e indispensable reducción de términos semejantes y la consiguiente eliminación de incógnitas. Voy a referirme al vocero acaso más autorizado de esta actitud: Julio V. González. En un artículo titulado "La nueva generación argentina en la perspectiva histórica", González dice (y a éste se le puede citar sin cuidado pues ya no es catecúmeno pero todavía no es obispo...): "Los hombres que han vivido una época tienen la obligación de entregar un legado a los que llegan a sustituirlos, y cuando este hecho no se realiza quiere decir que se ha producido un divorcio entre éstos y aquéllos, simultáneamente con el nacimiento de una nueva generación que va a analizar, juzgar y reanudar la marcha con

nuevo rumbo mediante el aporte de elementos propios y energías nuevas." "Se desvirtúa así—continúa González—la aparente paradoja que anotaba, haciendo las siguientes relaciones. La nueva generación niega totalmente el pasado histórico, porque no lo encuentra buscándolo a través de la generación precedente. Pero comprendiendo que no puede escapar a la ley que le impone reconocer su filiación histórica, se desvíncula de la predecesora, para interpretar por su cuenta el pasado y buscar en él las raíces recónditas de ideología propia. Se coloca con esto—sigue González—en una situación de la más absoluta libertad; libertad para juzgar, porque en principio no reconoce nada; para orientarse, porque no acepta ideas hechas. Abre, en último análisis, una amplísima perspectiva histórica—por encima del estrecho horizonte que se dió la generación anterior—y al hacerlo responde a la continuidad histórica y la consagra."

No he de ocultar que, en lo sustancial, estoy de acuerdo con las intenciones críticas y con la actitud de severo examen y de esfuerzo de renovación que implican las citadas frases; mas es preciso hacer distinciones y reparos de importancia; pues en mi concepto, el modo preconizado por González para restablecer la continuidad histórica, remontándose hasta la generación de 1837, y haciendo—aunque explícitamente no lo dice—tabla rasa de los valores intermedios, no me parece acertado. Hasta podría aceptarse que teóricamente es el mejor modo de cortar definitivamente las desviaciones que tanto daño nos han causado, viniendo a dejarnos en el estado actual de orfandad cultural y de perplejidad, atonía y anarquía ante los hechos que nos envuelven y arrastran sin que acertemos a oponerles un alto designio orientador y un programa de acción eficaz e inmediata; pero esta teoría se me antoja demasiado pura. Si se tratase solamente de formular un juicio crítico acerca de los aportes culturales y de civilización de los hombres que nos han precedido, yo sería el primer partidario de la severidad sin miramientos y sin ambajes, y ya he iniciado —en un medio poco adecuado a ella—una censura que se ha calificado de apasionada. Pero nuestro propósito—es preciso no olvidarlo ni un instante—es constructivo y hay que evitar caer en el

sofisma de los pesimistas y de los escépticos—que en le fondo no creen en la eficacia de las renovaciones—que consiste en afirmar que para edificar es necesario destruir. En el fondo esto no significa sino entrar por el camino de las menores resistencias, porque se esquiva la difícil y poco airosa labor de estudiar un sistema de andamiaje y de apuntalamientos y en esta clase de trabajos los "arquitectos" no se lucen... Mi padre, que fué un ingeniero ejemplar en esto de sacrificar las apariencias a la solidez de la obra, solía hacer doctrina de honradez profesional en ese sentido. No caigamos en lo mismo que censuramos. Una de las causas de la esterilidad de las generaciones que nos han precedido ha sido su preocupación constante en cuanto a la opinión de los coetáneos. No cabe duda que el sufragio de la opinión más codiciado hoy por los hombres inteligentes es el de los sectores avanzados; y hay quienes lo sacrifican todo, hasta la eficacia positiva de su esfuerzo, al prurito de ser tenidos por "reformadores de vanguardia." Es preciso tener la honestidad de negarse este impuro goce. La mayor grandeza y la mayor tragedia del espíritu heroico consiste en tener que soportar, en nombre de la pureza de su ideal, que se le tenga por opositor a él.

No creo equivocarme al pensar que, en cuanto se refiere al concepto de las generaciones y su misión histórica, Julio V. González se inspira en las ideas tan magníficamente expuestas por José Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo.* Pues bien, con esas mismas ideas, interpretadas en todos sus alcances lógicos, se puede y se debe sustentar la teoría de la cooperación de las generaciones, poniendo especial empeño en establecer vínculos de continuidad—por sutiles que sean—entre los gestores de las diversas etapas del proceso cultural. Esto, por cierto, sin llegar nunca al artificio; pues si por algo objetamos el método de las rupturas más o menos violentas es porque vemos que hay mucho de artificial en éstas. Esto de destruir valores y derribar ídolos es de las cosas más serias que con menos seriedad hacen los jóvenes. En su afán de ser severos para con los demás, los jóvenes olvidamos ser severos para con nosotros mismos. Por eso he solido citar yo la advertencia de Rodó ¡otro de los valores declarados

inútiles por los exigentes de última hora!: "La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables", decía el Maestro. Olvidando la responsabilidad propia, las "nuevas generaciones", llamándose innovadoras, han solido vivir con la cara vuelta hacia el pasado, dedicando la mayor parte de sus energías a la crítica destructora, sin innovar ni sustituir nada, y mucho menos crear cosa nueva, realmente nueva, alguna; ni siquiera la actitud, porque si vamos a ver cómo se iniciaron en la vida las generaciones combatidas encontramos las mismas actitudes de rebeldía inconciliable, la misma ingenua pretensión de querer sacárselo todo de las entrañas como las arañas.

Si bien es cierto que, como afirma Ortega, vivimos una "época de filosofía beligerante" en la que "se siente el inmediato pasado como algo que es urgente reformar desde su raíz", también es evidente, y el mismo Ortega lo dice en las apretadas líneas de su ensayo, que el pasado que se aspira a destruir ha de serlo mediante una "radical superación"—escúchese bien *superación*—. La superación no puede ni debe confundirse con la negación. Antes bien, puede afirmarse que las fuerzas que se dedican a la negación son fuerzas que se restan al impulso superador, que es eminentemente positivo, es decir, creador no destructor. La destrucción viene a ser una consecuencia adicional y secundaria del esfuerzo creador, no su finalidad. Y no cabe duda que más prejuicios y falsos valores y viciadas instituciones y costumbres destruye el que crea nuevos principios y nuevas normas positivas de vida, nuevos núcleos de concentración de energía orientados hacia un ideal constructivo, que quien gasta sus energías en la pasión destructora. A aquél le inspira el amor por algo bueno y bello; a éste, el odio por algo feo y malo; y desgraciadamente —tal es la naturaleza humana—no siempre el odio a lo malo y a lo feo implica amor por lo bello y lo bueno (que no suele ser fácil de concebir) sino más bien la venganza de la impotencia para usufructuar de ello.

Hay que ser, sí, de esa escasa minoría de corazones de vanguardia, de almas alerta que vislumbran a lo lejos zonas de piel

aún intactas", según la frase de Ortega; mas hay que concentrar los esfuerzos en la visión de esas zonas, en abrir senderos hacia ellas; no empecinarse en una terapéutica o cirugía cruel y peligrosa, sino dar preferencia a una profilaxia previsora. En las diversas épocas en que puede dividirse el proceso general de la cultura—que no puede interrumpirse del todo sin quedar aniquilado, pues nunca cesa en sus efectos invisibles lo que místicamente llama Carlyle "la Comunión de los Santos"—existe, como observa Ortega, "bajo la más violenta contraposición de los *pro* y los *anti*, una común filigrana." Esa escisión, pues, de que Ortega habla, que divide a la "colectividad intelectual" es más aparente que sustancial; se puede, por lo tanto intentar lo que con tan admirables resultados practican los anglosajones, lo que he llamado la *cooperación en la polémica.* Esta cooperación en la polémica puede realizarse, no sólo dentro de una misma generación, sino entre elementos de distintas generaciones. Fundado en esta convicción es que yo sostengo la necesidad de que nuestras juventudes nuevas llamen al puerto de salvación a los náufragos más o menos maltrechos que las últimas borrascas arrojaron a las playas. No se trata de brindar nuevo acomodo a los fracasados del feroz, aunque hipócrita individualismo del 800; se trata de sumar a las fuerzas vivas de la nueva época las fuerzas sobrevivientes de la anterior. Sería clamorosamente injusto, en mi sentir, que se privase de las actuales oportunidades de la nueva "beligerancia constructiva" a los viejos luchadores de ayer; a esos precursores nuestros, más o menos inteligentes o tenaces; a esos *tired radicals* como los llama el notable y malogrado ensayista norteamericano Walter Weyl.

Y va de carta, amigo Roig! Seguiré en la próxima.

EDWIN ELMORE.

P. S. Hemos tenido una segunda reunión preliminar en casa de Palacios, sobre la que le hablaré después—*Vale.*

*

Buenos Aires, febrero 22 de 1925.

Querido Amaya:

Cumplo con enviarle la copia de los "puntos de vista" aprobados en la reunión de ayer. Por no producir discusiones inútiles no insistí ayer mayormente acerca de algunos aspectos de nuestro proyecto; pero como probablemente no asistiré a la próxima reunión del comité que quedó constituído, quiero dejar constancia ante Ud. de las condiciones que considero indispensables para la realización de un Congreso tal y como lo habíamos planeado en Lima, pues como le he repetido a Ud. y a todas las personas con quien me he puesto al habla en mis viajes, ni yo ni mis compañeros de Lima, La Habana y México somos partidarios de la organización de *un congreso más* que venga a caer bajo la égida, los auspicios y el amparo de un oficialismo cualquiera que él sea, no a constituir aporte de fuerzas más o menos inconcientes e irresponsables a parcialidad u orientación particular alguna.

Por deber de lealtad para con quienes me han acompañado en las gestiones que vengo realizando desde hace más de dos años y por el deseo que tengo de proceder con la mayor circunspección posible, exigiendo otro tanto de quienes cooperan conmigo, juzgo necesario y oportuno, pues, insistir sobre los siguientes puntos:

1.—Por ningún motivo debe consentirse la enagenación o la limitación de la libertad de orientaciones y procedimientos del Congreso.

2.—Es indispensable mantener a todo trance el carácter *no oficial* del mismo, es decir, que debe evitarse toda vinculación con las autoridades constituidas.

3.—Desde el principio, es decir, desde el primer documento que produzca la comisión en su carácter de tal, deben quedar claramente expresados los requisitos anteriores además del reconocimiento o declaración esplícita del hecho de no tratarse de un movimiento aislado sino del esfuerzo de concentración de la serie importantísima de movimientos que se han producido en el Continente.

Por conducto de Ud. someto lo anterior a la consideración del Comité provisional.

Además pido yo a la Comisión que incorpore en el programa los tópicos siguientes:

En problemas políticos: 1.—Mantenimiento y desarrollo práctico de la doctrina Drago.

2.—"Aut lawry of war".

3.—Proclamación de la doctrina Saenz Peña.

4.—Creación de una Corte de Justicia Internacional, en sustitución de la que ha disuelto en Centro América Mr. Hughes.

En problemas de cultura: Insisto en mantener el punto *d* del programa elaborado en Lima y que no se salva en el proyecto aprobado ayer.

En este documento se habla de un *Comité Intelectual de la Juventud Iberoamericana* y se insiste en la vinculación de los *jóvenes.* En el plan de Lima y La Habana se proyecta la *Creación de una oficina de concentración de estudios políticos, económicos, sociales e internacionales.*

Creo que es inútil e inconveniente limitar la edad de los intelectuales que deben colaborar en nuestra acción constructiva, por eso insisto en mantener la fórmula que dejo transcrita. Considero este punto de capital importancia en el movimiento.

Tampoco se salva en el programa aprobado ayer uno de los puntos de mayores proyecciones prácticas del programa que traje de Lima y pido igualmente a la Comisión que lo incorpore: en el punto *cinco* del plan (que se aprobó por unanimidad en la reunión celebrada en el Hotel Bolívar de Lima el 30 de diciembre del año último, a la que concurrieron Argentinos, Uruguayos, Mejicanos, Paraguayos y Cubanos, además de los peruanos y que por lo tanto tiene un valor excepcional que debe tenerse en cuenta).

El punto *cinco* dice: *Organización de una defensa de la cultura y de las clases intelectuales.* Juzgo que, aunque en el programa ya aprobado existen muchos tópicos convergentes a esta finalidad, no estaría de más que el propósito quedase expresado de un modo concreto.

En cuanto a la parte del programa relativa a *Problemas económicos* creo indispensable incluir los siguientes puntos:

1.—Repudiar toda política financiera que limite la soberanía

nacional o comprometa para el futuro la independencia de los pueblos;

2.—Exclusión de los monopolios industriales y principios de compensación en las concesiones;

3.—Vigilancia especial en lo que atañe al petróleo, carbón y hierro.

Es de Ud. cordial compañero y amigo

EDWIN ELMORE.

*

PUNTOS DE VISTA A LOS QUE DEBERÁ CEÑIRSE EL COMITÉ ORGANIZADOR PARA ELABORAR EL PROGRAMA DEFINITIVO

Problemas políticos

Repudio del régimen de las dictaduras militares implantado en algunos países de Ibero América.

Actitud de los intelectuales de Ibero América que aplauden o propician el régimen de las dictaduras militares.

Influencia del imperialismo yankee sobre la cultura y la política iberoamericana.

Crítica de la aplicación de doctrina de Monroe a los problemas internacionales de América.

Crítica del Panamericanismo. Necesidad de afirmar frente a éste el concepto de Iberoamericanismo.

Política armamentista de los gobiernos de América del Sur. El militarismo: su ineficacia frente a la absorción angloamericana, elemento de disolución interna y exterior en las repúblicas latinoamericanas.

Revisión general del concepto clásico y tradicional de Democracia.

Problemas universitarios

Generalización del movimiento reformista en todas las Universidades de Iberoamérica, en su triple aspecto político, pedagógico y social:

Político: Participación de los estudiantes en el gobierno universitario.

Pedagógico: Reforma de los métodos y del contenido tradicionales de la enseñanza universitaria. Substitución en los estudios de la vieja orientación materialista y positivista por una amplia orientación humanista y filosófica, sobre la cual fundamentará la América del porvenir la Nueva Cultura Idealista.

Social: Afirmación del principio de la doble función técnica y social de la Universidad, considerada como órgano de difusión de la cultura en el ámbito del pueblo.

Elaboración de un Código que contendrá los principios cardinales de la reforma Universitaria y su estructura interna, y cuya aplicación será propiciada en todas las Universidades de Ibero América.

Creación a estos efectos de un órgano superior permanente que representará a todos los estudiantes de Ibero América y que será la Federación Universitaria Iberoamericana.

Afirmación del principio de la agremiación estudiantil; medios para llevarlo a la práctica en toda Ibero América.

Problemas culturales

Afirmación de la idea general de que el problema a que están avocadas las nuevas generaciones americanas, es ante todo un problema de cultura.

Las juventudes de América deben propiciar el advenimiento de una nueva cultura sana y optimista, inspirada en los descubrimientos más recientes del pensamiento contemporáneo, frente a la cultura materialista ante la inminente disolución de la cultura europea.

Reacción contra las corrientes de pesimismo intelectual surgidas en algunos grandes centros europeos.

Afirmación y mantenimiento del principio y del sentimiento de la nacionalidad y de la raza, en el sentido cultural y elevado de la palabra, como única manera eficaz y concreta de que los países iberoamericanos lleguen a constituir una personalidad vigorosa y

sui generis capaz de resistir a la absorción, a la disolución de culturas viejas o de civilizaciones contrarias a nuestros espíritus.

Creación de un órgano intelectual, que podrá llamarse Comité Intelectual de la Juventud Iberoamericana, que vinculará a los jóvenes intelectuales de todos esos países, intercambiando y estimulando especialmente las obras de carácter filosófico, político, económico literario y artístico que importen una contribución al punto de vista de la Cultura Americana. Tendrá a su cargo, además, todas las iniciativas cuturales que quiera asignarle el Congreso. Fundación de una Revista Iberoamericana, organización de próximos congresos, etc.

Problemas económicos

Repudiar toda política financiera que limite la soberanía nacional o comprometa para el futuro la independencia de los pueblos.

Exclusión de los monopolios industriales y principio de compensación en las concesiones.

Vigilancia especial en lo que atañe al petróleo, carbón y hierro.

Plan de Mr. Shipstead sobre prohibición de empréstitos con fines militares.

*

B^s^. A^s^., febrero 28 de 1925

Querido Roig:

Sin tiempo para más antes de mi viaje a Córdoba, hacia donde parto esta tarde, le incluyo estos papeles. Los "puntos" fueron aprobados como base para el programa y quedó formada la comisión local. Sánchez Viamonte llegó hace pocos días de regreso del Perú y Chile y parece que ha hecho algo de provecho en Lima y Santiago. Opina que es prematuro hacer un programa antes de las informaciones y aportes que vengan de todas nuestras ciudades, y yo creo muy conveniente lo que propone: reunir informes y puntos de vista y después tomar de ahí los puntos

mayormente sugeridos. Aquí predomina la idea de reunir el Congreso en Montevideo.

Suyo siempre

EDWIN ELMORE.

Le envío el Boletín que aquí han empezado a publicar como órgano del Congreso.

*

Buenos Aires, 7 de marzo de 1925.

No fué posible continuar. Aquel escándolo de la Avenida, que pretendí vencer en la meditación de mis notas, se impuso victorioso. Y a tal punto aniquiló mi pensamiento que sólo ahora, quince días después, intento reasumirlo.

Ahora, estando de por medio mi viaje a Córdoba contribuyen a excitarlo la fiesta que celebramos ayer en honor de Sánchez Viamonte y la lectura de un artículo de Francisco García Calderón. Comentando ambos trataré de exponerle a Ud. los pensamientos y observaciones que dejé en suspenso al iniciar mi viaje a Córdoba, motivo principal de esta interrupción.

La fiesta de ayer fué un banquete verdaderamente augural, y el augur mayor, Pedro Henríquez Ureña; el artículo de hoy, es tal vez uno de los más interesantes que ha escrito García Calderón desde nuestro punto de vista actual. Ayer no más conversando con Henríquez Ureña me quejaba del apartamiento de Francisco y ambos conveníamos en que se alejaba de nosotros en esta hora en que nos es tan necesaria la asociación de nuestros esfuerzos. Está bien, pues que, aunque tal vez sin proponérselo de un modo muy especial, vuelva "nuestro pensador" por sus laureles que si no ha perdido ya del todo, ha estado a punto de perder. El discurso de Henríquez, como síntesis de nuestras aspiraciones y expresión de nuestros ideales no dejó nada que desear, y el revuelo de pensamientos que suscitó en mi mente se ha agitado ahora más con el comentario de Francisco a las críticas del conde Keyserling a la civilización occidental y su mayor expo-

nente, los Estados Unidos de Norte América. Discurso y artículo tratan en el fondo de la misma cuestión: la decadencia de Occidente y la posibilidad de crear una nueva cultura y fundar una civilización distinta. Cuando Ud. lea el discurso, que trataré de enviarle, podrá comprobar cuan inteligentemente ha definido Henríquez Ureña la situación de la intelectualidad de nuestros pueblos frente a los problemas de todo orden que nos urge resolver. En ese discurso se evidencia la necesidad en que nos hallamos los hispanoamericanos de asumir la responsabilidad de las nuevas orientaciones, ya bastante precisadas pero que aún no nos atrevemos a seguir. El comentario de García Calderón a las ideas de Keyserling confirma esa evidencia, que como Ud. sabe, en mí es antigua como para todos los que supieron interpretar el mensaje de Rodó y no le dejaron convertido en una pieza de literatura muerta sino que han hecho de él un órgano vivo del espíritu que nos anima. Las ideas de Keyserling no son, en realidad, sino una repetición modernizada de las de Rodó quien a su vez reflejaba la ideología de los grandes pensadores liberales de Europa. Esa ideología, que ha sufrido un largo eclipse, está empezando a renacer y día a día se robustece a pesar de todos los síntomas de ofuscamiento y desconcierto hoy predominantes. Pero si antes tenía sus núcleos más eficientes en Europa, es necesario que nos convenzamos de que ahora tienen su único refugio en América. En diversas ocasiones he insistido sobre el hecho del desplazamiento de la fuerza de gravitación de la cultura, al menos en sus formas prácticas de Europa a Norte América (vea mi artículo titulado *El fenómeno del Norte)* y no me cansaré nunca de repetir ahora la convicción que tengo de ser nosotros los llamados a rectificar las desviaciones que, antes que Keyserling, habían observado en la civilización del Norte Arnold, Spencer y James para no citar sino los críticos de habla inglesa. Es sobre esa crítica que nosotros tenemos que basar el derecho que nos asiste para crear algo nuevo. Por eso están tan cerca de nosotros los que piensan en los Estados Unidos como el mismo Keyserling: Upton Sinclair, H. L. Mencken, Lewis Munford, Herbert Croly, James Harvey Robinson y tantos otros. Merece especial mención el caso de John

Dewey, interesantísimo por sus semejanzas con Ortega y Gasset, al menos en cuanto se refiere a la valorización de los hechos y el significado de los esfuerzos humanos. Dewey sigue en esto la tradición de Arnold, Spencer y James, como los otros a quienes he mencionado, paro tiene puntos de vista en extremo interesantes. Yo espero grandes frutos del estudio que hagamos los hispanoamericanos del pensamiento de los grandes críticos de la civilización europea y norteamericana que aún algunos insisten en creer insuperable en nuestra época. Tanto en Europa como en los Estados Unidos es notorio el movimiento de reacción contra las iniquidades y aberraciones en que ha venido a caer esa fastuosa civilización positivista que yo he llamado bélico-industrial. Observando esto Stoddard ha escrito un libro titulado "The revolt against civilisation" y por ese estilo hay varios. Pues bien, nosotros los hispanoamericanos somos quienes estamos en mejores condiciones para revelarnos contra esa intangible y soberbia civilización, ya sometida a juicio por las más preclaras mentalidades de Occidente: Chesterton, Bernard Shaw, Wells y Bertrand Russell en la Gran Bretaña; Anatole France, Romain Rolland, Barbusse y Benda, en Francia. Hombres como éstos forman una heterodogía universal, si bien un tanto anárquica, y han empezado a mirar a nuestra América como posible refugio de las utopías nuevas. Sin caer en los extremos de la rebelión bolshevique contra la férula imperialista de las oligarquías plutocráticas ¿por qué no hemos nosotros de preparar en nuestro suelo el advenimiento de un régimen distinto? Toleraremos que se inocule en nuestros nacientes organismos el virus del capitalismo? Seremos incapaces de concebir algo mejor que esa civilización pingüina de que se burlaba France o ese culto de Belfegor de que habla Julien Benda?

Ayer he tenido la evidencia de que a estas interrogaciones se puede contestar con optimismo. No eran meras palabras las del discurso de Henríquez Ureña al saludar en Sánchez Viamonte a uno de los nuevos hombres de la América nuestra. Vibraba en ellas un sentimiento claro y profundo de nuestros nuevos deberes y nuestros inalienables derechos. Se desprendía de ellas algo

como una elocuencia que estaba por encima de toda retórica verbal, una palpitación íntima que, cual más cual menos, sentía en el fondo de su corazón como hombre de una generación que ha comprendido al fin la misión que le corresponde desempeñar en el mundo. Nada importa que, imitando a los energúmenos de Yanquilandia, los chinos digan hoy "China para los chinos" y los indios "La India para los indios". Ayer se sentía repercutir en las conciencias, como un eco de las hermosas frases del perspicaz y generoso dominicano que nos hablaba, las palabras de aquel argentino que una vez adivinando o presintiendo, como tantos de los nuestros, el porvenir que se nos reserva, supo oponer al egoísta utilitarismo de los tardíos organizadores de una América para la industria y el comercio yanquis el concepto de una América llamada a amparar las difíciles esperanzas de nuestro tiempo.

Yo no le daría tanta importancia a las fiestas de ayer si sólo fuese testigo del entusiasmo renovador que todos elogiamos en Sánchez Viamonte y de la clara visión de Henríquez Ureña. Prescindiendo de lo que yo ya tengo vivido de este anhelo, en realidad, tanto Sánchez Viamonte como Henríquez Ureña no eran ayer—y esto lo observó el juvenil viejo Korn—sino símbolo de un nuevo estado de la conciencia americana que aspira a traducirse en una acción enérgica para imponer, en medio del caos contemporáneo lo que Ortega llama las "nuevas valoraciones". Los críticos españoles de las sociedades de Occidente han ejercido, como en carta anterior se lo decía sobre las nuevas generaciones argentinas, una influencia decisiva. Si bien ha habido cierta tendencia a poner en tela de juicio el valor cultural y científico de la obra de hombres como Eugenio D'Ors por ejemplo, es incuestionable que las semillas echadas por los hombres de pensamiento que han venido de España al Plata en los últimos años han caído en tierra fecunda. Lo que hay de más constructivo en el pensamiento de los jóvenes argentinos que hoy ya no pueden someterse a la tutela de Rojas o de Ingenieros es lo que han aprendido de los nuevos maestros españoles quieran o no reconocerlo algunos de ellos. Ya le he dicho cómo Julio V. González, uno de los mozos de más talento de la nueva generación se inspira en Ortega; *Valoraciones*,

la revista de Amaya y de Sánchez Viamonte, refleja la misma influencia y otro tanto sucede con la nueva revista *Inicial* que le tenía citada. Fuera de la influencia de los modernos pensadores españoles (entre los cuales no hay ni que mencionar a Unamuno por supuesto, que sigue siendo maestro cuando muchos han dejado ye de serlo), apenas si he observado huellas de otras. La influencia francesa está casi reducida al campo efímero de las novelerías literarias o al Derecho; pues a pesar de todo lo que se ha dicho sobre ella, el hecho es que existe yo no sé qué impermeabilidad de parte de los nuestros para con la cultura francesa o no sé qué falta de afinidad entre las ideas de unos y otros que hace difícil el maridaje. Los franceses más celebrados y seguidos son los que más se han universalizado, es decir, desafrancesado: Romain Rolland, Anatole France, Barbusse, ya se sabe lo que estos nombres significan en Francia; las críticas de que han sido objeto estos predilectos son muy significativas, sobre todo la reacción contra France. En cuanto a la cultura inglesa es apenas conocida por las traducciones españolas, salvo una que otra excepción; la americana, casi podría afirmar que se ignora, de modo que no se conoce más pensamiento norteamericano aquí que el que trasmite el cable, es decir la lluvia cotidiana de embustes pergenios intencionados del oficialismo, cuando no las inepcias y bellaquerías de los corresponsales.

Esto de las influencias tiene una gran importancia porque del predominio de una u otra tendencia depende la orientación que tome nuestro movimiento ideológico. Yo soy de los que tienen la firme convicción de que actualmente es saludable la influencia de los pensadores españoles no malogrados por la deletérea acción del Directorio. Más tarde cuando hayamos adquirido sobre la base hispánica una mayor homogeneidad y cohesión mental, estaremos en condiciones de recibir sin peligro otras influencias; por ahora me parece beneficiosa la barrera del lenguaje. Por supuesto, me refiero a la generalidad de las gentes y no a los estudiosos y verdaderos líderes de nuestra cultura en formación, pues éstos deben por el contrario estar atentos a todas las manifestaciones de la inteligencia en el mundo; otear, por decirlo así, todos los vientos y

distinguir los perfumes que no introduzcan en nuestra flora y en nuestro ambiente culturales dañinas esencias. La selección natural y forzosa que establece el idioma está dando por resultado la formación de una mentalidad que libra, en lo fundamental y trascendente, de las influencias exóticas. Si añadimos a esto el deliberado propósito de los hombres nuevos de mantenerse fieles a ciertas normas que conducen a la homogeneidad es fácil comprender cómo si bien aún predomina en nuestra producción intelectual cierta abigarrada profusión, estamos en vías de adquirir una familiaridad especial para ciertos tópicos susceptibles de ser reducidos a un común denominador.

Para referirme, al fin, a lo que le tengo prometido desde mi anterior fárrago (insisto en llamar así estas notas) le diré que además de *Nosotros* y *Renovación,* revistas de formación anterior al período de que me ocupo, son buena muestra de la convergencia actual de las orientaciones las tres revistas que ya le tengo mencionadas: *Inicial, Valoraciones* y *Revista de América.* Examinándolas puede hallarse una fundamental concordancia de inspiraciones y motivos que apenas si vela un leve tejido superficial de discordancias atribuibles a inevitables imperfecciones o defectos de información en el estudio de los problemas que nos interesan. Lo que no cabe dudar es que existe un gran número de preocupaciones y puntos de vista comunes y que sólo falta descubrir el modo de asociar los esfuerzos que dispersamente se hacen para atender a unas y coordinar los otros.

A base de las predominantes influencias españolas tenemos hoy los hispanoamericanos una orientación cultural bien definida. Los grupos de espíritus avanzados que hoy existen en muchas de nuestras ciudades en abierta pugna con el oficialismo empeñados en introducir reformas fundamentales en las costumbres, las instituciones, la educación y las leyes son fruto de la labor ingente realizada por los hombres precedentes. No sería difícil establecer una filiación o genealogía de los espíritus nuevos. Si bien es cierto que los últimos acontecimientos históricos con su cortejo de fenómenos sociales han influido grandemente en la formación de nuestra mentalidad, también es verdad fácil de demostrar que

existía una base sobre la cual ha venido a ejercer su acción ese insospechado reactivo que fué la última guerra. Esa base era la cultura hispánica, era ese conjunto de valores españoles que todos comprendimos que se hacía necesario mantener contra las corrientes deshispanizantes que nos envolvían. Nuestro humanitarismo y nuestro democratismo actuales (no menos evidentes por no estar aún bien definidos ni plasmados en creaciones de carácter social e institucional originales) son de pura cepa española. Después de Larra, tan español como unánimente venerado, paralealmente a la influencia tan beneficiosa de Clarín y los ovetenses cuyo representante en la Argentina fué Posada, la pareja Ganivet-Unamuno contribuyó enérgicamente, con una penetración extraordinaria y con un sentido histórico genial a definir el carácter español y la índole de la cultura y la civilización hispánica. Sin rechazar, antes bien realizando una gran labor de asimilación de los más valiosos elementos de las otras culturas los españoles y los hispanoamericanos, reconociendo la gran importancia de esas enseñanzas hemos ido realizando una severa labor de selección y de crítica que nos ha conducido al actual estado de conciencia colectiva que aún requiere concretarse y definirse orientándose hacia finalidades prácticas. Muerto Ganivet tan triste y prematuramente, Unamuno cogió el cetro de la soberanía espiritual de la raza, y no habrá quien se atreva a negarle el "quilate rey" de que hablaba Gracián. Padre espiritual a lo menos de un ochenta por ciento de los hombres nuevos de América y de España, Unamuno es tal vez el único pensador europeo que ha intentado formular un credo humano con posibilidades más o menos remotas de renovar o galvanizar el claudicante cristianismo de las naciones de Occidente. Su concepción del quijotismo cristiano, que se entronca con la de Ganivet sobre el senequismo ibérico, está muy lejos de perder la eficacia moral y la gran significación espiritual que tiene en nuestra cultura. Ha sido una gran lástima que el fiero individualismo de los españoles y la característica incapacidad de organización y asociación de la raza haya privado al gran maestro de buena parte del proselitismo de que era merecedor. Sin acción directa en la política de su país; sin medios para ejercer una

influencia más inmediata y rápida que la de sus propias ideas, don Miguel ha gozado, en cambio, de la adhesión fervorosa de los hispanoamericanos que adivinamos en él al profeta máximo de la estirpe ibérica. No importa, pues, que la inteligencia y la pasión creadoras de ese hombre extraordinario se hayan estrellado en España contra uno de los baluartes más sombríos del conservadorismo escéptico que tan diversos disfraces adopta; no importa que los pensadores más jóvenes de España aun no hayan acertado a interpretar y valorizar en todas sus proyecciones y trascendencias la obra creadora de Unamuno: los nuevas generaciones de América llevan íntegramente vivo en el corazón y en la mente al insigne autor de *El sentimiento trágico.*

Si dando forma práctica al anhelo que muchos de nosotros abrigamos, se lograse crear un órgano centralizador de los esfuerzos culturales de la raza; si, trasladando a América por razones políticas el centro de irradiación del pensamiento hispánico contemporáneo, se lograse reunir en un concilio supremo a las grandes mentalidades dirigentes del grupo humano perfectamente caracterizado a que pertenecemos, no tardaría en evidenciarse la vitalidad de las ideas de Unamuno y el profundo arraigo que han adquirido en estas tierras. Ortega y Gasset y Eugenio D'Ors, que son tal vez los hombres de pensamiento que más se acercan al valor de Unamuno por la universalidad y la penetración de sus juicios y concepciones, comprenderían que es casi imposible en América intentar ninguna edificación espiritual sin tener en cuenta las sólidas bases implantadas por Unamuno. Por si algo faltara para conferir al viejo profesor de Salamanca la preeminencia de que hoy se halla investido, surgió el incidente del destierro. En esta época que será caracterizada como la verdadera guerra civil de la humanidad, Unamuno—ya considerado por autorizados críticos de habla inglesa como el más vigoroso y original de los pensadores contemporáneos—ha sido el único hombre de esa talla que ha tenido el coraje, o mejor dicho, la abnegación de tomar bandera. Este hecho ha agigantado su figura, ofreciéndola a la consideración de quienes están en condiciones de apreciarla, con relieves de inconfundible heroicidad. Ningún rey, ni ningún

político, ni ningún tirano o dictador de los que ahora se reparten el poder en la tierra puede vanagloriarse de cosa semejante. Es, pues, la cultura hispánica la que ha producido el tipo más excelso de dignidad espiritual.

"España—ha dicho Sanín Cano, profundo conocedor de estos problemas—es un país hispanoamericano." La honda crisis que atraviesa la política española hace concebir a algunos la idea de que la decantada decadencia española, contra lo que hacía preveer el florecimiento de las artes, las industrias y las letras en los últimos años, es irremediable y por ende inconveniente solidarizarse a ella. Este es un error que conviene corregir pronto y la afirmación de Sanín Cano implica una promesa...

(Como Ud. comprenderá, voy escribiendo estas notas en medio de mis trajines entre aduanas, estaciones y puertos; y hasta he pensado darles la forma de diario para excusar sus repeticiones y su confusión. Hoy, con mis maletas listas para salir de Buenos Aires hacia Santiago, después de un día atareado en los consulados y esos templos modernos que llaman bancos, continúo en el fárrago.)

Implica—decía—una promesa de la amplia refutación de ese error que pronto hemos de ver desprenderse de los hechos mismos en nuestra historia civil y cultural. Todo conspiró durante el siglo XIX, bajo apariencias de lo contrario, a determinar la formación de la solidaridad hispanoamericana. Mal comprendido y mal definido este fenómeno por muchos de los mismos que dicen profesarle su entusiasmo coadyuvante, es más significativo y trascendente de lo que vulgarmente se cree. A pesar de algunas desviaciones debidas a la superficialidad del criterio histórico predominante, las ideas madres del hispanoamericanismo han seguido en su desarrollo normal y hoy se hallan convertidas en ideas fuerzas de cuya eficacia no puede dudarse. Afirmo esto después de haber observado la ciudad más peligrosa de América, en cuanto a nuestras orientaciones, por su cosmopolitismo invasor e indiferente. Prescindiendo de algunas tesis, más o menos cuestionables de argentinidad, habría que atender aquí a lo que podría llamarse "corriente de latinismo". Italia y Francia entran aquí en

juego. La primera, con sus fuertes e influyentes avenidas inmigratorias; la segunda con su persistente, aunque va en vías de desvanecerse, influencia intelectual. Este latinismo, que eclipsó algo al concepto de españolidad, tan combatido como deficientemente estudiado, se inspira por un lado en razones puras, es decir, desinteresadas; pero en vano quiere ocultarse los motivos de interés que lo abonan dándole ciertas orientaciones que es preciso rectificar. Tarde abrieron los ojos las potencias latinas de Europa para mirar las amplias perspectivas abiertas a nuestro porvenir. Mientras Inglaterra y los Estados Unidos, con ese espíritu previsor de la raza sajona, enderezaban todos sus esfuerzos para convertirnos en meros mercados suyos; mientras Italia y Francia mostraban hacia estas tierras una indiferencia que harto ha de pesarles hoy; España, contra todos los obstáculos (aun el de la imponderable ineptitud de sus clases oficiales), por la sola virtud del idioma, por las afinidades raciales abonadas por la creciente corriente inmigratoria, siguió conquistándonos espiritualmente. Así se explica al paralelismo de nuestro desarrollo social, político, ideológico, industrial y económico. (Continúo escribiendo ahora en Santiago donde me encuentro desde ayer. Ya ve Ud. que llego a Chile en oportunidad excelente para observar el interesante movimiento político que hace, tal vez, de este país el sitio donde mejor pueden estudiarse las acciones y reacciones de las fuerzas y elementos sociales que hoy se hallan en lucha en el mundo entero. Ofrece, además, este escenario otra causa de complejidad: el problema internacional con el Perú, ahora en uno de sus períodos más críticos, pues como Ud. sabe el Papá del Norte acaba de dar su fallo. Pero, en fin, aquí sólo me refiero a esto para llamarle la atención sobre el ambiente en que se desarrollan los pensamientos que malamente voy hilvanando acerca de problemas de mayor trascendencia con los cuales éstos tienen relaciones que Ud. percibirá bien.)

El paralelismo notado entre la evolución de los pueblos hispanoamericanos y el proceso civil español, de que le hablaba, se hace evidente aquí. No necesitaré puntualizarle las semejanzas entre la acción del militarismo español y el chileno en la política.

El hecho es el mismo aunque aquí, al menos en su actual veleidad, los militares propicien orientaciones avanzadas, mientras en España se han convertido en el amparo de las derechas ineptas e impotentes. Pero la semejanza es más amplia y general y envuelve a todo el Continente, si bien aquí es más palmaria. En la Argentina hay indicios claros de una tendencia conservadora bélico-industrial-capitalista que ha mirado con simpatía la reacción española. Pero, aparte de todo esto que son observaciones de detalle, hoy, como en 1812, los problemas de España, con ligeras variantes, son los nuestros. La lucha civil tiene los mismos caracteres en la península y en nuestro Continente, y las influencias exóticas que contribuyen a complicarla son idénticas. Los problemas sociales, los económicos y los internacionales surgen simultáneamente con igual intensidad y con los mismos factores en las diversas zonas que abarca el mundo hispano parlante. Después de la independencia de Cuba se ha venido pronunciando este paralelismo que la guerra última hizo evidente aun a las gentes de criterio menos penetrante, marcando más (a pesar de los esfuerzos de la política norteamericana de distanciamiento de Europa y de acercamiento hacia nosotros) las diferencias existentes entre las dos Américas. La unidad de destinos que, a pesar de su negligencia para cultivar las afinidades que les unían, ha impuesto a nuestros pueblos el libre juego de los factores históricos y los más inmediatos como son la sicología racial, el lenguaje, el grado de desarrollo económico de nuestros países frente a las potencias y otra serie de circunstancias que determinó primero su actitud durante la guerra (desvirtuada sólo por la influencia norteamericana y por un ilusorio latinismo favorable a Francia) y después su actitud en la Liga de las Naciones, es hoy incuestionable y más significativa que nunca. Después de este viaje de estudio a la Argentina puedo confirmar mi opinión según la cual el mundo puede dividirse en nuestros días en cinco grupos de pueblos, desde nuestro punto de vista: 1, el grupo hispánico que es el que nos interesa íntima y directamente; 2, el grupo de las potencias, al cual ha quedado definitivamente incorporado Estados Unidos debido a su política bélico-financiera que como Ud. sabe despierta seria

oposición en los sectores más sanos de la opinión en el Norte; 3, Rusia a la que se debe el despertar del sentido democrático moderno no obstante todas las desviaciones; 4, el pan-islamismo; y 5, esos fantasmas del Pacífico que son el Japón y la China. A nosotros nos corresponde hacer cada vez más viva la conciencia del grupo hispánico. Ya Rodó presentía esta necesidad, y yo dediqué un folleto a remarcar su españolismo. Oliveira Lima, en un reciente artículo que titula "Nuevo iberismo" dedicado a comentar un movimiento encabezado por el portugués Antonio Sardinha afirma que el desenvolvimiento de lo que llama "simpatía hispánica" será uno de los rasgos capitales de este siglo.

El mundo de las potencias capitalistas cuyo vértice candente son los Estados Unidos, con sus tenazas panamericanas y otros instrumentos que Ud. conoce, es el mayor enemigo del desarrollo creador de la "simpatía hispánica", esa fuerza histórica cuyo valor se ha conocido y estimado poco hasta ahora y de la cual nosotros tenemos que extraer nuestras mejores energías. Oliveira Lima escribe con razón que el hispanismo tomando el lugar del latinismo, vacío de realidad, constituía lo que Moniz Barreto definía como un programa de conservación. En tanto que las naciones latinas de Europa sigan la política internacional de las potencias se distanciarán de nosotros. Italia apoyando, por una u otra razón, el juego del imperialismo británico en la Liga de las Naciones con motivo del Protocolo es el último ejemplo de distanciamiento que puedo ofrecer. Por otro lado, México, iniciando orientaciones independientes y afrontando el imperialismo económico de los Estados Unidos interpreta elocuentemente nuestro espíritu; mientras en el extremo sur del Continente Chile se prepara a seguir sus rumbos, es decir, los de México no obstante la acción pertinaz de sus elementos conservadores; la Argentina permanece social y políticamente estacionaria, sin decidirse, o tal vez sin poder, asumir orientaciones propias debido a la innegable preponderancia que ya han adquirido ahí las fuerzas del capitalismo organizado. A pesar de esto los argentinos avanzados reclaman la primacía en las orientaciones independientes y renovadoras, y para que Ud. se dé cuenta del celo con que miran estas cuestiones, aun-

que no aciertan a organizar sus fuerzas para una acción vigorosa, le trascribo un párrafo de la nota editorial que con motivo de mi viaje publica *Nosotros:* "Numerosos fueron los esfuerzos, oficiales y privados, que en el pasado se hicieron para fomentar la unión latinoamericana. Pero el movimiento contemporáneo data solamente del 11 de octubre de 1922, fecha en que José Ingenieros pronunció su memorable discurso a Vasconcelos, en el banquete que *Nosotros* le ofreció. Aquella pieza oratoria marca una época en la evolución del pensamiento latinoamericano. Fué la primera vez, en efecto, que un gran pensador relacionó el problema de nuestro futuro con el vasto movimiento de emancipación mundial que, en todas partes, opone el derecho de los pueblos productores al privilegio de las clases parasitarias, servidas por gobiernos de presa. Pueblos y gobiernos toman su lugar en uno u otro bando. Nuestros pueblos deben tomar el suyo del lado de la justicia, social e internacional, uniéndose en torno de los nuevos ideales renovadores. Para sustentar esta prédica de elevado nacionalismo continental fué fundado, en Buenos Aires, el periódico *Renovación,* y no sabemos que en parte alguna hayan sido expuestas, en forma más amplia y enérgica, las ideas del neo latinoamericanismo. Aplaudimos, pues, de corazón toda iniciativa como la de nuestro amigo Elmore, pero no olvidamos que aquí, en la Argentina, nació y se desarrolla el más significativo de cuantos movimientos propiciaron la unión latinoamericana."

Esto merece algún comentario y alguna rectificación que haré otro día. Desde luego puedo decirle que en las otras revistas que le he mencionado hay indicios de la formación de un espíritu más propicio que el de *Nosotros* para la creación de la nueva mentalidad iberoamericana.

Dejo aquí estos apuntes para poder enviárselos desde Santiago.

Hoy visité a Pedro Prado quien me mostró el *Repertorio Americano* donde García Monge ha publicado mi carta a Varona que también ha publicado *Nosotros.*

Sobre todos los puntos que aquí he tocado escribiré después algo más ordenadamente. Esto me ha salido tan enrevesado que

no me atrevería a publicarlo, pero no he querido dejar de comunicarle, tal y como se me han ido presentando las observaciones.

Al llegar a Lima, espero tener noticias de Ud.

Reciba Ud. un saludo cordial de su amigo y compañero

EDWIN ELMORE.

*

VII

CARTA ABIERTA AL SEÑOR LEOPOLDO LUGONES

(A propósito del proyectado Congreso Libre Iberoamericano de Intelectuales (1)

Distinguido señor:

Después de la indirecta pero clara réplica que opuse a las objeciones hechas por Ud. a mi proyecto de reunir en una asamblea espontánea y libre a los más connotados pensadores hispanoamericanos, en mi carta abierta a D. Enrique José Varona (2), he creído innecesario insistir en la refutación de algunas de sus afirmaciones al respecto. Mi reciente viaje a su país confirmó ampliamente mis sospechas en cuanto al aislamiento intelectual en que Ud. vive. Y su "caso" aunque perjudicial a los planes que me son tan queridos como consciente y celoso ciudadano que soy de Iberoamérica, más que un sentimiento de animadversión contra Ud.—que fuera legítimo por circunstancias que ahora no deseo mencionar—me ha producido tristeza. Aunque su combativa persistencia invitaba a ello, me pareció inútil crueldad aumentar el número de las piedras que se han arrojado a su paso con iras más o menos santas. Apostasías más evidentes y menos explicables que la suya hemos perdonado en estas tierras...

Pero ahora que Ud. hace directa referencia a mi persona en su carta dirigida a don Nicolás María de Urgoiti, me creo obliga-

(1) V. *El Comercio*, junio 12 de 1925, Lima.

(2) *Repertorio Americano*, enero 26 de 1925, San José de Costa Rica; *Mercurio Peruano*, Núms. 77 a 79. *Nosotros*, B. Aires, febrero 1925.

do, por ese deber de lealtad que Ud. reclama para las relaciones entre quienes escriben, a manifestarle con toda sencillez mi opinión—modesta si se la respeta, pero siempre pronta a hacerse respetar—acerca de su actitud como pensador en estos días en que al paso que se expatria a Unamuno se rinden hipócritas homenajes a los restos de Ganivet...

Ante todo debo decirle que para las nuevas generaciones es Ud. gran decepción. Si Ud. lo sabe y sigue adelante por la oscura senda que parece llevar... allá Ud.! Nosotros, al hacerle algunas obligadas reflexiones no buscamos ya su acogimiento ni tememos su desdén. Más que a Ud., dicho sea en verdad y con todo respeto, nos dirigimos a un público ideal que en torno nuestro, y al calor de luchas a veces nada honrosas, está formándose en el Continente.

A quienes propugnan los planes ya trazados para llevar por buenos caminos la idea de una práctica cooperación entre los intelectuales de habla española y en especial los hispanoamericanos, les interesa no dejar subsistir las erróneas apreciaciones que, primero de un modo indirecto (3) y ahora prolija precisión ha hecho sobre ellos. Veamos en qué consisten esas apreciaciones.

La primera observación que hace Ud. se refiere a cierta falta de comprensión, por mi parte, a sus reparos, incomprensión que, no sin ironía, atribuye Ud. a su "incompetencia" para explicarse. Nadie tendrá la ingenuidad de creer en su modestia. Se explicó Ud. demasiado bien en esa conversación—para mí penosamente reveladora—del Hotel Regina. Y le entendí mucho mejor de lo que Ud. parece imaginar. Lo prueba la misma carta a Roig de Leuchsenring (4) que motivó el comentario inteligentísimo de Araquistaín. No cabe duda, por otra parte, que el perspicaz autor de *El peligro yankee*—obra que debe Ud. leer—no anduvo descaminado al atribuir la actitud de Ud. a la muy conocida y demasiado comentada, desviación de su pensamiento. Si es cierto que Ud. nada habló conmigo sobre "dictaduras blancas y rojas" ni yo me referí a cosas semejantes en mi carta; también es verdad que Ud.

---

(3) *La Nación*, febrero 19 de 1925: *Información del Pacífico*.

(4) *Mercurio Peruano*, número de septiembre y octubre de 1924.

no trató de ocultarme el distanciamiento ideológico que hacían imposible su cooperación con hombres como Unamuno o Vasconcelos, por ejemplo. Lo que sí me ocultó Ud.—y alguna razón tuvo para ello, pues dada la conexión íntima del tema sería ingenuo atribuir su silencio a un olvido—fué su anterior iniciativa, que conocí después, para la creación de un *instituto de cultura hispánica* en Madrid.

Tan ha puesto el dedo en la llaga D. Luis Araquistaín al atribuir la incomprensión de Ud. a "preocupaciones internas de su país", que Ud., al pretender negarlo, no puede con todo su talento dialéctico, evitar la contradicción. "Los argentinos—afirma Ud. rotundamente—jamás subordinaremos la patria a ninguna preocupación internacional o económica." Y, no contento con la énfasis puesta en esa declaración, agrega Ud. después de bosquejar su fe nacionalista-regional, con cierto dejo de diplomático, cauto, enérgico y responsable en conferencia europea: "No renunciaremos, pues a ninguna ventaja que honradamente hayamos logrado, ni dejaremos de procurarnos lo bueno donde se encuentre. Así hemos formado la patria y así seguiremos formándola." No evidencia Ud. paladinamente en esas palabras su preocupación de nacionalista a *ou-trance?* En su primera frase citada ¿no descubre Ud. una contradicción lógica? pues ¿qué otra cosa que expresar una preocupación implica decir que no se subordinará "la patria" a ninguna preocupación internacional o económica?

Pero, aparte de estas "preocupaciones internas", adivinadas o conocidas por Araquistaín, pues aunque en efecto Ud. me habló de ellas, no las reflejé en mi carta, deseo hacer referencia aquí a otros puntos importantes tocados por Ud., prescindiendo de algunas rectificaciones de detalle.

Afirma Ud. y aquí incurre en otra contradicción sólo explicable en personas de su talento por el afán de negar lo incuestionable—que "organización del pensamiento hispanoamericano" es una frase perfectamente vacía. Lo que no encuentra Ud. vacío y desprovisto de sentido es sostener que es grande la influencia de un "puñado de hechos" (que Ud. enumera y cuya inexactitud, por

otra parte, le ha demostrado ya irrebatiblemente Olariaga) (5) sobre "la organización de nuestro pensamiento" (el argentino). Además, yo empleé la frase: "organización hacia la práctica" y no creí necesario ser más lato—como en efecto no lo era—para que se me comprendiese. Y no es también incurrir en flagrante contradicción sostener por una parte la dispersión de los países hispanoamericanos, mientras por otro lado se defiende la tesis panamericana? no es por lo menos extraño sostener que la geografía influye por sí sola más que todos los otros factores que determinan las formas y tendencias de la civilización y la cultura de los pueblos? La verdadera quimera, la verdadera monstruosidad, es el fementido ideal panamericano, con todo su aparato y toda su mecánica progresista y mercantil. En cuanto a la separación entre América y Europa, que lo diga Dawes con su "plan" y que lo diga Morgan con sus empréstitos.

En cuanto a la presencia de los Estados Unidos y su "inevitable influencia" de la que tan entusiasta partidario se manifiesta Ud., le remito a las críticas actualísimas del dignísimo ciudadano norteamericano que se llama Waldo Frank, autor de un libro que en el día debe traducirse al castellano para curar la *nordomanía* de que hablaba Rodó. En lo concerniente a los métodos educativos de "la mejor democracia existente" podrán desengañar a Ud. de su ya envejecido modelo las recientísimas críticas de H. M. Kallen (6), Upton Sinclair (7) y el clamor de los estudiantes con órganos tan admirablemente orientados como *The New Student.* Como Matthew Arnold a mediados del siglo pasado, cuando ya había empezado la monstruosa desviación y corrupción de las instituciones y de las costumbres en Norteamérica; hoy constatan Chesterton, Body, Russell, Keyserling, todos los visitantes ilustres, el desastre de la verdadera cultura y de la verdadera civilización norteamericanas en medio de la orgía del imperialismo bélico-industrial que lógicamente acaba de sancionar por medio de Coolidge el derecho de conquista en nuestro Continente...

---

(5) *El Sol,* mayo 1 de 1925, Madrid.

(6) *Educacion, the Machine and the worker.* Edición de *The New Republic,* 1925, New York.

(7) *The Goose-step, Mammonart* y otras obras de este recio polemista.

No, señor Lugones! por más que quiera Ud. oponer a los iberizantes comunistas y utópicos algún ejemplo práctico que los disuada de sus extraviados ensueños, no recurra Ud. a este de Norteamérica... En boca de un sudamericano las palabras de Ud. son sarcasmos ardientes, y por añadidura el ejemplo es falso.

Por lo demás, dejando de lado muchas otras observaciones que me sugiere su carta, la misma manifiesta desorientación y el mismo aturdimiento lastimoso de su pensamiento están demostrando cómo en nuestra época de ambición, de miedo, de *deportemanía* y de espada no suele bastar la cabeza de cada pensador, como Ud. pretende, con excesiva confianza en la capacidad individual, para organizar un pensamiento real y efectivamente articulado. Ya que es Ud. tan aficionado a los yanquis, sobre este punto le recomiendo la notabilísima obra de James Harvey Robinson, *The Mind in The Making* (8); sólo temo que en vano buscará Ud. ahí una devoción tan grande como la suya por los "freebooters" y los "babbits" de Panamá, Nicaragua, Santo Domingo, etc. y hay tanto en este *et cætera!*...

Con la mayor consideración, soy de Ud. atento y seguro servidor

EDWIN ELMORE.

Lima, junio 12 de 1925.

---

(8) Harper & Brothers, New York and London, 1921. Por lo demás, la disconformidad de las mejores inteligencias norteamericanas en cuanto a los métodos políticos y procedimientos diplomáticos del oficialismo yanqui es ya bastante conocida para que pretenda ignorarla el señor Lugones. Además de la citada obra de Waldo Frank podemos recomendar, a quienes interese el estudio—tan necesario a los iberoamericanos—de lo que hemos llamado el *Fenómeno del Norte*, el libro de Matthew Arnold *Civilization in the United States*, Boston 1888, y su gemelo reciente del mismo título y que por subtítulo tiene: *An inquire by thirty Americans*. Harcourt, New York 1922; *Culture and Democracy in the United States*, por H. M. Kallen, Boni & Liveright; la famosa y típica novela de Sinclair Lewis *Babbitt*, Harcourt 1922. Del mismo autor—que con H. L. Mencken forma una recia pareja dedicada a enérgica y aguda crítica social y literaria—acaba de aparecer *Arrowsmith*, otra obra llamada a obtener un gran éxito de librería. Como índices de la formación política reciente también sería útil recomendar *American problems* de William E. Bohra y la Autobiografía de La Follette, cuya sexta edición acaba de hacer *The Robert M. La Follette C.*, de Madison, Wisconsin.

JOSE INGENIEROS

ENEMOS una carta de Ingenieros que comienza con estas palabras: "Muy distinguido colega", y termina con estas otras: "Tenga la seguridad de que en Buenos Aires encontrará uno de sus más interesados lectores". En esa carta tuvo la amabilidad de halagarnos, que es el modo más efectivo de alentar a quien se inicia en un campo cualquiera de la actividad intelectual, porque reafirma la creencia en el propio valer, y como voz autorizada hace concebir la esperanza de llegar a poseer personalidad propia. Con dicha carta nos envió sus *Proposiciones relativas al porvenir de la Metafísica* y un librito del escritor ecuatoriano Endara, en el que se hace una biografía intelectual del pensador argentino. Le habíamos remitido antes nuestro folleto *Nuevas orientaciones científicas,* sin carta alguna, y él nos contestó como queriéndonos decir: "creo que lo que Ud. ha escrito [no sé si pueda uno llamarse escritor a los veintidós años] merece la pena; no desmaye en sus aficiones filosóficas, y en cuanto a mí se refiere, ahí le mando mi obra más elevada y hasta una biografía escrita por un admirador distante."

En efecto, Ingenieros era ya antes de morir una figura americana. Su nombre había traspasado las fronteras patrias y se tenía como símbolo de pensamiento avanzado, de entusiasmo cultural, de sinceridad y energía comunicativas, de americanismo bien entendido. Pocos habían logrado como él que se le llamase *Maestro* de la juventud hispanoamericana, porque había demostrado ante propios y extraños que era el más distinguido representante de la filosofía empírica y social en "nuestra América", como gustan decir por las orillas del Plata.

Ingenieros no fué un *filósofo* en el sentido estricto de la palabra, pero sí era un pensador americano, del cual hay que ocuparse en primer término cuando se trata de estudiar la evolución del pensamiento hispanoamericano contemporáneo. Así como Vasconcelos representa la tendencia al idealismo pitagórico, Ingenieros encarna la tendencia contraria que ve en la observación de los sentidos, en la experiencia externa, en la ciencia, todo medio de salvación, ya que la observación interna, el intuicionismo, es peligroso y lleva fácilmente a los delirios intelectuales.

Creía, sin embargo, en la Metafísica a la manera de Aristóteles: como una especulación trascendente de los datos suministrados por la Física, que en este caso abarcaría todas las disciplinas científicas, pero estrictamente basada en ellos. Sus "Proposiciones" procuran definir esta actitud, insistiendo tanto en el tan traído y llevado cienticismo que raya en verdadera obsesión.

¿Cómo llegó Ingenieros a la Filosofía? Se llega a tan elevado proscenio, o por la ciencia o por el arte, correspondiendo el primer camino a los que William James llama "bárbaros", y el segundo, a los "delicados". Ingenieros era por temperamento un "bárbaro" que procuró refinarse mediante un consciente esfuerzo de autodidacto, pero tenía la pedantería de hacer afirmaciones terminantes sobre ciertos pensadores contemporáneos, las que indican que no había llegado a comprender plenamente la formidable capacidad, por ejemplo, de un Bergson, o la visión histórica de un Boutroux. Él no llegó a asimilar el gran aporte ideológico de la filosofía idealista de los últimos tiempos, que en Francia ha tenido por representantes más sobresalientes a Boutroux y a Bergson, y en Italia, a Croce y Gentile, renovando por completo la filosofía kantiana y hegeliana respectivamente. De la crítica de la inteligencia se pasó en Francia a la crítica de los productos de la inteligencia; del idealismo absoluto en que todo son oposiciones dialécticas, se pasó en Italia a un idealismo más comprensivo en que se trata de abarcar los procesos prácticos. Pero en conjunto son idealismos de carácter estético. En este sentido observaba el filósafo Boutroux que la palabra *pensamiento* había perdido el amplio significado que le asignaban Descartes, Platón

y Pitágoras, especialmente este último, quien comparando los seres a los números veía en la realidad un conjunto de armonías y de músicas, algo como concierto de ángeles mensajeros del Misterio. Si el idealismo es clásicamente dialéctico, busca hoy fundamentarse en todo lo que sea verdaderamente humano y divino. Y humanos por excelencia son nuestros más íntimos sentimientos, y divinas, nuestras aspiraciones de eternidad.

De los dos gigantes de la filosofía griega y aun de toda filosofía —escribía Menéndez Pelayo—Aristóteles ha influído en la educación del género humano mucho más directamente que Platón. La manera libre, vaga y poética de la Academia, ha tenido siempre menos adeptos que la rígida disciplina y el severo dogmatismo del Liceo. La influencia de Platón en el mundo es, por decirlo así, influencia expansiva y difusa; la influencia de Aristóteles es influencia concentrada, formal, despótica. La una, más que doctrinas cerradas, ha inspirado vagos anhelos y generosas idealidades; la otra ha cristalizado el pensamiento en fórmulas y categorías. El platonismo ha servido como estímulo de invención y despertador del propio pensar; el peripatetismo, como organización sistemática y método de enseñanza. Enlazados estrechamente en su origen, hasta el punto de ser a los ojos de quien no se deje deslumbrar por diferencias más accidentales que íntimas, una sola filosofía y no dos, han llegado a separarse totalmente en su evolución histórica, hasta aparecer como encarnizados enemigos y odiosos rivales. La bandera del maestro ha protegido a todos los disidentes de la escuela del discípulo, y raras circunstancias han hecho que en los períodos críticos la bandera de Platón haya aparecido siempre como *bandera de libertad;* la de Aristóteles, *como bandera de orden, cuando no de servidumbre.*

De ahí ese continuo retornelo del pensamiento empírico y del pensamiento idealista, que se suceden alternativamente en el desarrollo histórico de la Filosofía, pero que en propiedad subsisten siempre como tendencias divergentes y complementarias. Tal vez sea difícil abarcar los puntos de vista empírico e idealista al mismo tiempo. Podría intentarse esa síntesis por medio de la actitud histórica, que es la actitud central, mas para lograr entonces verdadera categoría filosófica se necesita emular a un Sócrates o un Kant. Ahora lo mejor en Filosofía es ser francamente empí-

rico o francamente idealista. Y, en nuestro concepto, Ingenieros tuvo el acierto de presentarse siempre como empírico convencido.

En cuanto al desarrollo histórico de las ciencias, puede estimarse al siglo pasado el siglo de la Biología, como el presente es el de la Sociología. Los sistemas filosóficos del siglo XIX fueron casi todos vitalistas, Darwin y Haeckel tuvieron la primacía como campeones de la ciencia. Spencer, sociólogo hasta la médula de los huesos, nos habla de las Ceremonias de la Vida; grandes poetas trascendentes como Nietzsche y Guyau hacen de la Vida el *leit motiv* de sus opuestas concepciones. Y cuando otros auscultan los secretos del alma, es de la Vida de donde extraen el clásico agente de la imortalidad.

Ingenieros en sus comienzos fué un médico distinguido que se hizo célebre estudiando neurosis fundamentales. Entonces los médicos veían un loco o un criminal nato en cada esquina, y faltó por ahí un judío reclamista que dijera unas cuantas estupideces sobre los hombres de talento: los inventores, los creadores del progreso humano también estaban locos o degenerados. Pero aquéllos no advirtieron que *la manía lombrosiana* es también una forma de locura, si todo el mundo está desiquilibrado en esta humanidad sublunar. El sabio argentino escribió obras de psiquiatría que están reputadas como contribuciones originales y valiosas en tan extenso campo de investigación, y tuvo la sensatez de esquivar esas arbitrarias conclusiones.

Mas he aquí que el hombre de ciencia en el campo biológico se introduce por los vericuetos de la Filosofía. Entonces se revela como un sociólogo que estudia la evolución del pueblo argentino, sigue el movimiento socialista mundial y sueña con ideales libertarios. La juventud universitaria de su país ve en él una especie de profeta de la buena nueva en tierras americanas. Luego la Revolución rusa y la Tercera Internacional lo llevan al colmo del entusiasmo; y Barbusse y el viejo Anatolio lo atraen con sus "claridades", que nadie ha podido saber a ciencia cierta en qué consisten y qué zonas tenebrosas se proponen iluminar. Por último va a darse la mano con ciertos elementos internacionalistas de México, fervientes admiradores como él de los rusos, pero cuyas ideas

confusas podrían calificarse más bien de buenas intenciones. ¿Son estos pasos de Ingenieros nacionalismo, americanismo o internacionalismo? Quizás las tres cosas al mismo tiempo, sin linderos definidos.

Establecer clasificaciones resulta algo arbitrario. No es fácil encerrar una labor tan mútiple como la de Ingenieros dentro de tal o cual Escuela o tendencia. Creemos definirlo mejor indicando los diferentes campos que pretendió abarcar, en relación con su evolución intelectual:

En primer lugar están sus obras científicas, en las cuales se exhibe un psiquiatra eminente.

Luego las que dedicó a exponer la evolución de la Argentina, con sus grandes caudillos y sus hombres de clara visión política.

Sus estudios sobre la Filosofía Universitaria en Francia y sobre el desarrollo de las ideas filosóficas en España, llenos de mordacidad y opiniones aventuradas.

Sus ensayos *El hombre mediocre, Hacia una moral sin dogmas* y *Proposiciones relativas al porvenir de la Metafísica,* donde pretende la categoría de pensador original y combativo.

Su obra social y cultural, sin duda la más eficiente, cuyo mérito principal consiste en la fundación y dirección de la *Revista de Filosofía,* considerada hoy como la revista más importante que se publica en la América Española (esto con perdón de CUBA CONTEMPORÁNEA). También sus propagandas de carácter político mundial, con las cuales no estamos de acuerdo, pero hechas con sinceridad y buena fe.

Del conjunto de esa obra brota su fuerte personalidad intelectual y social, honra de nuestra América, ejemplo de constancia y contracción científicas, de generosidad nunca desmentida, de auténtico *maestro* de la juventud hispanoamericana.

Por cuanto nos llamó su amigo, y por cuanto fué un hombre de bien, hemos querido dedicarle estas líneas, como homenaje póstumo a su memoria.

CARLOS RANGEL BÁEZ.

Caracas, Venezuela, enero de 1926.

LA PERSONALIDAD LITERARIA DE GONZALO ZALDUMBIDE

> Nul qui s'y méprenne: dans ces volumes-ci, il s'agit moins de composer une chose logique que de donner en tableaux émouvants une description sincère de certaines façons de sentir. Ne voici pas de la scolastique, mais de la vie.
>
> MAURICE BARRÈS.

PAUL Bourget veía en Barbey d'Aurevilly uno de los espíritus para quienes el arte de escribir era necesidad imperiosa, porque en él toda obra fué justificación vital o estética. Para otros hombres, que se debaten dentro del diletantismo y ven al mundo como una humorada de los dioses, el arte es justificación de elegancias y de ocios. No aquella elegancia literaria, romántica, un tanto triste y cruel que soñáramos en las páginas de las *Memorias de Ultratumba:* más bien una elegancia de ocios, que quisiera inventar un alfabeto para todos los hastíos de la vida, y darle un valor de simplicidad frívola a lo más complicado del mundo. Algo de lo que sentimos en la literatura de memorias de los siglos XVII y XVIII franceses, si de ella se quita la sequedad que una vida artificial dejó en los espíritus de la época. Porque hay tanto de delicioso en los capítulos de Saint-Simon, el más fino observador—en quien el amaneramiento de la reflexión nos estremeció más de una vez—, como en las setencias del duque de La Rochefoucauld, que aparece frío y amargo en las cartas de la Sivigné. No era por tanto la época

en que el sentimiento de la naturaleza había despertado cierto cinismo que más tarde nos va a encantar en los discípulos de Rousseau, porque si entonces se construía una vida con la ligereza con que se hacía una toaleta, se menospreciaban las tragedias íntimas, de complicaciones reales, que son el primer elemento humano del romanticismo. El romanticismo va a descubrir una nueva fuente de vida que llenará toda la sensibilidad de un siglo. Notad que ya no se es cartesiano y que se busca el más desenfrenado sentimiento de la libertad para consolarse del mundo. Sin embargo, siempre se continúa una tradición y son muy pocos los que salen de ella. No queremos encontrar en el romanticismo francés un retorno al arte gótico como en el alemán; o a una serenidad humana, desesperada, como en las ideologías tempranas del Gœthe juvenil. Algunas obras de análisis nos dirían otra cosa. Porque nos hizo llorar hasta el llanto el análisis estéril que todos vivimos en las páginas del *Adolfo.* Aun algunos escritores de nuestros días, que constituyen como el último resplandor del romanticismo, se extasían dentro de una nostalgia tibia, de crepúsculo, que bien podría estremecerse en el jardín de Bérénice o en los paisajes febriles de Stendhal. Y sólo la fina y escéptica sonrisa de Sainte-Beuve—con su elegancia de crítico—, alcanzará un enerme prestigio entre los que más tarde quieren libertarse del romanticismo, por lo menos en su forma ortodoxa: el crítico de *Les Causeries* ensayó vanamente el tormento del análisis en sus novelas y en sus versos, de belleza apenas soportable. En él predomina lo que más tarde tratará de matar el romanticismo: el análisis frío de la crítica.

Si nos detenemos en estos detalles sobre literatura francesa es porque Gonzalo Zaldumbide, cuya personalidad literaria trataremos de estudiar en este ensayo, como todos los espíritus que vinieron a las letras de América a comienzos del siglo XIX, ha encontrado en ella la fuente de sus tendencias artísticas. Zaldumbide es, además de un recio temperamento literario, uno de los más eminentes críticos de América: y recuérdese que la crítica, como arte deliciosamente ligero y aun profundo, fué siempre ex-

celencia del espíritu francés, y cuya magnitud la alcanzan los hombres de letras del siglo pasado.

Ved el círculo ideológico dentro del cual van a moverse los cinco o seis grandes espíritus americanos que se antretuvieron, tras la herencia romántica, para ensayar una fuerza interior de idealidad y de pensamiento desinteresado, en lo que la inteligencia francesa de entonces tenía de más concorde con nuestra sensibilidad. Tras la crisis del positivismo en su forma de iniciación —en la experiencia de Saint-Simon el colectivista y de Augusto Comte—, la incredulidad, en los valores reales de la ciencia y de la filosofía, se determina en cómodo y amable escepticismo, en casi todos los espíritus de la época. Se sigue apasionadamente la serenidad de las afirmaciones rotundas y ellas se desentierran, como en ninguna otra fuente, en las páginas conmovedoras de *L'Avenir de la Science,* programa de la vida espiritual de Renan, que van a despertar cierto dilentantismo, del que más tarde se abusó tanto. No importa que a la par de Renan la influencia de Taine se haga sentir, porque hay muchos puntos por donde el pensamiento de ambos pensadores se junta en concordancia aterradora. Vendrá pronto una nueva reacción, para encontrarle posibilidades a una metafísica pura, con los ensayos de una filosofía idealista en Renouvier y los otros filósofos que llegan a sus conclusiones por medio de las apariencias fenomenales del mundo sensible. Quisiéramos ver en ella los fermentos de la tristeza amarga e irónica—con la ironía del egoísmo—, que los discípulos de última hora, tanto en Francia como en el extranjero, bordeando los planos de la literatura, han de vivir como salvación de todo lo que se hundía con el siglo: el Barrès de la primera juventud, el más solitario de los románticos, y Anatole France, fuera de sus habilidades y amaneramientos de estilista; entre las brumas del Norte, Federico Nietzsche, que abre posibilidades infinitas a todos los problemas de las filosofías sensibles.

Los hombres de América que ensayan la inteligencia en las delicadezas de tal filosofía, habrán de encontrar en ella el solo comentario de sus dudas y de sus afirmaciones, algunos esperanzados en el idealismo que se revivía en París en las tendencias

de sus pensadores y escritores. Y como en todos ellos tienen el pensamiento—por las necesidades de la propaganda en que se empeñan—, más un valor pragmático que de especulación, hacen renacer en América el prestigio del idealismo francés y se afirman, en las pocas cosas vagas que sostiene el inevitable escepticismo que le es inherente, en un fuerte florecimiento espiritual. A tal servicio de acción se acomoda el momento dramático de América. Algunos espíritus de "la élite" imponen en el ambiente calcinado por las revoluciones y por el desorden de la inteligencia y aun de la vida práctica, las más hondas enseñanzas, refrescándolas en los fermentos más útiles de toda filosofía idealista. Francisco García Calderón, el grande y admirable maestro americano, llega a la serenidad de su eclecticismo por los rumbos del idealismo francés, aunque su espíritu prevea, en páginas de profunda verdad, el valor urgente del pragmatismo en las nuevas democracias. Otro alto espíritu de América, Antonio Caso, comienza su carrera de pensador e ideólogo, traduciendo la tesis ya famosa de Emile Boutroux: más tarde habrá de ironizar sobre la lógica positivista de Stuart Mill. Pueblos románticos, sin ninguna tradición ideológica, y surgidos a la vida democrática tras el movimiento de la Revolución Francesa, encontraron, en escasos momentos de meditación y de reposo, y apaciguado un tanto el influjo de los tiempos de la colonia, un rumbo para encauzar la energía que desbordaba en sus pensadores en el idealismo francés, aparte la necesidad de improvisar una tradición y de defender a las nuevas naciones de una barbarie cada día más alarmante. Y todos comprendieron que era más bello y sobre todo más urgente tomarlo en su forma pragmática: la acción enorme de José Enrique Rodó y su oportunidad lo prueban de manera clara.

Dentro de tal desorden de corrientes escépticas y románticas, idealistas y pragmáticas,—germen de grandes realizaciones para un porvenir que aun hoy está obscuro—, se determinan las influencias, a través del arte del fin del siglo y de su temperamento literario, de Gonzalo Zaldumbide. En él se da, más que en ningún otro, el florecimiento de una cultura exclusivamente de crítica filosófica y literaria. El análisis tiene en sus medios de

expresión el valor que sólo le permite un sentimiento de justificación, en la conciencia de un oficio que ejerce de tarde en tarde con maestría impecable. Podrían tacharse sus ensayos críticos de prolijos, pero no de faltos de equilibrio, de interés, de elegancia. Zaldumbide vivirá a la sombra de aquellas reminiscencias sentimentales que, como en el caso de Stendhal, son causa del análisis delicioso y sutil de sus contemporáneos, y que constituyen una enseñanza de desprendimiento y de desinterés por las cosas del arte. Ya Wilde había dicho, en verdades que parecieron paradojas, que la crítica tiene un valor de arte, y de seguro "la ojeriza" de Flaubert hubiera sentido los conceptos de *Intenciones,* en donde el último de los dandis desentierra más de una belleza en lo que todos han visto siempre como la simple iniciación de un pecado literario. Y aquellos hombres que como Gonzalo Zaldumbide tocaron, en hermosísimo tangente, el pensamiento y la literatura con travesura que tuvo gracia de seriedad, sufrieron también el espejismo de las influencias artísticas de la época. Ruben Darío les había iniciado en el más dulce y peligroso juego literario, y les había enseñado el rumbo del bosque en donde las ninfas son realidades. Amargura de un panteísmo que odia la sombra demasiado grave del gran Espinoza. Aquí se vió sonreír a la gracia como en aquellos cuadros equívocos de Leonardo en que los santos respiran tentaciones de sátiros. *El San Sileno de América* había despertado las fuentes de la galantería y había devuelto a la sonrisa la placidez que sólo Omar Kéyyam encontratara en el placer de su propia existencia. Se había leído a Schopenhauer y se veía a la vida como a una representación de la voluntad. El Oriente no vino a estos espíritus con ninguna mixtificación de teosofía: se llegó a él por la filosofía, por el desencanto, por el dolor de ver al mundo tan efímero y tan corto.

¡Fuerte iniciación para contemplar el mundo con gracia y con alegría! Y cuando la crítica es eje sobre el cual gira el trabajo del espíritu, entonces el alma de los hombres es espectáculo que tiene el interés de una experiencia más. No importa sobre qué cosa puede ensayarse la inteligencia, que el tono del pensamiento sabrá encontrarle siempre sus ligerezas y sus encantos. Por-

que la crítica es forma activa de la meditación, instrumento de arte y es el principio de ese género audaz y peligroso con que los ingleses califican la dureza de su estilo seco y preciso, el ensayo. Agregad a ello el amor a la vida, tomada con elegancia y con la predilección por la ironía que hubiera asustado a cualquier filósofo que desconociera el arte del sofisma, y tendréis los elementos para formar al literato *amateur,* como se nos presenta en sus intenciones Gonzalo Zaldumbide. ¡Qué admirable estado de alma para un hombre de espíritu, este de escribir por lujo y casi por necesidad vital! Acumular toda la seriedad de las doctrinas sin encerrarse en ningún sistema y luego, con soltura casi amanerada, desembarazar la inteligencia de ellas, en páginas en que la sensibilidad se acalla con la pena de la indiferencia que se busca como secreto de felicidad.

Con tal bagaje, mezcla de tristeza y de placer, se presentó Gonzalo Zaldumbide desde sus primeros ensayos de crítica. Su carrera comienza con el comentario ideológico de la obra de un escritor socialista, Henri Barbusse, en un estudio de robusta contextura. Más tarde, tras un largo silencio, publica su magistral apunte sobre José Enrique Rodó. Pero antes se había definido, en plena formación mental, en los umbrales calenturientos del placer dannunziano. Es dannunziano por algunos años y descubre en tal estado de sinceridad y de tormentos, en concordancia con su juventud apresurada, un sentido nuevo a los placeres y los encantos de la vida: y como para la heroína de la novela de d'Annunzio, cuando las góndolas atraviesan el crepúsculo otoñal de Venecia, para su juventud la dicha tuvo entonces un suave y apenas ardiente resplandor. Luego se marchará hacia otros rumbos del espíritu, hacia otras estratificaciones de la inteligencia; pero su sensibilidad no marcará sino cortos temblores líricos, porque ha descubierto más bien el silencio de un goce propio, egoísta. El sentimiento se va madurando lentamente, armoniosamente; es así como se decide, en sus experiencias de paisajes literarios, desde sus primeros placeres líricos, por la Venecia de Barrès y no por la d'Annunzio, y podría repetir con el maestro de *Amori et Dolori Sacrum:*

No es un hombre quien me ha halagado, ni una mujer que llora, y sí Venecia; y aunque sus canales me hayan sido dañinos, la fiebre que en ellos tomaba me era grata, pues ensanchaba mi clarividencia hasta el punto de mi vida inconsciente.

Y él mismo nos dirá:

Y mientras el placer sutil de seguir a Barrès por los meandros intrincados de su tenue y febril sensibilidad se renueva sin cesar en las inteligentísimas combinaciones de su psicologia, la tensión uniforme y sostenida en que d'Annunzio mantiene al lector con la sola vehemencia de su estilo, es a la larga, monótona y fatigante.

En sus inclinaciones tan definidas de contemplar al espíritu y sus obras, sin aquellos vaivenes de la emoción interrumpida por la imposibilidad de un lirismo constante, se nota la tendencia, que en él lucha por ser espontánea, de ver las cosas en sus aspectos sensibles, allí en donde se creía que ellas no vibran sino con el temblor de la indiferencia o con las postulados inevitables de la razón.

Se embarcará hacia todos los rumbos de la investigación crítica, o del rodeo artístico del ensayo, y siempre hará flotar en sus páginas el más discreto sentido de la medida, a ratos apasionada y aguda en desaliños, a ratos fría y serena, como en las sugerencias de sus motivos de elegancia siempre comedida. Y si los atractivos de la crítica y del método que ella supone no bastan a darle contornos precisos a su espíritu, un tanto descreído, el sentimiento escéptico del mundo va a encontrar en sus inquietudes de juventud un desbordamiento en la novela. ¿Querrá matar por unos instantes de cortesía con su sensibilidad y con sus predilecciones al maravilloso crítico que en él se desenvuelve, en el sentido inverso de Sainte-Beuve? No, porque en su novela ensaya, como en *Volupté* el crítico francés, en planos sentimentales y en paisajes de melancolía y de soledad, los procedimientos del análisis, recordando los momentos de sus noches de París, cuando en la fiebre de su adolescencia soñaba con las Vírgenes de las Rocas. Ahora, más que nunca, el crítico siente que duda y que necesita una afirmación y entonces, en un instante de sinceridad,

encuentra un reposo para analizar lo que Zaldumbide llama, con soberbio nombre, *las vicisitudes del descastamiento.* Pero aun no está trazada toda la curva de su inteligencia. Falta el otro viaje hacia las realidades de América: busca en ellas la afirmación, la necesidad de un credo como voluntad que contrarrestre su diletantismo y no los encuentra. Escribe su magnífico *José Enrique Rodó,* lleno de esperanza, de confianza en el destino de tantos sueños como atormentaron su juventud de hombre triste. Él mismo nos lo confiesa—comentando la frase de Rodó, "*Revelador, Revelador, la hora ha llegado...*"—, en párrafos que parecen aprendidos en un culto de desesperanza, pero que encierran el fervor de una segunda juventud, ya más alegre y más conforme:

> El que debía venir no vino, ni ha llegado hasta hoy. Esperósele, sin embargo, con una ansiedad que aun nosotros, venidos más tarde, conocimos en su última forma.

Y en un arranque de optimismo casi artificial, consolador por ello mismo, siente el deseo de repetirle a su lejana mocedad, cuando el primer pecado de la confianza espiritual, como el adolescente de Barrès tembloroso de fe y rico de sonrisas: "Petit garçon, si timide, tu n'avez pas tort."

Porque tiene gran fe en América, Zaldumbide cree en la fuerza lírica de sus hombres y aun en sus realizaciones, pero ve en ellas una traba que les impide, por un trabajo de inseguridad y de inconstancia histórica formarse dentro de una tradición seria. Si en verdad puede sostenerse que nuestra vida comienza a organizarse después de las guerras de la Independencia, puede también decirse que estamos tan lejanos de la civilización azteca o incaica como de la egipcia o asiria. Estamos más cerca de Grecia y de Roma que de los pueblos que hizo entrar dentro de la más pura tradición cristiana el español de la Conquista y de la Colonia. ¿Escepticismo para contemplar el problema de nuestra América? Quisiéramos más bien comprender en estas tendencias el acento exacto, justo, curado de todo lirismo y sin embargo sensible, de que la sola corriente del espíritu que interesa a los pueblos occidentales—la mediterránea—, es la que entronca a los pueblos de

América con una tradición universal. Nos hemos incorporado una tradición y por eso, dichosamente, no hemos podido salirnos de ella: mientras tanto los pueblos del norte terminan de hacer de las creencias religiosas—el solo puente de las tradiciones—, una transformación completa. Sólo así es posible y explicable el pragmatismo y el pluralismo de los yankees.

Y porque en Zaldumbide, como en ningún otro escritor de América, el arte es una distracción para acalmar imposibilidades de hastío u obligaciones del espíritu, en sus inclinaciones aparece un desdén por todo lo que no sea serenidad y medida. Ved en ello también un esfuerzo por estrangular una herencia de noble romanticismo, siendo su sangre, en lo más esencial y delicado, de origen romántico. Y por ventura, "¿quién es no es romántico?", podríamos preguntar con el poeta de América. Pero entendamos el romanticismo de Zaldumbide de otra manera de como nos encantara en la *María* de Jorge Isaac o en los poemas del Plata. Hijo de un poeta romántico—don Julio Zaldumbide—, parecería que su alma se estremeciera con las penas más acendradas, con los confidencias a media voz, dulces y tiernas. Pero no, por cierto: si todavía su espíritu vibra al contacto del dolor y de las penas, ya alcanzó el plano crepuscular en que la vida tiene más fogosidades que dilapidar en noches de locura y de tristeza. Sus trenos son más cortos y sus penas más elegantes. Por lo demás, este poeta ha leído los versos de Verlaine y las sugerencias complicadas y tenues de sus músicas mimadas y vagas, se enredaron en sus gustos de mundano y de escritor. Tiene el pudor de sus dolores, y en su oficio de crítico acoge las penas de los otros con el temor de hacerlas propias. Tres ensayos sobre tres vidas distintas, comprendido el secreto de las más opuestas psicologías con la más fina penetración estética, con la más audaz severidad analítica, han llenado sus horas de trabajador. Son tres almas en donde la vida se consumió, trágica y hermosamente: o en el placer, humano, demasiado humano, del propio análisis, en la forma subjetiva de la desesperación en que la duda no abandona al alma; o en la lujuria que afirma el goce de los minutos en múltiples caricias, con el reposo de la voluntad que se cultiva como

un rumbo de olvido; o en la serenidad de las ideas que se dominan como bestias de encanto, en una línea de voluptuosos recursos sensibles, para adormecer la pesadumbre del tiempo en el amor de la sabiduría. No reniega de su herencia romántica, como lo veis en sus preferencias por el análisis y por las ideologías sensibles: llegó demasiado tarde para vivir sus encantos. A veces, en sus predilecciones mentales, que definen sus maneras de *prince of life,* se adivina la saudade de otras épocas en que los hombres se vestían de luto por elegancia. Y sin ser romántico, Zaldumbide comprende que al romanticismo ha venido a sustituirlo el hastío, la inutilidad fugaz de todo intento de dicha, por que ha aprendido en la confidencia de Barbey d'Aurevilly, que "l'ennui moderne est fils de l'analyse". He aquí el origen de este mal del análisis y de la comprensión del tiempo; algo así como la fe pascalina—en su triste crisis de conformidad—, que en el fondo es la sola tragedia de todos los espíritus. Lo que se afirma por un lado se niega por el otro, como en la ley de compensación de Emerson. En algunos de sus cuentos nos habrá de iniciar en estos complicados elementos de psicología contemporánea. Por lo demás, si el romanticismo fué la salvación de una esperanza que se iba del corazón, tal conformidad se esfumó por imposibilidad vital. La creencia huyó del espíritu—aun como negación—, y ha venido a reemplazarla este amor de la vida en que nos sentimos con almas paganas y frívolas. Lo único que quedó flotando en el naufragio de tantos bienes y de tantos consuelos engañosos, fué el dolor; pero a ratos quisiéramos revivir el uso antiguo de las máscaras para ocultarnos a nuestro propio escepticismo. La fe fué más allá de una admiración artística. Podríamos repetir con Maurras que ya no somos románticos, porque volvemos nuestras miradas, tal vez, hacia una serenidad clásica: sólo que en esa serenidad sabremos encontrarle el corazón a Helena, y Ulises nos diría que pecó más de una vez en su deliciosa odisea...

Cuando Gonzalo Zaldumbide partió para América, después de varios años de París, su espíritu se había limpiado de ciertos dolores y de ciertos resabios de americano descastado. Ventura García Calderón nos ha contado, en páginas que hoy duermen en

el silencio, cómo fué la despedida de su juventud y de sus locuras de adolescente cuerdo, cuando canceló sus delirios y sus placeres en los libros de la primera hora, única cosecha de seis años de *flaneries* espirituales entre los hombres que escogieron su avidez de sabiduría y sus gustos de mundano. Un descastado más que partía para América, para quien el contraste del refinamiento de la sensibilidad y de la inteligencia fué más doloroso, pues este hombre joven tuvo ensueños dannunzianos...

*

En la obra de Gonzalo Zaldumbide conviven el afán y la realización de un sentimiento moderno y civilizado del mundo. Obra de un perfecto europeo, por lo mismo. Y aunque quiera darnos la ilusión de una América que ha perdido y que siente vivir con nostalgia en su inteligencia, nunca logrará ese acento de americanismo que busca. No porque en su espíritu se acomode el amaneramiento de un exotismo tan corriente en nuestros hombres de letras, sino porque el problema del descastamiento, del desarraigo se hizo palpable en sus disciplinas interiores desde las más tempranas vicisitudes de su formación espiritual. Zaldumbide está dentro de esa línea de inteligencias que inicia el arte de Rubén Darío, en una desolada comprensión de males que no se curaban en las tierras bárbaras de América, y por las que sin embargo la sensibilidad del poeta magnífico suspiraba, formando así el mal de siglo de su generación. Y cuando en Zaldumbide la adolescencia se presenta con todas las dudas que la hacen dueña de una dulce vanidad; cuando los sentimientos de la realidad se entremezclan en su robusta contextura emotiva, entonces la vocación del placer es tardía por la herencia romántica y por su mal de análisis. Sólo un punto de salvación distingue su clarividencia de hombre sensible y pronto a las pasiones, cuando ellas no son demasiado ardientes: es el momento del dannunzianismo. Su espíritu que ya conoce los secretos del escepticismo y de todas las filosofías que reducen al mundo a un conglomerado de aceptaciones de los sentidos, en una firme e inteligentísima combinación

de estados de alma, se embarca en la nave temprana del italiano, en la que aún el otoño no ha dorado sus encantos y sustentaciones.

Para mí—nos dice en el prólogo de la segunda edición de su libro sobre el poeta italiano—, como para muchos, la lectura de d'Annunzio fué en la adolescencia y primera juventud un filtro. Apaciguada la pasión idolátrica de la forma, viene el gusto de la verdad y de su transparencia en la inasible levedad del estilo. Fué casi un examen de conciencia, el examen de la obra mágica.

El dannunzianismo es crisis que se liquida pronto en la serenidad de cierta tristeza—dejando sin embargo un rastro tenue en esta inteligencia de selección—, y entonces, para desembarazarse de todos sus peligros demasiado agudos, el escritor publica *La Evolución de Gabriel d'Annunzio,* en donde está al desnudo el problema de este europeo que sueña, con escalofrío de romántico, en el silencio de una América de la que se siente tan distante.

El regreso se impone. Se marcha para su país natal, la República de El Ecuador. Lleva en el espíritu, muy a flor de sus congojas y de sus crisis espirituales, toda la experiencia de una sabiduría de París en el examen de sus horas de fiebre y de sus amores de adolescente. Irá a vivir los últimos resplandores de su primera juventud en la montaña de su niñez. Y germina en su inteligencia, tal vez para olvidarse de sus soledades y de sus nostalgias, en los paisajes bárbaros que pronto agota su curiosidad, la novela del retorno, en la que aún ilumina la luz serenísima del más puro dannunzianismo, si no por la intención ideológica, sí por la reminiscencia del estilo terso y elegante, por el ansia de un amor imposible, más allá de la carne. Pero no sabrá decidirse por ese amor lejano, ideal, con que inicia su vida nueva. ¿Incertidumbre de crítico o nostalgia de hombre civilizado? Ambas cosas se han de revelar al espíritu, con la evidencia de esas confesiones de las que no es culpable, cuando regrese a París de nuevo. La inteligencia busca entonces lo que no le dió el sentimiento: se dedica a los problemas reales, lógicos, de América, encarnados en sus hombres representativos. Publica su ensayo sobre José Enrique Rodó para justificar, ahora en peregri-

naje mental, su amor por las realidades inteligentes de América, que él sabe ligadas al espíritu europeo, cuyas pulsaciones conoce como nadie. De aquí no vendrá desencatado, como de su experiencia sentimental lleno de pesadumbre y de imposibilidades, porque encontró en dónde apoyar sus inquietudes de buscador de verdades. Salen de su análisis y de su desesperanza aquellas magníficas páginas en que se revela Gonzalo Zaldumbide uno de los más serios críticos de América—por la justeza del criterio, por lo comedido del elogio, por la agilidad estética de las sugerencias, por la penetración ideológica, por la intuición de las más íntimas intenciones—, y en que se afirma una vez por todas un estilista impecable. Por la amable indiscreción de un amigo sabemos cómo nació este ensayo, pleno de madurez y de penetración crítica: ya en estas páginas se ve el temblor de "la segunda juventud", de que hablaba el poeta, cuando el otoño apenas comienza a amarillear las hojas de toda sensibilidad. Problema más trágico aun en el crítico porque no tiene el consuelo del verso o de la prosa lírica, ni ese contento estético que proporciona la literatura pura, sino la salvación de las ideas, de las confesiones a medias, reacias a todo sentimiento y apegadas al dolor anónimo.

Tal se define la personalidad literaria de Gonzalo Zaldumbide, en quien el arte de escribir es un oficio que ejerce de tarde en tarde con cierta elegancia inconfundible. Y son más bien errores de juventud, de inexperiencia, los que se advierten en su obra, y no descuido de disciplina, de desorden mental. Nadie como él odia la educación autodidáctica, con el odio profundo de André Suarès; en las bases de su cultura sólida está presente un serio humanismo. No se trata, por ello mismo, de una cultura frívola, de encantos de *causerie*. Su juventud sonriente y grave supo dudar en las aulas severas de la Sorbona y sutilizar, tras de todas las conquistas mundanas fáciles para su don de gentes, con los más espirituales rebuscamientos de la banalidad. Desde muy temprano formó parte de ese grupo de la joven *élite* sudamericana de la que pudo decir Francisco García Calderón:

Si quisiéramos definir, en la confusión de las letras actuales, a estos jóvenes, oponerlos para distinguirlos, poner sobre sus hombres frági-

les la gravedad de un rótulo, se hallaría algo más que juventud: cultura. La improvisación fué nuestro alarde y nuestra superioridad un poco bárbara. ¿No era la ignorancia sinónimo de genialidad? Renunciando a esta ingenua ambición, "los nuevos" leen, no temen a la erudición, a las bibliotecas, renuncian a la dulce virginidad de otras épocas y crean obras fuertes de sabiduría. En su labor benedictina no han perdido lirismo, frescura, sonrisa leve, terca esperanza. Han destruido, en libros serios, el antagonismo entre la inspiración y la cultura; la curiosidad y el entusiasmo, la intuición y la ciencia.

Más de una vez lo habremos de ver, a él que odia por sistema y por talento toda erudición empalagosa y prolija, entretenerse en estudios de paciencia cultural. Así en las páginas detenidas y entusiásticas que dedica a los clásicos de su país: el fraile Gaspar de Villarroel, el poeta Juan Bautista Aguirre y el más alto entre todos, don Juan Montalvo.

Encontraréis en sus tendencias un constante amor a Francia, no con el terco snobismo del desarraigado que reniega una herencia inevitable por lo bárbara, sino porque en la línea del genio francés encuentra el secreto de la claridad clásica, del movimiento lógico, de la tradición que se sustenta en la más absoluta pureza de la sensibilidad y de la inteligencia. Sin embargo, no es de extrañarse que el impresionismo—ese método insuperable de aproximaciones emotivas y de rebuscamientos indecisos, de fuerte raigambre sensible—, haya alucinado sus preocupaciones de crítico, cuando iniciara su carrera literaria: recuérdese la oportunidad musical que a la frase y a las ideas les dió el simbolismo. Zaldumbide aparece en las letras cuando su influencia se hacía sentir en América, tiránicamente, a través de Darío, de Rodó, de Lugones. Pero de los poetas franceses de tal época preferirá al más hondo y al más perfecto. ¿Será un *mallarmén?* No, que su prosa no busca sino hacernos entender claramente el valor recto de las palabras y de sus sugerencias inevitables, y el sentido preciso de los vocablos. Por eso ama con entusiasmo esta nueva forma de la poesía francesa que alimenta ahora Paul Valery, en donde entrevive el sentimiento *mallarmenano* del mundo y al mismo tiempo el acorde clásico. Aun en sus primitivos entusiasmos por d'Annunzio se nota su predilección por el poeta de *Los Loores,*

en los que el italiano toca la gran tradición latina, y por las páginas incomparables de *Las Vírgenes de las Rocas,* en las cuales él mismo quiere sentir, alejado todo *pathos heroico,* la más pura encarnación del escritor. En ellas descubre el sentimiento del más depurado romanticismo que llenara las últimas aspiraciones de los más grandes escritores de fines del siglo XIX. Zaldumbide sintetiza todo el temblor lírico de esta novela, en donde se adivina ligeramente el matiz prerrafaelista de sombras armoniosas y de lánguidas vicisitudes en los rostros de las vírgenes fantasmas, en frases que revelan las inquietudes de la primera hora y aun de sus tormentos más tardíos, ya probados en el infierno del mundo:

> Una sinfonía maravillosa en que la música tuviera el don de regalar las actitudes y movimientos de criaturas ideales, pero tan emocionadas y patéticas que su sola aparición nos revela una vida profundísima y real—de la realidad de los éxtasis—, en la más leve de sus palabras y de sus ademanes.

Notad aquí el acento lírico que busca siempre en los maestros que lo inquietan, en las ideologías de que se alimenta, en las sensibilidades que lo encienden.

Es cierto. Sus inquietudes son, sin detrimento de su cultura, un tanto unilaterales: no han soplado en su espíritu los vientos de todos los rumbos y parece alejarse, en un aristocrático retiro de formas definidas, del internacionalismo moderno de la inteligencia, en donde todas las facultades humanas encuentran su genio. Este hombre de seguro se hubiera extrañado de que más allá del Pireo se hablara griego. Por lo demás, él sabe que París es la sola ciudad que revela hombres, con la tristeza que esta profesión supone. Y aunque se aúnen en su espíritu los dones del más claro discernimiento, tiene siempre el gesto de la reducción de las ideas y de las sensibilidades, no en pesadas síntesis, sino en movimientos que tienden al primer impulso de su lirismo, de su refinamiento interior. Por eso en Zaldumbide preside la proporción de las ideas y el gusto que las enlaza para dramatizarlas en el comentario profundo de lo que estudia, o para desen-

volver un principio apenas incubado en las intenciones de quien critica. Justifica, por tanto, aquel sentido de la crítica en la que reside, según un alto esteta, la más difícil de las tareas mentales, porque en ella se resumen, con la elegancia que se sabe estudiada, todo el movimiento de las complicaciones intelectuales. Agregad a ello lo que podría llamarse el *espíritu de cultura,* el único humanismo posible en nuestros días y tendréis el círculo de las dilucidaciones mentales de este poeta de la crítica. Por otra parte, Zaldumbide comprende que en el fondo de toda inquietud y de toda determinación, en los planos del espíritu, no viven sino por la sola realidad del principio de Charles Maurras: *Il faut choisir d'abord et après s'y sumettre.* Y no es por cierto su medida —aquel ritmo que es compás de acción en la filosofía platónica—, la que busca un constante equilibrio clásico y trata de determinar el valor de las proporciones entre la sensibilidad y la inteligencia, sino aquella otra del recogimiento de todos los medios de expresión, o de *pudor,* según André Gide, porque Zaldumbide lleva sobre sus hombros el peso de un romanticismo agravado por los males del análisis propios a su profesión. Entonces sus facultades, sus inquietudes, adquieren, cuando abandona la crítica en infidelidad graciosa que se quisiera más constante, las tonalidades humanas, los acentos agudos de los *de profundis* líricos, que ya nos conmovieron en más de un frío analista, en más de un crítico, vueltos de pronto al milagro de la vida cotidiana. Porque como todos los seres sensibles Zaldumbide sabe, con los desengaños de una experiencia que dichosamente nunca ha traspasado los secretos de la vida interior, que "no se tiene derecho de ir al paraíso sin haber pasado antes por el infierno." En sus recientes ensayos de crítica revela su espíritu la aprehensión de las sensibilidades y de las razones que determinan el objeto de su estudio, sin salirse nunca de esa sutileza de poeta que lo hace internarse en los más complicados rumbos del corazón y de la mente. Siempre se mueve dentro de la más íntima simpatía y del más riguroso análisis: su método es la objetivación armoniosa, alejado todo rebuscamiento, que busca el punto de las coincidencias y de la diferencia en toda intención ideológica y estética. Es decir, es

un crítico que se define por el germen de una obra, por sus posibilidades, por sus sugerencias: en donde ella es realidad tangible, su espíritu busca la línea de sus determinaciones, fuera de la realidad cristalizada. Además, su inteligencia no se desenvuelve nunca en las idealizaciones que se propagaron tanto en América cuando el idealismo nos descubrió los métodos de Carlyle y de Emerson. Siempre se encuentra bajo el imperio inmediato de lo que miran sus ojos, de lo que descubre su conciencia, y sólo trata de armonizar, dentro de la cadencia ideológica o sentimental que le hace escoger sus motivos de admiración, las contradicciones, los errores, las excelencias, las grandezas inevitables de toda obra: la síntesis es siempre perfecta; pero a ratos el escritor obedece a un impulso lírico y comenta sus propias inquietudes y sus propias justificaciones.

La prosa de Gonzalo Zaldumbide se prende a sus tendencias literarias con justeza definida, con gracia ligerísima, con precisión lógica. Nunca se verá en él el afán de *flaubertizar* y aunque comprende, en su buen gusto y en su apego por las formas elegantes y en su perfecto conocimiento de los secretos de la lengua, que las palabras se doman como bestias, prefiere siempre la gracia espontánea de la sensibilidad, en constante tensión artística, que sólo espera el instante propicio para saltar en movimientos libres. Ella hubiera parecido descuido en los comienzos de su carrera literaria, sin la consistencia de su temperamento y sin la orientación de sus tendencias estéticas y mentales. Más tarde habría de determinar obras de serenidad crítica, colmadas por la forma impecable, por el motivo justo, por el pensamiento definido. Cuando se orienta hacia otros rumbos del espíritu más seguros y estables, cuando llena las exigencias de una juventud aturdida y al mismo tiempo reflexiva, cuando las ideas aclaman su tiranía, cuando el orden inevitable de la vida confirma lo que se vivió en sueños, entonces su arte obedece a una serenidad elegante, siempre hermosamente descuidada.

LEÓN PACHECO.

París, 1925.

LOS TRES ENAMORADOS

(CUENTO MAORI)

TRADUCCIÓN DEL DR. JULIO VILLOLDO

N vaho subía de los manantiales calientes. A lo lejos se divisaba un lago azul. Estábamos sentados delante de una casa de madera tallada. Un arbusto colgaba sus grandes flores rosadas hacia nuestros rostros en dirección al mío, pálida faz de hombre blanco, hacia el de ella, linda cara bronceada de joven doncella maorí. Raouoriva, Hoja de Olivo. Bella Oliva. Nombre que canta en mi alma.

Sentado junto a Oliva que me relataba algo, extendí la mano y entrelacé sus dedos. Es éste un movimiento que realizo frecuentemente, en circunstancias análogas y en los más diversos países. Pero en esta ocasión tuvo consecuencias inesperadas por mí. Sentí inmediatamente no sé qué sumisión de esclavo ante esta belleza maorí, en tanto que ella, esta caprichosa Raouoriva, al tiempo de sacudir la cabeza cubierta de negros bucles, volvía hacia mí sus obscuras pupilas resplandecientes diciéndome, a guisa de estribillo:

—Viajero, viajero, tú ignoras sin duda uno de nuestros cuentos. Voy a contártelo.

¿Ves, allá lejos, ese lago azul? Antes existía allí, en ese lugar, la Mar,—Moana, la Mar sobre la cual vuelan sin cesar las gaviotas; el ave persigue al ave, y el pájaro no encuentra su compañera; y también sucede que una de las aves ve de pronto

que otra la mira, así, así, los ojos en los ojos, y las alas se entrecruzan, ala contra ala, como la mano entre la mano; se lanzan dan vueltas y vuelan en dirección de una isla, de su isla, en donde ambas viven en el goce.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando este lugar aun no se llamaba Rotoroua, en la época en la cual nada llevaba nombre todavía, moraba aquí un gran jefe guerrero, Wakaüi-Kaï. Había derribado muchos hombres con su maza, y las cuatro partes del país lo eligieron cacique. Su casa, de madera esculpida, siempre estaba rodeada de fieles servidores, cuyas miradas escrutaban el horizonte tanto de día como de noche. Todo le había sido favorable, excepto una cosa: él hubiera deseado tener hijos varones, y tan sólo era padre de una joven, Hiné-Moa, de maravillosa belleza. Velaba por ella. Proponíase darla por esposa al más valiente de sus guerreros. Ocultábala como una preciosidad; pero no pudo tenerla siempre escondida.

En ciertos días, durante algunas noches, en la casa esculpida de Wakaüi-Kaï, se reunían jóvenes y muchachas para bailar, hablar en voz queda y acertar adivinanzas. Entre ellos, había tres más prendados que los otros de la belleza de Hiné-Moa. El primero se llamaba Kaï-Véka, el segundo Tiki el tercero Toutané Kaï. Los tres fueron deslumbrados por el andar, las miradas y el modo de bailar de Hiné-Moa; y la encantadora muchacha también los distinguía a ellos entre el grupo de los otros hermosos jóvenes.

Los tres mancebos eran aficionados a la música, y cada cual tocaba un instrumento distinto: Kaï-Véka, de carácter apacible, había escogido la zampoña; Tiki, el ágil, tocaba el caramillo; Toutané-Kaï, el bien formado, prefería el cuerno de caza.

Durante la nueva Luna de Primavera, cuando los pájaros gorjean y hacen sus nidos, los jóvenes y las muchachas bailaban en torno de las ardientes hogueras. Mozo con moza, compañera con compañero, cada uno con todos los demás, alguno que otro, solo, éste con aquélla, mozo-moza, muchacha-mancebo.

—¿Qué es lo que acaba de pasar por allí arriba?—le preguntó Kaï-Véka a Hiné-Moa, mostrándole el bosque.

—Es un vampiro,—respondió Hiné-Moa. Y sus manos se unieron un instante.

Mozo y moza, doncella y mancebo, la danza continuaba.

—¿Qué es lo que vuela allá en lo alto?—inquirió Tiki de Hiné-Moa, señalándole el bosque.

—Es un buho, replicó Hiné-Moa. Y sus manos se tocaron un momento.

Miradas de los jóvenes para las muchachas, requiebros de los mozos a las mozas, miradas de soslayo de éstas para con ellos. El baile proseguía, la Luna brillaba.

—¿Qué cosa pasa por aquí?—interrogó Toutané-Kaï mirando a Hiné-Moa.

—Un pájaro cantor; un arroyo nocturno que murmura,—contéstole Hiné-Moa.

La barca de la Luna resplandecía en lo más elevado de los árboles. La mano de Toutané-Kaï tomó la de Hiné-Moa y la retuvo más de un instante, y de un corazón al otro brotó la chispa.

—¿Te gusta mi música?—le preguntó el mancebo del cuerno de caza.

—Me gusta,—contestó la doncella maravillosamente bella.

—¿Amas?—inquirió él, mirándola en los ojos.

—Amo,—fué su respuesta sin bajar la vista.

Aquella noche, nada más voló por el aire, a lo largo del bosque. Mas en la selva y en lo íntimo de dos corazones un arroyuelo nocturno murmuraba alto y claro.

Al cabo de algunos días los tres volvieron a reunirse: Kaï-Véka, Tiki y Toutané-Kaï.

—¿A cuál de nosotros ama Hiné-Moa?,—preguntaron los tres a un mismo tiempo.

—A mí,—dijo el joven de la zampoña—: su mano ha tocado la mía.

—A mí,—contestó el mozo del suave caramillo—: ha estrechado mi mano con la suya.

—A mí,—replicó el mancebo del cuerno de caza—: sus manos están libres, pero su corazón me pertenece.

Entonces acordaron que cada uno de ellos iría a una isla dis-

tinta, y allí tañería cada cual su instrumento musical. Si el corazón de Hiné-Moa se sentía atraído a una de las islas, allí se dirigiría en su barca.

Kaï-Véka se instaló en la isla del Manantial Frío. La zampoña sonaba lentamente. Indolentes especies marinas nadaban en torno, en dóciles parejas. La joven escuchaba la melodía, sin experimentar deseos de embarcarse.

El avisado Tiki se hallaba en la isla del Manantial Templado. Las tibias aguas se cubrían de espuma. El caramillo gemía e imploraba. El sutil instrumento fascinaba. Los rápidos cangrejos, por saltos oblicuos, giraban marcando sus huellas en las arenas de la playa. El corazón de la doncella se emocionaba; miraba la barca, pero sin resolverse a embarcar para la isla del Manantial Templado.

Toutané-Kaï estaba en la isla del Manantial Caliente. El chorro brotaba impetuosamente del suelo. De las hirvientes olas ascendía un vapor. El cuerno de caza resonaba sobre Moana; Moana toda entera escuchaba y gemía. La Mar entera, se deleitaba con esta música.

La muchacha maravillosamente bella se levantó atraída por la claridad lunar. Quería sentarse en la embarcación. Pero los vigilantes ojos que estaban al servicio del padre, se habían dado cuenta de todo y sustraído la barca. Hiné-Moa no tenía manera de arribar a la isla del Manantial Caliente.

Tres veces cantó el cuerno. Otras tantas la hermosa niña se levantó y tornó a caer en su aflicción.

La barca de la Luna, ya entorpecida, bogaba por el cielo. En la Mar, al claro sonido del cuerno, todos los peces bailaban: azules y rosados, argentados y dorados.

Entonces, cuando las postreras notas de la tercera llamada del cuerno iban a extinguirse, la joven, desde lo más íntimo de su corazón, invocó a la Reina de los peces y, una vez que alzó por tres veces los brazos al cielo, se arrojó al Mar.

Al punto que tocó el agua, convirtióse en pez. Ligero, azul, con aletas rosadas y ojos semejantes a dos flores nocturnas, nadó en dirección a la isla del Manatial Caliente. Antes de que se hu-

biera extinguido el sonido del cuerno, apareció ante el mancebo en su forma habitual, es decir, en la de una doncella maravillosamente bella. Y fueron felices.

Como el pez con el pez. El ave con el ave. La muchacha con el joven. La flor con la flor. En la isla del Manantial Caliente.

—Ya conoces el cuento nuestro, nuestro cuento maorí. Cuando el blanco halcón se apodera de la alba garza real, ésta no es dichosa con el que la tiene sujeta. Pero Hiné-Moa lo era en los brazos de Toutané-Kaï

Raouoriva, la bella Oliva, la resplandeciente Hoja de Olivo, me miraba bien el rostro, sus ojos en los míos. Yo la contemplaba, emocionado, sin darme cuenta de que nuestras manos estuvieran o no unidas.

La barca de Luna se alejaba. Un vapor subía de los manantiales calientes...

CONSTANTIN BALMONT.

ENRIQUE SERPA (*)

NACIÓ en La Habana, en 1898.

Tiene una obra nutrida de varia calidad, producida a lo largo del esfuerzo y perseverancia con que ha buscado su rumbo. En su producción más reciente, lo vemos definirse por la poesía medidativa, de sentido filosófico, en la que tiene aciertos indudables. Recientemente ha recogido parte de su producción, aunque no la mejor, en un volumen que ha titulado *La miel de las horas,* y en el que ofrece muestras de sus diversas orientaciones. Rubén Martínez Villena ha caracterizado ese libro con palabras que es necesario repetir:

> Versos de severa hechura parnasiana, versos de suave aroma romántico, versos en donde se retuerce el espasmo de la lujuria, versos que descansan sobre el espíritu como un manto de consolación, versos que exprimen la "miel de las horas"; versos torturados que atisban la interrogación eterna; tal es la sinfonía. El ejecutante es, además de poeta, un versificador experto en la técnica de las palabras.

Se podría añadir a este juicio que lo que caracteriza la producción de Serpa es la exquisita música en que se expresa, y que se encuentra en la totalidad de sus poesías.

BIBLIOGRAFÍA: Obras poéticas: *La miel de las horas,* La Habana, 1925. *Consúltese:* R. Martínez Villena: *El Heraldo,* 20 de octubre, 1924.—A. Lamar Schweyer: *El Sol,* 1925.

FÉLIX LIZASO.
JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO.

(*) Nota de la obra *La poesía moderna en Cuba,* antología crítica ordenada y publicada por Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro, en curso de publicación por la *Editorial "Saturnino Calleja",* S. A., de Madrid. Selección hecha por el autor.

INICIAL

Quisiera hallar la calma de mi reino interior:
que mi espíritu fuese cual un sereno lago,
que recibiese límpido las auras del halago
y sin ondulaciones las piedras del dolor.

Cultivar diligente las rosas que mi amor
florece sobre todas las zarzas del aciago
destino; y en silencio beberme trago a trago
el agua que levanta mi propio surtidor.

Poder, en una próspera riqueza de ideales,
disfrutar la cosecha de líricos panales
que elaboran mis áureas abejas en secreto;

Hacer de mis canciones secuencias y plegarias,
y agradecer al tiempo las horas necesarias
para pulir mi vida lo mismo que un soneto.

REGRESION

He sido Pan bicorne, Señor de los cabreros,
un rebaño de cobras mantenía cautivo,
y ostentaban las huellas de mis patas de chivo
las montañas abruptas y los llanos senderos.

Mis urgentes reclamos eran dardos ligeros
en las trémulas ráfagas, lanzados al esquivo
pecho de las faunesas; y en el rapto lascivo
fulguraban mis ojos como claros luceros.

En las noches de luna me oyeron las estrellas
balbucear en un éxtasis inauditas querellas,
mirando del arroyo las transparentes linfas;

o bajo de las selvas que abrigan alimañas,
logrando con la dócil cadencia de mis cañas
enardecer el lúbrico deseo de las ninfas.

¡SALVE, MUJER!

Señora: cordialmente saludo tus ojeras;
tus ojos; el harmónico temblor de tus caderas;
el ánfora maléfica de tus purpúreos labios,
en ósculos eróticos, vesánicos y sabios,
y que guardan, propicios para mi corazón,
como un inextinguible perfume de pasión.

Saludo las triunfales manzanas de tus senos,
promesa de placeres, por magnos interrenos,
en que la carne, reina dominadora, impera
en una renovada visión de primavera.

Saludo el estatuario prodigio de tus flancos;
la nieve de tus muslos miríficos, más blancos
que el impoluto mármol de Pharos o Carrara.
Tus muslos que un ardiente Caprípede anhelara
para dejar en ellos intensa mordedura
como sangrienta rosa de su sensual ternura.

Señora: tu belleza tiránica sabía,
en alucinaciones eróticas había
soñado con tu blanco semblante seductor
y con hacerte el doble regalo de mi amor
y mis sonoros versos: mi doble sacrificio
en tu ara, obedeciendo, devoto, al maleficio
que tu galana imagen, en sueños concebida,
pusiera sobre el hosco misterio de mi vida.

Hoy a tus pies, Señora, rendidamente llego,
a saludar tu hechizo y a modular un ruego,
para que tu alma llena de conmiseración,
borre un presentimiento que hay en mi corazón.

Yo soy un peregrino que sabe los caminos
absurdos que recorren dolientes peregrinos.

Conozco las tinieblas del trágico sendero
y sé de la poesía que tiene el limonero
en flor, cuando deshoja sus níveos azahares,
como quimeras rotas por íntimos pesares.

He visto cómo acecha la sierpe al ruiseñor,
y cómo los gusanos se abrigan en la flor.

Por esas cosas tristes a veces hay quebranto
en mi alma, y en mis ojos una intención de llanto.
(¡Oh, lágrimas acerbas que pugnan por salir
y execran mis indignos anhelos de vivir!)

Señora: haz un derroche de caridad cristiana,
ten la afabilidad de la Samaritana,
y ensalma con el vino divino de tus labios
la insinuación de llanto que tiembla en mis agravios.

Por los rudos tormentos que me hieren el alma
y que agostan mis ansias en plena floración:
haz que ponga tu alma, tan amable y tan alma,
un poco de ternura sobre mi corazón!

MATERNIDAD

Y pues que sabiamente confundiste en la fresa
de pasión que me ofreces en tu labio risueño:
una constante fiebre sensual de satiresa
y una consoladora dulcedumbre de ensueño;

y porque si te miras de los deseos presa,
aun logras, por la alquimia de un pudoroso empeño,
derramar el espiritualismo en la posesa
lujuria que te brinda su pertinaz beleño:
eres, mujer, divina de ser ya tan humana.
En tu amor, florescencia de juventud, se hermana
al rojo de la tierra el azul de los cielos;

eres virgen que sueñas y eres madre que vives;
y humanizando el sueño divinizas los celos
por la celeste gloria del hijo que concibes.

EL ALMA EN VELA

Todas las noches, todas, me acodo en la ventana;
afino mis oídos, y en la tiniebla arcana
hundo mis ojos y desdoblo mi interior;
tal como si esperase mirar entre la sombra
algo que no defino; y oír como me nombra
una voz imprecisa con fervor.

Apenas sé en mis velas nocturnas lo que aguardo.
Mi espíritu palpita como un nardo
mecido por la brisa nocturnal.
Me obsesionan ideas obscuras y suspiro,
en tanto que el misterio, como un largo vampiro,
viene hasta mí, sereno y espectral.

Acaso lo que espero todas las noches pasa
rozando las paredes sombrías de mi casa
y balbuceándome su amor.
Mas, ¡ay! que mis oídos no son bastante cultos
para escuchar sus voces; y nunca sus ocultos
encantos ha entrevisto mi afán torturador.

Mas, a pesar de todo, mantengo la esperanza
de que una noche, en éxtasis de bienaventuranza
sonará en mis oídos su canción;
y entonces...

(¡Ah, quién sabe si entonces mi alma entera
solloce por las horas perdidas en la espera,
y se me quiebre en llanto el corazón!)

SIMILITUD

Y todo vanidad.

Acaso las palabras que desdeñaste un día
por vanas, y creíste que las perdiese el viento,
permanecieron bajo tus especulaciones
informando una base para tus pensamientos.

Y un día, cuando menos lo aguardes, de repente
surgirán de ti mismo sus olvidados ecos;
y notarás que tienen idéntica sustancia
que todo lo que has dicho, que todo lo que has hecho.

PREOCUPACION

Las sombras de la noche descienden temblorosas
como deshilachadas banderas hasta el suelo,
y riegan intenciones de angustia sobre todo.
¡Mi corazón está suspenso!

El aire de la noche bajo la sombra densa
tiende la avariciosa locura de sus dedos,
y araña los obscuros cristales del ambiente.
¡Mi corazón está suspenso!

La lluvia desanuda sobre la tierra muda
la fría y opulenta malla de sus cabellos,
con una vigilante palpitación de pena.
¡Mi corazón está suspenso!

Se abre,
bajo las sombras lóbregas, el ala del misterio;
y en medio de la noche, como un viajero tímido,
mi corazón está suspenso...

LA AMANTE POSTRERA

Ambularás,—¿quién sabe cuántos años?—como una
mujer frívola en torno de mi callada puerta,
a los fantasmagóricos reflejos de la luna,
o de la tarde agónica bajo la luz incierta,

esperando la hora solemne y oportuna
en que pueda tu mano, incansable y experta,
desengarzar el áureo collar de mi fortuna
y cultivar tus ósculos sobre mi boca yerta.

¿Qué importan que transcurran las horas y que buenas
mujeres, a manera de blancas azucenas
me den minutos llenos de amor y de placer,
si tú serás la amante postrera y erudita;
y sé que fatalmente llegarás a la cita
que nos dimos el día que me viste nacer?

LA SENDA

La sombra ha descendido sobre la tierra. Nada
altera la nocturna solemnidad. El paso
de los segundos tiene la paz de una encantada
leyenda y la profunda tristeza de un fracaso.

Tímidamente brillan las estrellas; y cada
una sugiere el hondo misterio de un ¡acaso!
El aire me acaricia como una desvelada
mano, con exquisita debilidad de raso.

La senda, inexcrutable como una pavorosa
caverna y prestigiada por un olor de rosa,
se abre ante mis ojos cual una boca inerte;

y mientras, epiléptico de afanes, espoleo
al tembloroso y rudo corcel de mi deseo,
apunta en lontananza la aurora de la muerte.

EL CARACOL

En pretéritas épocas el caracol sonoro
dió a los aires el ritmo de mis meditaciones,
y fué de las marinas ráfagas el decoro:
¡yo era un tritón y me turbaba con sus sones!

El caracol sonoro formaba mi tesoro;
y, a impulsos de mis sueños, angustias y pasiones,
suavizábase en una mansedumbre de lloro
o roncaba las notas, loco de maldiciones.

El caracol sonoro me trasuntaba; acaso
era mi alma. Un día de angustia y de fracaso
lo arrojé de un lejano país en las arenas,

como quien un remedio para su mal ensaya.
A la noche, las sombras miraron en la playa
fantasmas, y escucharon sollozos de sirenas.

SIMBOLICA

Mi espíritu, embrujado por éxtasis de luna,
tañe la flauta intérprete de su quietud secreta;
y es un Sátiro haciendo danzar a la fortuna,
lo mismo que a una Sílfide vesánica y coqueta.

A sus plantas se ovilla mansamente la bruna
pantera del olvido. Su mirada concreta
un abstracto lirismo de sepulcro o de puna,
un enigma de esfinge y un amor de poeta.

Las cañas, por la cera de la ilusión unidas,
desgranan sobre el aire las notas preferidas
y amadas por mi espíritu serenísimo y fuerte;

y al eco tembloroso de sus lánguidos sones,
aullan a la sombra nocturna las pasiones
como perros hidrófobos que azuzara la muerte.

UNICAMENTE EL ECO

Mi corazón, mendigo de verdades, yacía
trémulo en el camino.
La aurora florecía
en púrpura y en oro.
Bella, cual un ensueño
de amor, cruzó una púber, bordaba su risueño
semblante la esperanza de que pudiera ser
la Verdad un supremo cariño de mujer.

Mi corazón, mendigo de verdades, reía
dichoso como un cándido niño, y con alegría
preguntó al infinito:
"¿Es ésta la Verdad?"
Únicamente el eco llenó la inmensidad.

Mi corazón, mendigo de verdades, yacía
trémulo en el camino.
Jadeaba el mediodía
como un pecho cansado.
Pasó por el camino
un hombre de enigmática sonrisa, de ladino
mirar; sobre una bolsa clavábanse sus dedos,
tal como sobre un alma claváranse diez miedos.

Mi corazón, mendigo de verdades, pensaba,
y, usando la pregunta lo mismo que una clava,
increpó al infinito:
"¿Es ésta la Verdad?"
Únicamente el eco llenó la inmensidad.

Mi corazón, mendigo de verdades, yacía
trémulo en el camino.
La noche descendía
sobre la tierra en calma.
Desoladoramente,
como una remembranza fatal por una mente,

cruzó la agonizante figura de un anciano
sosteniendo una rama de laurel en la mano.

Mi corazón, mendigo de verdades, gemía
como un aire en la sombra; y, con melancolía,
lloróle al infinito.

CANTO A BERTA SINGERMAN

Desde la torre de mi orgullo,
que ha sentido las flechas del encono
inevitable de los hombres y el arrullo
de no sé cuantas bocas femeninas, entono,
para elogiarte, Berta Singerman, mi canción,
escrita sin arte,
pero animada por la parte
más pura y más noble de mi corazón.

Quisiera tener la dionisiaca
voz de los super-hombres de Nietzche, la pura
voz del júbilo claro, que destaca,
—como la bruma el astro—, la ventura
esperada con ansia turbadora,
para decir mi dicha en esta hora
inefable y divina, cuando abierta
está mi honda emoción, como una puerta
que aguarda una visita encantadora.

Quisiera hacer un canto de mi vida,
—canto que fuese una plegaria santa,
exvoto y antorcha encendida—,
para ponerla bajo de tu planta
como una ofrenda conmovida.
Tal fuese un holocausto
digno de tus méritos y mi devoción,
y capaz de solemnizar tu fausto
de olímpica visión,

Lo demás que puedo brindarte
es literatura,
realizada con más o menos arte,
ternura y cordura.

Una vez, para rimar
un himno digno de ti,
iluso, quise indagar
si eres humana o divina;
pensé largas horas, y
desde entonces llevo en mí
la duda, como una espina.

Y es que eres, Berta, una y toda:
espada, loriga y peto;
y en tu genio se acomoda,
bajo una pompa de oda,
la intensidad del soneto.

Eres simiente de lirismo,
timbre de gloria con que sella
Dios los cantos humanos, espejismo
de un Sahara interior, lubre de estrella,
alba nieve de cumbre y paz de abismo.

Dominadora de la ciencia única
de los dioses, alud, sierpe, secuencia,
vaso de perfección, cándida túnica
del ensueño y doctora en elocuencia.

Hay en ti de leyendas misteriosas;
y en tus indiscutibles perfecciones
se acrisola el prestigio de las diosas
de las antiguas religiosas.

Hay en ti lo mejor
de la mujer y de la flor,
suma total y síntesis de la naturaleza.

Eres símbolo vivo de un culto milagroso,
hierofántida de la Belleza,
belleza que abisma
tú misma,
ritmo impecable, luz y melodía,
serenidad de estatua marmórea, pavoroso
hálito de sepulcro negro y melancolía
de lágrimas de novia, que un puntazo de celo
esconde entre los cómplices encajes del pañuelo.

Sospecho en ti la miel de todos los panales
como en la gota de agua los siete colores,
y el aroma de todos los rosales,
y la angustia de todos los dolores,
y la dulzura de los madrigales,
y una suavidad de flores
y un homicida filo de puñales.

Te sueño unánime y perfecta;
y te sueño incomprensible;
¡clásica perfección de línea recta;
incógnita de todo lo posible!

A ratos, en tu fiesta
espiritual, simulas una incauta
ninfa turbada bajo la floresta,
por los compases de la flauta.
Y vibra tu palabra como un arco
que lanzó la saeta;
y eres fiebre de amor, y eres un marco
de la felicidad, y eres la inquieta
Afrodita gentil de crenchas blondas,
que, presa de un capricho visionario,
abandonó el murmullo de las ondas
y triunfa en la quietud de un escenario.

Pero después tu verbo languidece
y en nostálgica paz se aterciopela;
tu alba figura de ilusión parece,
y la sensual urgencia desfallece
mientras musita Lamartine: ¡Graciela!

Y tu voz se hace sorda, y es sombría
como el carbón, y martirizadora,
y todos comprendemos la agonía
de Edgard Poe y lloramos: ¡Eleonora!...

Y tu alma va al infierno y trae la amarga
palabra y la tristeza atroz y bruna,
(vida mortal, insoportable carga),
del poeta que dijo: "y era una,
¡y eran una sola sombra larga!...

Así, Berta, en continuas variaciones,
tu voz, que impreca y acaricia, y clama,
y sabe de oración y maldiciones,
va recorriendo la infinita gama
de todas las pasiones.
Y sientes al hacerlo un sufrimiento
trágico, o una alegría que semeja
una embriaguez de vida, sol y viento:
placa sensible, tu temperamento
varía con la imagen que refleja.

Eres un blanco cirio que consume
su blanda cera con su propia llama;
incienso, que al arder, se hace perfume,
y amor que, de tan fuerte, se hace drama.

Vives al par la vida de cien mil corazones,
interpretando el alma de todos los poetas,
que tu arte destacan sus pasiones
como su brillo un rayo de sol en las facetas
de un diamante, y sus frivolidades las coquetas
en las mundanas reuniones.

Lo vives todo y todo lo simulas;
eres el vino, al par que el recipiente;
y en tu espíritu vinculas
cielo y tierra, mar y ambiente.

Síntesis ideal del universo,
eres; y altar, y fuente de emoción,
y eres, ¡oh, Berta Singerman, un verso
escrito dentro de mi corazón!

NOTAS EDITORIALES

LA MUERTE DE JOSE MANUEL POVEDA

Con motivo del fallecimiento del inspirado poeta José Manuel Poveda, ocurrido en la ciudad de Manzanillo el día 4 de enero del corriente año, nuestro compañero de redacción el Dr. Enrique Gay Calbó escribió para CUBA CONTEMPORÁNEA y el *Diario de Cuba,* de Santiago de Cuba,—en cuya edición ilustrada del día 1º de febrero último fueron publicados—, los siguientes sentidos párrafos que insertamos en estas páginas como un homenaje a la memoria del infortunado vate caído. Dicen así:

Ha muerto José Manuel Poveda, el camarada, el maestro joven y amable, el amigo. Una afección cardíaca... El corazón se le cansó en el pecho. El corazón tiene esos desmayos que a veces dejan sin un hombre necesario a la literatura, a la Patria, a la ciencia.

Para nosotros, los orientales, y para los que en aquella región nos hemos preocupado por las letras, es la desaparición de José Manuel Poveda un acontecimiento que nos invita a detenernos un instante, para reflexionar con seriedad profunda, con recogimiento, con serenidad melancólica.

José Manuel Poveda era joven y ya tenía más de veinte años de servicios a la cultura cubana. Nació en él la afición a pensar y a sentir cuando despertaba a las maravillas de la adolescencia. No fué un caso de precocidad, sin embargo. Escribió desde muy niño, mas no como un sabio, sino como un bisoño. Y a pesar de ello, demostró siempre la cualidad que fué predominante en toda su obra: un afán de refinamiento y de exquisitez que denotaba el origen francés de su ilustración y que recordaba claramente a los maestros de la gran nación latina.

Yo tengo recuerdos muy gratos de Poveda. En mis años adolescentes influyó con su "estimación literaria" en el desarrollo de mis aficiones. Vivía él en La Habana como estudiante, y volvía periódicamente a Santiago de Cuba a recibir la savia de la tierra. Frecuentaba enton-

ces las redacciones y las amistades artísticas. *Oriente Literario, El Pensil* y después *Renacimiento,* congregaban a los escritores jóvenes de nuestra ciudad. En todos los grupos tenía Poveda la acogida fervorosa que se le rinde a uno de los directores. Y lo era en realidad: su talento en producción afanosa, su saber bien encaminado, sus escritos de difusión literaria mundial, le daban un puesto de orientador, por nadie disputado.

Formamos en Santiago un grupo numeroso del que era Poveda el capitán, el jefe. Allí estaban Fernando Torralba, Luis Vázquez de Cuberos, otros dos inolvidables camaradas idos; Juan F. Sariol, Recaredo Répide, Campoamor de Lafuente, Rafael Argilagos, Juan B. Caignet, Pascual Guerrero, Sócrates Nolasco, Arturo Aguiar Castro, yo y unos cuantos más, interesados en la publicación de *Renacimiento,* revista juvenil que Sariol ideó y que puede ser considerada la precursora de *Orto,* el quincenario benemérito de Manzanillo.

Yo era uno de sus amigos, y tuve por él todo el afecto que merecía por su talento, por su cordialidad, por su espíritu generoso y dispuesto siempre a prodigarse, a contribuir con el esfuerzo y la decisión en beneficio de todo lo bello y de todo lo bueno.

En aquellos días, quince años atrás, Poveda era nuestro líder. Hasta él íbamos siempre a buscar las pautas para nuestras iniciativas, para nuestras obras, para las páginas selectas de la revista. Porque él tenía una magnífica concepción del arte y la belleza y porque había adquirido capacidad técnica para dirigir. Y llenaba ese deber cariñosamente, con toda sencillez, como un camarada algo mayor que examina y aprueba la obra de un condiscípulo.

Quince años atrás había poca difusión de noticias. Los periódicos eran gacetas razonables o instrumentos de lucha. Sólo en revistas de escasa circulación se daba entrada a lo realmente literario y artístico. Había un ambiente de repulsa hacia todo intento de renovación. La voz del maestro uruguayo no llegaba con intensidad. Ariel iba preparando su camino a Proteo. No eran concebibles esas páginas de colaboraciones, como las de *El País* actualmente. Era inútil, y únicamente un adorno, adquirir una copiosa información literaria para escribir en los periódicos. Poveda, sin embargo, logró conocer casi todas las literaturas, y las expuso en notables artículos críticos. Recuerdo bien sus bellas y abundantes páginas sobre los escritores rusos, sobre los franceses, los italianos, los ingleses, los polacos, eslavos, escandinavos. Recuerdo sus crónicas acerca del movimiento intelectual de estas Américas nuestras.

Poveda fué, por su extensísima y refinada cultura, un poeta literario, principalmente. En ocasiones lo poseía la emoción. Pero muy pocas veces. Imperaba en él un anhelo de perfección que le restaba espontaneidad y que fué tornándose en un modo especial suyo. De esa

labor quedan sus *Versos precursores,* aparecidos hace poco más de seis años, cuando ya estaba el poeta maduro para una obra seria y fundamental.

Y ese será acaso el dolor de su muerte para cuantos lo queríamos por él y por su nombre. Porque sin duda no ha tenido tiempo de hacer la obra que todo escritor lleva en sí, la que se va transformando y ampliando indefinidamente no obstante las sucesivas realizaciones.

Poveda trabajaba como abogado en Manzanillo. ¿Trabajaba? Esta profesión es para algunos una dificultad. Ultimamente quería ser juez. Hace unas cuantas semanas nos vimos aquí. Era el mismo: joven, alegre, vivaz, nervioso. Parecía lleno de esperanzas en las oposiciones a que iba a concurrir para luchar por un juzgado municipal. Ocupado él en esos menesteres y atareado yo en los míos, no podíamos conversar por el momento de todas nuestras cosas. Quedamos citados para después de las oposiciones. Ya no se cumplirá esa cita.

Supe luego que se había retirado sin acudir a la justa. ¿Temor a la prueba? No lo imagino. ¿Presentimiento? Mi duda negativa, tenaz, ante estas cosas ultraterrenas, me dice que no. Posiblemente abandonó la lucha por miedo a los prejuicios.

Sinceramente, con una serena emoción que él habría encontrado oportuna, sin lágrimas y en silencio, he lamentado la muerte de este hombre que consideré hermano mío en todos los ideales. Y en recuerdo de mis años juveniles, robando unas horas a las obligaciones diarias, le consagro estas líneas evocadoras, que marcan un alto puro, sencillo y cordial de mi espíritu.

Descanse en paz el malogrado autor de *Versos precursores,* cuya temprana desaparición constituye una sensible pérdida para las letras cubanas.

UN BELLO DISCURSO DEL DOCTOR RIVAS VAZQUEZ

Por la originalidad de algunas de las ideas expuestas y la sincera emoción con que fueron vertidas, transcribimos en estas páginas la versión original—reconstruída por el propio autor—de las bellas palabras que pronunció el ilustre venezolano Dr. Alejandro Rivas Vázquez en la sala capitular del Ayuntamiento de Cienfuegos, el día 24 de febrero último, con motivo de la recepción celebrada en esa patriótica fecha, y la cual fué presidida por el veterano general Alfredo Rego, el Gobernador de la Provincia y el

Alcalde Municipal de la Perla del Sur. He aquí el texto del muy elocuente discurso:

Ha sido para mí fortuna grande que coincidiese mi segunda visita a esta gentilísima ciudad de Cienfuegos, con razón llamada la Perla del Sur, porque es en verdad, una rara y hermosa perla que esmalta de continuo la ola del mar perennemente irisada y cubierta de inquieta y blanca espuma, con la celebración de los patrióticos festejos de una fecha que marca época de gloriosa epopeya libertadora, y que revive en el ánimo jubilante de la ciudadanía el eco de cadenas centenarias de vasallaje que se rompen, y el milagro de la colonia que es paloma y se siente águila, abandona el palomar y tiende el vuelo por el azul de lo infinito y se fija en mitad del cielo, radiante como la estrella anunciadora de Belén; efectivamente la estrella solitaria, luminosa como un sol y evocadora como un símbolo, de la República de Cuba que acaba de nacer.

La coincidencia ha sido múltiple: viaje y fecha y el hallazgo de mi admirado amigo, el ilustre General Rego, de quien he dicho en un discurso que acabo de pronunciar en el Centro de Veteranos en el acto de presentarle armas sus viejos conmilitones subalternos de la Brigada de Cienfuegos, que su figura me recuerda, por su valor y bizarría, la de nuestro perínclito Páez, y por la cándida pureza, la del egregio vencedor en Ayacucho, el Mariscal Sucre; y la sorpresa, también gratísima, de la presencia aquí de mi apreciadísimo compañero, el íntegro y culto Gobernador Méndez Peñate, y, finalmente, la existencia de un señor Alcalde entusiasta y soñador, político práctico con ribetes de Quijote que toca a las puertas del hermano peregrino que ama como patria propia todas las tierras de América regidas por los descendientes de aquellos aventureros intrépidos que desde España vinieron siguiendo las rutas descubiertas por Colón, y que adora las glorias de las magnas acciones generosas y heroicas y a su recuerdo se prosterna en tránsito de culto religioso, y a quien el señor Alcalde dice: te cedo la palabra para que sacies la sed y el hambre de tu espíritu hablando de Patria, de la Patria nuestra que irrumpió a la vida bajo la claridad deslumbrante del relámpago que fué la mente de Martí, saludada por el trueno de su verbo, más efectivo y más sonoro que los cañones españoles, protegida por la espada, fulmínea como el rayo, del Titán de Bronce, y mecida, hasta llegar al templo del Éxito, por el paso sereno de la cabalgadura del Generalísimo que la llevaba en sus brazos poderosos, y patria que, por ser nuestra, es tuya, hermano peregrino; y para que confortes tu alma desolada y triste con la visión de los campos en que se cubrieron de gloria nuestros héroes—poetas, escritores, músicos, oradores y guerreros; hombres, mujeres y niños—, de sublimidad tan estupenda, por estoica la resolución y jactanciosos el

gesto y la palabra, para rendir la vida en holocausto del ideal de ser independientes, como la de tus mayores que fueron desde el Orinoco al Desaguadero, a galope de caballo con la brida suelta, plantando, en un desfile de innúmeras e inmarcesibles victorias, la bandera de la Libertad sobre los picos más altos de la Cordillera de los Andes.

Y mi alma se estremece de emoción sagrada creyendo oír en el silencio cuajado de misterio de los tiempos idos, el grito bélico de Baire, como un anuncio hecho a trompeta apocalíptica por un mensajero de los Dioses, de la tragedia que se desarrolló, a partir de aquel 24 de Febrero, en todas partes del suelo de Cuba insurgente y en el cerro agitado de los mares antillanos, y tragedia de cuyo vientre ¡laboratorio del prodigio! ha salido esta nación hospitalaria y rica, de tan colosales reservas de vitalidad y de progreso que es ya asombro del mundo y, con justicia, orgullo de su raza. La gesta emancipadora, dilatada y crudelísima, que tuvo su período culminante de 1895 a 1898, fué la fragua en que se forjó este precioso talismán de la pujanza y de la dicha de que goza a estas horas noblemente el pueblo cubano.

Siempre ha sido así, y es por ello que yo amo la fuerza que desata las tempestades de la rebeldía en el ambiente que enrarece el aliento de los conquistadores.

Es más grande, sin duda, y más noble, y más representativa de ingentes y bellas realidades humanas, la figura de Vercingetorix, vencido, que la de César o Trajano, triunfadores, uniendo a sus títulos de Augustos los nombres de naciones humilladas y uncidas al carro de la Roma Imperial por la magia tenebrosa de sus recursos militares.

¿Quién puede comparar, fríamente, la obra de aquel corso extraordinario que soñó con dominar el mundo y en la persecución de su concepción demente, surgida al estímulo de la más vana egolatría, sembró a su alrededor el dolor, el espanto, la muerte, la ruina, el hambre y el odio, y sepultó las más puras glorias de la Francia revolucionaria en el fango del descrédito y en el abismo de la derrota, con la de aquel visionario sin segundo que juró en el Monte Sacro libertar a su Patria, y puso al servicio de su empeño su genio y su fortuna, sin desalientos ni fatigas, y ya en el ápice del Poder y de la Fama, a horcajadas sobre el Istmo de Panamá, sus espaldas de Cíclope proyectando su sombra sobre el Océano Pacífico y escrutando al norte del Caribe las tierras de Cuba, lamentábase de la adversidad de su destino?

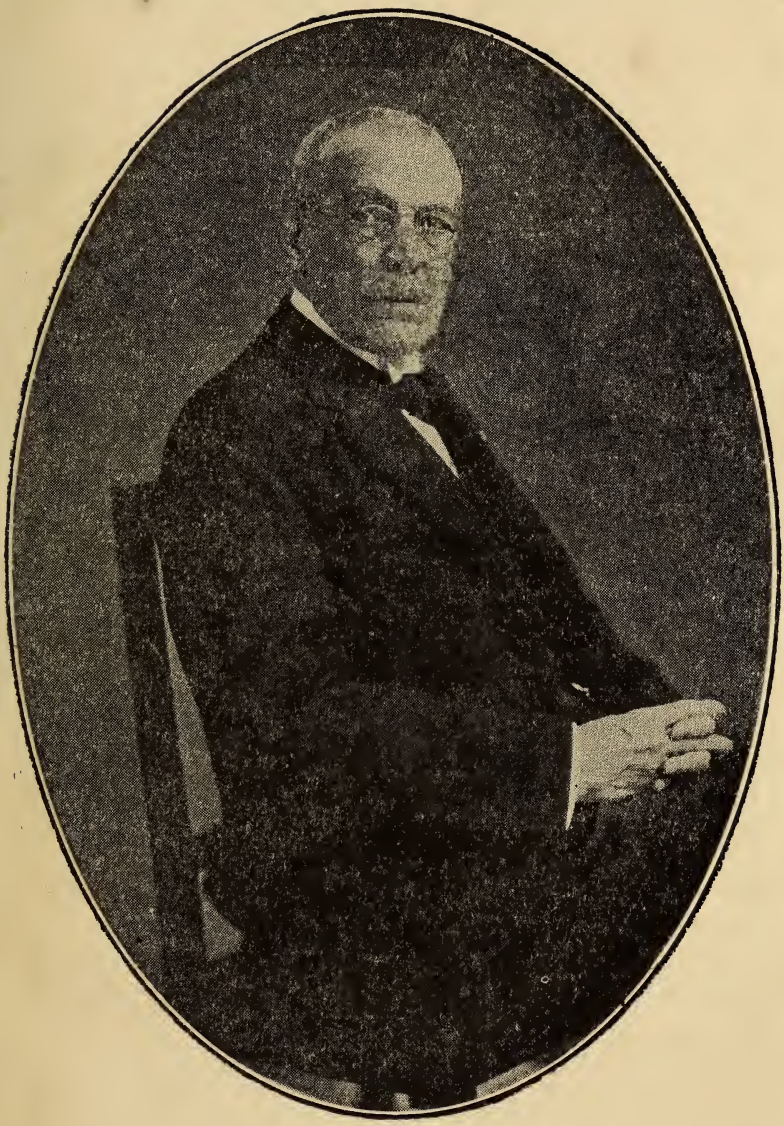
El santo y sano amor patrio, ennoblecedor y constructivo que, según sean las circunstancias, exhíbese guerrero, como en Guillermo Tell o como en Washington; estadista, como en Cavour o en Sarmiento; legislador, como en Licurgo; acción y verbo prodigiosos, movidos por la dinámica todopoderosa de un superidealismo sincero, ocmo en Wilson, tiene en Martí, Apóstol y Mártir, incomparable sembrador de ideas y sojuzgador de voluntades que sabe temblar de gozo cuando salta so-

bre el potro para ir a desposarse con la muerte, una encarnación maravillosa que convierte su figura en paradigma insustituíble, no sólo para Cuba, sino para toda la tierra americana. Ésta sintió por todas partes el tacón de su bota de predicador convencido, modesto y austero, contrastando la opulencia de su mente en que puso Minerva los mejores pensamientos y tan rica en imágenes brillantes y en formas originales y rítmicas, con la pobreza de su bolsa, siempre abierta para el compañero y el amigo, paseando de Norte a Sur, de Levante a Poniente, su nerviosismo de creador del magnífico poema heroico de Cuba Libre, cuyo último canto no lo dijo su genio—que es tutelar de la Patria—, en el campo de batalla de Dos Ríos, ni se escribió, tampoco, al suscribirse el tratado de París, y que quizás aguarde la hora de su revelación en el fondo de la esponja purificadora con que el Presidente Machado habrá de borrar el Apéndice de la Constitución de la República.

Y de toda la tierra americana, estad seguros, elévase en este día de positiva gloria continental, un himno de admiración y de cariño para la figura de Martí, personero de sus camaradas gloriosos de la guerra que, como el pundonoroso General Rego, aquí presente, supieron abatir el orgullo de Martínez Campos, y exacerbaron a golpes de sorpresas terribles y de heroísmos inconcebibles las crueldades de Weyler, colocada aquella figura por la propia mano de Dios sobre uno de los más bellos y puros altares en el Templo de la Inmortalidad.

CUBA CONTEMPORÁNEA, que se ha honrado varias veces con la valiosa colaboración del distinguido jurisconsulto y notable orador caraqueño, residente desde hace algunos años en nuestra patria, se complace al recoger en sus páginas el juicio entusiástico que ha hecho de la obra inmarcesible del Apóstol, digno émulo del *Libertador* de América.

Imp. "El Siglo XX". República del Brasil 27, La Habana.



Domingo Figarola-Caneda.

(1852-1926).

Cuba Contemporánea

AÑO XIV

Tomo XL. La Habana, abril 1926. Núm. 160.

DOMINGO FIGAROLA-CANEDA (*)

CINCUENTA años de consagración honesta y entusiástica, sin desmayos ni claudicaciones, a la causa de las letras y libertades patrias, dan derecho al cubano meritísimo cuyo nombre sirve de título a estas líneas, para figurar honrosamente en las páginas de nuestra historia al lado de otros compatriotas insignes que como él se dedicaron a propagar con amor y sinceridad los mismos elevados ideales.

Domingo Figarola-Caneda conquistó, en buena lid, un nombre que la posteridad ha de conservar y un puesto de honor entre los beneméritos de la patria, por su labor desinteresada en pro de la cultura, de la libertad y de la independencia de Cuba.

Los rasgos más salientes de su carácter y que le dieron personalidad fueron: su gran desinterés, completa probidad y absoluta sinceridad. Cualidades éstas que se reflejan en todos los actos de su vida, que, en un temperamento vehemente cual el suyo, lo hacían aparecer rudo a veces e inflexible siempre, y exaltaron en él el sentimiento del deber, que profesó como un culto.

Recio de cuerpo y de espíritu, enérgico y firme en sus principios y de arraigadas y profundas convicciones, no lo abatieron ni

(*) Este distinguido escritor y publicista, que murió en el mes de marzo último, fué colaborador de CUBA CONTEMPORÁNEA y estaba ligado por estrechos lazos intelectuales y de amisad con los redactores de esta revista, la que por la pluma del doctor Francisco González del Valle, le consagra en este número una sentida biografía inspirada en el respeto y cariño que todos en esta casa le profesaban y como justo homenaje a la importante labor que por la cultura y las libertades de Cuba realizó durante medio siglo. También insertamos dos trabajos suyos, casi desconocidos aquí, de carácter bibliográfico, en los que era maestro el escritor fallecido.—Nota de la Dirección.

los crueles padecimientos físicos y morales que en sus últimos años se le presentaron, permaneciendo inalterable en su descreimiento de toda idea religiosa o divina y rechazando con virilidad la confesión que un imprudente sacerdote le fuera a proponer, mandado por fanático amigo, sin previo aviso, cuando se hallaba postrado en la cama de una clínica de esta capital, hace dos años. De este asalto a la conciencia, que así pudiera calificarse el hecho, resultaron víctimas, hace poco tiempo, el general José Miró y Argenter y mucho antes el doctor José Antonio González Lanuza. Por eso el sabio naturalista Felipe Poey, que no quería ser importunado en sus últimos momentos, escribió a su hijo Federico una carta de fecha 26 de mayo de 1889—a los 90 años de su edad—, en la cual después de declarar que era ateo y materialista, pidió que no le llevaran ningún sacerdote si no querían oírlo blasfemar, porque deseaba morir tranquilo, *sin escándalo,* como murió el doctor Antonio Mestre.

Figarola que tanto había padecido, deseaba que la muerte al visitarle segara su vida de un golpe, y ella, piadosa, le oyó, derribándolo de la silla en que cayera al faltarle las fuerzas, a las dos y diez minutos de la tarde del día catorce de marzo último.

Presintió su cercano fin, pues el día anterior, sábado, conversaba con nosotros de cómo quería morir, y en la mañana del domingo, de pie en su biblioteca, con gran serenidad, se despidió de su esposa.

Domingo Figarola-Caneda nació en La Habana el 17 de enero de 1852. Hizo sus primeros estudios en el acreditado colegio de José Alonso y Delgado, en esta capital. Graduado de bachiller, ingresó en la Universidad como alumno de la Facultad de Medicina, cuyos estudios no pudo continuar por una invencible repugnancia a trabajar sobre el cadáver. Cuando ocurrieron los luctuosos sucesos del año 1871 era Figarola alumno del primer año de medicina, siendo testigo de todos aquellos horrorosos hechos que culminaron en el fusilamiento de ocho adolescentes, limpios de culpa, sacrificados por los voluntarios de La Habana, con la complicidad del gobierno.

Quien como él presenció crimen tan inaudito, en una edad en que las impresiones se graban de manera indeleble, no podía sen-

tir amor, sino repulsión por los españoles, por España y su gobierno. Tal vez aquellos acontecimientos determinaron la orientación de sus ideas políticas, influyeron en ella, o cuando menos sirvieron para alentarlo en su propaganda por la libertad e independencia de Cuba.

Se inició en la vida literaria como periodista en 1876, fundando *El Mercurio,* que tuvo poca duración. Dos años después colaboró en *El Almendares,* de Diego Vicente Tejera, y en 1880 lo vemos figurar de gacetillero en *El Triunfo.*

En 1887 salió para Barcelona para hacerse cargo de la dirección de la selecta y bien redactada revista *La Ilustración Cubana* en la que demostró su pericia y buen gusto, que dieron a dicho periódico gran resonancia en Cuba y fuera de ella, por lo escogido de su lectura, su buena impresión y artística factura. Extinguida esta publicación, se trasladó a París, desde donde escribía para *El País,* de La Habana, su "Crónica Parisiense" (abril a noviembre de 1889), que firmaba con el seudónimo de *Raúl Rid.* Fué también corresponsal de *La Lucha,* en esa época. Volvió a La Habana a principios de 1890, y durante los tres años que permaneció aquí colaboró en los más renombrados periódicos y revistas: *El País, La Lucha, El Triunfo, La Tarde, Habana Elegante, El Fígaro, Revista Cubana,* y otros.

En toda su labor periodística sobresalen las cualidades que más tarde cultivaría con esmero y habrían de darle título indiscutible, como bibliógrafo e historiógrafo en su patria.

En política perteneció al partido autonomista mientras los ideales de dicho partido pudieron ser la aspiración de muchos cubanos; pero cuando estalló el grito de Baire, se puso en seguida al servicio de la nueva causa, y a su iniciativa, esfuerzo y patriotismo debióse la fundación del periódico *La República Cubana,* que dirigió desde enero de 1896 hasta agosto del año siguiente, el cual veía la luz semanalmente, los jueves, con cuatro planas en castellano y cuatro en francés. La inteligente y bien encaminada propaganda que hizo este periódico en pro de la independencia de Cuba, hará honor siempre al cubano desinteresado y meritísimo que luchando rudamente para librar la subsistencia, le quitaba horas al descanso para componer el periódico y sacarlo con re-

gularidad. El semanario se imprimía fuera de París, en Troi. Sin recursos apenas, pues la subvención que recibía de la Delegación Cubana, de Nueva York, era insignificante, *La República Cubana* vivió 19 meses por el empeño tesonero y la abnegación patriótica de Domingo Figarola-Caneda. La parte biográfica y bibliográfica estuvo casi siempre desempeñada por él, amén de las informaciones políticas que firmó con los seudónimos de *Cacarajicara, Hatuey* y *K Limete.*

Durante esa época hizo también propaganda por Cuba en *Le Monde Ilustré*, de París, *Le Quotinien Illustré,* de la misma capital, y en *Le Patriote Illustré,* de Bruselas.

Firmada la guerra de Independencia, fué nombrado Delegado de Cuba en los Congresos Internacionales de Bibliografía y de Bibliotecario. Su dedicación durante ocho años en la capital de Francia a los estudios de Bibliografía y Bibloteconomía lo hicieron acreedor a tan honrosa designación. También figuró en la Exposición de París de 1900, donde lo encontraron los cubanos Gonzalo de Quesada y Benjamín Giberga, quienes le encargaron la composición del Catálogo de la Sección de Cuba en la dicha exposición.

El último año de su estancia en la capital francesa, escribió en *L'Intermediare des Chercheurs et Curieux,* varios artículos de carácter bibliográfico e histórico.

Sus conocimientos en las materias acabadas de indicar, y su ejecutoria patriótica hicieron que el señor Gonzalo de Quesada lo recomendara al primer Gobierno Interventor americano de Cuba para fundar y dirigir la Biblioteca Nacional, siendo nombrado Director en octubre de 1901. Los primeros libros que se colocaron en sus estantes fueron donados por Figarola. Ningún cargo más apropiado pudo dársele, pues su dedicación a las letras y a la historia y su preparación técnica, lo capacitaban sobremanera para el desempeño del puesto, y si a esto se agregan las condiciones singulares de carácter que poseía, no debe extrañarnos que resultara un Director ejemplar. ¡Con cuánto amor, con cuánto desinterés y constancia desempeñó el cargo durante los diez y siete años que permaneció al frente de dicha institución! No pidió un solo día de licencia, ni faltó nunca a su trabajo. Era el primero en

llegar y el último en salir. Celoso guardador, quería ser él quien abriera y cerrara la Biblioteca, la que cuidaba y defendía como cosa propia. De este modo era como desempeñaba sus cargos Figarola, y no creía que hubiera otra manera de cumplir con el deber.

La enriqueció grandemente, consiguiendo por medio del canje o por compra muy valiosas y útiles obras. Asombra que sin dotación apenas y con insignificante sueldo ($ 150.00 hasta 1907), parte del cual destinaba a la Biblioteca, pudiera aumentarla tanto. La proveyó de libros cubanos o que trataran de Cuba, pudiendo decirse que al dejarla no faltaba en ella casi nada de lo relativo a nuestra patria. Su buen gusto, su saber en cuanto se refería al arte del libro y a su conservación, y la falta de buenos talleres en Cuba lo decidieron a mandar a encuadernar en París los libros de la Biblioteca. Hecho que hoy todos aplauden y que algunos le critacaron entonces. La literatura francesa fué también objeto de su predilección, y formó una sección en la Biblioteca, con las más conocidas y famosas obras escritas en la lengua de Racine y Victor Hugo. Ello le valió el ser honrado por el gobierno de Francia en 1907, con la distinción de Oficial de Academia, "por la propagación de la lengua y de la cultura francesa en ese país" (Cuba), según reza la comunicación con que le enviaron el nombramiento y la insignia.

Quiso hacer más todavía por la Biblioteca y la cultura de su país y fundó la *Revista de la Biblioteca Nacional*—que se tiraba en la imprenta que por su gestión fué donada a la institución—, donde publicó muy valiosos documentos, inéditos, para la Historia de Cuba. Parte de los epistolarios de Domingo del Monte, José de la Luz y Caballero vieron la luz en ella. La revista duró de mayo de 1909 a junio de 1910, teniendo que suspender la publicación por falta de recursos.

En esta última etapa de su vida (1901-1926) se dedicó especialmente a cultivar la Bibliografía e historiografía cubanas, produciendo los mejores frutos de su intelecto, que le dieron reputación bien merecida dentro y fuera de Cuba. Sus bibliografías de Rafael María Merchán, Ramón Meza y Suárez Inclán y José de la Luz y Caballero son modelos de esta clase de trabajos; no

siendo de menos valor sus obras de carácter histórico-literario, intituladas: *Plácito (Poeta cubano), José Antonio Saco.—Documentos para su vida, Milanés y Plácido, Escudos primitivos de Cuba, Cartografía cubana del British Museum, Memorias inéditas de la Avellaneda* y el *Diccionario de seudónimos,* interesante obra única de este género entre nosotros.

Intransigente en política y ferviente defensor de la República y de los principios nacionalistas, vivió apartado de todos los partidos dedicado solamente a laborar por el bien de la Patria.

No dejó de trabajar nunca, el día antes de su muerte lo vimos corrigiendo las pruebas del elogio de Manuel Sanguily y haciéndole indicaciones al doctor Rodolfo Rodríguez de Armas, autor de dicho elogio.

Su labor en la Academia de la Historia, de la que fué miembro fundador (1910), y al frente de las publicaciones de la citada corporación, como Director, es bien notoria. Su escrupulosidad y competencia y su conocimiento de la literatura e historia de Cuba, lo hicieron insustituíble en el desempeño del cargo. Por eso la Academia que lo designó al crear el puesto, lo reelegía siempre para que continuara sirviéndolo. La publicación del *Centón epistolario de Domingo del Monte,* del que dejó impreso tres tomos, requería para aclarar debidamente el texto y dar a conocer los personajes que en esas cartas se mencionan, tener un conocimiento cabal de aquella época, que comienza en 1823, y estar provisto de un archivo especial y de una biblioteca cubana, como los que Figarola tenía y ha dejado. Hoy su sucesor en el cargo de Director de publicaciones, ha de tropezar con algunas dificultades, sobre todo para continuar la edición del aludido *Centón,* y se verá precisado a acudir al archivo del maestro.

Poseía además Figarola-Caneda, el arte de componer un libro, revista o periódico, a los que sabía dar la presentación adecuada e imprimir ese sello de buen gusto y elegancia, que caracterizan todos sus trabajos de esta índole, que han servido de modelo entre nosotros, al punto de ser utilizadas sus enseñanzas por más de un director de revista o editor de libro. Las publicaciones que dirigió Figarola-Caneda se distinguen de cuantas otras han visto la luz aquí.

No pudo publicar, por falta de recursos, varios trabajos de gran importancia para nuestra historia literaria, en la preparación de los cuales empleó mucho tiempo y no poco dinero: hemos querido referirnos a los que ya había anunciado al público bajo los títulos de: *El gran poeta José María Heredia, La condesa de Merlin* y *Gertrudis Gómez de Avellaneda.*

Ha dejado asimismo todos los datos relativos a la bibliografía de Tranquilino Sandalio de Noda y del filósofo Enrique Disdier, desconocido en Cuba, su patria.

Pero su viuda, Sra. Emile Boxhorn, que tanto le ayudó en vida en esas pesquisas histórico-literarias, ha de dar a conocer muy pronto a los cubanos esas obras, algunas de las cuales, si no están completamente arregladas para la imprenta, serán terminadas por ella con la ayuda de algunos de los devotos amigos de su difunto esposo.

A primera vista parece escasa la producción de Figarola-Caneda, sobre todo si queremos verla en cuerpo de libro; pero téngasele en cuenta el tiempo que empleó y el trabajo ímprobo que hizo de 1901 hasta su muerte, ya como Director de la Biblioteca Nacional y de la revista que con el nombre de dicha institución publicó, ya como Director de Publicaciones de la Academia de la Historia, para la cual compuso y ordenó los seis tomos de sus Anales que van publicados y los tres del *Centón* citado. Acredítesele también su labor rendida años atrás, al frente de la *Ilustración Cubana* y de la *República Cubana* y su colaboración en periódicos y revistas de Cuba y del extranjero, y se comprobará que si no fué abundante no resultó escasa tampoco su producción. De todos modos, los libros y folletos que dió a la estampa si fueron pocos son buenos y sirvieron para marcar una orientación en el campo de la bibliografía y de la historia patria. Sus enseñanzas en este género de trabajos, desde el punto de vista de la técnica, han quedado y cada día serán de mayor utilidad y provecho.

FRANCISCO G. DEL VALLE.

KERSAUSSIE.—LA CANCION DE LA GOLONDRINA DEL PRISIONERO (*)

A los colaboradores nuestros que más adelante quieran encontrar para instruirse, lo escrito sobre la poesía: *La golondrina del prisionero,* les será muy difícil adivinar que tienen que ir a buscarlo bajo el título de *Kersaussie.* Este personaje es completamente ajeno a la cuestión y su nombre no puede servir para descubrir que ha sido largamente tratada en la revista *l'Intermédiaire.* El señor Filiberto Audebrand, con pruebas en su apoyo, ha demostrado que la composición aludida es de Héctor de Saint-Maur. El punto fué bien tratado en el *Mousquetaire* del 11 de marzo de 1854, como lo he podido comprobar. Pero me queda por hacer una interrogación que tiene su importancia: ¿fué Héctor de Saint-Maur el primer autor de la célebre poesía o fué sólo un adaptador de la del poeta italiano, Tomasso Grossi, titulada *La Rondinella?*

Hace algunos años, en La Habana, hablé con el señor Manuel Sanguily, crítico y hombre político muy conocido, de una poesía del bardo cubano Juan Clemente Zenea, acerca del cual se había publicado recientemente un libro, en casa de Garnier Hermanos, debido a la pluma del reputado crítico señor Enrique Piñeyro. Zenea fué fusilado el año 1871, por orden del gobierno español, después de estar encerrado en la fortaleza de La Cabaña por espacio de ocho meses. Y fué durante su prisión cuando escribió esta poesía que pido permiso para publicarla. Ella completa, de

(*) Este interesante trabajo, desconocido en Cuba, fué publicado en francés en el periódico *L'Intermédiaire des Chescheurs et Curieux,* París, 1901, cuya traducción al castellano, que se hace ahora por primera vez, es debida a la señora Emile Boxhorn, viuda de Figarola-Caneda.

la manera más feliz, el estudio emprendido en las columnas de este periódico, sobre la canción *La golondrina del prisionero.*

A UNA GOLONDRINA

Mensajera peregrina
que al pie de mi bartolina
revolando alegre estás.
¿De dó vienes golondrina?
golondrina, ¿a dónde vas?

Has venido a esta región
en pos de flores y espumas,
y yo clamo en mi prisión
por las nieves y las brumas
del cielo del Septentrión.

Bien qusiera contemplar
lo que tú dejar quisiste;
quisiera hallarme en el mar,
ver de nuevo el norte triste,
ser golondrina y volar.

Quisiera a mi hogar volver,
y allí, según mi costumbre,
sin desdichas que temer,
verme al amor de la lumbre
con mi niña y mi mujer.

Si el dulce bien que perdí
contigo manda un mensaje
cuando tornes por aquí,
golondrina, sigue el viaje
y no te acuerdes de mí.

Que si buscas peregrina,
do su frente un sance inclina
sobre el polvo del que fué,
golondrina, golondrina
no lo habrá donde yo esté.

No busques volando inquieta
mi tumba obscura y secreta,
golondrina, ¿no lo ves?
en la tumba del poeta
no hay un sauce ni un ciprés.

Fué hablando conmigo de esta poesía que el señor Manuel Sanguily me dijo: "Zenea se inspiró en Tomasso Grossi." Puede uno estar más inclinado a creer que él se inspiró en Héctor de Saint-Maur. Existían entonces dos composiciones de *La Golondrina del prisionero,* la una francesa y la otra italiana.

Busqué en vano en la Biblioteca Nacional de París, la obra del italiano; cuando la bondad del eminente filólogo colombiano, señor José Rufino Cuervo, me permitió encontrar en su riquísima biblioteca, la *Antologia della poesia italiana moderna,* de Giuseppe Puccienti, Firenzi, 1894, en la cual hallé, a las páginas 334, 335, la composición del poeta italiano titulada *La rondinella.*

Para no hacer demasiado largo este artículo, que ya lo es bastante, no copiaré la del poeta francés; que está todavía en la memoria de todos.

Tomasso Grossi se expresa de la manera siguiente:

LA RONDINELLA

Rondinella pellegrina
che ti posi in sul verone,
ricantando ogni mattina
quella flebile canzone,
che vuoi dirme in tua favella,
pellegrina rondinella?

Solitaria nell oblio,
dal tuo sposo abbandonata,
piangi forse al pianto mio
vedovetta sconsolata?
Piangi, piangi in tua favela,
pellegrina rondinella.

Pur di me manco infelice
tu alte penne almen t'affide,
scorri il lago e la pendice,
empi l'aria de tuoi gridi
tutto il giorno in tua favella
lui chiamando, o rondinella.

Oh se anch'io!... Ma lo contende
questa bassa, augusta volta,
dove sole non risplende,
dove l'aria ancor m'e tolta,
donde a te la mia favela
giunge appena, o rondinella.

Il settembre innanzi viene,
e a lasciarmi ti prepari:
tu vedrai lontane arene;
nuovi monti, nuovi mare
salutando in tua favella,
pellegrina rondinella:

Ed io tutte le matine
riaprendo gli occhi al pianto,
fra le nevi a fra le brine
credero d'udir quel canto,
onde par che in tua favella
mi compianga, o rondinella.

Una croce a primavera
troverai su questo suolo:
rondinella, in su la sera
sovra lei raccogli il volo:
dimmi pace in tua favella
pellegrina rondinella.

Uno de los dos poetas fué el insprador, ¿pero cuál de los dos? Héctor de Saint-Maur ha dicho que él, espontáneamente, escribió su poesía estando en prisión en 1833 [*]. ¿Pudo él en esa época conocer la del poeta italiano? ¿Éste la había escrito ya en esa fecha? Tomasso Grossi nació en Bellamo, en 1791 y murió en 1853. Su poesía ocupa una parte del capítulo XXVI (p. 447 y 448), de su obra: *Marco Visconti,* que se publicó en Milán el año 1834.

---

[*] En el *Grand Diccionaire Universel* de P. Larousse, hemos encontrado la biografía de un escritor y abogado francés nombrado E. H. François Saint-Maur, que nació en Laon, Aisne, el año 1825. ¿Será éste el escritor a quien se alude? Si lo es, no pudo escribir en 1833, ni tampoco al año siguiente, cuando apareció *La Rondinella* de Grossi, su canción o poesía intitulada: *l'hirondell du prisionnier.*—Nota de Francisco G. del Valle.

Si es cierto lo dicho por Saint-Maur, está dilucidado el punto; pero deben hacerse nuevas buscas.

Para terminar, me limito a llamar la atención de que la idea del prisionero hablando con una golondrina se encuentra tres veces en tres literaturas: la francesa, la italiana, la cubana.

El comienzo de las tres composiciones es igual:

Hirondelle gentile
voltigeant á la grille
du cachot noir.
(Le prisonnier).

Rondinella pellegrina
che ti posi in sul verone
ricantando ogne mattina.
(La rondinella).

Mensajera peregrina
que al pie de mi bartolina
revolando alegre estás.
(A una golondrina).

Estas tres poesías empiezan casi con las mismas palabras y casi con el mismo pensamiento, lo que hace creer que Zenea conocía muy bien las composiciones de Saint-Maur y de Grossi, y que encontrando la idea de acuerdo con la terrible situación de la cual era víctima, ha escrito sin tener el propósito de hacer una imitación; menos todavía una traducción. Puede ser que él se acordara de la poesía italiana, o de la francesa, o de las dos a la vez y que con su inspiración natural y sincera, haya expresado lo que sentía. Pero lo cierto es que en ese momento histórico de su vida, ni él ni nadie podría tener la calma necesaria que demanda el esfuerzo de una traducción o de una imitación.

Volviendo al motivo principal de la cuestión, me consideraría feliz si mis colegas de *L'Intermediaire des Chercheurs et Curieux* pudieran determinar quién fué el verdadero autor de la poesía ya célebre: si Tomasso Grossi o Hector de Saint-Maur.

D. Figarola-Caneda.

LA EDICION CUBANA DE CALDERON DE LA BARCA

NO pensaba yo que la colección de aquella parte del teatro de Calderón publicada en La Habana, tuviera su día tan oportuno como éste—en que el reputado primer actor Sr. Pablo Pildaín ha elegido para su función de gracia el famoso drama *La vida es sueño*—para darla a conocer de la mayoría de los lectores: y digo la *mayoría,* porque hasta ahora he comprobado que sólo algunos conocían de dicha obra la incompleta inscripción bibliográfica hecha por Bachiller y Morales, cuando dice:

"LAS COMEDIAS de D. Pedro Calderón de la Barca. Edición cubana corregida y aumentada: dos tomos con láminas litografiadas y el retrato del autor en acero.—Imprenta de R. Oliva, editor. Le precede la vida del célebre dramático por D. Juan Vera Tacis" (1).

Y yo mismo, que al partir para Europa era de los que no conocían más que la citación transcripta, a mi regreso de París, y en cierta mañana de *buquinismo* por las librerías de La Habana, tuve la suerte de hallar en la del Sr. Manuel Ricoy, un ejemplar en muy buen estado de conservación. Fundaba yo entonces la Biblioteca Nacional, y al llegar allí aquel día mi compañero en la misma, el Dr. Juan García Enseñat, lleno de júbilo dile cuenta del feliz hallazgo y de mi determinación de adquirirlo para regalarlo a la Biblioteca; mas, compartiendo mi deseo, aunque sin manifestarlo, hubo de anticiparse a mi propósito, y al siguiente

(1) *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública de la Isla de Cuba,* por Antonio Bachiller y Morales, Habana, 1861, t. III, p. 232.

día era la Biblioteca deudora a la generosidad del Dr. García Enseñat, de uno de los donativos de más valor excepcional que ha recibido hasta ahora.

Hasta aquí la historia de la adquisición del ejemplar. Ahora diré que al favorecerme el Sr. Pildaín, invitándome para colaborar en este periódico, en el cual anuncia la representación de una de las obras más universalmente conocidas de Calderón, he pensado que estaría en lugar muy propio dar cuenta en dicho periódico de la edición mencionada, reproduciendo al mismo tiempo, por medio del grabado, la fisonomía de la misma.

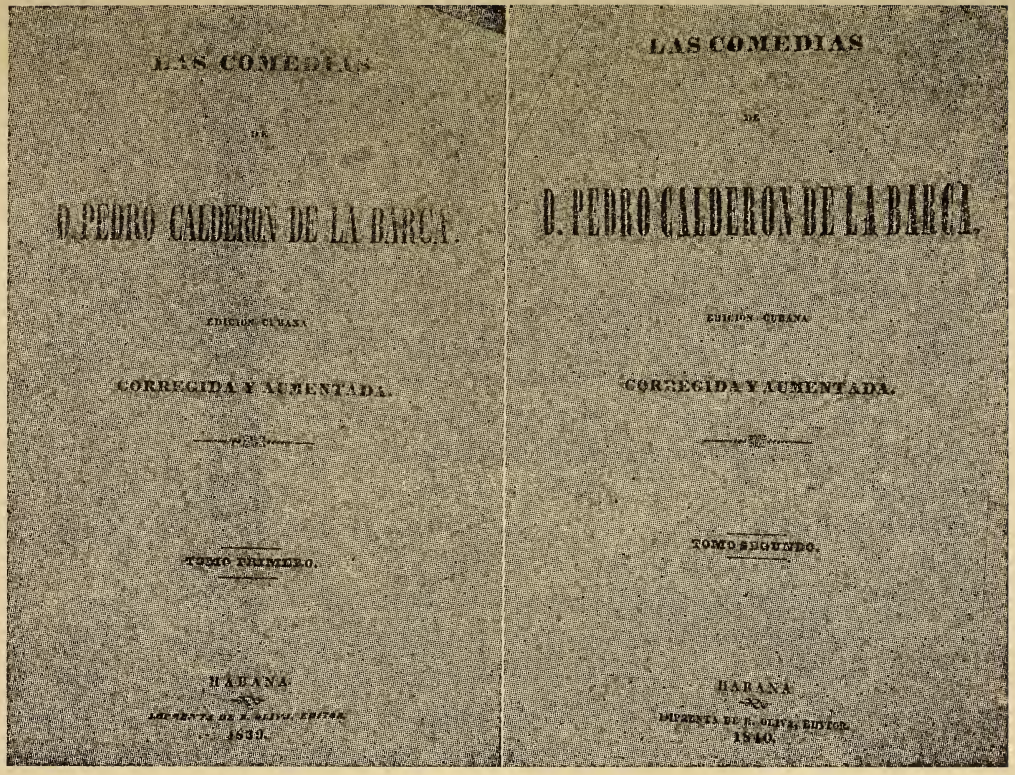
La exacta descripción bibliográfica de la obra es ésta:

LAS COMEDIAS DE D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA. Edición cubana corregida y aumentada. Habana, Imp. de R. Oliva, editor, 1839-40.

2 ts. 8º, 21 ½, × 15 centímetros, 507-494 p. + 6 sin numeración, que figuran a la cabeza del t. I y contienen a saber: esta dedicatoria:

AL
ESCLARECIDO MÉRITO
DEL INMORTAL
DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA,
HENAO Y RIAÑO,
CABALLERO DE LA ORDEN DE SANTIAGO,
PRESBÍTERO
CAPELLÁN DE HONOR DE S. M.
Y
DE LOS SEÑORES REYES NUEVOS
DE
LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO,
DEDICA
ESTE REVERENTE OBSEQUIO
EL EDITOR

Después se reproduce: *Fama, vida y escritos de Don Pedro Calderón de la Barca* por Juan de Vera Tasis y Villarroel, con el aditamento de *de la Barca* en el título, y aditamento que no figura en la *Verdera quinta parte de comedias de Calderón,* impre-



LAS COMEDIAS

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

EDICION CUBANA

CORREGIDA Y AUMENTADA.

TOMO PRIMERO.

HABANA

IMPRENTA DE R. OLIVA, EDITOR.

1839.

LAS COMEDIAS

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

EDICION CUBANA

CORREGIDA Y AUMENTADA.

TOMO SEGUNDO.

HABANA

IMPRENTA DE R. OLIVA, EDITOR.

1840.

Facsímiles de las portadas de la edición cubana de las comedias de D. Pedro Calderón de la Barca.

sa en Madrid en 1682, que es donde por vez primera aparece el trabajo de Vera Tasis; y por último, se incluye la descripción del monumento erigido al ilustre poeta por la congregación de sacerdotes de Madrid en la iglesia parroquial de San Salvador.

Viene en seguida la serie de comedias, divididas en ambos ts., y cuyo índice es éste:

T. I—*La vida es sueño, El golfo de las sirenas,* égloga piscatoria, *Casa con dos puertas mala es de guardar, El purgatorio de San Patricio, La gran Cenobia, La devoción de la cruz, La puente de Mantible, Saber del mal y del bien, Lances de amor y fortuna, La dama duende, Peor está que estaba, El sitio de Bredá, El príncipe constante, El mayor encanto amor, El galán fantasma, El secreto a voces, Judas Macabeo.*

T. II—*El médico de su honra, Argenies y Poliarco, La virgen del Sagrario, El mayor monstruo los zelos, Hombre pobre todo es trazas, A secreto agravio, secreta venganza, El astrólogo fingido, Amor, honor y poder, Los tres mayores prodigios, En esta vida todo es verdad, y todo es mentira, El maestro de danzar, Mañanas de abril y mayo, Los hijos de la Fortuna, Afectos de odio y amor, La hija del aire,* parte primera.

A la terminación del vol. II se lee: "Fin del segundo tomo", lo que evidencia que fué el propósito del editor publicar más de esos dos volúmenes. Cada comedia lleva a la cabeza numeración romana, siendo XXXII el total de las producciones coleccionadas.

El impresor y editor lo fué Ramón Oliva, natural de La Habana (2), "laborioso y entendido impresor" (3) quien ya en 1838 figuraba como editor e impresor de una serie de novelas traducidas por Juan Muñoz y Castro (4) y del memorable periódico *El Plantel* (5), "una de las mejores entre las buenas publicaciones" (6) de dicha casa. Además, las condiciones materiales son dig-

(2) *Diccionario Biográfico Cubano,* por Francisco Calcagno, New York, 1878, p. 472.

(3) *Apuntes* de Bachiller, citados ya, t. III p. 232.

(4) De estas traducciones conozco dos que existen en el British Museum de Londres: *El cuarto entapizado,* o *La vieja de la bata,* de Sir Walter Scott (12603, a 14.), y *La Nevasca,* del caballero John Wilson (12620. a. 25.) El falso título dice: *Colección de Novelas de Diversos Autores.*

(5) *El Plantel.* Directores Ramón de Palma y José Antonio Echeverría T. I. Habana, Imp. de R. Oliva, editor, 1838. 1 t. 4o, 284 p.

(6) Cita anterior de Bachiller y Morales.

nas de mencionarse, pues al buen papel escogido para esta *Colección,* hay que unir la impresión muy clara y uniforme; aunque respecto a la corrección no pueda decirse cosa parecida, por notarse en ella errores hasta en el índice (t. I) donde se lee: *El sitio de* BREDÁ, en lugar de *Bredá.*

La parte artística, es decir, las ilustraciones, constituye un aspecto muy notable de la obra. Precede a cada comedia una lámina representando una escena de la pieza respectiva, y debajo de aquélla se inserta un pequeño trozo del texto de ésta. Dichas láminas fueron creadas y litografiadas, las veinticinco primeras por M. Alexandre Moreau, y las siete restantes por M. Frederic Mialhe, y todas estampadas en la Litografía de la Real Sociedad Patriótica. Moreau, era francés, "pintor de historia y retratista" (7), "hábil pintor y paisajista" (8) quien llegó a La Habana por lo menos en 1838; pues aunque dice Villaverde que fué en el año después, en cuyo mes de marzo formó parte como artista de la excursión emprendida a la Vuelta Abajo por el celebrado novelista y el Pbro. Francisco Ruíz, es lo cierto que ya en 1838 Moreau había ilustrado las páginas de *El Plantel,* y en 1839 era uno de los que figuraban al frente de la Litografía de la Real Sociedad Patriótica de La Habana.

Mialhe, que también ilustró *El Plantel* y perteneció al citado establecimiento litográfico, era compatriota de Moreau, "doctor en ciencias, miembro de la Academia (?), tipógrafo, paisajista" (9) y quien, por fallecimiento de Leclerc, "quedó desempeñando la dirección" (de la Academia de Pintura de San Alejandro) "hasta 1852, en cuya fecha se retiró éste a su país" (10).

La extensión alcanzada ya por este estudio y los límites del periódico donde se publica, me obligan a terminarlo, aunque omita todo lo más que pudiera añadir ahora, no menos pertinente para la historia de nuestra Bibliografía y de las artes gráficas en Cuba.

---

(7) *Memorias de la Real Sociedad Patriótica de la Habana,* por una Comisión Permanente de su Seno, Habana, 1839, t. VIII, p. 20.

(8) *Excursión a Vuelta Abajo,* por Cirilo Villaverde, Habana, 1891, p. 113.

(9) *Diccionario* de Calcagno ya citado, p. 420.

(10) *La Habana Artística.* Apuntes históricos por Serafín Ramírez, Habana, 1891, p. 224.

Así, pues, sólo diré que el retrato de Calderón abierto en acero, del cual hace mención Bachiller y Morales, no existe en el ejemplar de la Biblioteca Nacional, ni en el de la del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Este último perteneció a la biblioteca del muy conocido escritor festivo José María de Cárdenas y Rodríguez, siendo así que son dos solamente los ejemplares que conozco hasta hoy. Sin embargo, es probable que la Biblioteca Nacional de Madrid posea un tercero, porque en la colección de comedias de Calderón hecha e ilustrada por el célebre Hartzenbush y editada por Rivadeneyra, aparece entre las colecciones consultadas para la composición de ésta, la publicada en La Habana; pero al igual que Bachiller y Morales, se menciona de modo deficiente, y ni aun se advierte que el t. II vió la luz en 1840 (11).

Por último, haré presente que, merced a la buena voluntad del notable fotógrafo Sr. José Gómez de la Carrera, respondiendo generosa y satisfactoriamente a mis propósitos e indicaciones, he podido completar este trabajo con la reproducción de tres grabados. Los dos primeros son de las portadas o frontispicios de la obra, y en los cuales, observándolos con atención, se notará las variaciones de caracteres tipográficos que dan a cada portada su fisonomía propia. El tercero es el que se halla al frente de *La vida es sueño* en la colección, y en él ha representado M. Moreau una de las escenas más conmovedoras del drama.

D. FIGAROLA-CANEDA (*).

---

(11) *Biblioteca de Autores Españoles,* Madrid, 1858, 2ª edición, t. XII, y IV de *Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca,* p. 659.

(*) *El Teatro de Pildaín,* La Habana, septiembre de 1904.

GEDEON Y LAS CONJETURAS

(FILOSOFIA EN MANGAS DE CAMISA)

DIOS es una conjetura trascendente. La Lógica de lo metafísico, la Ética de lo providencial y la Estética de las intuiciones trascendentales, son otras tantas conjeturas, absolutamente huecas. Pero la vida no es conjetura para nosotros.

Pienso, luego existo, es un simple juego de palabras en los inicios del credo cartesiano o en el espiritualismo radical de Bergson. Si el mundo de las cosas externas, en su continuo fluir y refluir, sólo vive por el pensamiento, sería curioso saber cómo viviría el pensamiento sin el objetivismo terminante de ese mundo de las cosas externas. Hay muchas cosas que existen y que no piensan, aunque su existencia no se confirme sino por un acto mental. Si el pensamiento obtiene en este sentido una conclusión afirmativa de la existencia en los seres racionales, es porque la vida de esos seres trae implícita en sí la función del juicio que es secundaria, por su propia naturaleza. Sin el previo juicio, nadie podrá afirmar que existe algo, aunque viva sin embargo; pero sin vivivr,—esta es una opinión de Pero Grullo—, Descartes no hubiera podido meditar ni acerca del *cogito, ergo sum* ni sobre la cancamusa de su Discurso del Método.

Cuando Gedeón leyó por primera vez esta famosa sentencia del *pienso, luego existo,* le sonó muy mal lo del pienso, porque Gedeón no siempre anteponía el pesebre al alimento espiritual de sus elucubraciones, y corrigió en el margen del texto, empleando para ello una clara letra de escoliasta experimentado, el singular

aforismo. *Vivo, luego pienso,* enmendó Gedeón, asombrándose de su propia audacia, porque le imponía un religioso respeto el nombre de aquel autor, consagrado por el coro de alabanzas de tres generaciones.

Vaciló, dudó, se comió las uñas y sacudió sus antiparras anacrónicas para ver mejor lo que había hecho, porque no quería dar crédito a sus ojos mortales que veían estampada allí semejante atrocidad. ¿Yo, Gedeón, corrigiendo a Descartes? pensó para su capa. Pero ¿qué diablo me habrá trastornado el seso? dijo el cuitado.

Y se sumió en un mar de reflexiones tan enojosas, que si por su ventura no llega a tiempo Calínez, el mundo hubiera tenido que lamentar después, la locura irreparable del más sensato y divertido de los hombres.

Y fué así cómo quedó transformado, al margen de un libro, en una mala versión del francés al castellano, aquel humo de conjetura, aquel prometedor espejismo del pensamiento, señor y señero que debía regir al orbe, salve el más contundente efecto que hay en la coz de una mula, en el utilitarismo de todos, o en el poder digestivo de nuestros vigilantes estómagos.

Porque comer es vivir y vivir no es conjeturar, pese a quien pese.

Decía yo que Gedeón no iba siempre al pesebre, pero Gedeón era en esto un iluso, un pobre diablo con menos discernimiento que una ostra, para dilucidar estas materias. No estoy seguro de cómo vivía. Imagino que fué viejo empleado del Fisco o de otro imprescindible departamento del Estado, y que cobraba retiro por el fondo de jubilaciones, alguna que otra vez. Lo cierto es que Gedeón andaba siempre tan escaso de recursos, como sobrado de de apremiantes y vergonzosas necesidades.

Gustábanle, empero, los libros de muy sesudas disciplinas, y para obtenerlos realizaba más de un sacrificio. Así fué cómo llegó a procurarse una mediana biblioteca en la que más de una vez estuvo a punto de perder el escaso juicio con que lo había dotado la Naturaleza.

Dió en investigar a túrdigas, sin más guía que su limitado sentido, y cuando ya en su cabeza no cabían más desatinos, porque

se hizo un lío en el cerebro con los propios y con los ajenos, acabó por confesar que nada de todo cuanto hasta entonces había leído y meditado, le importaba, de veras, ni la mitad de un comino.

Fué en un momento de lucidez cuando vió claro que tanta majadería escrita, comentada, discutida, ampliada o negada, no valía en sí y por sí, ni con mucho, lo que vale un buen regueldo, en una laboriosa digestión de canónigo. Comprendió claramente la verdad de este empeño vano, pero a pesar de todo, como se le había infiltrado en la sangre el morbo, asaz virulento, de la literatura y del conjeturar, a propósito de todas las cosas, divinas y humanas, aprovechó la ocasión de la llegada imprevista de Calínez, a quien tenía abrumado con su erudición y con sus reflexiones, para espetarle un discurso que comenzó de esta guisa:

"En verdad, oh caro Calínez, que te soy deudor de mis mejores horas de esparcimiento, porque en las mil y tantas veces que he puesto a prueba tu paciencia, siempre has sabido sufrirme con una resignación de monje que se propone ganar, en una sola partida, la canonización y la gloria. Yo sé que allá en el fuero interno de tu ánima, un poco socarrona, te has reído de mí en más de una ocasión, pensando con la misma suficiencia de uno de esos pozos de sabiduría que me motejan de tonto, porque me aplico a repetir cuanto he aprendido, cuando ellos opinan que es ésta una cuestión de mal gusto, infantil y estúpida. Imaginan estos buenos señores, que respecto de ellos se da por sobrentendido lo que saben, y desdeñan profundamente eso de incurrir en la futesa de volver sobre el comentario de los conocimientos adquiridos, en Institutos y en Universidades. Eso debe quedar para nosotros, para los ignorantes y pobretes autodidactas, gentes de poco más o menos que no ostentamos un decorado y magnífico diploma oficial, de sabios en salmuera. Acaso tengan razón y yo creo que tú lo confirmas cuando te sonríes al oírme, después de mucho discurrir, barajando principios: pero debes considerar ¡oh gran Calínez! que eso de saber *per universitatem,*—aunque yo tengo mis dudas sobre la cuestión—es cosa que corresponde a la aristocracia hereditaria y profesional del talento, a los que antes de nacer, en la vida embrionaria y por inhibición de la cultura materna,—virtud

específica del sabio espermatozoide paternal—, se saben de memoria hasta las coplas de Calaino.

"Yo recibí una muy insuficiente instrucción primaria, y cuando azares de la vida me llevaron a leer en dispersos y mal escogidos libretos, cosas de la antigüedad y de ahora,—ciencia infusa y de infusorio, indigesta y mal digerida,—me deslumbró de tan cabal manera el hallazgo insólito, que me consideré llamado al mundo por propio destino, para servir de exégeta al pensamiento de nuestros días y para causar asombro a los papanatas sin cultura.

"Es claro que en esto enseño la oreja como el asno de la fábula, porque lo prudente sería cuidarse de no incurrir en semejante ingenuidad que provoca, en los genios innatos y doctos, un gesto de maravilloso, olímpico, divino desdén. Las galerías, sin embargo, no opinan del mismo modo, y agradecen que no se suba uno a los zancos de un saber perínclito y tácito, para disparar desde allí monsergas y catilinarias de erudito providencial y desdeñoso, a diestro y a siniestro. Es éste un asunto sobre el que unos dicen *ji* y otros dicen *ja* o *mu* como los bueyes. Tema de apreciación y de discordia, amigo Calínez, como todos los temas humanos, tiene su pro y su contra, según que lo mires con los ojos extralúcidos de un profesional de la filosofía, con los de un *enfant gaté* de la crónica diaria que tiene las ideas tan lucidas y engomadas como el cabello, con los de un niño gótico de la literatura, de los que opinan sobre todo en primera persona, desde el alto sitial del *magister,* donde toman un aspecto de regocijados querubines, embutidos en el sillín de la infantil bacinilla, o con los de un hombre de buena fe que dice lo que piensa y lo que sabe, aunque se ponga en ridículo y escandalice con ello a todos los avestruces literarios del mundo.

"Este discurso te olerá un poco a romance, a trasiego de frases clásicas y de arcaísmos rudos hogaño, pero como dicen que es de buen gusto y denota muy envidiable disposición literaria eso de retorcer el estilo y enderezarlo por cánones que fueron un día marco precioso y preciso de la Edad de Oro, me entrego con deleite a este artificio, para que no se diga de mí que no sé hablar y escribir según el sabio escrúpulo de las gentes sensatas y doctas. Debo confesarte, empero, que yo improviso mis oraciones y mis

artículos, sin acudir al expediente de esos oradores y literatos avisados que antes de emprender toda obra de entendimiento, hablada o escrita, revuelven y estudian cronicones de los días de Alfonso el Sabio, o buscan en el bable, en el portugués o en el gallego, el oro viejo de las palabras que luego dan a luz, con el regocijo del monte que ha parido un mal ratón. Yo conozco, por su *estilo,* a esos y a los que lo retuercen y atormentan, porque para este linaje de escritores, lo importante no es aquello que debe decirse, en forma llana y atinente, sino lo enrevesado de la dicción clásica, cuyo rigor dialéctico tuvo su razón de ser en años pasados, de serena y pueril ideología, pero no en estas edades, donde semejante contumacia realiza el absurdo de poner en odres viejos, los fermentos explosivos de las nuevas cosechas.

"Mas he aquí que divago y no doy en el blanco hacia donde he querido dirigir mi discurso. Abandonaré estas cuestiones de estilo,—querella de merodeadores literarios—, para no perderme en el fárrago de sutilezas que me traen a la mente, y te diré, sin más preámbulos, aquello en que pensaba cuando viniste a romper con tu regocijada presencia, el hilo sombrío de mis meditaciones. Acababa de leer todo ese libro que tienes ahora al alcance de tu mano, y cuyo libro, a través de sus trecientas y tantas páginas, no dice nada, o dicho de otro modo: tiene la rara, la estupenda virtud de no expresar nada. A mí siempre me ha causado asombro esa fecundidad inocua de los discípulos de Rodó, de Marden o de Bergson, pongo por caso, y no sé si atribuirlo a la garrulería papaverácea de estos forzados de las letras que hacen literatura a destajo o a la insigne y santa simplicidad conformista y utilitaria de sus maestros. Sea ello como fuere, es lo cierto que este mamotreto es un poema optimista que no dice cómo ni en qué se funda ese optimismo que yo no veo por ninguna parte. Ellos que tienen más ojos que Argos o que el pavo-real en la cola, no pueden estar ayunos de razón, seguramente, pero yo, muy en secreto, voy a decirte ahora lo que opino, hace ya tiempo, sobre ese asendereado problema de permanente filosofía popular. Yo creo,—y perdóname ahora el brusco cambio de estilo, aconsejado por la circunstancias y por el sentido común—, que toda teoría optimista es, en esencia, aristocrática o despótica. Regir no es como ser

regido,—que diría mi inefable amigo Pero Grullo—, ni hay armonía ni consorcio entre los fines distintos esos vocablos. Lo que es crueldad, rigor, provecho, holgura y optimismo en el que manda, es piedad, infortunio y desesperación en el que obedece Marco Aurelio coronado, fué un absurdo político. Desde el poder no se piensa: se ejecuta en la medida que satisface a la plenitud del instinto. En la esclavitud se medita, se filosofa; se adquiere por sentimiento reflejo de la propia conmiseración, la *virtud* de la piedad universal para los horrores morales de un mundo, inevitablemente egoísta y positivo. No somos distintos sino idénticos a la circunstancia social que nos rodea, salvo en las excepciones naturales de toda regla.

"Demócrito rico, despreciando su riqueza para dedicarse a filosofar, como Buda en caso idéntico, no hizo la filosofía, como una golondrina no hace verano. Doctrina de esclavos fué la impávida actitud espiritual de los estoicos, la rebeldía de los escépticos, el relativismo de los sofistas, la procacidad de los cínicos, la inhibición temporal de los platónicos, la estática anímica de los epicúreos, la humildad del Cristianismo y el pesimismo amoral de Nietzsche, aristocrático, empero, en la verdad que procalamaba.

"Hoy, ayer y mañana, son términos iguales para lo que es inmutable en su esencia, y ninguna actitud humana es susceptible de variar un ápice, porque se la denomine de tal o cual modo, ahora o luego. Pienso, luego existo, o lucho, luego soy, no son términos iguales en poder virtual. Uno es la inercia que resiste; otro es la dinámica que acomete. De lo que combate y domina, nace el optimismo. De lo que se abstiene y soporta, se va a la misantropía, a la desesperación o al concepto nihilista de la existencia. El individuo refleja esta actitud igual que los pueblos, lo mismo que las muchedumbres. Las naciones que rigen, porque controlan el dominio de las riquezas, son optimistas. Las sometidas, porque sufren la presión dinámica del poderoso, filosofan desesperadamente. Nadie es optimista ni pesimista porque le place. El pesimismo se sufre como una enfermedad, como la lepra o como la tuberculosis, y cuando en un país pobre, política y económicamente sojuzgado, oímos que pontifican sus intelectuales a la manera de Pangloss, podemos estar seguros de una de estas

dos cosas: de que mienten como bellacos, o de que no saben lo que dicen.

"Bajo ese aspecto es incuestionable que el espíritu de la acción, del hecho, conduce al optimismo y a la felicidad. Es ésta una lección constante de la Historia, pese a quien pese. Lo que ha sucedido, presta puntos de apoyo al juicio cuando se comparan los factores de efecto invariable, tan propios de los individuos como de los pueblos.

"Por consiguiente, amigo Calínez, yo no necesito decirte que esta paradoja viviente de Gedeón, mantiene una teoría del Hecho, ante una voluntad estática de monolito o de cariátide. Yo soy, en efecto, una infortunada cariátide sensitiva que cayó como un fardo de plomo en esa cama de hospital de las clases pasivas del Estado, como pudo caer en uno de los infinitos abismos que abre en esta humilde tierra, la pezuña furiosa de la bestia rubia y sonriente que se disputa, a zarpazos, la posesión de un mendrugo. Yo sostengo la teoría del Hecho, pero no la realizo. Yo me abstengo y soporto como un esclavo, porque esclava nació mi conciencia que es hija de no sé qué desventuradas responsabilidades pretéritas. Yo soy lo estático y lo inerme. Yo soy el hijo y la obra del pensamiento de mi siglo y de los siglos que le precedieron. Yo sé lo que debía ser y no puedo. Yo soy el infortunio con figura humana. Yo soy la inercia, la desesperación y el fastidio. Yo soy ahora la conciencia de la responsabilidad en el mundo. Yo soy una mala bestia, inevitablemente aburrida y fastidiosa.

"De conjetura en conjetura, he llegado a esta conclusión que me tiene a dos pasos del suicidio, porque cuando se me ocurre considerar que he malgastado mi vida en este necio menester espiritual de la lectura y del arte de la palabra, en todos sus aspectos, me proclamo el más idiota y miserable de los hombres. Yo sé que tú no has de caer en semejante manía, imponderablemente vana y estúpida, que a vuelta de mucho cavilar ha de prometerte, a lo sumo, alguna que otra presunción sobre el Universo y cuanto en él parece que existe, porque debes tener entendido desde ahora que fuera de lo que apreciamos con nuestros cinco sentidos y con los medios industriosos inventados por el hombre, para desplazar el poder de los mismos, no hay otra cosa que presunciones más o

menos juiciosas unas que otras, según que se ciñan a la razón del hombre y a su capacidad matemática, o se aparten de estos inapreciables factores, evidentemente preferidos por la humana conciencia.

"Tengo para mí que la lógica es la ciencia de conjeturar con sentido, pero a condición que sea con el sentido de nuestro insuperable amigo Pero Grullo, porque de otra manera ya la lógica y lo lógico son otros López. Si yo te digo que todos los caballos son cuadrúpedos que no se suben a los árboles, y que, por consiguiente, ningún caballo puede treparse a un árbol, tú dirás que eso es lógico y terminante, pero si a seguidas te afirmo que un caballo y un ostión se parecen en que ninguno de ellos se encarama en el tejado de tu casa, te quedarás perplejo de seguro, ante tal sutileza del juicio, ante un resultado tan sorprendente y maravilloso del arte de establecer conclusiones con la facundia del pensamiento.

"Tal me ha acontecido a mí con el silogismo de Descartes cuya honda penetración me tiene todavía aturdido y como en éxtasis. *Pienso, luego existo,* parece estar indicando que la vida es una función accesoria del pensamiento y que lo esencial es pensar y no existir. Yo lo entiendo de otra manera, y tengo la seguridad de que lo mismo le acontece a Pero Grullo, mas he aquí que no me atrevo a mantener en público tamaña extravagancia. Yo creo que es necesario supeditar al hecho de vivir todas las teorías o todos los propósitos de nuestras facultades intelectuales, y entonces se hará posible que el hombre encuentre una Lógica, una Ética y una Estética, acondicionadas, en rigor, a sus necesidades intelectuales y físicas, y no simples presunciones, como son ahora, en casi todos sus aspectos, los problemas insolubles que nos ofrecen esas providenciales disciplinas del vivir para pensar, de amar al prójimo como a ti mismo, sin perjuicios de acometerle por la espalda a cada minuto, y del Arte en zancos y en ciclos, a caza de sutilezas por encima de las nubes.

"Todo eso es propio de una era romántica que, en mi opinión, ha concluído. Ya hemos soñado bastante, pero aun hay quien se empeña en demostrar que soñamos poco, y no es eso lo que por el momento exige el cultivo consciente de las humanas facultades

constructivas, dentro del relativismo del conocimiento. Se habla de una crisis de la alta cultura y es verdad que existe, pero esa crisis de la alta cultura de tipo romántico, es fruto de experiencia humana que se recoge ahora en todas las latitudes y civilizaciones de la Tierra, no a título de simple modalidad transitoria del pensamiento, sino a precio de perdurable conquista de lo que todos los hombres y todos los pueblos han experimentado. Se tiene entendido que a nada conduce el saber enciclopédico, cuando quiere imponer a la vida la norma de sus eternas conjeturas, porque la vida lleva en si misma su verdad sencilla, su filosofía evidente, constatable a cada minuto, y la cultura más humana, más alta en este sentido y, por consecuencia en el biológico, es esa que ahora se practica, aun por las que consideramos más humildes entidades del conocimiento. Parece que resurge la era del positivismo lógico que aconsejaba las reformas del Derecho Pretoriano, en su estricta noción de equidad, a base de un bien entendido y natural egoísmo, entre las relaciones jurídicas y morales del individuo y de la sociedad en que se desenvolvía.

"Hay una crisis de cultura, pues, pero es la cultura romántica la que hace crisis, para devenir en esto que constituye la gran conquista de la experiencia del hombre.

"El pasado cultural y ético del mundo no nos pertenece, sino de una manera muy parcial. Orientaciones de fondo y de forma que ya pasaron, modos de expresión y de sentimiento que se extinguieron con la era romántica que trajo a la historia de las letras una explosión de entusiasmo magnífico, una vehemencia insuperable en la ideología, un afán recrudecido de sublimidades espirituales, no se comportan bien con el concepto racional de esta época, posterior a un análisis casi universal de valores éticos y artísticos.

"Tras la confronta ruda y paciente de esos valores, provocada por el positivismo en las postrimerías del siglo anterior, el espíritu humano halló que era excesivo y erróneo aquel florecimiento monstruoso del ánimo que desplazó las posibilidades perceptivas del sentimiento y de la conciencia humana, en torno de un infinito espiritual y material del Cosmos.

"El Romanticismo fué, sin duda, una reacción visible contra

el fracaso ideal del Renacimiento. Este prometió a la vida más de lo que la vida puede prometer en salud, en dicha, en alegría, en fuerza. Él, a su vez, nació de una protesta contra la opresión espiritual que el cristianismo triunfante mantuvo en alto por toda la duración del medioevo, y dejó franco el paso a ese desplazamiento espiritual de la existencia que alcanzó con los románticos, el cenit de su esplendor ideal.

"Hasta nuestros días, tres grandes movimientos históricos de las multitudes han conmovido profundamente los cimientos de la sociología, marcando profunda huella en el carácter de los pueblos y determinando cada uno un resultado contingente y distinto, así en orden a los elementos de la razón, como a los del sentimiento. Sin ser iguales por sus consecuencias, los tres han obedecido a la misma aspiración sociológica y secular del ansia de un equilibrio económico y justiciero en el corazón de las muchedumbres. Los tres, por otra parte, han producido o están produciendo un arte y una ideología diferentes. Me refiero al Cristianismo, a la Revolución Francesa y al marxismo primitivamente cristiano de ahora que encarnó en Rusia, con su última revolución social. Tres revoluciones que aportaron cada una su ideario y su sentimentalismo normativo. Con el triunfo de la cristiandad, se hundieron las últimas aras en los templos dionisiacos del politeísmo, donde un sentimiento superabundante de lo sensual, señalaba una limitación de magnitud a todo lo extraterreno e imponderable. El Cristianismo aportó, y opuso a esta explosión del instinto, su arte ascético y de renunciaciones en lo inmediato y su afán de cosas imponderables en la esencia divina de lo ultrahumano. Mixtificado en sus principios, caído en la idolatría mensurable de los humildes iconos bizantinos y en la crueldad política de las castas sacerdotales y guerreras, comprendió al fin el grave pecado de su error sentimental y lógico y se dió a querer la añoranza de un pasado artístico y filosófico que alcanzó en Grecia, y aun en Roma, el esplendor inusitado de los ortos y de los ocasos del sol. El Renacimiento, por consiguiente, fué una consecuencia obligada de un prolijo y doloroso examen de todos los valores filosóficos y artísticos, que mantuvo en auge forzoso el espiritualismo desnaturalizado del medioevo. Trajo aquél a la

vida otras aspiraciones, otro Arte, otro ideario, pero obedeciendo a esa ley que determina en la Historia el perpetuo fluir y refluir de la Sociología en esa aspiración liberadora y equitativa de las multitudes, cayó en el romanticismo sociológico de proclamar en Francia los derechos del hombre, y en el romanticismo kantiano de dotar al Universo objetivo de la inferencia y de la conjetura, con los atributos peculiares de la razón humana, con las posibilidades conscientes y subjetivas del racionalismo, empeñado en la tarea impracticable de modelar un Cosmos idéntico al que conoce nuestro empirismo, o al que infiere y desplaza nuestra apreciación sensorial de lo inmediato, para establecer el análisis de lo inconmensurable.

"El fracaso coronó el esfuerzo de los enciclopedistas y de los soñadores revolucionarios del 93. La diosa Razón cayó de su pedestal, la nueva tentativa se frustró, precisamente, en aquello mismo que tuvo de esencial en su modo ideológico, y una nueva confronta de valores sociales, artísticos y filosóficos, dió a entender a los hombres que toda aquella era romántica del Arte y de la Filosofía, fué un error amable, un error bello, un error suntuoso del sentimiento y de la conciencia, útil, tal vez, como medio de prueba, pero error al fin.

"Etapa necesaria de la experiencia humana que exige, a manera de circo para adiestrarse, el amplio escenario de los siglos, el Romanticismo realizó su obra y cayó sin estrépito, lentamente, en un ocaso final de olvido y de sombra. Con él se eclipsó, por consiguiente, el prestigio y el fulgor de aquella literatura que lo caracterizaba y que ya viene a ser ahora inactual por entero.

"He aquí, por qué resulta evidente, no la crisis, sino el fracaso definitivo de ese tipo de cultura que aun se invoca a título de insustituible jerarca del pensamiento.

"La inteligencia práctica de ahora, desplaza a ese romanticismo de más en más y lo sustituye con ventaja, porque si no preconiza virtudes de sacrificio, cuya constante práctica no cabe en la humana naturaleza, advierte, en cambio, el peligro social cierto que implica el hedonismo sin freno de la individualidad desbordada, y acepta como positivos, a condición de su utilidad única-

mente, hechos y cosas que no son ciertos, pero que es útil y necesario admitir *como si* lo fueran.

"Se resiente de ello ahora la moral colectiva y se observa que antiguas instituciones de tipo clásico, se escandalizan y se ofenden. Hurga en ellas, en su fondo deplorablemente humano, en su arcaica hipocresía, con vigor de más en más creciente, la inteligencia utilitaria que aplica el saber a la vida, como quería Nietzsche, y no la vida al saber, como lo quiso el Romanticismo.

"Lo que ha de surgir de esta confesión universal del egoísmo y de la necesidad del hombre, se ignora evidentemente, por lo menos en lo que han de ser sus últimas consecuencias, pero no cabe dudar ni un instante que aportará a la vida el tesoro inapreciable de una sabiduría que hasta ahora se han empeñado en ocultar todos los credos, sin conseguirlo en verdad.

"Y no es ya en este punto cuestión de jerarquías intelectuales lo que distingue a un hombre que vive de otro hombre que piensa, porque bajo el aspecto de semejante actitud mental, todos los hombres profesamos una filosofía cualitativamente idéntica. Importa poco que nos clasifique tal o cual profesión científica, tal o cual empleo de las actividades industriosas, porque en el fondo consciente de lo que informa la verdad individual, moral y sociológica del hombre, unos y otros, especialistas en arduas disciplinas o simples obreros, todos, absolutamente todos, sabemos muy bien a qué atenernos al condenar una injusticia colectiva, una extralimitación de facultades discrecionales, o un exceso de dañoso egoísmo.

"Perseguimos el orden dentro de lo que es necesariamente desordenado; acusamos al que se excede, ya porque trajo muy atenuada a la vida una noción de responsabilidad, ya porque lesiona al conjunto con las actividades de su individualidad irrefrenada. Buscamos cierto equilibrio, reconociendo, sin embargo, que es humana la aspiración de imperar y de sobresalir, pero por medios lícitos, a tenor de rigurosas leyes preventivas de orden moral, que han de promulgarse. No queremos ángeles entre los hombres, pero nos repugnan los demonios humanos y aplicando a la naturaleza del común utilitarismo individual la medida ponderadora de una justicia que no se nos escapa ni en el más sutil

de los detalles, pedimos una limitación a todo exceso, no a título de religioso deber, sino en interés de la mejor equidad humana.

"Es indudable que hemos llegado a esta crisis del Romanticismo o de la alta cultura, por la brecha que abrió en el error excesivo de aquel estado mental, inteligencia utilitaria de ahora, que acusa el fracaso de la virtud ingénita del hombre, preconizada por Sócrates, y el error de la humana lógica, universalmente constructiva de Kant. Se tiene entendido hoy que el hombre no nace virtuoso, sino que puede devenir en virtuoso, por colectiva conveniencia. Se sabe, asimismo, que en el Universo físico nuestra razón no puede construir sistemas lógicos, a partir de lo que ella conoce aquí en la Tierra, porque en ese Universo no hay observadores ni sistemas de observación preferidos, sino que cada plano es distinto para el análisis al otro que inmediatamente se le opone, en el conjunto de los planos especiales del Cosmos.

"Consecuencia obligada de esta revisión de valores, es la crisis de esa alta cultura literaria y científica de un largo período romántico que prometió a la existencia lo que no podía concedernos de ningún modo, en la Física ni en la Metafísica, en lo moral ni en lo trascendente.

"Por eso hemos llegado ahora al período de cultura en que se especializa el conocimiento de lo empírico, de lo minucioso, en la posibilidad de procurar a la vida humana positivas y tangibles ventajas, cultura que está muy en desacuerdo por cierto con el método excesivo de las conjeturas románticas.

"Tal es la conclusión a que ha llegado la inteligencia del hombre en nuestros días, así en lo individual como en lo colectivo. Deplorar que no subsista un estado de conciencia que ya va siendo anacrónico en todo el mundo, es volver inútilmente los ojos hacia un pasado que ya no vive en nosotros, sino como el recuerdo de algo imposible, lejano y desaparecido para siempre.

"La era romántica ha terminado ya, amigo Calínez, digan lo que digan cuantos mantienen lo contrario. Si te duele considerar que todo esto puede y debe ser cierto, imagina cuál será mi infortunio de hombre que no sabe acomodarse a tan razonables principios, por no sé qué deplorable herencia o educación recibida.

"La voluntad del error que hay en muchos tratadistas, hija sin

duda de un ciego determinismo espiritual que es a su vez cazador infatigable de teorías y de absurdos, se empeñará en probarte que a partir de tal o cual suposición o método, es posible vivir espiritualmente en Sirio y ponderar el Universo con la misma seguridad del zapatero que mide la longitud de tus pies, para conformarte el calzado.

"Estos filósofos providenciales, pontífices de todas las bellaquerías inventadas por la imaginación del hombre, emplean ruedas de molino para la comunión de sus fieles, y constituyen, en rigor, uno de los más serios peligros con que puede tropezar el juicio sereno y prudente de un individuo, dotado de un mediano discernimiento. Como es preciso creer que ellos están convencidos de la verdad y de la utilidad de sus majaderías, tu sensatez de sujeto equilibrado estará a punto de irse enhoramala, detrás de las sutilezas puntiagudas que se complacen en presentar como puntos infalibles para cimiento de la razón, y cuando encuentran a alguien que, para su daño, se aficiona a descifrar jeroglíficos en ese esparcimiento de orate, puedes dar por seguro que a la vuelta de uno o dos lustros se le queda la cabeza tan llena de aserrín, como a uno de esos monigotes, que venden en los bazares, para divertir a los niños.

"Esto te dirá que si tú has podido medir y ponderar con acierto la cantidad de paño que necesitas para hacerte unos calzones nuevos, asimismo podrás apreciar las magnitudes en un espacio absoluto, porque la medida no está sólo en lo espacial, sino que es también un privilegio de tu corazón, cuando aquilata el ancho y el largo de tus calzones, y cuando pondera, a través del Universo, tal o cual dimensión cósmica.

"Otro tal dirá que nones. Que cada cual mide a su modo, los terrícolas en la Tierra y los marcianos en Marte, si los hay. Que ningún punto en el Universo es preferido para que allí se dé la medida única y que si aquí le está permitido a tu razón acondicionar a las dimensiones de tu región glútea la circunferencia de tu vaso de noche, la del cuello de la camisa y la anchura cómoda de la botas, para que no se te encabrinen los juanetes y los callos, para nada te servirá, en cambio, esa ciencia de gorila depilado, cuando quieras aplicarla a las distancias insuperables de un Uni-

verso, semejante a una vejiga, sin superficie sensible, o sin pellejo, en otras palabras, según el enrevesado entender de los Euclides de ahora.

"Unos que sí y otros que no, se niega hoy lo que ayer se afirmaba en todo ese arte de conjeturar sin resuello, y para esto se llena al mundo de libros y de teorías. En el fondo de ese antro de Trofonio, cayó en mal hora mi menguado espíritu.

"Cuida, Calínez, de no acercarte a tal antro, si es que aspiras a vivir alegre y confiado en este pícaro mundo, donde no hay ciencia más noble ni más humana que la de llenar la tripa y la bolsa, según los cánones imprescriptibles de la inmortal Naturaleza. Lo demás son tortas y pan pintado."

Y así es fama que terminó Gedeón este discurso, lleno de enjundia y de porcinas reflexiones.

FERNANDO LLES

Matanzas, marzo de 1926.

CUBA CONTEMPORÁNEA hace el más alto aprecio de este excelente e intencionado trabajo del Sr. Fernando Lles y Berdayes, exquisito poeta y renombrado ensayista matancero, a quien da las más expresivas gracias por su envío.

El Sr. Lles publicó, en colaboración con su malogrado hermano Francisco, varios tomos de versos: *Crepúsculos* (1909); *Sol de invierno* (1910), y *Limoneros en flor* (1912), a más de un volumen de poesías suyas rotulado *A orillas del Pireo,* libros que merecen citarse con el mayor encomio.

Como ensayista, género literario apenas cultivado en Cuba, es el Sr. Lles autor de los trabajos siguientes: *La higuera de Timón* (1921); *La sombra de Heráclito* (1923), y *La escudilla de Diógenes. Etopeya del cínico* (1924), obras que han merecido variados y encomiásticos juicios de la crítica nacional y extranjera.

Carlos Loveira, el reputado novelista, con motivo de su reciente ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras, leyó un discurso titulado *Un gran ensayista cubano: Fernando Lles,* en el cual hace un acucioso estudio de la labor del culto escritor de Matanzas.

EL VIAJE SIN FIN

(NOVELA)

PRIMERA PARTE

UNA NOCHE...

EL cartero llegó al muelle cuando las primeras luces artificiales empezaban a rayar el mar con sus trémulos oros. Era sábado, y los obreros del puerto iniciaban el reflujo hacia la ciudad, dejando las dársenas en un desamparo protegido apenas por los brazos de hierro de las grúas. Bajo el vasto cobertizo, al término del cual estaba el buzón, las sombras tenían ya una solidez veteada de olores y susurros. Olían los toneles estibados en pirámides, las cajas que esperaban con su inútil advertencia de "frágil" la brutal prisa de los cargadores, las grasas, los cueros; y de tiempo en tiempo hendían el silencio el roer de las ratas, y misteriosas quejas de la materia abandonada por los hombres en aquella soledad húmeda.

El cartero titubeó antes de entrar en el cobertizo.

—Qué, ¿a recoger el correo?—dijo la voz asmática del guarda—. Poca correspondencia habrá hoy. Sólo estuvo ahí *El Planeta,* un barquito de tres al cuarto. Yo que usted, me ahorraba el viaje.

Aquella invitación a esquivar el deber, lo decidió a ir. Rasgó a zancadas las largas tinieblas, abrió el buzón, y, cuando ya creía haber hecho en vano el esfuerzo, sus dedos asieron, en el fondo, tres sobres. En verdad que para tan poca cosa no valía la pena

haber arrostrado las sombras, donde todo hombre recobra algo de sus pavores pueriles de niño. Subordinándose instintivamente a esta idea, en vez de abrir la cartera de cuero, depositó la parva cosecha epistolar en un bolsillo, y salió. Móviles masas de bruma apagaban las luces lejanas y envolvían las próximas en una irresolución fantasmal. El otoño no pasaba, como otras noches, a modo de ladrón rugidor que amenazase desnudar al transeunte; pero el frío era cual cierzo quieto, y tenía, en cambio, algo de asesino. Urgía, pues, apretar el paso, para sentirse cuanto antes al abrigo de la inclemencia de la noche, en la taberna del buen aguardiente y los gritos cordiales, en que sus dos compañeros solían esperarlo para celebrar la sabática e inocente orgía, hecha de un poco de quietud y un poco de alcohol.

Ellos debían de haber empezado desde hacía rato a desquitarse de su trabajosa realidad, pues dos puntas audaces chisporroteaban en las cuatro pupilas cuando las bocas desgranaron locuazmente las frases de saludo: "¿Cómo venía el amigo tan retrasado?" "¿Es que tuvo alguna aventura en el muelle?" "¡Bah! Si no la tuvo, tanto mejor: ¡al diablo las mujeres, que sacan el dinero y la vida!" "¡La única hembra buena era la botella!" "¡Ea, dependiente, tráigale aquí al amigo las cinco copas que le llevamos de ventaja... !" "¡Igualdad y fraternidad!"

Poco después, fraternalmente igualados en una embriaguez tenue, hablaban, sin lograr salir de la zona estrecha de sus vidas, desviándose apenas en el ensueño de sus existencias uncidas al yugo de un beber lento, monótono y humilde.

Uno era delgado y entrecano; en el otro las largas caminatas no habían conseguido calmar una amenaza congestiva; el tercero era joven, y esta condición maravillosa sobresalía de todo rasgo fisionómico.

El apoplético preguntó:

—¿Mucho correo hoy?

—Nada: tres sobres sólo.

—Yo, en cambio... Hoy los de mi barrio no hicieron otra cosa que escribir. ¡Ah, los malditos!

—Yo las mismas de siempre.

—Pues aquí tenéis mis tres cartas.

—Una para cada uno de nosotros—dijo de pronto con alarde de fantasía el joven.

Y luego, en son de chanza:

—Trae la mía acá.

Los otros dos tornáronse serios. "¡Qué cosas tenía aquél!" Dos copas de lo blanco bastaban para quitarle el aire mansito y ponerle en la cara y en la boca su alma de truhán.

Siguieron hablando y bebiendo; mas, con tenacidad pagojosa, la idea lanzada hacía un instante rebotaba hacia ellos, y en vano el más viejo pretendía llevar por rumbo diferente la charla. A cada rato, en un retorno jocoso reclamaba la voz del joven:

—¡Ea, no te hagas el tonto! ¿Me das mi carta o no?

Con el brazo apretado en instintivo ademán de defensa, el depositario de las cartas buscaba en su memoria razones para someter al contumaz. Más de un discurso había escuchado en su vida profesional contra las tentaciones de la curiosidad o la codicia. "El cartero era como un notario, mejor que un notario, pues guardaba, no ya la fe, sino la esperanza pública." Esta frase sobrenadaba en el naufragio total de sus recuerdos. Pero por encima de las nociones del deber incrustadas en él por reglamentos y discursos, otras, nacidas de sí mismo, pugnaban también por cuajar. A cada trago las sentía a punto de condensarse en la mente: "¿Qué le importaban aquellas cartas? ¿A qué venía un interés bobo por lo ajeno? ¿No había cientos de veces desdeñado la incitación de las postales en letra provocativa por lo clara o lo oscura, de los sobres mal cerrados, y de los panzudos paquetes que parecían proponer un secreto? No, no; abrir las cartas era un delito... Un delito estúpido." Mas su inteligencia y su lengua, por igual turbias, no conseguían triunfar del *ritornello* del compañero joven, que, sin reparar en los movimientos denegativos de sus canas y en la severidad de su gesto, insinuaba ademanes ya de petición, ya de hurto, y se quejaba con fingido pesar:

—Por una vez que tiene uno una carta se la niegan. ¡Y yo, que doy tantas al día!

Si hubieran estado a solas quizás el espíritu profesional habría conseguido imponerse; pero el de la faz empurpurada hizo causa común en contra suya, y a la tercera botella—una por cada

uno, una por cada carta, según notó el joven guiñando el ojo izquierdo—, los sobres salieron del bolsillo y los pliegos de los sobres. Dos tenían el membrete de la "Compañía Francobrasilera de Navegación". Los rasgos finos de una revelaban, antes que la firma, a una mujer; los de la otra hacían pensar, por su regularidad difícil, en un viejo. La tercera, escrita en papel blanco, con caracteres firmes y sin adornos, proclamaba la energía madura de un hombre.

El cartero joven, quitándole de la mano al apoplético la carta de mujer, dijo con voz autoritaria:

—Esta es la mía. Creo que los abuelos no me negarán el derecho.

—Anda, granuja—dijo el otro cediéndosela.

Y en seguida, los tres, se pusieron a leer ávidamente.

LAS TRES CARTAS

"Querida esposa: Hasta última hora creí que dejaría el mando. Eso de ir con un segundo en quien la Compañía no tenga confianza por su debilidad de carácter, es un inconveniente. Menos mal que ya va para poco. La cosa me hubiera proporcionado, en medio de la pena, la alegría de no haber sabido cuál era mi último viaje. Treinta años dando tumbos pensando en el día de retirarse, para sentirlo cuando llega y obstinarse en la tontería de creer que lo destierran a uno del mar por inservible, será tonto, según dices tú, pero no lo puedo evitar. No hemos logrado lo que tú querías: acabar mi carrera en uno de esos barcazos semejantes a hoteles, donde, según dicen, se puede ahorrar mucho. No te importe; para los dos nuestras economías han de bastarnos. Yo, por mí, me alegro de haber acabado mis días de marino en un barco modesto. Desde que se arrumbaron las polacras, las corbetas y los bergantines, los únicos barcos en que ir por el mar era un gusto, todos vienen a ser casi lo mismo. Y con sus fondos sucios sus doce nudos asmáticos, no cambio yo mi *Planeta* de cinco mil toneladas, por uno de esos armatostes llenos de camareros y salones de baile, que a ti te marean un poco desde tierra.

Todo llega. Ya te llegó la hora de no temerle al mar y de no tener celos de mis cronómetros, de mi sextante, de mis pobres tablas de logaritmos y de mis mapas, arrinconados hoy en el cuarto de derrota en espera de irse con su dueño; ya te llegó la hora de no pensar con la rabia que pensabas hace veinte años, en los puertos de escala llenos de *peligros*. Dentro de muy poco estaremos juntos, anclados, sin contar las semanas que nos separan del reembarque, y sin temer otro viaje que el viaje largo para el que, si la Virgen del Carmen nos oye, iremos juntos. No creas que estoy triste; si pienso en la muerte es sin pena, y si pienso en el mar, en este camarote desde donde te escribo, con el puente a un lado, y la rueda del timón, y la rosa de los vientos dentro de su caperuza, en este cuarto que pronto será de otro, también pienso en nuestra casita y en la tranquilidad de no tener que luchar más con esta mala hierba de los maquinistas, que quieren que se les llame ingenieros, y en nuestro corralito con sus gallinas (no te olvides de echar la javada que te traje, aunque sea con huevos de la prieta, para ver si es cierto lo que el holandés dijo), y en... He perdido un poco el hilo, querida... No vayas a creer que es sentimiento. Más que estar aquí me gustaría estar ya a tu lado, para siempre.

Va a ser un viaje duro, porque llevamos mucho pasaje de entrepuente y cinco viajeros de cámara: dos sacerdotes, un militar brasilero retirado y dos señoras, madre e hija. El flete es de vino y conservas, para traer caoba.

Dejo de escribirte porque se oyen unos gritos afuera.

Ya estoy de vuelta: era un emigrante valentón, que ha tenido una disputa con el sobrecargo. Le he dicho que si volvía a gritar iba a mandar darle un par de chicotazos, y se ha puesto de un modo que me dieron gana de cumplir lo ofrecido. Ya te veo sonreír. Tienes razón. ¡Si hubiera dado siquiera la quinta parte de los chicotazos que he prometido! Y eso que cuando fuí grumete los recibí famosos.

Otra vez interrumpo ésta. Vienen a avisarme que embarcan los dos curas. Si las malditas conservas no llegan, vamos a perder la marea. Se me olvidó decirte que al entrar las dos señoras, el buen mozo de proa de que antes te hablé le dirigió a la

muchacha una mirada tan insolente, que me dieron ganas de decirle: "¡Eh, cuidado con mirar lo ajeno, amiguito, que aquí está el guarda!" S no fuera éste mi último viaje, ya vería él.

Cierro la carta tres horas después de escrito el párrafo último. El tren, como de costumbre, nos jugó una mala pasada. Los sacerdotes y el militar parecen buenas personas. Creo que uno de los de sotana juega al ajedrez; menos mal. Las mujeres, lo de siempre. La muchacha, que es muy bonita, se debió creer que mi barco era uno de los tuyos, porque llegó a bordo vestida como para un baile. Ya le quitarán los humos de elegancia las cucarachas y el mareo.

Adiós, querida esposa. Cuida mucho a la gallina nueva y prepárate para recibir dentro de tres meses a tu capitán, que se dispone a dejar el mando en tus manos y te envía un abrazo.

Ricardo Aubry."

La segunda carta decía:

"Queridísima María Inés: ¡Chica, qué decepción! Está visto que, a pesar de ser rubia, eres única para decir la buenaventura, que es casi mala en este caso. Nada me ha causado el efecto que pensé, ni siquiera las joyerías y las casas de los grandes modistos; y ahora mismo, en vez de embarcar hacia ese misterioso Río Grande, en donde mi tío nos espera, me volvía ahí y, en lugar de buscar el príncipe de los plátanos que me tienes vaticinado, apencaba con Juanito, que, salvo lo de la cojera, que apenas se le nota, es buen muchacho y no tiene otro defecto grande que ser pobre.

En fin, no vale querer cuando se es mujer, hija, y hay que seguir por los carrilitos que la vida nos pone delante. "Una mujer joven y no fea—gracias por el piropo—es siempre algo reina", me decías tú para consolarme cuando me daba por llorar. Esa es mi esperanza única, una esperanza que nada tiene que ver con la fe. Porque una mujer prestada todos la quieren, pero dada parece ser que es cosa de miedo.

Dos veces vine a ver el buque que ha de llevarnos desde aquí al Brasil. ¡Ah, no será en este barquito donde se tenga una

que vestir para las comidas y se organicen partidas de juegos y fiestas y *flirts!* ¡Y pensar que nuestras relaciones me supondrán viajando en el *Aquitania,* entre millonarios yankis y aristócratas de todos los países! No vayas a descubrirme, por Dios. *El Planeta* es un buque cursi, chica; un buque donde todo es un poco de tercera. Juanito se lució al decir la rimbombante frase de "el suntuoso palacio a flote y del mar convertido en inmenso amortiguador azul que hiciera más muelle y adormecedora la existencia". Sí, sí... Yo no sé lo que será esto cuando empiece a moverse; lo que es ahora huele más a alquitrán, a botica o a no sé qué, que a Coty; y el ventilador, sin el cual es imposible estar en cuanto se baja de cubierta, da más dolor de cabeza que aquellos sombreros minúsculos que compró tu madre en un saldo. ¿Te acuerdas? Ya dijo Campoamor que todo tiempo pasado..., etc.

De compañeros de viaje, cero. Dudo que ni siquiera en la fiesta del capitán, una especie de hipopótamo, en el género de tu tío Luis, pueda ponerme el modelo que me ayudaste a copiar con tanto cariño. ¡Cuánta puntada en vano! Se lo reservaré al príncipe de los guineos.

En primera sólo van dos padres y un viejo con cara de chimpancé; es decir, "nadie". En tercera, que es un verdadero contra Dios como los llevan, he visto a un tipo guapísimo, que me ha echado unos ojos de brasa. Es un mocetón moreno, de facciones "de *cine*", como los que gustan a Clarita, ya sabes. Armó una rifirrafe con el capitán, y yo creo que, gracias a "mi divina aparición", no siguió la trapatiesta, que ya estaba casi en las palabras gordas. Yo, en pago, le correspondía su mirada larga con una de rabillo de ojo. Hay que ser agradecida y caritativa. (Esta es la carta de las virtudes teologales, dirás. A la vejez va a salirle el catecismo.) Además, ahora que estamos arruinadas y que hemos tenido que recurrir a la emigración, hay que insinuarse hacia la democracia, por si acaso falla tu buenaventura en lo del príncipe de las bananas.

Mamá asegura, lo más seria del mundo, que *El Planeta* no le inspira confianza. No creo que esto sea presentimiento. Cuando no presintió que el agente que le propuso invertir el resto

de su capitalito en acciones de *La Hidroaurífera* era un estafador, es que tiene callos en el pedacito del cerebro que sirve para pensar en el futuro. De todos modos ha elegido ya bote, y se ha probado, y me ha hecho probar, el chaleco salvavidas, que me está, por cierto, muy bien.

Nada más, monina; supongo que no te quejarás de mí. El barco debía haber salido hace ya dos horas. La sirena no hace más que bramar, y mamá se tapa los oídos lo mismo que la mamá de Clarita se tapaba los ojos en ciertas ocasiones.

Hasta pronto. Escríbeme, y recibe un beso muy fuerte de tu mejor amiga que besa en este beso último muchas cosas de las que creía que no le iba a dar ninguna pena despedirse.

Lucila.

P. S.—Dile a Juan que mande en seguida las fotografías últimas, aunque no hayan salido bien. Otro beso, éste para ti sola, para que no tengas celos."

Y la tercera carta:

"Amigo Iván: No me llames loco. Otra vez me tienes cara al mar y en plena ira, en la sentina de un barco rodeado de miserables que ni siquiera la conciencia de su miseria tienen.

Voy de nuevo allá, y trabajaré igual que aquí por la causa. El barco que me lleva es chico, pobre y, sin embargo, en unos metros de espacio, la división de castas y de goces y dolores es tal, que pone en carne viva la conciencia y hace hervir la sangre. No en balde se llama *El Planeta.*

Ahora mismo he tenido la primera trifulca con el capitán por defender a unos pobres polacos a quienes trataron peor que a cerdos. No ha pasado la cosa a mayores por una de esas "debilidades" mías de que tú me acusas, con razón, y que ya me ha costado más de una calumnia. Entró una pasajera de cámara en esos momentos; una chica preciosa y antipática, que, sin duda por no tener con quien practicar sus arrumacos, se dignó mirarme de reojo, con lo cual el capitán se ahorró unas cuantas verdades. Es una rubia muy joven y un poquitito más que *fausse-*

maigre. Bocado de burgués rico, que es mejor hoy que de cardenal. Si llegara el caso de acabar con los tiranos de este *Planeta,* a manera de ensayo por acabar con los del planeta grande, y fuera posible una buena hora de saqueo antes de la bomba decisiva, la gata de la carita pintada y el traje de gasa no sería de las presas peores.

Gracias mil por lo del pasaporte. La vida se iba haciendo aquí insostenible. Recibí a tiempo el libro del compañero Príncipe, que circularé entre los compañeros de allá. Envíame las cartas a la delegación de Río. ¡Ah!, pagué la deuda de la casa Leví; te lo advierto para que no vayan a sorprenderte. Ya sabes que Judas se ahorcó por no poder cobrar más que una vez los treinta dineros.

Y nada más, es decir, sí: un apretón de manos de tu camarada

León."

EL COMENTARIO

Alternativamente, en silencio, las cartas habían ido de uno a otro; e inclinados sobre ellas cual sobre tres ventanas abiertas hacia otras vidas, sus imaginaciones perezosas sentíanse más excitadas por la lectura que por el alcohol. Al concluir de leer hubo un silencio. Después se desgranaron estas palabras espaciadas y lentas, entre las cuales destiló la nostalgia su zumo:

—Si fuera posible volver a cerrar los sobres otra vez—dijo el cartero entrecano guardando los papeles en el bolsillo.

—Si fuera posible ir aunque fuese a nado hasta el barco ese, para ver si pasa algo más entre *él* y *ella*—suspiró el cartero joven.

—Yo veo la cosa conforme la pone el capitán—arguyó el apoplético—: un camino, en el camino un árbol con una fruta bien jugosa y madura; cerca del árbol el guarda con el ojo alerta, y un poco más lejos el ladrón, dispuesto a saltar al menor descuido.

—A lo mejor, en cuanto el barco empezó a danzar todo quedó en nada.

—De ningún modo—arguyó el joven, cual si el escepticismo del compañero amenazase su creencia férvida.

Callaron un momento y entornaron los ojos para ensoñar mejor. Con los pasos del alma los tres seguían la estela que dejaba *El Planeta* en el mar.

Al fin pagaron a escote lo bebido y salieron. Un viento duro había sucedido a la calma de antes, y sus ráfagas se irritaban con amenazadoras voces en las calles angostas. Las nubes iban bajas, enredándose casi en los tejados. De lejos, a la luz de los faroles, veíanse tolvaneras que de tiempo en tiempo atravesaban los transeuntes. Antes de separarse, el cartero del muelle, deteniendo a sus compañeros, tomó un acento contrito para decir:

—Os aseguro que en treinta años de servicios ésta ha sido la primera vez...

—¡Bah!—dijo el de la cara encendida.

—Bien sé que no es cosa grave, como las que han hecho otros; pero de todos modos, no lo volveré a hacer.

—¿Ni aunque cayeran en tu buzón las cartas que "el ladrón, el guarda y la manzana" van a escribir cuando lleguen al otro lado del charco?—preguntó el joven con malicia.

—No, no—insistió el viejo.

Pero el tono de su voz fué ya menos firme. Y de nuevo, en unánime anhelo curioso, las tres miradas barrenaron la sombra, y los tres deseos se confiaron al viento, que acaso iría a pasar sobre el misterioso buque cabeceante entre el círculo inmutable del cielo y el inquieto del mar.

SEGUNDA PARTE

LA NOTICIA

María Inés, que sólo leía en los periódicos la crónica de sociedad, sintióse atraída aquella mañana por un nombre perdido entre las noticias del extranjero. ¿Fué casualidad o magnetismo? Nunca se preocupó de averiguarlo. Las seis o siete líneas de donde se destacaban estas dos palabras: *El Planeta,* la hicieron saltar del lecho; y blandiendo el periódico, con el cuerpo fragante y tibio aún bajo la camisa traslúcida, suelto el pelo

de negras raíces y artificial dorado, recorrió y llenó la casa con voces de susto.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mira!

—¡Me has asustado, mujer!—reconvino la señora, que zurcía calcetines junto a una ventana del patio—. Ponte siquiera un chal, no vayas a enfriarte.

María Inés apartó el montón de calcetines—"los pequeños poemas", como ella les llamaba rencorosamente—, y, sentándose junto a su madre, dijo:

—Noticias de Lucila, mamá: malas.

—¿Qué es?

—No sé. Son noticias del barco. ¡Ya decía yo que tardaba mucho!

—¡A ver! ¡A ver! ¡Lee, y no me tengas con el alma en un hilo!

Inclinándose sobre los hombres desnudos de su hija, se caló las gafas para leer también. La voz de María Inés destacó cada una de las palabras del telegrama:

"Por fin se han tenido noticias del vapor *Planeta,* cuyo inexplicable retraso inspiraba a la Casa armadora tan serios temores. El buque fué encontrado a doscientas millas de Providencia por el transatlántico *Canadá.* Parece ser que a causa de una sublevación a bordo perecieron todos los oficiales, y el barco cayó en manos de unos desalmados que, faltos al fin de recursos, entregánronse al *Canadá.*"

—¡Ave María, qué horror! Deben de haber sido piratas... No le faltaba a esa loca más que haberse embarcado en un buque así. Siempre te dije que no me gustaba esa amistad. Una muchacha que no iba a misa y que cambiaba de novio cada mes... ¡Jesús, Jesús!

—¿Quieres callar, mamá? Tú te picas de justa y eres la persona más injusta del mundo. Hay que averiguar algo, echarse a la calle a ver si el barco tiene agentes aquí. Por lo pronto, dame dinero para mandar por todos los periódicos de hoy.

—¿Pero no has leído ya la noticia?

—¡No seas tacaña! Yo, hasta no saber punto por punto lo que ha pasado, no respiro.

—Bien, bien. Ya me veo con la casa llena de papelotes y yendo de redacción en redacción. No me mires así. Se hará lo que tú quieres, como siempre.

Y lo que María Inés quiso fué mandar a su tío Luis para encargarlo de recorrer las agencias telegráficas; dedicarse ella a coleccionar durante cuatro días hasta los periódicos que se publicaban casi en secreto, sorprendiéndose e indignándose de que unos llamaran al barco *El Astro,* otros *El Bólido,* otros *El Mundo* y otros *El Cometa,* e ir, por último, a reclamar a la redacción de *La Verdad,* que insertó el retrato de "la única pasajera del vapor *Satélite,* asaltado cerca de California"—un retrato sabe Dios de quién, que estaba mucho más lejos de la fisonomía de Lucila que San Francisco del lugar donde *El Planeta* había sido encontrado.

EL CUARTO PODER

Los recortes de periódicos, ordenados cronológicamente, fueron puestos en un álbum de postales. Contra la creencia de María Inés, nada serviría, menos para reconstruir el suceso, que la lectura de todas aquellas tiras impresas. El coincidir con una de esas épocas en que la política, la banca y el crimen caen en una inactividad desconsiderada, obligando a los pobres periodistas a sacar de su letargo a la famosa "serpiente de mar" para satisfacer la voracidad de ese ogro de cuartillas llamado regente, que sube cada media hora del fondo fragoso y negro de la imprenta asegurando que falta todavía original, granjeó a lo ocurrido en *El Planeta* una divulgación caudalosa incompatible con la exactitud. Quien estudie los artículos coleccionados por la amiga de Lucila, hallará menos repeticiones que contradicciones. Algunos revelan una visión a distancia casi peligrosa; otros una sagacidad psicológica lindante con la adivinación. Pero como ningún juicio servirá para formar el de los lectores en la medida que la simple exposición de algunas de las noticias compiladas, vamos a reproducir las que tienen siquiera un punto de tangencia con la verdad. En la parte superior de cada una, con letra "Sagrado Corazón" color violeta, constan la fecha y el

nombre del periódico. Para ahorrar espacio, sólo consignaremos el nombre.

Las Noticias.—"El caso de *El Cometa* está llamando la atención del mundo entero. Los que se quejan de que esta época es poco novelesca tienen en lo ocurrido en este barco el mejor mentís. Un navío que sale con destino a un puerto y que se aparta de la ruta más de cien leguas no es cosa corriente; pero si se añade que los pasajeros de primera clase fueron maniatados por los de tercera, a excepción de una muchacha, cómplice quizás, que se convierte en favorita del jefe de los malhechores, se comprenderá cuánto tiene de extraño el suceso.

Todavía los telegramas, en su laconismo, no dan suficientes pormenores. *Las Noticias,* órgano del pensamiento moderno, atento siempre a que sus abonados hallen, sin necesidad de acudir a otras fuentes de información, ecos de cuanto interesante ocurre en el orbe, ha monado un servicio especial y no tardará en ofrecer un relato completísimo de lo ocurrido."

La Razón.—"El interés que está despertando el caso de *El Astro*—no *El Cometa,* como erróneamente le llama un colega de la noche, que da el carácter de favorita, es decir, elegida y preferida entre otras, a la única pasajera de a bordo—está por completo justificado. Según nuestros informes, *El Astro,* vapor de 7,530 toneladas de la matrícula de Liverpool, ha sido víctima de una banda de ladrones internacionales que funciona desde hace tiempo, con la regularidad de una empresa lícita en Viena, Berlín, París y Londres. Esta banda, sin duda la misma que llevó a cabo el robo de la banca judía de Praga y de la factoría perlera de Golconda, debía de estar al tanto del envío de oro del Gobierno inglés a Norteamérica, pues el golpe ha sido calculado y ejecutado con maestría igualada muy pocas veces. El primer cuidado de los bandidos fué inutilizar la telegrafía sin hilos y asesinar a los oficiales. Se ignora si la pasajera que iba a bordo, llamada Lucía Pérez, española, según se supone, forma o no parte del grupo de forajidos. Todo induce a sospechar que sí, pues el jefe de ellos, hombre a quien los cables de procedencias más diversas coinci-

den en reconocer la ferocidad de un león, tuvo relaciones amorosas con ella, y hasta se asegura que vivieron maritalmente durante los últimos días de la aventura. Lo que sí consta es que los criminales fueron aprehendidos por la tripulación del *Canadá* y que serán juzgados en los Estados Unidos, por haberse realizado la captura en aguas jurisdiccionales de ese país.

Poco a poco, a medida que lleguen las noticias que hemos pedido a nuestro corresponsal, las iremos comunicando al público."

El Orden.—"Los detalles que cada día llegan del vergonzoso suceso de *El Astro,* ponen pavor en el ánimo y justifican una vez más nuestras exhortaciones para que los hombres de responsabilidad formen un dique contra la ola de corrupción que nos invade. Aunque se ha confirmado ser incierto que el buque llevara oro del Gobierno inglés y que se trata de un acto de bandidaje aislado, ajeno, por fortuna, a toda organización, el hecho no es menos sintomático. Un malvado perseguido por la ley, comunista de nota, que logra escapar primero a las autoridades de emigración y alucinar después a sus compañeros de éxodo, haciéndoles que asesinen a los oficiales y se apoderen del buque; que viola a la única pasajera de a bordo (una señorita dignísima, según nos consta) y que durante seis días establece en medio del Océano una isla de anarquía, a merced de los vientos y de las pasiones, parece el argumento de una opereta trágica y revela, a quienes sepan mirar el fondo de las cosas, cuán caídos están el principio de autoridad y el temor a la justicia, freno único, en su máxima severidad, para ciertas gentes.

El Orden, tan poco amigo, según sus lectores saben, de publicar sucesos truculentos, hará una excepción dando cabida en sus columnas, para ejemplaridad pública y vilipendio de cuantos debieran ser los guardianes de la civilización que nuestros abuelos nos legaron, a los detalles garantizadamente exactos, según nuestra costumbre tan poco imitada en todo género de informaciones, que nos lleguen sobre el caso incomprensible y repugnante del que, sin violentar demasiado la retórica, podría llamarse por antonomasia el buque de estos tiempos."

Los Sucesos.—"Los periódicos americanos llegados hoy nos permiten ofrecer a nuestros infinitos lectores una descripción casi completa de lo ocurrido a bordo del vapor *Cometa,* que salió del Havre para Río de Janeiro hace un mes y fué encontrado al garate cerca del canal de la Providencia por el trasatlántico *Canadá.*

Un pasajero de tercera clase, hombre sin duda de condiciones extraordinarias, a pesar del mal empleo que ha hecho de ellas, empezó desde el momento mismo de la salida a sembrar gérmenes de indisciplina entre sus compañeros de cala.

El capitán, que era viejo y hacía su último viaje, no supo prevenir ni evitar el peligro, y una noche, precisamente durante la fiesta que celebraban los pocos pasajeros de cámara en beneficio de la Sociedad de Salvamento de Náufragos, dieron el golpe, calculado de una manera terriblemente perfecta.

El capitán y los tres oficiales fueron muertos sin apenas resistir, mientras que en las máquinas se desarrollaba una lucha titánica, sólo alumbraba por el fulgor de los hornillos.

Los maquinistas intentaron resistir, pero los fogoneros hicieron causa común con la chusma y poco después el cuerpo de uno de aquellos mártires del deber era metido por los bárbaros en el candente brasero, mientras que los de los otros tres caían al agua, donde fueron pasto de los peces.

La única pasajera digna de que el héroe de la aventura se fijase en ella parece ser que había distraído los tedios de la travesía estableciendo con él, desde la barandilla de primera clase al entrepuente, una de esas conversaciones sin palabras en las cuales toda la gente joven es políglota. Esta simpatía salvó la vida de sus compañeros de cámara. El dueño del navío la tomó bajo su protección y la hizo compartir su vida en el puente. Durante varios días el idilio debió ser dulcísimo, a pesar de las mal lavadas manchas de sangre, en aquel barco loco cuya hélice seguía dando vueltas gracias a la convincente energía de su dueño; pero cuya brújula no funcionaba bien y cuyas provisiones escaseaban bajo la doble gula de las calderas y de los emigrantes, que hacían de cada comida un festín.

El viaje de *El Cometa* en estas circunstancias, apartándose de su camino y yendo por azar a cruzar una de las rutas más concu-

rridas de los mares de América, constituye un episodio único. Pasados los primeros días de orgía y estupor, el instinto de conservación despertó el sentido común de aquellos locos, y el miedo a una catástrofe futura los llevó a unirse para exigir al "hombre del puente" la seguridad de llegar a tierra.

Ante las amenazas, el criminal tuvo una audacia última: "Yo soy el único que sabe conducir el vapor, dijo; y si me matarais sería igual que suicidaros todos." Así los tuvo contenidos hasta que, ya abordados por el *Canadá* y convencidos de su ignorancia, pretendieron tomar la justa venganza a que casi tenían derecho."

La Acción Católica.—"El revuelo originado por la aventura de una compatriota nuestra en ese vapor cuya odisea nefanda han referido en tono harto libre los periódicos llamados de izquierda, merece un severo comentario. No puede la caridad cristiana condenar a quienes sucumben a la fuerza, sea cual sea el pecado que se les obligue a cometer. Y a este respecto los Santos Evangelios ofrecen más de una lección piadosa. Lo ocurrido a bordo de ese buque precisamente en las costas inhospitalarias de países que disfrutan del no envidiado honor de haber separado la Santa Iglesia del Estado, constituye otro signo más de los tiempos. Y si los modernos Faraones quisieran abrir los ojos, verían el *manœ, tecel, fares* escrito en caracteres de fuego en todas partes, menos en sus conciencias.

Si las noticias lanzadas a los cuatro vientos son exactas, sólo lástima merece la criatura que en mala hora embarcó en un navío de gentiles. Y sentiríamos, por nuestro buen nombre, que corriera la insinuación de que una española alentó con sus coqueterías a aquel trasunto de anticristo. No es ésta la mejor manera de hacer patria.

Autorizados por quienes únicamente pueden intervenir en las conciencias, aconsejamos que no se proceda con ligereza al enjuiciar y hablar, porque las manchas echadas en la honra, aun cuando sean sin voluntad de daño y se laven después, no vuelven a dejarla inmaculada. El hecho de que la misma señorita Pérez sea la que descubrió a sus compañeros de viaje la impostura del organizador del complot, haciéndoles ver que ignoraba hasta los

rudimentos de la náutica, y que, por lo tanto, estaban destinados a hundirse o estrellarse contra un arrecife, disipa en grandísima parte toda sospecha de pecado.

La prudencia y los buenos principios religiosos piden cautela, que si su culpabilidad se demostrara tiempo tendríamos de echar sobre ella el peso de los anatemas que para los apartados del temor de Dios tuvimos siempre en estas columnas."

La Verdad.—"Mientras nuestras colegas se han dedicado a hinchar las noticias casi incoherentes transmitidas por el cable, nosotros, que no gustamos de calmar la sed del público en manantiales turbios, podemos afirmar acerca del barco robado lo siguiente:

Primero: Que el vapor donde se ha desarrollado el drama se llama *La Planette,* que no es de la matrícula de Liverpool, sino de la de Rouen, y que tiene cinco mil toneladas escasas. Segundo: Que el jefe de la insubordinación, detenido actualmente en Jamaica y no en los Estados Unidos, como se ha dicho—¡oh, nuestros compañeros geógrafos!—, no tiene ferocidad de león, sino que se llama León: León Puig Rocabert, fichado en el Instituto Antropométrico de París con el número 7,538, serie C. Tercero: Que aun cuando sus relaciones con la pasajera no han podido fijarse aún, la actitud de ésta sale ya de la zona de las conjeturas, pudiendo afirmarse que después del golpe de mano fueron totales y la convirtió en la capitana del navío; y cuarto: Que en tanto los diarios de Kingston no publiquen las sesiones del juicio oral que se verá en breve, dado el absoluto secreto del sumario, cualquier detalle más de los que publicamos hoy, acreditará la fantasía, pero no el respeto a la seriedad periodística, del periódico que lo inserte.

La Verdad, no obstante, ofrecerá mañana a sus lectores los retratos de los rocambolescos protagonistas del suceso."

EL SEÑOR DIRECTOR

Ya María Inés, enervada por la larga espera y el nauseabundo olor a colilla, taconeaba nerviosa, cuando se abrió la puerta del saloncito y apareció un caballero mal vestido.

—¿Qué quería usted?—le preguntó inclinándose—. Yo soy el director del periódico.

—Vengo a protestar—dijo ella—contra el retrato que han publicado. Todo lo que se ha escrito es una infamia; pero el retrato pasa ya de los límites. Me refiero a lo del barco robado, no se haga de nuevas. Esa no es mi amiga, no, señor.

—Señorita... Siéntese Yo quiero creer que no está usted loca... ¿Verdad? Sería una lástima.

—¿Loca yo? Lo que estoy es furiosa... Mi amiga se embarcó en ese maldito barco y sólo me lo dijo a mí, porque no quería que supieran que no iba en un vapor de lujo. Todo el mundo cree que salió de Burdeos en el *Massilia,* y por eso he tenido que aguantarme... Pero esto pasa ya de la raya... Ninguna de las patrañas que han contado ustedes puede ser cierta... Y no se llama Lucía Pérez, sino Lucila Pérez del Pulgar, y se parece tanto a la birria ésta que ustedes han dado, como yo a usted.

El director se caló los anteojos, se pasó la diestra por la cabeza esparciendo por el cuello de la chaqueta una nevada leve y oprimió un timbre.

—Que venga Gil—dijo al ordenanza.

Poco después, antes de que el pecho de María Inés calmara el ritmo violento de la ira, entró un joven estrábico de aspecto muy tímido.

—Es usted un imbécil—le dijo el director.

Sin desmentirlo, la víctima pareció mirar la puerta, cuando en realidad miraba a María Inés, cual si quisiera pedirle testimonio y socorro para aquel exabrupto, y susurró:

—¿Por lo de la confusión de los retratos? Yo lo mandé a tiempo, en cuanto lo recibimos de la Agencia. Si el grabador se durmió o si los confundieron en la platina, no es culpa mía.

—¡Y quieren ustedes ganar sueldo y que se les llame periodistas!... Tenía usted aquí en la ciudad la mejor información ¡y la busca fuera! La protagonista del asunto de la fragata esa es de aquí, ¡de aquí mismo! ¡Y pensar que hemos metido la pata ridículamente cuando pudimos tener un éxito! Vaya por los retratos en seguida para que siquiera la señorita se convenza de que ha sido un error estúpido.

El reporter salió a trompicones. Ya María Inés estaba arrepentida de haberlos lanzado sobre la pista exacta, cuando el director la tranquilizó con estas frases:

—Y lo peor es que ha pasado la ocasión: los sucesos son igual que fruto, que no pueden conservarse en el árbol más que cierto tiempo. Hoy se abre el Parlamento y habrá que largar lo del barquito y otras cosas, porque van a faltar lo menos tres columnas... Hace uno un artículo de fondo doctrinal, de esos que salvan o precipitan un Gobierno y, ¡nadie dice nada! Pasa una tontería en un barco, a mil leguas, ¡y se reciben cartas a montones!...

Aquí llegaba en su jaculatoria cuando Gil le tendió medrosamente el retrato publicado, quedándose el otro. María Inés sintió renovarse su cólera.

—¿Ve usted? ¿Ve usted? Mi amiga es rubia, con las cejas estrechas, a la moda, y el pelo rizado. ¡Y esto es un adefesio!

—Comprenda la señorita...—insinuó el bisojo.—Ya le hemos pedido disculpas... Si la señorita supiera cómo se hacen los periódicos no lo tomaría así.

Pero ya el director se había apoderado del otro retrato y, blandiéndolo con tempestuosos ademanes, exclamaba:

—¡Es una vergüenza! La señorita tiene razón. De contra de dejar escapar el éxito, utilizar mal los servicios, que nos cuestan una fortuna... ¿Es que da igual publicar el polo Sur que el Vesubio? Alguno va a perder hoy la canonjía, ¡sépalo!... Este es el retrato que debía haberse publicado, ¡el que yo dí, el que yo pagué!

María Inés, deteniendo la mano lanzada a vastos ademanes por el molino oratorio, pudo al cabo fijarse en el retrato apenas entrevisto y gritó:

—¡Pero si ésta no es tampoco mi amiga!

Sobrevino un silencio pesado, que, sin la timidez y el temor al perder la "canonjía"—la mitad del sueldo de un obrero—, el pobre estrábico habría llenado con una carcajada. Bastó un gesto del director para ahuyentarle. Y cuando estuvieron solos otra vez, en un tono cansado y casi dulce, mesándose entre frase y frase la cabellera y nevando el cuello y los hombros de su americana con una suciedad que por su color blanquecino parecía lo más limpio de él, le dijo a María Inés mientras la conducía a la salida:

—Es un oficio duro, señorita... Uno no puede leerse todo el periódico, ¡qué caray! Aquí donde usted me ve soy el hombre menos curioso del mundo, y se me importa un rábano de todos los barcos del mar y de casi todas las señoritas de la tierra. Mientras usted duerme, unos cuantos desgraciados velan preparándole el desayuno de noticias... Las noticias llegan a lo mejor en ese cuarto de hora de sueño que pasa todas las noches por las redacciónes, como un recuerdo de la lógica y de la higiene, y no caen siempre en las mejores manos. ¿Va uno a tener lumbreras para hinchar telegramas? Dese cuenta... Los periódicos debieran ser espejo del mundo, ya lo sé; pero a veces la luna más clara se enturbia o los modelos se empeñan en tomar actitudes difíciles... No se preocupe usted: si no se ha publicado el verdadero nombre y el verdadero retrato quizás haya sido una suerte; y si se hubiera publicado tampoco sería el mal irreparable, porque el periódico de hoy da una puñalada de olvido al de ayer... Y al cabo de un mes, los hechos que saturan un día son igual que fantasmas... Buenas tardes, linda señorita. Dispénsenos... Le aseguro que hoy va a salirme el editorial florido gracias a su visita... Buenas tardes.

TERCERA PARTE

AUDIENCIA PÚBLICA

Una marejada de interés tiende unánime hacia los jueces a la multitud, dispersa hace un instante aun en hervores de impaciencia y torbellinos de discusión. Son los sedentarios, los curiosos de pasiva curiosidad incapaces de arrebatarle a la vida sus respuestas, los que se conforman con las aventuras de los otros. Ved la tez mate y los ojos a un tiempo soñadores y cobardes de aquella muchacha; ved el cuerpo denso y las manos perezosas del burgués; ved la vieja pensionista y el cesante que no busca trabajo; ved la histérica y la linfática, el criminal teórico y el hombre que siempre tiene severidades en los labios y concupiscencias en el corazón. Y ante ellos, engrandecidos por el ornato espectacular con que en todas partes encubren los sacerdotes de Themis su

debilidad humana, ved a los varones encargados de acusar, defender y juzgar a los extraviados en los atajos del delito.

Ya cada reo tiene su bando. Las jóvenes y los hombres absolverían a Lucila; las mujeres maduras y las viejas perdonarían a León. Un observador advierte que los papeles de la comedia están mal repartidos: "El defensor no es joven; el fiscal no tiene cara aviesa; ninguno de los magistrados es augusto; la acusada, con su aire frívolo y su miniatura de corazón en la boca, está lejos de poseer el aire fatal propio de la aventura; el héroe que reunió e hizo triunfar durante unos días la locura, el amor y el crimen, no ofrece ni mucho menos el exterior de un Atila náutico; se advierte que los dos sacerdotes cuyos testimonios han de ser decisivos, miran al techo y no al cielo... Sólo el coro, la multitud, es la de siempre. ¡Ah, cuánta fuerza inútil! Podría moverse un continente si se transformara en acción el flúido vital de cuantos van a percibir en la apretura de una sala ecos de la vasta pasión del mundo." Y la muchacha, de ojos pusilánimes, que escucha con desconfianza estas palabras, se dejará en cambio persuadir en el transcurso de la audiencia por el leve contacto de aquel hombre joven y apuesto, hasta llegar a un nervioso abandono.

En la tragicomedia jurídica el ensayo sucede a la representación, y no es ésta la menor de sus arbitrariedades. Es inútil que el señor presidente exhorte al orden, para mantenerlo sobran su voz de órgano, su campanillita de plata y el negro de las togas y el rojo brocatel del estrado. Lo que no bastará para infundir en los espectadores una interpretación cristiana de cuanto van a oír, es la actitud vencida del crucifijo puesto simbólicamente bajo el dosel. El fiscal parecerá siempre el abogado de la venganza, y el defensor el abogado contra la justicia.

El rosario de fórmulas empieza a desgranarse: "Acusado, acusada, levántense... Puede sentarse la acusada si se encuentra enferma. ¿Sus nombres? Bien... ¿Juran decir verdad en cuanto se les pregunte? Bien... ¿Edad? Treinta y cinco años... Veinticuatro años... ¡Al menor ruido los ujieres despejarán la sala!"... En la quietud eléctrica una voz que quiso ser confidencial y que calculó mal su volumen, dice: "No es tan bonita como aseguraban." Es la voz de una jamona horrible, que se inclina y pone en

la acusada el doble encono de sus ojos enfadados por cuanto es joven, bello y frágil.

Y antes de conceder la palabra al relator, el señor presidente la contempla con mirar de reproche, a la jamona de la voz torrencial, porque comprende que ha querido desnivelar la balanza de la Justicia, echando en el platillo donde han de pesarse los pecados de Alicia, el peso enorme de sus senos.

CONFLUENCIAS

He aquí, al fin, con esa precipitación turbia que tienen los testimonios más serenos el desembocar en la verdad, lo ocurrido a bordo de *El Planeta,* según pudo colegirlo el observador de cuanto se leyó y dijo en las dos largas sesiones que constituyeron el juicio. Acaso lo mejor habría sido ofrecer una versión taquigráfica. La longitud preconcebida de este entretenimiento, obliga a optar por una síntesis y a recurrir a los puntos suspensivos, a pesar de su equívoco aire de escamoteo, abusivamente aumentado por algunos narradores hipócritas. El alegato conmovedor, al par que estúpido, de la madre; la jesuítica precaución, tan poco apostólica, mantenida por los dos sacerdotes; y las palabras gregarias de los figurantes trágicos del suceso—marineros, fogoneros, emigrantes—, apenas entorpecerán los dos monólogos que, trenzándose y abrazándose hasta cuando más quieren desligarse, constituyen los pilares del drama. Uno se enfrenta con el recuerdo, en un cinismo macho, paladeando el sabor de la aventura, sin preocuparse del bien, del mal y del porvenir; la otra esquiva los nudos de la verdad, apoyándose en la galería; y, sin perder de vista nunca las consecuencias, baja los ojos y domina los labios, para que nadie pueda adivinar el regusto del placer o del delito. El ha triunfado ya, y le basta; ella espera volver a triunfar otra vez.

Y aquí el observador joven y apuesto, por miedo de ahuyentar a la muchacha de los ojos tímidos, que empieza a confiarse a su presión suave, calla algo acerca de esa mentira legendaria, según la cual es la mujer la que se entrega al hombre.

El acusado.—Cuando el buque dejó el remolcador en la boca del puerto, yo había ya reparado en ella. Había reparado sencillamente, sin proyecto alguno; y aunque nuestras miradas se cruzaron y tengo la certeza de que, a no ir ella a bordo, no habría ocurrido lo que ocurrió, no quiero atribuir responsabilidad alguna a su conducta durante los dos primeros días de viaje en los hechos que ocurrieron después. Lo que hizo entonces lo hubiera hecho cualquier mujer aburrida; lo que hizo luego..., creo que también lo hubieran hecho casi todas. Al otro día de partir, a la hora del rancho, ya estaba en la toldilla inclinada hacia nosotros. Su presencia, que me halagó al principio, no tardó en causarme un malestar de vergüenza; y para que no me viese comer aquella bazofia, me aparté a un rincón y quise, durante mucho rato, tratar de no mirarla. Cuando se fué, me quedé aún más rabioso que hambriento, y, sin motivo, aun cuando siempre lo hay con gentes indignas de ocupar lugares desde donde pueden hacer bien, la emprendí con el sobrecargo, quejándome de la comida, que no había probado siquiera. El hombre se encogió de espaldas, me dijo que la cosa era sensible, "pues lo menos en quince días no podía cambiar ni de cocinero ni de *menu*", y se fué. El tiempo era limpio, y sobre el mar sin olas el barco apenas se balanceaba. Por la tarde sonó el piano del salón, y los polacos sacaron sus balalaikas y se pusieron a cantar esas canciones que ablandan por dentro. Casi en seguida ella, su madre, los dos sacerdotes y ese señor, el brasilero, estaban acodados en la barandilla. Mientras el piano sonó yo estuve rabioso, sintiendo hambre; pero no hambre de rancho ni de manjares selectos, sino hambre de los dorados del salón, de la distancia que ponía entre los dos un muro, de la autoridad, de la riqueza: un hambre que he sentido muchas veces. Y cuando la vi acudir de nuevo a gozarse en nuestro espectáculo de miseria, me dirigí a los polacos y les ordené que no cantasen. Como estaban agradecidos a mí, por haberlos defendido al embarcar, me obedecieron. Ella hizo un mohín de enfado, y el señor brasilero sacó una libra esterlina y nos la echó con estas palabras: "Para ver si les vuelven las ganas de cantar." Yo devolví la moneda con desprecio, y sacando del bolsillo dos de las tres únicas libras que llevaba, se las dí a los polacos "por que no cantaran". Entonces surgió el capitán y le preguntó a ella,

al verla tan roja: "¿Es que le ha dicho algo inconveniente ese tipo?" Ella repuso: "No, no." Y yo, furioso, me encaré con el viejo, y casi le escupí estas frases: "Yo no sé si a mis compañeros les será grato servir de espectáculo. A mí, no. Y, sobre todo, el que la señorita deje su salón para venir a solazarse con los pobres cerdos humanos, me parece una prueba de su mal gusto." Un murmullo de solidaridad, sin duda más con tono que con palabras, se alzó del entrepuente. Pretendiendo echarlo a broma, se retiraron. Al toque de rancho de la tarde nadie acudió a la barandilla. Por la noche un camarero viejo se acercó a mí, con este recado: "La señorita de primera me manda a decirle que no ha querido molestarle; que la dispense." Me pareció que acababan de pagarme con intereses las dos libras esterlinas perdidas, y contesté: "Dígale que no me gusta recibir recados; que la distancia no es tan grande entre nosotros, en ningún sentido, para que tenga que servirse de mandaderos." Cuando la vi aproximarse a la toldilla poco después, comprendí que no iba a ser aburrido el viaje. Esto no es jactancia; bien sé que si el señor brasilero, y hasta si los señores clérigos hubieran tenido menos años, ella no hubiera merodeado tantas horas para poder hablarme. Pero un barco puede ser, a veces, como una isla desierta. Y en una isla desierta, una mujer y un hombre... ya se sabe.

La acusada.—¡Mentira! ¡Mentira!

El presidente.—Absténgase el acusado de expresar juicios, y cíñase a los hechos.

La madre.—¡Mi hija ha sido siempre honrada y modosa, señor presidente!

El presidente.—¡Orden! ¡Un murmullo más, y desalojo! Siga el acusado.

El acusado.—Aquella noche, cuando todos dormían, subí las escalerillas de peldaños de cobre, y hablamos por primera vez. Si el capitán, que no descansará en paz por poca justicia que haya en el otro mundo, no se hubiera obstinado en separarnos, de seguro que hoy no estaríamos ni ella ni yo aquí.

. . . . . .

La acusada.—Yo fuí aquella noche por cumplir un deber de conciencia: había herido sin querer la susceptibilidad de un po-

bre, y no era noble dejarlo en la creencia de que le había querido agraviar. Confieso que su forma de proceder me interesó, y confieso también que en las tres primeras conversaciones y en las dos cartas que recibí hasta que el capitán nos pilló hablando después de prohibírmelo, fué una persona respetuosa, delicada y capaz de engañar, no ya a mí, que nada sé del mundo, sino a cualquiera. Sin contarme su vida, me hizo adivinar un pasado triste y un porvenir incierto. Mi curiosidad se estrelló ante su negativa a darme detalles. ¿No era natural que yo prefiriera su conversación a la de los otros? Parecía altivo, muy superior a su condición material; no tenía para conmigo otras galanterías que las que el hombre más distinguido hubiese tenido en parecidas circunstancias. Y yo empecé a sentir por él una piedad, una atracción que nada tuvo de común con el *flirt*.. De haberme atrevido le hubiese guardado mi postre todos los días, y le hubiese hasta dado dinero... Era una especie de lástima: ese sentimiento maternal que toda mujer siente junto a los desvalidos. Y él, en vez de agradacérmelo, se aprovechaba ingratamente, con ese orgullo y esa fiereza que hasta después no pude ver claros. Antes de hacer daño, sabe bien apoderarse de las voluntades. ¿Qué de extraño tiene que me engañara a mí, cuando todos los pasajeros de tercera, entre los cuales había hombres terribles, se pusieron también a adorarle? No quiero negar que hice mal y que tuve un poco de culpa... Yo esperaba las noches igual que una Hermana de la Caridad que tuviese que consolar y cuidar a un enfermo joven. Y cuando el capitán apareció aquella noche de luna y nos sorprendió juntos, no sé si, según ha aparecido en la carta que dejó a medio escribir para su mujer, estábamos o no con las manos cogidas; pero sí puedo asegurar que, de ser cierto, yo no me había dado cuenta... ¡Lo juro!

El presidente.—¡Orden! ¡Una risa más y...!

La madre.—¡Mi hija es honrada, señor presidente!

. . . . . .

El fiscal.—Y el difunto capitán, ¿le habló en seguida a usted?

Uno de los sacerdotes.—Sí. Me dijo que antes de darle un

disgusto a la señora, que no parecía tan fuerte como después ha resultado, llamara yo a su hija y la aconsejara.

El fiscal.—¿Y a usted?

El señor brasilero.—También. Yo estaba traspuesto en el salón cuando el padre cumplió el encargo, creyéndome dormido; pero oí la conversación perfectamente. Recuerdo, como si lo viera todavía, que mientras él le hablaba de las mujeres fuertes de la Biblia, ella buscaba en la rueda de la Fortuna de su abanico contestaciones a no sé qué preguntas.

La acusada.—¡No es verdad! El señor me tiene rencor porque cree que yo pude evitar después que fregara platos. Yo oí al padre con devoción; pero no iba a dejar de despedirme de una persona a quien hasta entonces sólo debía atenciones. El capitán nos volvió a pescar la noche de la despedida; lo tomó por la tremenda, y echó todo a perder.

El fiscal.—Y en esas entrevistas, ¿no percibió la acusada ningún indicio que le permitiera prever y temer lo ocurrido más tarde?

El acusado.—En esas entrevistas sólo hablamos de cosas dulces, señor fiscal.

El presidente.—¡Orden!

El defensor.—Si no se consintieran preguntas innecesarias, se evitarían murmullos. El señor fiscal quiere, sin duda, aludir a que la última carta escrita por el capitán asegura que los halló abrazados. Y sería aventuradísimo insinuar siquiera que mi defendido tratase entonces de ejercer la menor violencia sobre la señorita. El representante de la ley no debe ignorar que el abrazo es por igual signo de lucha y signo de amor.

La madre.—¡Mi hija es honrada! ¡Mi hija es honrada! ¡Mi hija es honrada!

. . . . . .

El acusado.—La segunda vez que el capitán nos sorprendió, no venía solo. Cuando quise darme cuenta, cuatro hombres me habían envuelto en cuerdas con esos nudos terribles de los marineros, hechos para luchar contra el mar. Y el viejo, diciéndole a la señorita palabras casi dignas de un cargador de tierra, me puso la mano en la cara y ordenó después que me llevaran "aba-

jo". Abajo era la barra: unos hierros donde estuve quince horas sujeto, sin poder moverme. Debía encontrarme en la misma quilla del buque, porque oía sin cesar las olas, y, en cambio, no oí el griterío que mis compañeros armaron al saber que estaba yo preso. Esto, y no otra cosa, es lo que debió decidir al hombre a levantarme el castigo. Quiso exigirme palabra de honor de "que acabarían allí las cosas"; y como le dije que no tenía honor ni lo echaba de menos, mandó a la postre que me soltasen, sin dejar de rezongar amenazas. Mi primer impulso fué devolverle, multiplicados por cien, los dos golpes que me habí dado; pero me contuve. Cuando una sentencia está firmada, no debe precipitarse ninguno de los trámites; ¿verdad, señor presidente? Mi vuelta fué triunfal. El peor martirio, el mayor sacrificio, no me habrían puesto más alto en el concepto de aquella piara humana exaltada por el mar y por la miseria. Había en todos una especie de celestinaje trascendente, casi vengativo. Me preguntaban, me ayudaban, me incitaban a "sacar lo que pudiera, ya que la señorita estaba por mí". Y a ese respecto, la señorita puede ufanarse de haber sido cortejada por el pasaje íntegro de entrepuente. Todavía no habría intentado yo lo que luego realicé, sin la crueldad estúpida de tapiar la toldilla con tablas, para que ni siquiera pudiéramos sonreírnos de lejos. La ira, en vez de cegarme, me dió alas y cautela. "No soy hombre si no consigo llegar a usted", le dije en una carta. "Aquí lo espero", respondió ella. "Todas las tardes, *mientras no viene,* tocaré para usted el piano." Y no hay clarín ni marsellesa capaces de incitar al exterminio como me incitaban aquellos valses lentos, un poco cursis. Conspiré, organicé, mandé, y bien pronto el sentirme jefe absoluto empezó a pagarme en satisfacciones de orgullo. Así como un menudo disco puesto junto a los ojos oculta el sol, una coquetuela puesta cerca de mi deseo, ocultaba a mi razón los riesgos de una aventura insensata. ¡Es fantástica la inconsciencia y el entusiasmo de los hombres! En ninguno hallé duda ni prudencia sagaz. Parecía que la idea de apoderarse de un navío para entregar a un pasajero de última clase una muchachuela vestida con lujo fuese lo más sencillo del mundo. Parecía también que todos hubisen previsto su destino belicoso, pues hasta en el pe-

tate más humilde ocultábase un arma: cuchillos asirios, hojas dentadas por la voluptuosidad de Oriente, revólveres burgueses, pistolas donde la muerte se estilizaba en formas cubistas... Yo también me contagié de la locura... Meter al imbécil capitán y a los dos oficiales en los hierros donde me habían tenido, e ir a saciar mi hambre de distancia, de dorados y de boca fresca, era mi obsesión, que borraba el antes y el después, cual si *El Planeta* fuese una isla en el océano del tiempo El golpe había de darse a media noche. Yo, con unos cuantos, iría al puente; mi segundo, con otro grupo, bajaría a las máquinas; otros irían a inutilizar el Marconi... Todos lo hicimos demasiado bien. Al llegar arriba el capitán y el oficial de cuarto, en lugar de rendirse, intentaron intimidarnos y sacar armas. Eso hizo que tuviera que cobrarme las dos bofetadas injustas con exceso de réditos. Cayeron acribillados a cuchilladas. La sangre, cuando se suelta bien, es muy difícil de restañar. La refriega duró tal vez dos horas. Sedientos de muerte, cazamos a los últimos enemigos por los pasillos barnizados de blanco, por esos rincones inverosímiles que todos los navíos tienen, y por las pinas escaleras de metal, algunos de cuyos ángulos fueron armas también. Mientras hubo lucha, yo no pensé sino en vencer. En cuanto terminó la pelea comprendí mi responsabilidad, y también que era preciso imponerse para evitar que se devoraran los unos a los otros. Me impuse; les hablé al sentimiento; y logré despertar otra vez su miedo de parias. De no obedecerme, sucumbir era seguro. Para salvarnos y poder arribar a una isla desierta, en la cual fundaríamos una colonia libre, era menester que yo asumiera la autoridad de todos los jefes muertos. Nombré oficiales, y exigí que los engranajes menudos de la vida de a bordo siguieran funcionando. Uno solo, el barbero, que se atrevió a contradecirme, fué ahorcado y echado a los peces. ¡Buen rancho debieron tener aquella noche, bajo la luna roja! Recorrí el buque, sin cuidarme de los pasajeros de cámara, encerrados en sus camarotes, y subí al puente. Había que fingir. Yo sería el capitán del buque; el timonel continuaría día y noche atento a mantener la aguja entre dos rumbos escritos en la pizarra colocada detrás de su cabeza; y en aquellos libros indescifrables, en aquellos mapas de fondo azul y líneas blancas, en los

que los valores de agua y tierra estaban invertidos, como para engañarme más, yo simularía conocer el camino y la isla inexistente. Sólo cuando la sangre estuvo lavada y vino, con el día, un orden silencioso, me acordé de la causa viva de tanto horror estúpido Esto podrá parecer absurdo a cuantos creen que la vida se rige por carriles geométricos, como las obras de teatro; pero el motivo de la revolución y su desarrollo y resultado, fueron según he dicho. El camarero viejo vino a pedirme audiencia para ella. "Dígale que me espere en el salón", le respondí. Y al bajar, mientras me sonreía, lívida de miedo, me incliné como para un minué, y le dije: "Dispénseme que la haya hecho esperar tanto. Ya ve usted que soy hombre de palabra. El salto que he tenido que dar para salvar la valla puesta entre los dos ha sido demasiado alto, y quizás sea mortal. No importa. Puesto que usted me esperaba, aquí estoy." Deseché sus temores de que la vida de sus compañeros corriese peligro, y, sin apartarme del tono de galantería, añadí: "Tendré que pasar el día organizando esto. Pero por la noche cambiaremos nuestra tertulia de detrás del bote por el cuartito del puente, que es sitio más cómodo. ¿Quiere?" Y quiso.

. . . . . .

La acusada.—No quise, accedí. Mi misma madre y estos señores me pidieron casi de rodillas que no contrariara al tirano. Fuí esa noche y la otra, y ya no salí del cuerto de derrota, que para una pobre mujer sin auxilio bien mereció ese nombre. No salí hasta que pude escaparme para proclamar la verdad. El Tribunal comprenderá mi sacrificio: cada concesión era un día de vida. Una autoridad de hierro y de matanza reinaba en el buque. La menor protesta, la menor sospecha de titubeo fueron castigadas con la pena última. Los emigrantes se repartieron por todas partes, y durante los tres primeros días hubo una abundancia triste de comidas y espacio. Él era tremendo con todos, y hasta conmigo cuando no deseaba algo de mí... Conmigo era peor aún. "Empiezo a hartarme de violencia... Tú has de ser la que vengas a mí y me pidas cariño", me decía. Pero yo sabía que, de no haberme acercado cuando me miraba con deseo, me habría golpeado o hecho una de sus afrentas burlonas, peores que los

golpes. Mi madre tuvo que bajar mareada a la cocina para hacerle dulces; el señor tuvo que confundirse en pinche y dar cada tarde cinco libras "de su voluntad" a los polacos, para que cantasen o para que no cantasen; los padres fueron obligados a predicar, bajo amenaza de muerte, que la isla estaba ya próxima, y que en ella seríamos felices bajo la bendición de Dios. Un prestigio sagrado hacía temblar delante de él hasta a los más fieros, y, por serles gratos, los subjefes extremaban el rigor y menudeaban las ejecuciones. Uno de los telegrafistas fué suprimido; cuatro marineros, también; el segundo sobrecargo—el primero murió en la lucha—, el único maquinista superviviente... Si cada cual tuvo su castigo, a mí me tocó el más duro: el castigo de las caricias. (¡Orden!... ¡Orden!) Fué un martirio, del que temo que sólo puedan darse cuenta las mujeres. ¡Si él ha dicho que yo no fuí inmensamente desgraciada esos días... y esas noches, miente! Además, tenía que fingir... Un día me dijo con brutalidad que estaba cansado de mí, y empezó a beber. La bebida, igual que todo, era en él excesiva. Se irritaba al beber, y dos veces me hizo cardenales, que me han durado hasta hace muy poco. Se paseaba por la segunda cubierta a pasos furiosos, y al cruzar frente al camarote de la telegrafía crispaba los puños y blasfemaba. "Si no arreglas esto para mañana, vas a hacer compañía a tu camarada", dijo al segundo telegrafista. Pero los bárbaros a quien encargó inutilizarlo habían cumplido su misión tan a conciencia, que era imposible. Daba pena ver al muchacho sudar de angustia ante los aparatos despedazados. Era un muchacho esbelto, bien parecido, en el que yo no había reparado hasta entonces. Una tarde en que la borrachera era aún más fuerte que las anteriores, creyéndolo dormido, me acerqué a la cabina del telegrafista, para consolarlo, cuando del puente salieron gritos llamándome. Me lo encontré furioso Me dijo que si empezaba con miradas a otro, nos colgaba a los dos de un palo; y se puso a reír que daba miedo... "No me importa que arregle o no su cacharrería... Mira lo que hago yo con los planos: romperlos y pisotearlos... Como sé de navegación lo que de capar ranas, no nos queda otro remedio que hundirnos o morirnos de hambre; así que goza cuanto quieras mientras estamos en capilla." La sospecha me

hizo llevarle la corriente, y le dije: "Hiciste bien en no dejar ni un solo oficial vivo." Me respondió. "¿Verdad? Así la aventura es más inexorable y tiene más gracia. Las naves quemadas de Pizarro no valen más que esta nave al garete... Mientras ellos crean que llevo el barco a alguna parte, nos dejarán en paz. Esta brújula y este sextante me sirven de talismanes de la ciencia... Ya pararemos alguna vez, porque el carbón, los víveres y la paciencia no han de ser eternos. Bebe también tú. El alcohol es mejor que los besos." Poco después roncaba, y yo salí, cerrando por fuera la puerta... Hablé con el telegrafista, con los sacerdotes, y una hora más tarde ya había grupos hostiles. Se decidió clavar dos listones a la puerta del cuarto de derrota, para reforzar la prisión, y hablarle desde fuera. Los martillazos lo despertaron, y a gritos, a insultos, a tiros, intentó imponerse otra vez. Ya no pudo. Cuando cesó de disparar y de vociferar, algunos propusieron abrir la puerta para rematarlo... Eso es lo que debió hacerse; el padre mismo no se opuso. Pero el telegrafista logró dominar con su voz de niño, y dijo que si no se derramaba más sangre él intentaría hacer al otro día, a las doce, un cálculo, porque había empezado a estudiar Náutica. Esto pareció una certeza de salvación, y fué obedecido. Tres horas después apareció en el horizonte *El Canadá*.

. . . . . .

El acusado.—Doy las gracias al defensor por su imaginación y por su elocuencia. Pero si no me suicidé no fué por remordimiento, ni menos por miedo: fué por curiosidad. Al calmárseme la desesperación me entró un anhelo inmenso de asistir al final de la aventura. Ha sido como asistir a mi propio entierro; y de haberme metido una bala en los sesos, me habría ido del mundo sin saber hasta dónde llegan la hipocresía, la ingratitud, la astucia, la mentira humana y la estupidez de los jueces. De haberme suicidado, no habría podido felicitar ahora a mi compañera de puente, que, después de haber fingido tan bien saborear mis caricias, va sin duda a encontrar un rico americano con quien casarse...: el príncipe de las bananas, tal vez. De haberme matado, quizás ahora no estaría tan convencido de que este planeta merece que se haga con él lo que yo debí hacer con el otro. El

señor fiscal ha sido muy amable asismismo al apreciarme cuarenta y siete delitos nada más y pedir para mi modesta persona doscientos quince años de condena. El señor fiscal es, por ministerio de la ley, un humorista o un cretino.

LA MADRE.—¡Mi hija es honrada, señor presidente!...

INTERPRETACIÓN

El observador joven y gallardo y la muchacha de los ojos lentos salieron juntos de la Audiencia, ya tarde. Y él le propuso:

—¿Me permite que la acompañe también hoy?

Aceptó ella con la sonrisa, y poco después iban abrigándose el uno con el otro, aislados del mundo, entre la niebla vesperal.

—No me gustan esos juicios tan largos, de los que una no se entera bien. Además, no dicen las cosas claras, y aun cuando una se lo figura todo, no es lo mismo.

—Ha sido la historia del viaje sin fin; ¿no?

—Su fin ha tenido; pero como parecía que nunca iba a acabarse, puede llamársele de ese modo.

—¿Usted no conocerá la novela de Tristán Shandy? ¡Claro!

—No; no he leído ese folletín nunca. Las *Memorias de un médico* y *El médico de las locas,* sí.

—Es una historia que, en cuanto interesa al lector, empieza a tropezar, y no acaba. No queda otro remedio que dejarla, o aficionarse a los tropezones. Esos dos viajeros de *El Planeta* no son tan buenos tropezadores como el señor Sterne, autor del folletín de Tristán Shandy. Pero no es por eso por lo que puede titularse *El viaje sin fin* la historia que ayer y hoy hemos oído. El oprimido, convirtiéndose en opresor y estando a punto de ser devorado por sus nuevas víctimas, que no tardarían en ser tiranas, es la circunferencia de un verdadero viaje infinito. No importa que no entienda usted. Lo mejor de usted se embellece con eso. ¡Pone usted unos ojos y una boca tan lindos cuando no comprende!... Da gana de besárselos... Así. Y la boca también... Eche la cabecita para atrás, que parezca que le cae el beso del cielo para que sea casi divino.

Hay una detención de las palabras y de los pasos. El beso

casi divino se humaniza en un temblor relampagueante. Luego ella susurra:

—Le advierto que por aquí no vamos a mi casa.

—¡Qué importa! Siempre llegaremos demasiado pronto. ¡Ojalá que también fuera éste el viaje sin fin!...

Y sin prisa, deteniéndose de tiempo en tiempo para hacer una escala de silencio y quietud, compartiendo bajo la bruma fría besos ardorosos, los dos nuevos viajeros siguen remontando la tarde.

A. Hernández Catá.

Lisboa, noviembre 1925.

VERSOS INEDITOS

CANCION DEL AMOR ETERNO

Tú serás mía: temblará tu carne
bajo el incendio loco de mis labios,
y se erguirán, con altivez de reto,
las garzas de tus senos desmayados,
tus ojos buscarán cielos remotos
en furor epiléptico de espamos,
brotará una cadena de suspiros,
se enlazarán febriles nuestras manos,
y el lecho crugirá bajo la torva
inquietud de los cuerpos enlazados.

¡No vaciles, y ven! ¡Cruce en tu vida
la tempestad de nuestro amor romántico!
Será mi brazo tu mejor escudo,
un bautismo de ósculos mis labios,
tronos y pedestales mis canciones,
ofrendas en mis aras, tus encantos,
¡desde el trigal de tus cabellos rubios
hasta las perlas de tus pies descalzos!

Toda mía has de ser, y si la Muerte
nos quiere separar, no ha de lograrlo:
se unirán las desnudas calaveras
en un gran beso silencioso y largo,
se acoplarán las tibias descarnadas,

se cruzarán frenéticos los brazos,
y abonaremos una misma tierra,
seremos ramas en un mismo árbol,
y nuestro polvo rodará disperso
por un mismo camino solitario...

PESADILLA MECANICA

Hay un silencio
de campana neumática en la paz de la noche:
mi cráneo es una esponja
que recoge,
con avara codicia, los ritmos infatigables
del tic-tac de todos los relojes,
¡de todos los relojes de la tierra,
cuyas maniáticas voces,
a cuantos quieren detener el Tiempo,
les avisan que el Tiempo escapa y corre!

¡Inútil que desgarre con alaridos
la paz absurda de la noche:
mi hiperestésico sentido escucha
los extraños galopes
que mecanizan obstinadamente
los péndulos negativos y concordes!

Son diástoles y sístoles perennes
del corazón del Tiempo; son las voces
inexorables del *memento homo,*
dichas en la Cartuja de la Noche;
son las diabólicas ironías
del Gran Silencio que nos sobrecoje...

PIEDAD DE REINA

Descubre al sol la chusma congregada
viejos harapos y mugrientas pieles,
al paso de los ágiles corceles
que guían la carroza blasonada.

La Reina, de diamantes constelada,
brilla en la pompa astral de sus joyeles,
y unge de luz a los esclavos fieles
con la muda piedad de su mirada.

Siente que el corazón, ante el ajeno
dolor, rompe de cólera en el seno
que oculta un iris trémulo de rosas,

¡y al tumulto de manos suplicantes
arroja sus collares de diamantes
cual un raudal de lágrimas piadosas!

NOCTURNO REFLEXIVO

Noche serena,
que cantaron
los versos
del clásico,
pitagóricamente escucho la armonía
de tus mundos sonámbulos,
que me guiñan burlones,
como diciendo;—"Hermano,
la tierra donde vives
también es un astro,
y contemplada a lo lejos resplandece
hasta embriagar de ensueño a nuestros poetas románticos".

Noche serena,
que cantaron
los versos
del clásico,

yo quisiera mirarme de lejos,
tal como dicen hallarme a través de mis cantos,
sin ambiciones fútiles,
ni alardes vanos,
sin este cuerpo
de pecado,
ni estas pasiones sordas,
ni estos odios amargos,
que recuerdan la bíblica estatua
de barro,
y verme abstractamente en mis poemas
—soñador y romántico—,
¡tal el planeta nuestro, a la distancia
convertido en un astro!

PAGINA DE ALBUM

Si yo fuera un poeta sencillo, que dijera
su emoción sin retóricas abstrusas,
te alabaría el coro de mis musas
como la diosa de la Primavera.

Serían dos rosas de piedad tus labios
y dos estrellas de ilusión tus ojos,
y haría aconsonantar tus labios rojos
con el hechizo de tus ojos sabios.

Si yo fuera un poeta sencillo, te diría
mi elogio en una estrofa ingenua y pura,
oración sin palabras ni armonía,
¡grito del alma sin literatura!

OLEO PATETICO

La hemotisis ritual con que la tarde
muere todos los días irremediablemente,
mancha el azul cobarde,
y la luz de mil cirios, de repente,
en la velada fúnebre arde.

Para la tarde ida
tan poéticamente de la vida,
espiritualizándola, reclama
la hemotisis violenta,
como las agonías de romántica dama,
los líricos arrebatos de 1830,
y los salobres vientos marinos
el miserere postrero entonan,
y las cabelleras románticas de los pinos
ante el sarcófago de la tarde genuflexionan...

GRITO

¡Ay, de quien ha bebido el cruel néctar del canto!
¡Ay, de quien ha sufrido el tenebroso don
de convertir en música la áspera hiel del llanto
y volcar en palabras la hez del corazón!

Inexorablemente agitarán su alma
cráteres de ansiedad bajo un cielo sin luz...
Soñó el laurel olímpico o la cristiana palma,
¡y al despertar ha visto, frente a él, una cruz!

ANANKE

Clotilde, la chicuela
a quien un bardo cursi nos retrata
con ojos de gacela
y labios de escarlata,
quiere ser heroína de novela
romántica, y causar hondos estragos
en un tropel de amantes corazones,
azuzar con la ofrenda de sus dulces halagos
la jauría de todas las pasiones,
y reirse después, a la manera
de una princesa que adorar le hizo
la Carlota Bramé o la Invernizzo;

pero caerá algún día
en brazos de un galán audaz y vano,
sin palacete y sin ortografía,
¡y multiplicará el género humano!

NORMAS

Esta es la ley: da la emoción selecta,
cual vino puro, en ánfora perfecta.

Reviste cada idea con la túnica
del ritmo exacto y la palabra única.

A una virgen no más adora y reza:
Nuestra Santa Señora la Belleza.

Ante los académicos asombros,
¡sonríe, calla, encógete de hombros!

Y llora, sin retórica jactancia,
si hay que llorar; ¡pero con elegancia!

Diluye el corazón en tus poesías;
nada te importen las filosofías.

Recorre firme, en realidad o encanto,
¡toda la gama múltiple del canto!

Sé inactual o moderno. El tema es nada:
pretexto de la joya cincelada.

Tú di tu canto sin pensar que anhela
endosártelo el crítico a una escuela.

Saca tu grito de tu propio abismo,
que la más fiel Castalia eres tú mismo.

Que odie el estéril; que el falaz envidie;
que en pos de lauros el inútil lidie.

El que le sirve al público profano,
no es un artista, sino un artesano.

Sinceridad es fuerza: el docto acento
no roba libertad al pensamiento.

Cumple la ley: dar la emoción selecta,
cual vino puro, en ánfora perfecta.

RAFAEL ESTÉNGER.

NOTAS EDITORIALES

LA EVOLUCION SOCIAL DE MEXICO

Nuestro insigne colaborador el Dr. Enrique José Varona nos remite para su publicación en estas páginas, las cuartillas que escribió con motivo de la entrevista celebrada con el Sr. Hernán Rosales, culto periodista mexicano, redactor del gran diario *El Universal,* quien de paso por esta ciudad tenía el encargo de su periódico de interrogar a distintas personalidades de Cuba sobre la evolución social de México.

CUBA CONTEMPORÁNEA acoge con el más vivo interés las docta opinón de Varona acerca de la República hermana, que tan elocuente ejemplo de consciente nacionalismo ofrece a los demás pueblos de América.

Dice así el Dr. Varona:

Un distinguido periodista mexicano me hizo en estos días las siguientes preguntas, y hube de contestarlas en la forma que verá el lector.

—¿Qué piensa V. de la evolución social mexicana?

—Que es un esfuerzo gigantesco, el primero en la historia de nuestra América, para elevar a todo un pueblo, a los millones de indígenas mexicanos, a un plano verdaderamente superior de civilización, en el orden material y moral. La mirada de los hombres inteligentes y sensibles no puede apartarse de una escena, donde, por primera vez, los educados y mejor provistos en el reparto de las ventajas sociales se dan clara cuenta de que un pueblo no puede ser en parte libre y en parte esclavo, en parte rico y en parte indigente, en parte culto y en parte inculto, si se quiere asegurar a los que conviven la paz necesaria, para hacer frente a la naturaleza no madre, sino madrastra del hombre.

—¿Cree V. en latinoamericanismo?

—La frase me parece ambigua. No existe a mis ojos un espíritu

común, una vista clara, siquiera, de la solidaridad de estos pueblos que debían estar mentalmente tan cerca unos de otros. Ahora mismo lo estamos presenciando con dolor en la costa del Pacífico, en esa herida sangrante de Tacna y Arica, abierta por el viejo espíritu de conquista. Pero si sus palabras indican un ideal distante, aunque asequible, creo que hay un latinoamericanismo, todavía larvado; si bien susceptible de gran desarrollo en el orden de las ideas y sentimientos, mediante instituciones que pudiéramos llamar anfictiónicas.

—¿Qué pudiera decirme de la actitutd enérgica de los gobiernos revolucionarios mexicanos, ante las reclamaciones injustas de naciones poderosas?

—Después de mi manifestación del primer párrafo, no puede dudar V. de que apruebo y aplaudo la firme actitud del gobierno mexicano ante las exigencias de la diplomacia extranjera. Singular miopía hubiera de ser la de un cubano que no comprendiera que el grande esfuerzo de México para poner a salvo sus derechos de soberanía constituye una clara lección y ha de ser un precedente de inestimable valor para todas las naciones débiles, en la vecindad de Estado poderosos y nada escruplosos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

La Habana, 26 de marzo de 1926.

EL FALLECIMIENTO DEL DR. CUEVAS ZEQUEIRA

El 7 de marzo último dejó de existir en esta ciudad, después de larga y penosa dolencia, el Dr. Sergio Cuevas Zequeira, quien nació en San Juan de Puerto Rico el 31 de enero de 1863.

En los estrechos límites de una nota necrológica, no es posible estudiar detenidamente la personalidad del Dr. Cuevas en los múltiples aspectos de una vida tan laboriosa y agitada como la suya, en la cual se distinguió como profesor, literato, político, orador y publicista.

Lo mismo en Puerto Rico, su tierra nativa, que en Cuba, su patria de adopción, libró intensas campañas por la cultura y por la libertad. En 1900 se estableció definitivamente en la ciudad de La Habana, en cuya Universidad había obtenido el título de doctor en Filosofía y Letras, en 1897. Ganó, por rigurosa oposición, la Cátedra Auxiliar de Psicología, Moral y Sociología, pasando a ocuparla en propiedad al renunciarla el Dr. Enrique

José Varona, en 1913, al ser electo para el cargo de Vicepresidente de la República.

Como publicista, el Dr. Cuevas Zequeira fundó varios periódicos y revistas, entre ellos, *El Territorio,* en San Juan de Puerto Rico, y *Las Antillas,* en La Habana, y colaboró en distintas publicaciones nacionales y extranjeras.

Fué individuo de número de la Academia de la Historia de Cuba, oficialmente constituída el 10 de octubre de 1910; y en su carácter de fundador y Presidente del Club Cubano de Bellas Artes, rindió una intensa y fructífera labor en estos últimos años.

Espíritu abierto y bondadoso, granjeóse muchos y fieles amigos, particularmente entre la gente moza.

Ha publicado las obras siguientes: *Luis Vives, Foxo Morcillo y Gómez Pereira como representantes de la escuela independiente del período de transición de la filosofía escolástica a la moderna* (La Habana, 1897); *En la contienda* (La Habana, 1904); *El Padre Varela* (La Habana, 1906); *Pláticas agridulces* (La Habana, 1906); *William James y el pragmatismo* (Conferencia, 1914), *La Revolución de Yara* (Conferencia, 1915). Dejó preparado para la imprenta un nuevo libro titulado *Pláticas literarias,* y laboraba intensamente en un concienzudo estudio sobre la *Revolución Rusa* y un trabajo de carácter psicológico sobre el *Problema de la Memoria,* a más de numerosos apuntes de carácter biográficos.

CUBA CONTEMPORÁNEA que mantuvo siempre excelentes relaciones de amistad con el extinto, hace llegar hasta sus familiares y amigos la expresión de su más sentida condolencia por la desaparición del culto y laborioso Profesor de nuestra Universidad Nacional.

EN HONOR DE DOS INTELECTUALES

Con motivo de la recepción que en honor del inspirado poeta colombiano Barba-Jacob y del ilustrado catedrático de la Universidad de Valladolid, Dr. Vicente Gay, tuvo efecto en la Redacción de esta revista en la tarde del 5 de febrero último, el estimado colega *El País,* en su número del 7 del propio mes, y con

el título *Un acto cultural en* CUBA CONTEMPORÁNEA, publica una excelente información que insertamos en estas páginas como testimonio del agradecimiento que nos inspiran las afectuosas palabras de nuestro cofrade. Dice así:

En la Redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA, la prestigiosa revista habanera que hace honor al pensamiento nacional, se efectuó ayer un acto literario sumamente significativo, que merecería una crónica extensa, pero al cual no podemos referirnos sino en muy breves palabras. Se trataba de festejar al poeta colombiano Porfirio Barba-Jacob y al ilustre profesor español Vicente Gay, catedrático de la Universidad de Valladolid, que es hoy huésped de esta ciudad. Entre la concurrencia figuraban, además de los señores Mario Guiral Moreno, Julio Villoldo y F. G. del Valle, que forman el personal directivo de la revista, los señores Doctor Sarabasa, Enrique Gay-Calbó, Armando Maribona, Ramón A. Catalá, Ramiro Guerra, Arturo Montori, Carlos Loveira, Deambrosis Martins y otros cuyos nombres sentimos no consignar. Estaba también la eminente poetisa Dulce María Borrero.

Después de un rato de animada charla, en que fueron tratados e insinuados muchos problemas de interés, propios de aquel ambiente de cultura y de aquella asamblea de distinguidas personalidades, fué ofrecida una copa de champaña, y luego el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, Doctor Guiral, excitó a Barba-Jacob para que tomase la palabra y recitase algunos de sus poemas.

El poeta colombiano se levantó y, luego de dar las gracias por el agasajo de que se le hacía objeto,—en frases sobrias y sencillas—deleitó a su auditorio con dos breves composiciones, que fueron fervorosamente aplaudidas. La altísima fama del poeta, su voz de penetrante cadencia, la pureza de su emoción lírica, la dignidad y elevación de su Numen, fueron una vez más constatadas por los intelectuales cubanos que así le tributaban, en un centro de altos prestigios, el homenaje de su simpatía.

A insinuación del propio Barba-Jacob, y con el beneplácito de todos los presentes, se concedió la palabra al Profesor Gay, Fué la oración del prestigioso catedrático una verdadera conferencia, en que no se supo qué admirar más, si la riqueza de los conceptos o la sencilla hermosura de la dicción. Por espacio de media hora, o acaso más, el Profesor Gay discurrió sobre el delicado tema de las relaciones de España con sus antiguas colonias de América, especialmente con Cuba. Se refirió a los vicios del gobierno colonial, a la idea que ellos hicieron concebir en el Nuevo Mundo acerca de la Madre Patria, y a la necesidad de que nuestros países vayan rectificando el concepto entonces formado sobre España. En seguida anotó algunos hechos altamente reveladores para hacer resaltar la realidad de una nueva España—la de

hoy—y concluyó afirmando que las relaciones entre la antigua metrópoli y sus ex colonias americanas deben fundarse ante todo en intereses del espíritu, que no prescriben, antes que en intereses materiales, que suelen ser pasajeros.

Pero no es esta noticia del cronista—mero esquema sin calor, sin belleza, sin gracia íntima—lo que puede dar una idea de la conferencia del Profesor Gay. Ella conmovió de tal manera a los oyentes, que al terminar de oírle todos estuvieron de acuerdo en que acababan de oír un magistral discurso. La admiración se concretó inmediatamente en estas palabras, que brotaron a la vez de los labios más autorizados:

—"Es necesario que el Profesor Gay sea llevado al Paraninfo de la Universidad Nacional, como lo fué Jiménez Asúa, para que el pueblo de La Habana pueda escucharlo."

Dulce María Borrero fué invitada a recitar, y dió a conocer uno de sus poemas inéditos, verdadera obra maestra, de gran pureza, de hondo sentido, de rara musicalidad. La musa de Dulce María no sólo no decae, sino que se depura y eleva a medida que transcurren los días.

Para clausurar la bella fiesta del espíritu, el doctor Mario Guiral Moreno, Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, expresó en breves, sencillas y calurosas palabras el agradecimiento de la revista a Barba-Jacob y al Profesor Gay, a quienes dijo que la casa quedaba abierta para ellos, como compañeros en las nobles luchas de la inteligencia.

INDICE DEL TOMO CUADRAGESIMO

(ENERO-ABRIL, 1926)

POR MATERIAS

Págs.

BIBLIOGRAFÍA.
Charles Brand.—*The vital problem. The path to health, wisdon and universal peace*. 100
Arturo Alfonso Roselló.—*En nombre de la noche*. 102
Luis Enrique Santiesteban.—*La que no quería amar*. 104
Cirilo Villaverde.—*El penitente*. 105
DOMINGO FIGAROLA-CANEDA.—Francisco G. del Valle. 221
DON MARCELO PEÑALBA DE MENDOZA. *(Episodio novelesco de la segunda conquista de América)*.—José A. Ramos. . . . 22
EÇA DE QUEIROZ EN LA HABANA.—Antonio Iraizoz. 5
EL PROYECTO DE UN CONGRESO IBEROAMERICANO DE INTELECTUALES *(Trabajos preparatorios del Congreso)*.—Edwin Elmore 36, 131
EL VIAJE SIN FIN. *(Novela)*.—A. Hernández Catá. 253
GEDEÓN Y LAS CONJETURAS. *(Filosofía en mangas de camisas)*.—Fernando Lles. 238
JOSÉ INGENIEROS.—Carlos Rangel Báez. 174
KERSAUSSIE.—LA CANCIÓN DE LA COLONDRINA DEL PRISIONERO.—D. Figarola-Caneda. 228
LA EDICIÓN CUBANA DE CALDERÓN DE LA BARCA.—D. Figarola-Caneda. 233
LA PERSONALIDAD LITERARIA DE GONZALO ZALDUMBIDE.—León Pacheco. 179
LOS TRES ENAMORADOS (Cuento maorí) *(Traducción de Julio Villoldo.*—Constantin Balmont. 196
NOTAS EDITORIALES.—La Dirección.
Concurso de la Academia de la Historia para 1927. . . . 111
La muerte de José Manuel Poveda. 215
Uu bello discurso del Dr. Rivas Vázquez. 217

Págs.

La evolución social de México 293
El fallecimiento del Dr. Sergio Cuevas Zequeira 294
En honor de dos intelectuales 295
POESÍAS. *(Nota de los Sres. Félix Lizaso y José A. Fernández de Castro, y selección del autor).*—Enrique Serpa 201
PRIMERAS POESÍAS LÍRICAS DE ESPAÑA.—Domingo del Monte . . . 113
SINCRONISMO A MANERA DE PRÓLOGO PARA EL LECTOR CUBANO DE "CREPÚSCULOS FANTÁSTICOS".—Regino E. Boti 64
UNA OBRA GENIAL: "LA RAZA CÓSMICA" DE VASCONCELOS.—Carlos Deambrosis Martins 80
VERSOS INÉDITOS.—Rafael Esténger 286

POR AUTORES

BALMONT, Constantin.—*Los tres enamorados* (Cuento maorí) (Traducción de Julio Villoldo) 196
BOTI, Regino E.—*Sincronismo a manera de prólogo para el lector cubano de* "Crepúsculos fantásticos" 64
DEAMBROSIS MARTINS, Carlos.—*Una obra genial:* "La Raza Cósmica" *de Vasconcelos* 80
ELMORE, Edwin.—*El proyecto de un Congreso Iberoamericano de Intelectuales* (Cartas inéditas) 36, 131
ESTÉNGER, Rafael.—*Versos inéditos* 286
FIGAROLA-CANEDA, D.—*La edición cubana de Calderón de la Barca* 233
—— —— —— ——.—*Kersaussie.—La canción de la golondrna del prisionero* 228
GAY CALBÓ, Enrique.—*Bibliografía.*
Arturo Alfonso Roselló.—*En nombre de la noche* 102
Luis Enrique Santiesteban.—*La que no quería amar* 104
Cirilo Villaverde.—*El penitente* 105
G. DEL VALLE, Francisco.—*Domingo Figarola-Caneda* 221
HERNÁNDEZ CATÁ, A.—*El viaje sin fin* (Novela) 253
IRAIZOZ, Antonio.—*Eça de Queiroz en La Habana* 5
LA DIRECCIÓN. *Notas Editoriales.*
Concurso de la Academia de la Historia para 1927 111
La muerte de José Manuel Poveda 215
Uu bello discurso del Dr. Rivas Vázquez 217
La evolución social de México 293
El fallecimiento del Dr. Sergio Cuevas Zequeira 294
En honor de dos intelectuales 295
LÓPEZ, José Heriberto.—*Bibliografía.*
Charles Brand.—*The vital problem. The path to health, wisdon and universal peace* 100

Págs.

LLES, Fernando.—*Gedeón y las conjeturas.* (Filosofía en mangas de camisa) 238
MONTE, Domingo del.—*Primeras poesías líricas de España.* . . 113
PACHECO, León.—*La personalidad literaria de Gonzalo Zaldumbide* 174
RAMOS José Antonio.—*Don Marcelo Peñalba de Mendoza* (Episodio novelesco de la segunda conquista de América) 22
RANGEL BÁEZ, Carlos.—*José Ingenieros* 174
SERPA, Enrique.—*Poesías.* (Nota de los Sres. Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro, y selección del autor) 201

Imp. "El Siglo XX". República del Brasil 27, La Habana.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041848439